

10
CIC

BELOT

LA FIEBRE
DE LO
DESCONOCIDO

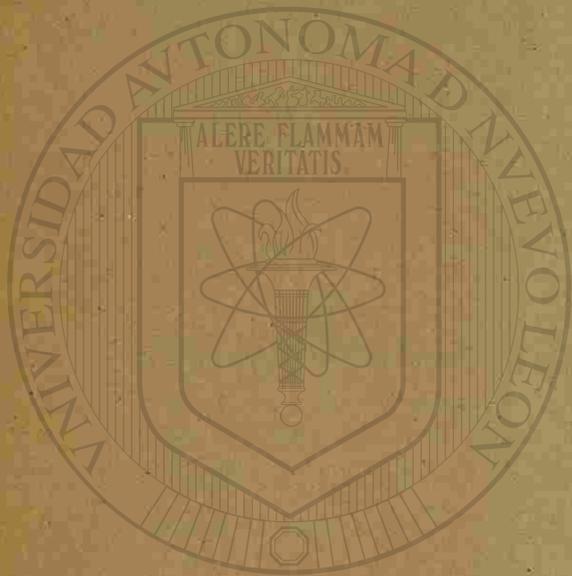
PC2193

.B7

R586



1020026089

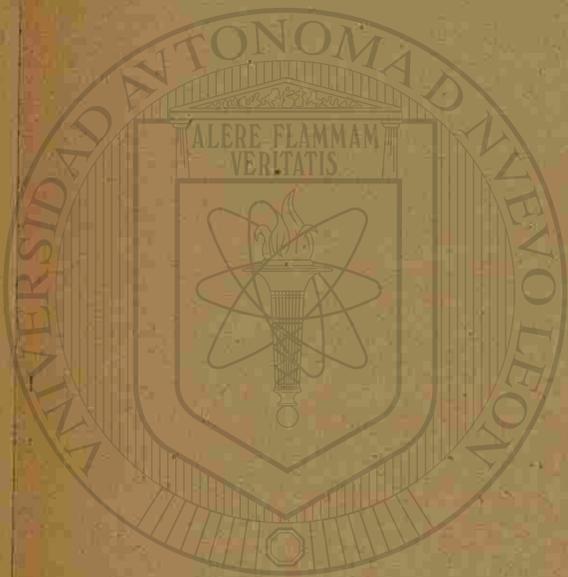


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA FIEBRE DE LO DESCONOCIDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor B45276
Núm. Adg. 29750
Procedencia -8-
Precio aw
Fecha _____
Clasificó _____
Bibliotecólogo [Signature]

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

PESETAS

ADOLPHE BELOT	
Flor de crimen, dos tomos, cada uno.....	3
La Boca de la Sra X..., un tomo.....	2
La Mujer de hielo, un tomo.....	2
La Mujer de fuego, un tomo.....	2
Las Fugitivas de Viena, un tomo.....	2
Reina de Hermosura, un tomo.....	3
La Sultana Parisiense, un tomo.....	2
ARTHUR A. MATTHEY	
La Bella Julia, un tomo.....	1,50
La Virgen Viuda, un tomo.....	2
EMILE RICHEBOURG	
Juan Lobo, tres tomos, cada uno.....	1
La Señora del Velo Negro, un tomo.....	2
JULES CLARETIE	
El Tren 17, un tomo.....	2
PONSON DU TERRAIL	
El Diamante del Comendador, un tomo.....	1,50
OCTAVE FEUILLET	
El Diario de una dama, un tomo.....	1,50
XAVIER DE MONTÉPIN	
Una pasión, un tomo.....	2
Su Majestad el Dinero, cinco tomos, cada uno..	1,50
Su Alteza el Amor, seis tomos, cada uno.....	1,50
La Hija de Margarita, seis tomos, cada uno....	2,50
Madame de Tréves, un tomo.....	3
El último Duque de Hallali, dos tomos, cada uno	1,50
Una nueva Bailarina, un tomo.....	2
Simona y María, tres tomos, cada uno.....	2
El Proceso de Saint-Maixent, un tomo.....	2
La Condesa de Rahón, un tomo.....	2
La Confesión de un Bohemio, un tomo.....	3
El Vizconde Rafael, un tomo.....	2
La Fatalidad, un tomo.....	1,50
La Venganza del Vizconde, un tomo.....	2,50
El Chalet de las Lilas, un tomo.....	2,50
El Secreto de la Condesa, un tomo.....	2,50
Pivoine, un tomo.....	1,50

EN PRENSA

La Venus Negra, de A. Belot.
Mignonne, X. de Montépin.

ADOLPHE BELOT

LA FIEBRE

DE LO

DESCONOCIDO

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

JOAQUIN HUELVES TEMPRADO



MADRID

TIPOGRAFÍA HISPANO-AMERICANA

68 — Calle de Atocha — 68

1884

85802

29750

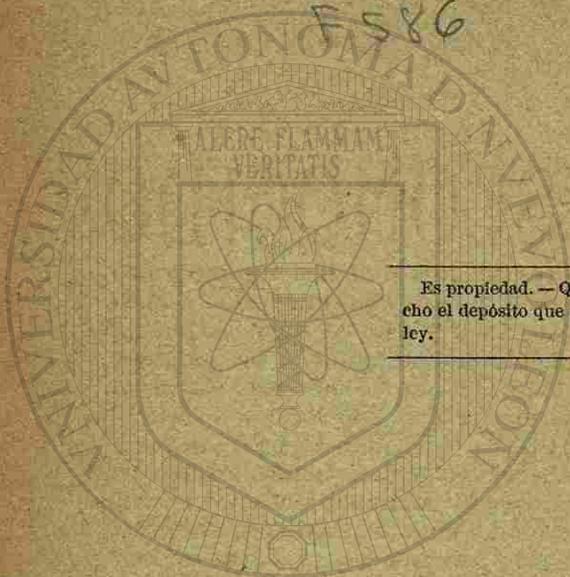
843

PA 2193

B.

-B7

F586



Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FON. VARRUSIAS

LA FIEBRE DE LO DESCONOCIDO

I (1)

En pocos minutos la flotilla europea salvó el Raz-el-Kartum, confluencia del Nilo Blanco con el Nilo Azul, y pasó en seguida ante las tres grandes mimosas, junto á las cuales se reúnen todos los barcos que emprenden la gran navegación del Nilo Blanco ó de sus afluentes.

Las riberas eran extremadamente monotonas y así debían continuar durante muchas millas: llanuras, agua, hasta perderse de vista; un mar, más bien que un río; algunos bosquecillos de acacias; á lo lejos el Desierto y sus suaves ondulaciones.

Del fondo del río aparecían en tropel árboles arrancados ó derribados; plantas acuáticas descendían lentamente, flotando como islas de follaje; innumerables mosquitos cubrían esta vegetación movediza, y parecían tan agradablemente entretenidos en ella, que hasta olvidaban atacar á los viajeros europeos.

(1) Véase el volumen que lleva por título *LA SULTANA PARISIENSE*.

El capitán del vapor que remolcaba la flotilla era un joven oficial egipcio, educado en París, finísimo y de verdadero mérito. En el momento de partir rogó á la señora de Guéran y á sus compañeros que subieran á bordo: «Dentro de pocos días—les dijo—me abandonaréis para subir el río de las Gacelas; yo he de continuar solo por el río Blanco hasta Gondokoro; permitidme disfrutar ahora de vuestra compañía.»

La pequeña colonia creyó deber acceder á este deseo y ocupar sitio en el Khedive era el nombre del vapor.

Pasábase el tiempo sobre el castillo, y se hablaba á menudo de la trata, que el joven oficial había perseguido dos años con Beker.

—¡Ah!—exclamaba,—nada hemos conseguido. Para una barca de esclavos que confiscábamos, se nos escapaban diez. El general Beker, durante sus cuatro años de mando, se fatigó haviéndose contra los habitantes del país, que los mercaderes de esclavos, Abu-Saoud entre ellos, el más poderoso, sublevaban contra él.

Una tarde, mientras que los europeos y su huésped hablaban, un olor acre, fétido, hedor de matadero ó de cubil de fieras, llegó de pronto en alas del viento á los pasajeros del Khedive.

—¡Esto es horrible!—exclamó Delange.—¿Estáapestada la orilla que seguimos?

—No—respondió el capitán;—esas emanaciones nos llegan de aquella grande barca que desciende el Nilo y que va á cruzarnos. Si no

me engaño, halláramos en su seno un ejemplo patente de lo que acabo de decirnos respecto á la trata y á nuestra impotencia para abolirla.

Mientras hablaba así, se había levantado y comunicado órdenes; pronto el Khedive se detuvo, botó una lancha y ordenó á la barca sospechosa que se detuviese.

No obedeció; arrastrada por la corriente, y á favor del viento, continuó su ruta, mientras el Khedive, por temor á una avería, no osaba atravesarse para cerrarla el paso. Por el contrario, se apartó prudentemente con la flotilla que remolcaba, pero no bien pasó la barca, la disparó un cañonazo para intimarla de nuevo la orden de detenerse.

La barca, viendo imposible la lucha, se resignó á arriar su única é inmensa vela.

—El cielo está muy claro, la luna va á salir detrás de esa cortina de mimosas; ¿queréis—dijo el capitán del vapor á sus huéspedes—visitar conmigo ese buque? Tengo motivos para creer que haremos en él preciosos descubrimientos.

La proposición fué aceptada; pocos minutos después dos botes se acercaron á la escala de estribor del vapor; en el primero embarcaron diez marineros bien armados; en el segundo el capitán, la señora de Guéran, la señora Poles y sus tres compañeros.

A los cinco minutos llegaban al barco; esperaban que intentaran discutir y aun oponerse á la nocturna visita; guardóse bien, y llevó, por el contrario, la cortesía hasta lanzar

un cabo á los botes para que se mantuvieran á su costado.

No bien el capitán egipcio, seguido de sus marineros y de los viajeros europeos pisó el puente, un hombre como de cuarenta años, en traje musulmán, se adelantó á su encuentro; era el patrón ó reis. Se dirigió en turco al capitán del Khedive, cuyo uniforme le mostraba el grado.

—Apenas comprendí vuestras órdenes—le dijo con voz melosa y la sonrisa en los delgados labios,—me apresuré á obedecer. Tendréis, sin duda, pliegos que encargarme para Khartum, adonde llegaré dentro de dos días si el viento continúa favoreciéndome.

—No váis á Khartum, donde seríais castigado,—replicó el capitán del Khedive—pensáis deteneros en cualquier punto de la orilla para desembarcar vuestro cargamento de esclavos, que enviaréis después por tierra al Oeste por el Kordofán ó al Este por el Sennar, hacia cualquier mercado del interior ó de la costa.

—¡Mi cargamento de esclavos, señor! ¿qué decís?—exclamó el musulmán levantando los ojos al cielo como para hacerle testigo de su buena fe;—yo soy un honrado comerciante que vuelve del río de las Gacelas con un flete de marfil reunido en las provincias del Sur.

—¿Dónde está ese cargamento?—preguntó el oficial.

—Ved las muestras—contestó el reis.

Y al mismo tiempo designaba algunos colmillos de elefante colgados como bandera de su mástil.

—No habríais hecho tan penoso viaje para traer ese marfil—replicó el oficial egipcio.—¡Vamos! os conozco demasiado á ti y á los tuyos. ¿Dónde escondes tu mercancía humana? Responde.

—¡Yo os juro, señor!... Podéis visitar el buque.

—Es lo que voy á hacer.

—Como gustéis.

El capitán del vapor empezaba á encontrarse molesto: por más que miraba en torno, no distinguía sino apoyados contra las bordas, una docena de hombres de mal aspecto, marineros del buque.

No obstante, el hedor que les sorprendiera media hora antes persistía y aun aumentaba á cada instante: bocanadas de aire caliente, de aire putrefacto, le herían á intervalos en el rostro. ¿De dónde podían proceder estas emanaciones, este calor sofocante, que parecía desprenderse de un rebaño humano encerrado, oprimido en montón? Si se tratara de un buque negrero sorprendido en el Océano ó en el mar Rojo, no hubiera durado la vacilación tanto: hubieran hecho abrir la bodega y abrían aparecido en el acto dos ó trescientos negros, encadenados á las paredes ó amontonados en el centro, en el lugar de las balas de algodón ó de los bocoyes de azúcar. Pero la barca aquella tenía escaso puntal: no podía esconder ni cala ni bodega.

Por fortuna, los marineros del Khedive, por pasar el tiempo se ocupaban de ejercer por su cuenta el derecho de visita: algunos se habían

encaminado á la proa y tuvieron la ocurrencia de separar algunos sacos de trigo, que les parecieron sospechosos, intentando levantar la escotilla que ocultaban.

Las gentes de á bordo, notables hasta entonces por su inmovilidad é indiferencia, se lanzaron entonces hacia sus colegas egipcios, y trataron de impedirles satisfacer su curiosidad. Siguióse una viva discusión, que llamó la atención de los europeos hacia el lugar de la quereña; abandonaron la popa, se unieron á sus marineros, y llamando al patrón, le ordenaron hiciese abrir las escotillas. Aquel hombre, hasta entonces amable y obsequioso, se volvió de pronto arrogante, y rehusó dar la orden que se le pedía, al mismo tiempo que tomaba actitud amenazadora su gente.

—Muy bien—dijo el oficial del Khedive;—lo esperaba y estaba previsto el caso.

Arrancó de su silbato de plata un prolongado sonido, y el buque egipcio, que no esperaba más que esta señal, lanzó un chorro de vapor y se aproximó.

Bastó la advertencia: el patrón y sus subordinados se retiraron á la popa.

Entonces se abrió la escotilla, entreviéndose un agujero negro, palpitante, movable, ruidoso; pero no hicieron más que entreverle: los espectadores hubieron de retirarse violentamente, sofocados por el calor que arrojaba aquel sepulcro, por la exhalaciones que de él brotaban.

Al mismo tiempo aparecían en la estrecha abertura manos, cabezas, brazos, hombros; se

oía el ruido de pechos sofocados, aspirando el aire; suspiros, gritos ahogados, salían de las entrañas del barco.

—¡Pronto!—gritó el señor de Morin:—¡socorramos á esos infelices!

Y se lanzó seguido de sus compañeros y de los egipcios: todas sus manos se tendieron á la vez hacia los brazos, los hombros, las cabezas que se presentaban; les asieron, les levantaron, arrojando en pocos minutos una veintena de esclavos sobre el puente, donde al fin lograron respirar.

Pero el antro contenía más víctimas: era preciso salvarlas, si aún era tiempo. Un marinero entregó una antorcha á los señores de Morin y Perières y los dos amigos tuvieron el valor de descender al abismo.

Entonces, en un espacio de unos quince metros, eslora del barco, por cinco de ancho; en una especie de galería donde un hombre sentado tenía que inclinar la cabeza, en una especie de caja de doble fondo, aparecieron hasta un centenar de criaturas humanas, muchachos, jóvenes, mujeres, amontonados, oprimidos, confundidos, soldados unos á otros, por decirlo así.

—¡Vamos, moveos, salid!—gritaba al rebaño humano el señor de Morin, deseando sacarle lo antes posible sobre el puente.

Pero los desdichados no se movían: hacía un instante que había disminuído su número, les había llegado un poco de aire y no pedían más; recordaban las amenazas que se les dirigieron al encerrarles en su nicho, porque

sus verdugos habían jurado no sacarles ya de la tumba si arrojaban un grito, si llamaban la atención de cualquier modo.

Gracias al terror inspirado, aquellos infelices, embrutecidos por la miseria y el sufrimiento; gracias principalmente á los horribles escondites inventados en sus barcos, pueden los mercaderes de esclavos continuar su espantoso comercio, á pesar de Beker, y cruzar sin despertar sospechas ante las guardias encargadas de vigilarles. Por regla general, los esclavos van todo el día y la noche sobre el puente, pero al acercarse á las guardias, al descubrir en el horizonte un buque de guerra, se les hace bajar inmediatamente al estrecho espacio que acabamos de describir, se les calafatea, se les empareda para no soltarles hasta pasar el peligro. Algunas aberturas practicadas en los costados sobre la línea de flote, invisibles por lo pequeñas, pueden combatir durante una hora apenas su asfixia: pasado este plazo, mueren próximamente veinte por minuto, primero los más robustos, los que necesitan mayor cantidad de aire para sus anchos pulmones; los débiles, los enfermos resisten más tiempo, si bien á las dos horas ya no habría interés en abrir la escotilla: no daría paso sino á esclavos sin valor.

Mas si las aberturas de que hemos hablado son insuficientes para combatir la asfixia, permiten á los miasmas emanados de aquella masa humana, comprimida, caldeada, extenderse lejos; el viento los había llevado hacia el buque egipcio, y así es como algunas veces

se puede descubrir por casualidad el artificio de los comerciantes de *ebano*.

Hubo que hacer uso de la violencia para obligar á los esclavos á abandonar su escondite; creían que se les iba á matar si subían al puente. En verdad, no era pequeño el peligro que corrían, porque el jefe musulmán y sus diez hombres se habían aprovechado de la ocupación de los europeos, al librar los prisioneros, para retirarse á la popa y formar una barricada.

Habían reunido tres barriles de pólvora, y declaraban enérgicamente que si se les arruinaba arrebatándoles sus esclavos, harían volar el buque con cuantos le ocupaban.

II

La amenaza no pareció impresionar á los europeos ni al capitán egipcio; continuaron sin apresurarse su salvamento, retirando uno á uno los esclavos de la fosa común y arrojándoles sobre el puente, donde el doctor Delange atendía á los más graves. Unicamente el señor de Morin, después de cruzar algunas frases en voz baja con el capitán, soltó el bordaje, descendió la escala, ganó su bote y con dos remeros se encaminó á la flotilla.

Por fin, el último esclavo fué extraído; respiraba todavía, y el señor Delange logró en pocos instantes ponerle de pie. De ciento veinte personas libradas, había ocho asfixiadas, que á pesar de todos sus cuidados, no pudieron volver á la vida; los restantes estaban tan bien como antes de su encierro.

Periérés pensaba si no sería bueno mandar á todas aquellas gentes arrojarse á la vez sobre sus antiguos amos en la popa, y destrozarles antes de que tuvieran tiempo de acercarse á los barriles de pólvora con las mechas que agitaban. Pero, después de mirar el rebaño humano que les rodeaba, hubo de renunciar á su idea: sólo podía contar con algunos hombres apenas adultos, muchas mujeres y niños de ocho á doce años; hubiera sido una imprudencia fiar en tales aliados, no obstante su número.

Había que obrar sin su apoyo y lo más enérgicamente posible; el patrón y sus gentes, para ganar valor y excitarse á la venganza, acababan de abrir un tonel de aguardiente, del que bebían á vaso lleno, á pesar de los preceptos del Corán, de quien probablemente siempre se burlaron. Podía temerse todo de su exaltación y de su borrachera.

El oficial egipcio, comprendiendo el peligro, avanzó solo por el puente é interpeló desde dos metros antes de la barricada improvisada, al reis, tan amable al principio, cuando esperaba escapar de la visita; tan furioso ahora, que se veía descubierto, arruinado, expuesto á algún gran castigo.

—Vais á ordenar inmediatamente á vuestras gentes—dijo con voz entera—á apagar las mechas y tirar las armas. Con esta condición salvaréis la vida; si dentro de cinco minutos no habéis obedecido, os hago matar á todos.

—No tendrás necesidad de hacernos matar—aulló el jefe;—si tus marineros dan un paso ó arman sus fusiles, aplico la mecha y volamos tus hombres, tus europeos, mis esclavos, tú y yo. Me das cinco minutos para rendirme—siguió, exaltándose cada vez más con sus propias palabras;—yo te doy tres para salir de mi barco, sin llevarte ni uno solo de mis esclavos. Si cuando estés en tu buque intentas darnos caza, todavía será tiempo de volar, y por lo menos me llevaré tras mí los que pretendes librar.

El egipcio se encogió de hombros, y volviéndose á los europeos:

—¿Habéis comprendido—les dijo—lo que grita ese hombre?

—¡Casi!—respondió Periérés.

—¿Qué haremos?—continuó el oficial—Sois mis huéspedes; respondo de vuestras existencias y no debo exponerlas sin vuestro permiso.

—Obrad, caballero—respondió la señora de Guéran,—como si no estuviéramos aquí: no podrían franceses daros el consejo de dejaros intimidar por tales bandidos, y abandonar los esclavos al furor de su venganza.

—Entonces, señora, no tengo más que un camino: arrojarme con mis marineros sobre

la barricada y tomarla antes de que esos miserables puedan poner fuego á la pólvora.

—Id, caballero—respondió sencillamente la señora de Guéran.

—¡Nosotros también!—dijeron al capitán Perrieres y Delange colocándose á su lado.

—Y yo ¿no tengo mi revólver?—exclamó una tercera persona.

Era la intrépida señora Poles que, siempre coqueta, buscaba la sociedad de los hombres, mezclándose en sus luchas.

El oficial egipcio hablaba en voz baja á sus marineros, dándoles órdenes, y parecía descontento, inquieto, de su escaso ardimiento en obedecerle.

Aquellos hombres, menos disciplinados que los marinos franceses, parecían discutir con su jefe y querer demostrarle que se exponían á una muerte cierta si atacaban la barricada. Sus temores no eran descaminados; el musulmán y sus gentes acababan, cada vez más exaltados, de destapar los barriles de pólvora y bastaba ya una chispa para inflamarles; los maderos, las tablas, los trozos de hierro amontonados encima, hubieran volado en pedazos sembrando la muerte.

La posición era bien crítica: no obstante el peligro del ataque, el resultado que había de tener fatalmente, el oficial egipcio, por orgullo nacional, por amor propio herido ante los extranjeros que le rodeaban, quiso arrastrar á sus marineros.

Rehusaron obedecer.

Exasperado por la resistencia, ciego de ira,

iba á herirles, á descargar sobre ellos sus pistolas, cuando bajo un cielo sin nubes, á la luz de una luna espléndida y de brillantes estrellas, una lluvia espantosa, un diluvio, una tromba cayó de pronto sobre el puente de la barca.

Parecerá el hecho extraordinario; no es sino muy sencillo: el señor de Morin se recordará que había dejado la barca un cuarto de hora antes, para ordenar al vapor, de parte de su capitán, que se aproximara. Mientras ejecutaba la maniobra, seguía los movimientos de los rebeldes y temblaba por sus amigos; estos temores le sugirieron felizmente una idea: hizo disponer á toda prisa la bomba de incendios que llevan todos los buques de guerra y dirigirla sobre la popa de la barca. Cumplida la orden, la barricada, sus defensores y la pólvora fueron inundados en un instante.

Gracias al señor de Morin, que se acordó sin duda á tiempo de la manera con que el mariscal Lobau combatió en 1832 una asonada parisiense, la situación había cambiado; ya no había que temer á los rebeldes.

Los marineros del *Khedive* se lanzaron sobre ellos y los amarraron en pocos momentos.

Pero ¿qué iban á hacer de los esclavos? la pregunta era embarazosa; si se les dejaba dueños de la barca, incapaces de gobernarla, pronto se perderían en cualquier pantano; si se les desembarcaba, por el contrario, en cualquier punto de la orilla del Nilo Blanco, corrían el peligro de ser hechos prisioneros otra vez.

Se les preguntó, y la mayor parte pertenecían á tribus limítrofes del Bahr-el-Ghzal ó río de las Gacelas, cautivados por Moflo, poderoso jefe Niam-Niam, en una de sus terribles algaradas anuales, fueron vendidos pocos meses antes á los mercaderes.

Al saber estos detalles, la señora de Guéran resolvió repatriar á aquellos infelices, puesto que pertenecían al país que iba á cruzar; ordenó á Nassar que llevase la nave á remolque y la flotilla, arrastrada por el vapor, se halló aumentada en una vela.

Vueltos á bordo del *Khedive*, los europeos se apresuraron á dar gracias al señor de Morin por el servicio que les prestara, mientras el capitán hacía encadenar y arrojar á la cala los tratantes, para entregárselos al general Beker que les juzgara.

La una de la mañana era cuando la flotilla recuperó su marcha sobre el Nilo Blanco; seguían la orilla occidental, y á la luz de la luna se percibía claramente el Arrache-kol, montaña abrupta y escarpada rodeada de llanuras. El río era ancho y profundo, avanzando libremente en la semi-oscuridad, y sólo turbaban el silencio de la noche el ruido de la máquina y el continuo ronquido, el sordo gruñido de los hipopótamos dormidos en gran número junto á la orilla. Alguna vez se unía á esos rumores la lejana queja de res atacada por las hienas, ó el rugido de un león que saludaba el paso de la flota.

Los señores de Morin y Periéres, sobrecitados por las emociones de la noche, bajo el

encanto del país, con el oído atento á aquellos ruidos que les anunciaban un nuevo mundo, renunciaron á dormir y se paseaban por el castillo. De pronto tras el *Khedive*, de entre las embarcaciones que remolcaba estallaron llamas. Admirados, temerosos, los dos jóvenes llamaron al oficial de guardia y pronto se reconoció fuego en la barca recién conquistada.

El vapor se detuvo, se votaron las lanchas y embarcaron en ellas los marineros de servicio.

III

Se dió lugar al señor de Morin en la canoa que corría al socorro de la barca en peligro; era justo tratándose de un incendio. ¿No había demostrado su habilidad en el manejo de una bomba?

Las llamas se desarrollaban con una rapidez asombrosa; corrían de la popa á la proa, subiendo á lo largo de los cordajes y del mástil. No obstante, no tenían el color rojizo natural; se les hubiera tomado de buena gana por fuegos artificiales, por luces de bengala. Sus azulados reflejos coloreaban el Nilo y la vecina costa.

El señor de Morin y los marineros egipcios

Se les preguntó, y la mayor parte pertenecían á tribus limítrofes del Bahr-el-Ghzal ó río de las Gacelas, cautivados por Moflo, poderoso jefe Niam-Niam, en una de sus terribles algaradas anuales, fueron vendidos pocos meses antes á los mercaderes.

Al saber estos detalles, la señora de Guéran resolvió repatriar á aquellos infelices, puesto que pertenecían al país que iba á cruzar; ordenó á Nassar que llevase la nave á remolque y la flotilla, arrastrada por el vapor, se halló aumentada en una vela.

Vueltos á bordo del *Khedive*, los europeos se apresuraron á dar gracias al señor de Morin por el servicio que les prestara, mientras el capitán hacía encadenar y arrojar á la cala los tratantes, para entregárselos al general Beker que les juzgara.

La una de la mañana era cuando la flotilla recuperó su marcha sobre el Nilo Blanco; seguían la orilla occidental, y á la luz de la luna se percibía claramente el Arrache-kol, montaña abrupta y escarpada rodeada de llanuras. El río era ancho y profundo, avanzando libremente en la semi-oscuridad, y sólo turbaban el silencio de la noche el ruido de la máquina y el continuo ronquido, el sordo gruñido de los hipopótamos dormidos en gran número junto á la orilla. Alguna vez se unía á esos rumores la lejana queja de res atacada por las hienas, ó el rugido de un león que saludaba el paso de la flota.

Los señores de Morin y Periéres, sobreexcitados por las emociones de la noche, bajo el

encanto del país, con el oído atento á aquellos ruidos que les anunciaban un nuevo mundo, renunciaron á dormir y se paseaban por el castillo. De pronto tras el *Khedive*, de entre las embarcaciones que remolcaba estallaron llamas. Admirados, temerosos, los dos jóvenes llamaron al oficial de guardia y pronto se reconoció fuego en la barca recién conquistada.

El vapor se detuvo, se votaron las lanchas y embarcaron en ellas los marineros de servicio.

III

Se dió lugar al señor de Morin en la canoa que corría al socorro de la barca en peligro; era justo tratándose de un incendio. ¿No había demostrado su habilidad en el manejo de una bomba?

Las llamas se desarrollaban con una rapidez asombrosa; corrían de la popa á la proa, subiendo á lo largo de los cordajes y del mástil. No obstante, no tenían el color rojizo natural; se les hubiera tomado de buena gana por fuegos artificiales, por luces de bengala. Sus azulados reflejos coloreaban el Nilo y la vecina costa.

El señor de Morin y los marineros egipcios

en vano procuraban darse cuenta del fenómeno; pronto les fué explicado: los negros, abandonados en su barca, libres como por magia, sin deberes y sin vigilancia alguna, quisieron celebrar su triunfo, asegurar su independencia y dar testimonio patente de su alegría.

Primeramente se contentaron con cantar, gritar, vociferar; después saltar, brincar; se entregaron á todas las contorsiones usadas en las fiestas de su país. Esta gimnasia les dió sed; se dijeron que bien tenían derecho á disponer de las provisiones quedadas en la barca y que sus antiguos dueños no habían de reclamar. Entonces empezaron á buscar los toneles de aguardiente, tanto tiempo ansiados; los descubrieron, y para beber más deprisa con el descuido, con el placer del pillaje, en ellos innauto, los desfondaron. El aguardiente corrió sobre el puente, encontró una mecha aun encendida y se inflamó á su contacto; en un instante el buque se vió convertido en un enorme bol de ponche, y sus llamas azules, que tanto extrañaban al señor de Morin, subieron por todos lados.

Los desdichados negros no por eso dejaban de encontrarse expuestos á terrible peligro; muchos ya, para escapar de las llamas que parecían perseguirles, soltaban las amarras y se suspendían de las manos al exterior; otros escalaban el mástil, se agarraban á la verga, y sus racimos estremecidos, suspendidos en el espacio, iluminados por el incendio, hacían singular efecto. Las mujeres y los niños co-

rrían aterrados y lanzando horribles gritos por la líquida hoguera.

No tardó el incendio en cambiar de aspecto; á las llamas azules se unieron las rojizas. El fuego no se contentaba ya con correr locamente de un punto á otro, con lamer, sin morder, los objetos que encontraba á su paso; penetraba en el buque, prendía en las velas, en las cuerdas, en las tablas sueltas, en los mil objetos esparcidos sobre el puente. Vivas llamaradas se elevaban al cielo y se reflejaban en el río.

Todas las embarcaciones menores del vapor rodeaban la barca incendiada, sin atreverse á aproximarse, temiendo ser aplastadas por la caída del mástil ó prendidas por las llamaradas que brotaban del foco del incendio.

¿Cómo socorrer á aquellos desdichados, sordos á todos los consejos y á todas las órdenes, aterrados hasta el punto de no pensar en arrojarse al Nilo ó refugiarse en las lanchas? El peligro aumentaba por momentos, no sólo para los esclavos, sino también para la flota, colocada á sotavento; ya se pensaba en cortar las amarras que unían la barca al buque inmediato para dejarla quemarse aislada, cuando ocurrió al señor Periéres servirse de aquellos cables como de un puente para comunicarse con las víctimas. En efecto, si se lograba que algunos de los esclavos siguieran aquel camino, los demás les seguirían sin duda, como un rebaño de ovejas asustadas al carnero que las guía.

Tratábase únicamente de enseñarles el ca-

mino, predicándoles con el ejemplo; el señor Periéres no dudó un punto; se hizo conducir á la barca, asió un cable, se corrió hasta la proa, que aún respetaban las llamas, trató de llamar la atención de algunos negros, y colgándose de las amarras, se deslizó hasta el buque inmediato.

Como se esperaba, pronto intentaron algunos la aventura; en seguida se organizó una larga cadena; todos querían seguir el nuevo camino. Los robustos llegaban, los débiles abrían las manos y caían en el río; pero las lanchas próximas los recogían prontamente.

Sin embargo, una veintena de mujeres y de niños, sin fuerzas para llegar á las amarras ó bien paralizados de terror, miraban alejarse uno tras otro sus compañeros sin intentar seguirles, sin pensar siquiera en agarrarse á ellos. Las llamas iban á alcanzarles, y mayor peligro corrían todavía los barriles de pólvora mojados pocas horas antes; pero ya secos, podían de un momento á otro ser alcanzados por las llamas, inflamarse y producir terribles destrozos.

El señor de Morin fué quien se arriesgó esta vez: como su amigo, se lanzó al buque, asió cada niño, cada mujer, y á pesar de sus gritos, sin hacer caso de los esfuerzos de todas aquellas pobres criaturas para agarrarse á él, los arrojó uno tras otro por cima de la borda, ya á los marineros, que de pie en las lanchas tendían los brazos, ya al río, de donde se les recogía antes de que fueran arrastrados por la corriente.

Terminado el salvamento, el señor de Morin iba ya á arrojarse, huyendo, en el *Nilo*, cuando le pareció oír un grito sobre la popa de la barca. Levantó la cabeza y miró hacia allí.

Al reflejo del incendio descubrió un niño de siete á ocho años, refugiado sobre la obra muerta; tendía llorando sus bracitos al señor de Morin por cima de las llamas, que le rodeaban sin alcanzarle todavía.

El señor de Morin vaciló; desde las lanchas le gritaban:

—¡No vayáis, no vayáis, eso es la muerte!... Las llamas se acercan á la pólvora, va á saltar la barca; nos vemos obligados á alejarnos.

Efectivamente, las lanchas se separaban á fuerza de remos.

—¡Ah, me abandonáis!—dijo él:—pues bien, yo no abandonaré á ese desdichado.

Entonces se colgó de la borda, asiéndose tan pronto de una marra, de un obenque, subiendo una vez al puente, atravesando las llamas y ganando terreno siempre hacia la popa, á pesar de todos los obstáculos del inmenso peligro.

Por fin llegó hasta el niño, se abrazó á él y se arrojó al río, sin preguntarse si las lanchas acudirían en su auxilio.

Desde una le apercibieron y le alcanzó en el instante en que un tronco de árbol, empujado por la corriente, llegaba á destrozarle y sumergirle.

Pocos minutos más tarde, mientras la lancha se unía á la flota, oyóse una detonación

formidable: la infame barca de los mercaderes en carne humana se hundía en el Nilo.

Desde el castillo del *Khedive*, la señora de Guéran había presenciado conmovida y temblorosa todo los acontecimientos.

Apenas los señores Periéres y de Morin subieron á bordo, se llegó á ellos, les cogió las manos, se las oprimió y de pronto estalló en sollozos.

IV

El *Khedive* continuaba su camino: con excepción de los marineros de cuarto, todo el mundo dormía en su seno. La señora de Guéran se había retirado á su camarote y sus tres compañeros, envueltos de los pies á la cabeza en anchos lienzos destinados á preservarles de los mosquitos, se habían acostado en el castillo.

Unicamente la señora Beatrix Poles, siempre infatigable, paseaba por el puente; recordando los sucesos de la noche, comparaba las hazañas de los señores Periéres y de Morin, preguntándose á cuál de los dos debería entregar su corazón, aún indeciso.

Llegó el día, sorprendiéndola en sus vacilaciones; pero entonces el espectáculo que la rodeaba distrajo su atención: á pocos metros del

buque innumerables hipopótamos saludaban á la aurora, jugando entre las olas; largas hileras de cocodrilos se calentaban á los primeros rayos del sol; grandes rebaños de búfalos con la cabeza baja y el cuello tendido, bebían en el río. A lo lejos, espléndidamente iluminados, bosques de mimosas y de acacias floridas rodeaban una aldea de Baggaras, esos intrépidos jinetes, esos audaces bandidos mal sometidos al Gobierno egipcio. Pronto el río se animó también; toda una flotilla de canoas ligerísimas, ahuecadas en troncos de tamarindos adelantó hacia el vapor; venía tripulada por pescadores de la tribu de los Chillouks, que poseen en la orilla occidental del Nilo Blanco un inmenso territorio. Sumisa al Egipto, esta tribu compacta, cuyas aldeas se suceden casi sin interrupción, cuenta más de un millón doscientos mil habitantes.

Si algún día la civilización llega á penetrar en estas comarcas, si sus innumerables tribus rivales llegan á unirse en un interés común, á obedecer á una sola voluntad, ¿cuán invencible poder alcanzará su jefe, qué influencia tendría en el mundo ese pueblo africano, tan desdenado hoy y á quien desprecian las menores naciones europeas! Pero las múltiples religiones, infinitamente variadas, ó por mejor decir, las creencias y supersticiones pseudo-religiosas, separarán siempre á sus multitudes: Los mahometanos demuestran un horror instintivo ó supuesto por los que acusan de paganos, quienes, por su parte, rechazan la religión del Islám, en cuyo nombre son sometidos y

despojados. Gracias á nuestros misioneros, el cristianismo sólo podrá tal vez agrupar todas esas almas extraviadas, reemplazando la superstición y la ignorancia por la creencia y la fe.

Los pasajeros del *Khedive* no vieron en todo el día sino la vanguardia de los Chillouks; los Baggaras ocupaban aún el territorio cruzado; al día siguiente, las aldeas sucedieron á las canoas de pesca y mientras la flota se detenía para tomar provisión de leña y de *doura*, sus pasajeros quisieron visitar una aldea y trabar conocimientos con sus habitantes.

Un Europeo, que, sin transmisión, sin estudios ni etapas preparatorias, cayera de pronto en plena Africa, en un pueblo Chillouk, se creería soñando; se preguntaría si no había sido transportado durante su sueño ó por repentina muerte á otro planeta. Figúrense un montón de chozas de tierra de cubierta cónica, semejando á un campo de enormes hongos; alrededor de la mayor parte de ellas, un cinturón de basura seca que los habitantes prenden fuego por la noche para alejar los mosquitos, detener los hipopótamos y los leones; en el centro de la aldea, una especie de plaza pública, sin más adorno que un árbol, del cual penden dos tambores destinados á reunir todos los habitantes en caso de alarma.

En esta plaza, cuyo suelo desaparece á trozos bajo esteras y grandes pieles de búfalo, dormitan los Chillouks acurrucados ó acostados en una notable inmovilidad, aspirando lentamente el humo de enormes pipas con re-

cipiente de tierra. Van desnudos completamente, pero su piel está cubierta de una capa espesa de basura de vaca ó de cenizas, para evitar la picadura de los insectos. Unos presentan color gris; son los pobres, que no han podido untarse sino con la ceniza de su hogar; otros, los ricos propietarios de ganados, son de un rojo sucio. No perdonan tampoco el rostro: su fisonomía entera se oculta bajo aquellos inmundos emplastos que parecen inherentes á la piel.

Sin embargo, no han perdido por completo el deseo de agradar; si descuidan su cuerpo, si reemplazan el traje por las capas de basura, prestan gran cuidado á sus peinados, les consagran días enteros y sacarían ventaja en este punto á la más coqueta de nuestras cortesanas. Los cabellos, endurecidos con arcilla ó goma, se levantan sobre la cabeza en forma de casco, de cresta ó de abanico; hasta los animales les sirven de modelos: los gallos y las pintadas reemplazan para ellos á las muñecas de nuestros peluqueros.

Las mujeres, ocupadas en los quehaceres de la casa, criando á sus niños, que se revuelcan en todos los lodazales, encargadas de ordeñar las vacas, hacia las que sienten gran respeto, consagran menos tiempo á su peinado: se contentan con cubrirse de rizos y de bucles. En cambio, demuestran algún respeto á su cuerpo, atándose á la cintura, por detrás y por delante, trozos de piel que descenden hasta la rodilla y forman así una especie de trusa que dejan descubiertos en toda su longi-

tud los muslos. El traje, aun tan incompleto, no es usado sino por las casadas: las jóvenes van desnudas completamente hasta su matrimonio, retardado muchas veces por diversas exigencias. Entre los Chillouks el marido es quien aporta el dote, que consiste en bueyes, cuyo número varía con su fortuna y que pasan á ser propiedad del suegro. Si la mujer abandona al marido ó éste la repudia, el padre tiene que devolver la dote; de este modo tiene grande interés en evitar querellas y renovar las amistades. Tal vez convendría introducir esa costumbre en Europa; las suegras, en lugar de atizar el fuego, se aplicarían á extinguirlo.

Mientras la reforma llega, felicitemos á la mujer Chillouk por su primitivo traje; pronto atravesaremos comarcas donde el hombre es quien se viste, en tanto que la mujer viuda, casada ó soltera, vieja ó joven, fea ó bonita, no hace uso jamás de la más ligera vestidura.

A ninguno de los Chillouks, aunque tan ricos en vacas, les ocurrió ofrecer una taza de leche á los europeos: su pereza, más fuerte que su curiosidad, los detenía en el sitio en que habían sido sorprendidos.

Abrían los ojos, contemplaban á los extranjeros, pero conservaban su inmovilidad absoluta.

Cubiertos de su basura ó de su ceniza, hubiéraseles tomado por cadáveres abandonados en un rincón, ó por momias del antiguo Egipto.

Algunos, sin embargo, se decidieron á seguir á los europeos cuando abandonaban la aldea. Parecían sombras con su lánguido movimiento, sus piernas extraordinariamente delgadas, sus bustos chatos, y sus cabezas, cuyo inmenso peinado hacía parecer aun más pequeñas. Iban unos armados con largas lanzas dentadas; otros con bastones gruesos por arriba, en forma de maza y terminados en punta aguda. Eminentemente prácticos, quieren los Chillouks que sus armas les sirvan también para la pesca; desdennan el arco y la flecha, que reemplazan por arpones destinados á los cocodrilos y á los hipopótamos.

Parecían dispuestos á ofrecer á los extranjeros el espectáculo de una pesca: muchos conducían sus canoas, que nunca dejan junto al Nilo, sino que tras de cada expedición, se la cargan á cuestras y suben á la aldea.

Empezaba la noche cuando el grupo de europeos, seguido de algunos indígenas, se dirigió hacia el Nilo; era momento oportuno para atacar á los hipopótamos. Estos animales, después de jugar todo el día en el agua, salen por la tarde á cualquier llanura, donde pastan como los demás rumiantes; sus condiciones de anfibios, les permiten alternar placeres. Los cazadores dejan penetrar á un hipopótamo en las tierras, y conocido el sitio en que se encuentra agitan antorchas, lanzan gritos y baten tambores; el animal, asustado, toma para volver al río el camino mismo que trajo á la salida, y entonces otros cazadores le arrojan al paso su terrible arpón, al cual está uni-

do, con una cuerda de unos veinte piés, un flotador ó boya. El hipopótamo herido se lleva el arma, se lanza al Nilo y capuza á la mayor profundidad que puede para ocultarse mejor; pero la boya sobrenada, le descubre y cuando debilitado por la pérdida de sangre, vuelve á la superficie, se le hiere de nuevo, se le remata y se le remolca á la orilla para destrozarle.

Los europeos presenciaron el ataque de un magnífico hipopótamo macho, y asistieron desde los botes que los conducían á bordo del vapor, á todos los incidentes de aquella caza ó pesca.

Durante más de una hora luchó el animal con la muerte, tiñendo con su sangre las aguas del Nilo, y apareciendo por intervalos en la superficie, levantaba su cabeza enorme, respiraba ruidosamente y fijaba su ojos saltones sobre las canoas que le rodeaban, estrechándole cada vez más. El señor de Morin, queriendo poner término á esta agonía, armó su carabina, apuntó y envió al animal una bala á la cabeza; el hipopótamo lanzó un terrible gruñido, saltó fuera del agua y después se hundió, dejando un gran remolino tras de sí.

Los indígenas habían protestado con sus gritos al ver al señor de Morin coger la escopeta; temían, sin duda, que tuviera la pretensión de recoger la res muerta. Cuando notaron que la herida no había sido mortal, se les vió pasar sin transición de la cólera á la más tumultuosa alegría; desde todas las canoas se reían y gesticulaban mostrándose el torpe eu-

ropeo que, dueño del trueno y del rayo en forma de fusil, había errado el golpe.

El señor de Morin tenía que tomar la revancha; recordó á tiempo la enseñanza de los buenos cazadores, y cuando diez minutos después volvió á aparecer la cabeza del animal, la apuntó detrás de la oreja, su punto débil, y le disparó.

Oyóse un último rugido, una queja espantosa; otra oleada de sangre tiñó el Nilo, y el animal moribundo no tuvo fuerza ya para esconderse en el fondo del río. Los indígenas se apoderaron de la boya, asieron la cuerda y remolcaron el hipopótamo hacia la orilla.

Con gran alegría de los negros, el señor de Morin, digno entonces de toda su consideración, pareció desdenar su parte de caza y ordenó á sus remeros abordar al *Khedive*; pero la escolta de la expedición, reunida sobre su barca, había seguido todas las peripecias del combate: dijose, sin duda, que la carne del hipopótamo aumentaría su ración; que curada al sol, daría excelentes comidas, y que era ridículo abandonar tan linda presa á aquellos miserables Chillouks, despreciables paganos. No bien lo pensaron, una docena de soldados se precipitaron en la lancha amarrada al *dahabieb*, ganaron la orilla, alcanzaron los indígenas y apoderándose de la cuerda que había servido para arrastrar el hipopótamo por la ribera, se aprestaron á su vez á remolcarle hacia la flotilla.

Los Chillouks empezaron á lanzar terribles gritos; unos corrieron á la aldea en busca de

refuerzos; otros tocaron el tambor pidiendo socorro, y de todas partes se vió acudir como por ensalmo una nube de indígenas con la maza en la mano y la canoa al hombro.

Los nubios habían ganado ya su lancha; arrastraban el hipopótamo y se acercaban al *dahabieb* cuando más de cien canoas, botadas al agua con pasmosa rapidez, unidas, compactas, no formando sino una sola valla llena de hombres furiosos blandiendo sus armas, lanzando gritos de muerte, avanzaron sobre la flota franco-egipcia.

Con unos cuantos disparos podían dispersar fácilmente á los Chillouks, no obstante su número; nada más cómodo también que lanzar el *Khedive* en medio de las canoas á todo vapor y sumergirlas; pero si este acto de barbarie podría agradar á algunos, la colonia europea y el capitán egipcio le hubieran hallado odioso, toda vez que los habitantes del país no atacaban sino provocados por los soldados nubios.

El señor de Morin que, desde su bote presenciaba la escena, comprendió que debía intervenir: dió orden á sus remeros para abordar la lancha de la escolta, y tomando un hacha, cortó sin más explicaciones la cuerda con que remolcaban el hipopótamo. Inmediatamente los Chillouks se detuvieron, y olvidando su venganza, pensaron sólo en recuperar la presa que se había intentado arrebatarles.

Hecha la restitución, el señor de Morin pensó que su misión no había terminado; se encaminó á la barca, en que los nubios, aver-

gonzados y descontentos, acababan de subir, llamó á Nassar, le reprendió seriamente por haber consentido á sus soldados aquel acto de piratería, y le mandó infligir inmediatamente diez latigazos á cada uno de los cinco hombres que abandonaron primero el *dahabieb*. En los momentos en que el vapor egipcio iba á separarse de la expedición, abandonándola á sus propias fuerzas, era de la mayor importancia establecer, por seguridad de todos, severa disciplina en la escolta, afirmando el *poder de castigar*, reconocido á los europeos.

La firmeza del señor de Morin produjo excelente efecto sobre todas aquellas gentes, siempre dispuestas á morder la mano que les acaricia, á besar la que les hiere, siempre que su fuerza y su derecho sean indiscutibles.

El blanco creció cien codos en el ánimo de los negros, y quedó reconocido como jefe de la caravana.

La flota siguió su marcha por el Nilo; durante el día descubrieron la ciudad de Fachuda, límite extremo del gobierno egipcio, y penetraron en nuevas regiones, en pleno país de los negros.

Al siguiente pasó la expedición frente á la desembocadura del Sobat, á nueve grados Norte, y pocas millas después ante el arroyo de la Girafa, que se arroja en el Nilo entre el Sobat y el de las Gacelas. Por último, dos horas más tarde llegaron á éste, donde los europeos, fieles á su itinerario, debían entrar, dejando al egipcio seguir por el Nilo Blanco hasta Gondokoro.

Después de despedirse entrañablemente del capitán del *Khedive*, de quien no tenían sino que alabarle, la señora de Guéran y sus compañeros trasbordaron al buque que se reservaban. Soltáronse los remolques, las anchas velas de los dahabiébs se tendieron al viento, y la expedición europea, desde entonces sin apoyo, sin protección, obligada á no contar sino con sus exclusivas fuerzas, se alejó mientras los cañones del *Khedive* la enviaban un último adiós.

Serías dificultades, obstáculos innumerables habían de detenerles desde la primer jornada, como para advertir á los viajeros, aconsejándoles que retrocedieran á tiempo, ó para averzarles desde el principio de su peligrosa campaña.

El río de las *Gacelas* (Bahr-el-Ghazal), que iban á remontar, en nada se parece al Nilo; este último corre majestuoso desde Khartum; cuanto más se acerca á sus fuentes, mayor parece; si alguna vez cerca de la orilla muestra hierbas flotantes, una ancha corriente pasa entre ellas marcando á los buques magnífica vía, casi siempre abierta y libre. El río de las

Gacelas, por el contrario, semeja á una ancha laguna, cuyas aguas duermen entre la poderosa vegetación; es preciso abrirse camino á viva fuerza por un estrecho canal; bosques de ninfas, de papiros gigantescos y de otras pequeñas plantas llamadas *selt* que llenan los huecos, colman los vacíos, entrelazan, por decirlo así, los obstáculos unos con otros.

La señora Tinne en 1863, Schweinfurth en 1869, Baker en 1870, fueron detenidos en aquella barrera vegetal; idénticos obstáculos opuso á la expedición de Enero de 1873. Llegó momento en que la flota se encontró imposibilitada de avanzar, á pesar de que el viento la favorecía y del poder de sus anchas velas.

La escolta entonces, los porteadores, los negros adultos libertados, tuvieron que dejar sus barcas, hundirse en la laguna hasta medio muslo, y remolcar una á una las embarcaciones.

Los señores de Morin, Periéres y Delange hubieran querido unir sus esfuerzos á los de sus subordinados; pero como Luis XIV, á quien su majestad encadenaba en la playa, estaban retenidos en su barca por el temor de decaer á los ojos de los negros; desprecian éstos tanto el trabajo manual, que desprecian al blanco imprudente que se mezcla con ellos y comparte sus fatigas.

Tenían, sin embargo, ocasiones mil de unirse á ellos, no para ayudarles, sino para protegerles: aquellos pantanos, aquellas islas flotantes, su inmensa vegetación, sirven

Después de despedirse entrañablemente del capitán del *Khedive*, de quien no tenían sino que alabarle, la señora de Guéran y sus compañeros trasbordaron al buque que se reservaban. Soltáronse los remolques, las anchas velas de los dahabiébs se tendieron al viento, y la expedición europea, desde entonces sin apoyo, sin protección, obligada á no contar sino con sus exclusivas fuerzas, se alejó mientras los cañones del *Khedive* la enviaban un último adiós.

Serías dificultades, obstáculos innumerables habían de detenerles desde la primer jornada, como para advertir á los viajeros, aconsejándoles que retrocedieran á tiempo, ó para averzarles desde el principio de su peligrosa campaña.

El río de las *Gacelas* (Bahr-el-Ghazal), que iban á remontar, en nada se parece al Nilo; este último corre majestuoso desde Khartum; cuanto más se acerca á sus fuentes, mayor parece; si alguna vez cerca de la orilla muestra hierbas flotantes, una ancha corriente pasa entre ellas marcando á los buques magnífica vía, casi siempre abierta y libre. El río de las

Gacelas, por el contrario, semeja á una ancha laguna, cuyas aguas duermen entre la poderosa vegetación; es preciso abrirse camino á viva fuerza por un estrecho canal; bosques de ninfas, de papiros gigantescos y de otras pequeñas plantas llamadas *selt* que llenan los huecos, colman los vacíos, entrelazan, por decirlo así, los obstáculos unos con otros.

La señora Tinne en 1863, Schweinfurth en 1869, Baker en 1870, fueron detenidos en aquella barrera vegetal; idénticos obstáculos opuso á la expedición de Enero de 1873. Llegó momento en que la flota se encontró imposibilitada de avanzar, á pesar de que el viento la favorecía y del poder de sus anchas velas.

La escolta entonces, los porteadores, los negros adultos libertados, tuvieron que dejar sus barcas, hundirse en la laguna hasta medio muslo, y remolcar una á una las embarcaciones.

Los señores de Morin, Periéres y Delange hubieran querido unir sus esfuerzos á los de sus subordinados; pero como Luis XIV, á quien su majestad encadenaba en la playa, estaban retenidos en su barca por el temor de decaer á los ojos de los negros; desprecian éstos tanto el trabajo manual, que desprecian al blanco imprudente que se mezcla con ellos y comparte sus fatigas.

Tenían, sin embargo, ocasiones mil de unirse á ellos, no para ayudarles, sino para protegerles: aquellos pantanos, aquellas islas flotantes, su inmensa vegetación, sirven

de escondite y de fortaleza á rebaños de cocodrilos y de hipopótamos. Por regla general, los cánticos, los clamores, los agudos gritos lanzados por la caravana, excitándose en la faena, bastan para ahuyentarles de antemano; véaseles huir hacia las espesuras, donde su instinto les decía que no podrían ser alcanzados: alguna vez, no obstante, uno de ellos, dormido entre los juncos, no despertaba hasta el último instante, y alzándose de pronto parecía dispuesto á atacar á los extranjeros bastante temerarios para pisar sus dominios. Entonces, uno de los jóvenes, ó los tres reunidos, cuya atención se fijaba en los gritos de terror de los negros, descendía de su barca, se hacía enseñar el animal y se dirigía á él: la lucha no era larga; aun los cocodrilos, no obstante su ferocidad, huyen cuando se ven atacados de frente.

Si estos incidentes del viaje, estos precipitados desembarques, estas cazas rápidas entretenían á la colonia europea, José, el ayuda de cámara, no parecía apreciarlas.

Había decidido su amo, para ocuparle, para impedirle una obesidad que pudiera tentar más tarde el apetito de los antropófagos, que le siguiese en todas sus excursiones con carabinas de repuesto y las municiones.

Obligado, como en campaña, á penetrar en los pantanos, á luchar contra las rebeldes hierbas, á afrontar los cocodrilos, José presentaba un triste aspecto y daba motivo á la alegría de la señora Beatrix Poles. Sin embargo, el desdichado bien merecía compasión; su

blanca piel, sus blandas carnes, excitaban la curiosidad y el apetito, no ya de los mismos cocodrilos, lo que no hubiera sido muy peligroso estando allí el señor de Morin para defenderle, sino de las sanguijuelas, de los moscardones verdes y de los mosquitos pintados, domiciliados en el río de las Gacelas. Sobre todo, las sanguijuelas le perseguían, penetraban bajo su ropa y le causaban sangrientas heridas; empezaba el desventurado á encontrar caros principios los de su viaje, tras de las bellas esclavas y los colmillos de elefante.

Mientras José se lamentaba, arrancando de su pantorrilla una sanguijuela testaruda que, no habiendo gozado nunca de semejante festín, persistía en continuarle, la señora de Guéran, la señora Poles, y los tres jóvenes, terminada su excursión, reclinados en su barca, á remolque de trescientos brazos, admiraban el paisaje.

Nada podría dar idea de tan curiosas regiones: rehúsa uno creerse navegando por un río, transportado en un buque; antes bien, parece tierra firme, una vasta pradera regada por arroyuelos, sembrado de estanques. El sol esmalta todas las aguas y aumenta el brillo á los tallos esbeltos, á las flores de todos colores, á las hierbas de todas clases que se bañan en ellas: nemifares blancos, rojos, azules; bosquecillos magníficos de papiros, cuyos tallos se elevan á veinte pies.

En estos tallos, gruesos como cañas dulces, amarró la flotilla al ponerse el sol: no permitía la oscuridad hallar camino en el canal es-

trecho, ni hubiera sido humano dejar á los remolcadores entre las hierbas, donde á cada paso podían desaparecer.

VI

A la aurora dieron la señal de partida los señores Periéres y de Morin; sin embargo, los porteadores, la escolta, los esclavos, continuaron inmóviles; acostados sobre el puente de su barca, apretados unos contra otros, inertes, se hacían los sordos á todo llamamiento.

El señor Periéres llamó á uno de los nubios de su servicio inmediato, ordenándole descolgase del mástil un tambor y redoblara largo tiempo. Obedeció el negro; pero tanto ruido no produjo el menor efecto en los pasajeros de las vecinas barcas; continuaron en su inmovilidad y su silencio.

Admirados, casi asustados los jóvenes, enviaron á buscar á Nassar el guía. Nassar llegó á los pocos minutos; parecía exasperado.

—¿Qué ocurre?—preguntó con viveza el señor de Morin.

—Ocurre, señor—respondió el guía,—que nuestra gente rehusa remolcar las barcas como ayer.

—¿Por qué?

—La escolta dice que se comprometió á protegeros, á defenderos si erais atacados, pero no para trabajar en la sirga.

—Y sus compañeros, ¿qué razones dan?

—Del mismo género; que son porteadores y no marineros.

—¿No creéis que tengan otros motivos?

—Dicen además que ayer les desgarraron las carnes los *om-suf*, y que no quieren exponerse más.

Así se llama en árabe una planta cubierta de agujijones que se clavan en la piel, cubriéndola de sangre.

—¿Y además?

—Por último, que hoy ha aumentado el peligro de penetrar en los pantanos, porque los hipopótamos y los cocodrilos se han aproximado durante la noche, rodeándonos.

—¿Qué habéis hecho para vencer la resistencia de vuestros hombres?

—Los he amenazado, pegado, y no me han obedecido.

—Pero ¿eso es un complot?

—Mucho lo temo; debe ser complot.

—Pues vamos—exclamó el señor de Morin;—jamás alcanzaremos nuestro objeto si desde el primer día no se hace entrar en razón á esos rebeldes.

Y se dirigió al puente volante establecido entre su barca y la de la escolta.

El señor de Periéres le detuvo.

—Amigo mío—le dijo,—os ruego no hagáis nada sin escucharme. Nuestro guía goza de influencia grande sobre sus hombres; ordina-

riamente le obedecen y le temen. Si, no obstante sus ruegos y aun sus castigos, persisten en desobedecerle, el complot es serio; preciso es destruirle ¡pardiez! creo como vos, pero no nos prodiguemos inútilmente. ¿Qué ibais á hacer? Mandarles, y si se os resistían saltar la tapa de los sesos al más rehacio. Cualquiera día podemos hallarnos reducidos á ese extremo: tal vez hoy dispongamos de otros medios para intimidarles.

—¿Sabéis alguno?—preguntó el señor de Morin.

—Creo haberle hallado. ¿Me dejáis emplearle?

—Con el mayor gusto. Deseo no matar; sólo en interés de todos, ser obedecido.

—Lo seréis, respondo.

El señor Periéres llamó á Nassar, que se había alejado discretamente.

—¿A qué hora—le dijo—comen por primera vez vuestros hombres?

—Hacia las siete—respondió el guía.

—¿Dónde se encuentran las provisiones que se les destinan?

—Sobre esta barca: ya están preparando el doura y la carne que les prometisteis ayer en premio de sus fatigas.

—Bueno: dad orden á los cocineros de interrumpir su obra. La escolta y los porteadores no comerán hasta que hayan trabajado. Es inútil advertirles; volved á su lado, y dejadles reposar tranquilamente.

Próximamente una hora después de la anterior conversación, se produjo cierto movi-

miento entre los nubias: empezaban á revolverse, á estirarse algunos hasta ponerse completamente en pie.

Empezaban á sentir apetito, y como los animales de una casa de fieras se agitan en sus jaulas al acercarse la hora del cebo, pronto todos los negros de la expedición se pusieron á pasear lanzando tiernas miradas á la barca de los amos, donde se les preparaba diariamente el desayuno. La hora pasó, las nieblas matinales se disiparon, el sol se hizo ardiente, y el almuerzo no parecía: soldados y porteadores empezaron á murmurar, á gesticular, á quejarse, y el más atrevido ó más hambriento entre todos se dirigió á Nassar, que fumaba tranquilamente sentado en un rincón.

—Tenemos hambre—dijo el nubio.

—Pues comed—respondió el guía aspirando una bocanada de su pipa.

—No podemos, no nos traen comida.

—Es que no hay quien os la traiga. Id á buscarla.

El negro volvió junto á sus camaradas y les participó la contestación del guía.

—Tiene razón—exclamaron muchos.

Una docena de nubios fueron diputados por el resto en embajada extraordinaria.

Llegaron á la barca de los señores, se escurreron tímidamente hacia la proa, junto á la cocina y la despensa, y quedaron aterrados al descubrir que una y otra estaban herméticamente cerradas.

Vista su decepción, el señor de Periéres se les llegó como casualmente y les preguntó

29750

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTREY, MEXICO

qué hacían sobre su barco sin haber sido llamados.

—Veníamos —balbuceó uno— á buscar comida.

—¿Qué comida?—exclamó el francés fingiendo asombro.—Ya no tenemos por qué alimentarnos, pues que habéis cesado en nuestro servicio.

Los de Khartum empezaban á comprender.

—Mis amigos y yo—continuó Periéres con auxilio del intérprete Ali,—consentíamos en partir con vosotros nuestras provisiones en la esperanza de llegar mañana al país de los Nouers, y pronto luego al Mechra del Rek; pero puesto que no queréis remolcarnos, nos vemos amenazados de continuar largo tiempo en este sitio, y guardamos para nosotros todos los víveres. Si os decidís á trabajar, comeréis; en cuanto al almuerzo, le suprimo. Repetid mis palabras á vuestros compañeros, y no volváis sin que se os llame.

Lo nubios se retiraron con las orejas gachas y dieron cuenta de su embajada: oyéronse primero grandes murmullos, después voces; luego, arrastrados por los más razonables, compelidos sobre todo por su estómago, todos los negros, soldados, porteadores y esclavos, descendieron al pantano, asieron los cables y emprendieron la sirga.

Dos horas más tarde, el señor Periéres les hacía subir á su barca, donde les esperaba un sustancioso desayuno, añadido con grandes ollas de café: agradecidos á este cuidado, pero dominados ante todo por la firmeza de los eu-

ropeos, no tardaron los remolcadores en volver al trabajo, y no obstante su lentísima marcha, pudo la flotilla llegar por la tarde á la comarca de los Nouers.

Esta numerosa tribu, cuyo territorio se extiende al Sud de los Chillouks, tiene casi las mismas costumbres que éstos. Pero si esta semejanza nace de su proximidad, también ésta les hace irreconciliables enemigos; en Africa es bastante que se toquen dos razas, para que se odien y se combatan. Por lo mismo, la tribu Nouers es de las más guerreras, pronta siempre á defender su frontera del Norte contra los Chillouks, y su frontera del Sud contra los Dinkas.

No bien los habitantes de una aldea descubrieron las embarcaciones de los europeos, se precipitaron en sus canoas, amontonando en ellas cabras y carneros para trocarlos por vidrios. Por unas cuentas de color, representando apenas dos pesetas ó diez reales, obtenía el señor Delange, encargado de las provisiones, un magnífico carnero. José, testigo de las compras, estaba encantado: no le engañaban, pronto alcanzaría el país dichoso donde podría acaparar, con baratura extrema, marfil y... esclavas.

La flota llegó pronto, no obstante los obstáculos de su camino, al punto en que un afluente importante, el Bahr-el-Arab, se une al río de las Gacelas, si puede llamarse río al inmenso pantano obstruído y sin corriente.

Gracias á esta confluencia, se ensanchó el canal, las masas vegetales se apartaron, y la

marcha de las embarcaciones pudo ser más rápida; ya no había necesidad de remolcarlas; los remos y los bicheros bastaron, y poco después pudieron trabajar las velas.

Al siguiente día por la tarde llegaban al puerto de Rek, establecimiento enclavado en territorio de los Dinkas, sobre un islote rodeado de insalubres lagunas. El viaje por agua había concluido; los europeos habían de formar ya su caravana definitiva, para continuar á pie el camino hacia el Sud.

Una semana entera hubo de correr antes que los comerciantes de Rek pudieran proporcionar á la expedición los numerosos porteadores que necesitaba. Era también preciso desembarcar los equipajes, las provisiones y los mil objetos de cambio hasta entonces transportados á bordo.

Todo esto exigía tiempo, y con objeto de ocupar sus ocios, con el de alejarse sobre todo algunas horas de las pestilentes lagunas donde tantos europeos han sucumbido, los franceses resolvieron cazar elefantes por las cercanías.

VII

El capitán inglés Burton afirma en una de sus obras que el elefante tiene una inteligencia igual, no ya á la de los africanos, sino de un gran número de europeos.

Séanos permitido dedicar algunas líneas á ese animal, creado por la naturaleza para nuestra mayor humillación.

Primeramente, admira que el africano le utilice como bestia de carga, al igual del Asia, donde tan buenos servicios presta. Dáse como razón de esta rareza, que el elefante africano es más fiero, más peligroso que su hermano asiático, por lo que sería imposible domarle y educarle: este pretexto no tiene fundamento alguno; los jeroglíficos y las medallas nos enseñan que en el antiguo Egipto el elefante estaba domesticado. Es preciso fijar el motivo verdadero de su inutilidad presente, en la torpeza, el descuido, la pereza del árabe, del turco y del negro; jamás tendrían paciencia para esperar el entero crecimiento de un animal que se desarrolla tan lentamente, en razón del número de años de su vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

que ya nadie duda que en algunos puntos alcanza la edad de tres siglos.

El espíritu mercantil, la rapacidad de las tribus africanas, han contribuido también á hacer del elefante un objeto de comercio; se olvidan los servicios que podrían prestar su fuerza, su agilidad pasmosa; el animal desaparece; no se ve más que el marfil. Para procurársele, para proporcionar á los mercaderes, insaciables siempre, el número de colmillos pedidos, para obtener en cambio collares, brazaletes, cobre ó hierro, los indígenas organizan terribles batidas, inmensas hecatombes, que harán pronto tan raro el elefante como el mastodonte antidiluviano.

Cuando se reflexiona que el marfil es un objeto de lujo, que su mayor servicio es el adorno, y todavía en corta escala, no puede evitarse deplorar la próxima desaparición de una de las más bellas especies animales creadas. Contrista, sobre todo, pensar en las fatigas, en los sufrimientos, en las verdaderas torturas sufridas por millares de personas por satisfacer un capricho europeo. Al hallar en el tocador de alguna de nuestras cortesanas un juguete de marfil, la imaginación nos transporta al interior del Africa; vemos largas caravanas de esclavos encorvados bajo el peso de los colmillos de elefante; vemos cien tribus combatir por arrebatarse sus provisiones de marfil, y enriquecerse á costa de la inmediata... Debemos repetirlo: la inmensa mayoría de las guerras civiles que despueblan esa parte del mundo, son provocadas por la trata de

esclavos y por el comercio del marfil; dos industrias fatales que se encadenan y derivan una de la otra.

Pero sin deplorar más tiempo al africano, ocupémonos de sus cazas bárbaras, de la ferocidad que despliega en sus expediciones contra el elefante.

Cazadores como Baldín, los hermanos Poucet, Baker ó Cumming, atacan abiertamente al animal procurando herirle tras de la oreja ó en el pliegue del brazo: generalmente entonces cae como una roca, sin sufrimientos ni agonía. Si se hierra el tiro, el peligro es inmenso: el coloso se lanza sobre el cazador, y en la llanura no puede escapársele el mejor corredor. Lucha de un hombre contra un enemigo inteligente y fuerte, que se escapa á nuestra crítica.

Algunas tribus africanas exponen también su vida: organizan grandes batidas para encerrar poco á poco sus elefantes en un pequeño espacio, que cercan silenciosamente por la noche con fuertes empalizadas ó redes de lianas. Retíense luego los habitantes de todas las aldeas cercanas, y procuran derribarles á flechazos: pero si las barreras son suficientes para impedir la fuga del enemigo, no siempre bastan para su cólera y su sed de venganza: á veces destruye todos los obstáculos, se precipita sobre los sitiadores y hace entre ellos horrible carnicería.

En otras comarcas, los cazadores á caballo, empiezan por fatigar al elefante haciéndole correr largo tiempo; cuando le ven rendido,

uno se pone ante él para llamar su atención sobre un solo objeto, haciéndose perseguir, mientras otro desmonta y clava por detrás al animal una lanza de tres ó cuatro metros, destinada á perforarle los intestinos. Si el elefante no cae en el momento, el segundo cazador queda en poder de su furioso enemigo.

Los negros del interior son generalmente demasiado cobardes para exponerse á tales peligros; demasiado perezosos para perseguir un elefante aislado: necesitan grandes matanzas, vastas carnicerías, donde la victoria es segura, el valor inútil y la ganancia considerable.

Apenas se descubre un rebaño de elefantes, millares de hombres se congregan á los ecos del tambor, como si trataran de defender su país de una invasión; ojean el enemigo, que acaba por refugiarse en la selva ó entre las altas hierbas de la llanura. Los negros entonces prenden fuego por todo alrededor; los elefantes se encuentran en un círculo de humo y llamas que no pueden franquear y que se estrecha cada momento; asfixiados, cubiertos de quemaduras, sucumben en horrible agonía.

Los señores de Morin, Periéres y Delange, fiaban únicamente en su valor, su habilidad y su sangre fría, aunque no hubieran creído deber tomar el consejo de Livingstone, que dice:

«El grito de guerra del elefante furioso, suena á los oídos de su enemigo como el silbato de una locomotora á los del viajero sorprendido por el tren sobre un ferrocarril sin

salida; recomendamos, pues, á los *nemrods en fárfara* que pretendan intentar su peligrosa caza, que se adiestren colocándose sobre un camino de hierro y permaneciendo hasta que el tren en marcha se halle no más á pequeña distancia.»

Hemos dicho que la señora de Guéran y la señora Poles debían, si no cazar, por lo menos acompañar á los cazadores; se unieron también á los dos intérpretes y una docena de Nubios y Dinkas escogidos de la escolta. Nassar hubo de quedarse en Rek para vigilar los preparativos de la partida próxima, los cuarenta soldados que le restaban, y los portadores nuevos y antiguos; hubiera sido imprudente dejar entregados á sí mismos aquellos hombres durante la ausencia de sus amos; no hubieran dejado de armar querella contra los habitantes, comprometiendo á los europeos.

El señor de Morin, persuadido de que su ayuda de cámara no le prestaría servicio alguno en la excursión, le había dispensado de acompañarle; pero el amor al marfil triunfó en José de su pereza y su cobardía: impetró el favor de acompañar á su amo, y éste, tomando por afecto lo que no era sino avaricia, le permitió unirse á los cazadores.

A caballo, sin exceptuar á la señora Poles, quien hubo de reconocer que á pie retardaría la marcha, se pusieron en camino como á las cinco de la mañana. Después de cruzar los pantanos, se dirigieron hacia una llanura situada junto á la selva, donde decían que gran número de elefantes se habían domiciliado. Los

indígenas, advertidos desde la víspera de la llegada de los europeos, salieron á su encuentro; iban acompañados de su hechicero, porque cada tribu posee un encantador de elefantes, que consultan siempre antes de la caza: si declara que no puede realizarse sin peligro, todo el mundo suelta las lanzas y las flechas, y se vuelve á su casa; si, por el contrario, piensa que puede intentarse, todos agitan sus armas y corren al enemigo. Cuando se le distingue, el encantador se considera obligado á espetarle un discurso: «¡Oh jefe, le grita; venimos á matarte! ¡Oh jefe, como tantos otros, moriréis! ¡Los dioses me lo han dicho esta noche, y antes de la próxima, os comeremos!»

No obstante este discurso y esas bravatas, los negros, por lo general ponen pies en polvorosa á la vista del coloso, si desemboca bruscamente en una llanura donde no se encuentren burladeros; esto había de ocurrir en los principios de la caza que describimos: mientras los europeos se preparaban á penetrar en la selva para iniciar un ojeo, oyóse un gran ruido entre los tallares, y vióse salir una hembra con su cría; en el acto los indígenas, incluso el hechicero, huyeron en todas direcciones, dejando á sus huéspedes entregados á sus propias fuerzas.

VIII

El elefante no pareció notar la presencia de los cazadores; jugaba con su hijuelo, que contaría tres años, balanceando alegremente la trompa, abanicándose con sus enormes orejas, y agitando la cola en señal de contento. Cuando se cansó de estos juegos, aproximóse á un árbol que los árabes llaman *heglig*, y pareció saborear voluptuosamente sus frutos conocidos con el nombre de *lébé*; su apetito se excitó sin duda en vez de aplacarse, y se la vió internarse en un pantano, donde, después de jugar otro poco, empezó á buscar semillas de papiro, en árabe *suteb*, que el elefante de la cuenca del Nilo prefiere aun al *lébé*.

El señor de Morin, como buen *sporman*, había tomado la dirección de la caza, encargando severamente á la escolta que no hiciera fuego hasta su orden; sin embargo, un Dinka, más entusiasta que los restantes, le desobedeció, disparando su carabina.

Inmediatamente la elefante interrumpió su comida, levantó la cabeza y procuró descubrir su enemigo; no pudo conseguirlo, porque los elefantes tienen muy mala vista, pero su olfato es sutilísimo, y en el caso presente la bastó: olió la pólvora y, sin vacilar, sin equi-

indígenas, advertidos desde la víspera de la llegada de los europeos, salieron á su encuentro; iban acompañados de su hechicero, porque cada tribu posee un encantador de elefantes, que consultan siempre antes de la caza: si declara que no puede realizarse sin peligro, todo el mundo suelta las lanzas y las flechas, y se vuelve á su casa; si, por el contrario, piensa que puede intentarse, todos agitan sus armas y corren al enemigo. Cuando se le distingue, el encantador se considera obligado á espetarle un discurso: «¡Oh jefe, le grita; venimos á matarte! ¡Oh jefe, como tantos otros, moriréis! ¡Los dioses me lo han dicho esta noche, y antes de la próxima, os comeremos!»

No obstante este discurso y esas bravatas, los negros, por lo general ponen pies en polvorosa á la vista del coloso, si desemboca bruscamente en una llanura donde no se encuentren burladeros; esto había de ocurrir en los principios de la caza que describimos: mientras los europeos se preparaban á penetrar en la selva para iniciar un ojeo, oyóse un gran ruido entre los tallares, y vióse salir una hembra con su cría; en el acto los indígenas, incluso el hechicero, huyeron en todas direcciones, dejando á sus huéspedes entregados á sus propias fuerzas.

VIII

El elefante no pareció notar la presencia de los cazadores; jugaba con su hijuelo, que contaría tres años, balanceando alegremente la trompa, abanicándose con sus enormes orejas, y agitando la cola en señal de contento. Cuando se cansó de estos juegos, aproximóse á un árbol que los árabes llaman *heglig*, y pareció saborear voluptuosamente sus frutos conocidos con el nombre de *lébé*; su apetito se excitó sin duda en vez de aplacarse, y se la vió internarse en un pantano, donde, después de jugar otro poco, empezó á buscar semillas de papiro, en árabe *suteb*, que el elefante de la cuenca del Nilo prefiere aun al *lébé*.

El señor de Morin, como buen *sporman*, había tomado la dirección de la caza, encargando severamente á la escolta que no hiciera fuego hasta su orden; sin embargo, un Dinka, más entusiasta que los restantes, le desobedeció, disparando su carabina.

Inmediatamente la elefante interrumpió su comida, levantó la cabeza y procuró descubrir su enemigo; no pudo conseguirlo, porque los elefantes tienen muy mala vista, pero su olfato es sutilísimo, y en el caso presente la bastó: olió la pólvora y, sin vacilar, sin equi-

vocarse, se lanzó, seguida de su hijuelo, hacia el sitio en que se había disparado el tiro.

Nada puede dar idea del ruido que produce un elefante á la carrera; tiembla la tierra y se agita bajo sus anchos pies; creeríase que se va á abrir para dar salida á algún volcán escondido; sospecharíase el sordo redoble del trueno, cuando sin estallar todavía rueda ya en lontananza. Todo lo que á su paso se opone á la impetuosa carrera del coloso, es pisoteado, roto, arrancado: las hierbas más altas desaparecen, los breñales se deshacen, los montículos se hundén, árboles enormes son á veces desarraigados, y toda la sementera de un distrito destrozada.

Los dos elefantes, madre é hijo, pasaron junto á los europeos sin ocuparse de ellos, sin parecer percibirles; seguían obstinadamente el camino que se habían propuesto, recto al invisible enemigo cuyo disparo había denunciado la presencia y revelaba el escondite.

Todos los negros de la escolta huyeron al galope; únicamente el Dinka, que más interés tenía en alejarse, estaba desmontado: su caballo, espantado por la detonación, le había arrojado y corría por la llanura. El desdichado, reducido á sus piernas, corría con una rapidez pasmosa; pero á pesar de todos sus esfuerzos fué bien pronto alcanzado. La elefante le cogió con la trompa, le levantó y le arrojó por tierra para pisotearle; es raro, efectivamente, que estos animales se precipiten sobre el adversario y le aplasten con su peso; prefieren servirse de la trompa, como nosotros

de las manos, y derribar primero al que luego quieren ahogar.

Un Nubio ó cualquier otro negro hubiera llegado al suelo medio desvanecido, aterrado á los pies de su terrible enemigo; los Dinkas, cuyo valor hemos elogiado anteriormente, saben conservar sangre fría en los más peligrosos instantes; el que ahora acababa de caer en tierra, después de ser tan bruscamente elevado, se levantó rápidamente y corrió á esconderse bajo el vientre del hijuelo. La madre, admirada del imprevisto incidente, pareció reflexionar; después, sin precipitarse, mirando cariñosamente á su hijo, se acercó y recuperó delicadamente su prisionero.

El Dinka renovó la maniobra: obtuvo el mismo éxito; pero la elefante, cuya cólera parecía apaciguada, volvió á enfurecerse, cogió violentamente al negro, y sosteniéndole en el aire, hizo girar rápidamente su trompa para atudirle é imposibilitarle la huida.

Un minuto más, y el infeliz estaba perdido. De pronto sonó un tiro, y el elefante pequeño cayó; el señor de Periéres le había muerto. En la imposibilidad de disparar sobre la madre, sin el peligro de herir al hombre que zamarreaba ante su cabeza, temiendo con razón, que si solamente la hería, se enfurecería más aún y no perdonaría á su víctima, por último recurso, en fin, disparó sobre el hijuelo para distraer á la hembra.

Ese rasgo de audacia, triunfó: aterrada, desesperada la desdichada bestia, en lugar de aplastar al negro, que ya tenía á sus pies,

le abandonó por correr en socorro del herido. Se inclinó, se arrodilló á su lado, paseó lentamente su trompa por él buscando su herida; la encontró, tomó agua de su estómago para lavarla; luego, como si quisiera impedir á la sangre que se vertiera, se acercó al hijuelo, se oprimió contra él, intentando con su carne crearle nueva carne.

Oíanse sordos gemidos, que tenían algo de humano; de sus ojos, tan expresivos no obstante su pequeñez, hubiéranse podido ver correr gruesas lágrimas.

Sin embargo, el hijuelo luchaba en vano contra la muerte; agitose convulso, cayó de lado, sus patas quedaron rígidas y espiró.

La elefante, después de lanzar una última queja, un grito aún más lamentable que los anteriores, se levantó bruscamente y pensó sólo en vengarse.

El Dinka huía siempre; lejos ya, faltábale poco para alcanzar la selva, y con ella refugio seguro.

La persecución era inútil, y la elefante lo comprendió; tal vez también con su maravilloso instinto, se dijo que aquel hombre no era su verdadero enemigo, que otros cazadores debían ocultarse tras de cualquier arbusto; era necesario descubrirles y matarles, vengando la muerte de su hijo.

Paseaba su trompa en todas direcciones, aspirando el aire, mientras sus ojos, enfurecidos de nuevo, procuraban distinguir tras de las hierbas.

Por fin el coloso partió hacia el sitio que la

señoras de Guéran, Poles y sus compañeros ocupaban desde el principio.

El peligro era inmediato, inminente, terrible: el animal estaba ya á treinta pasos.

Sonaron tres tiros, y la elefante, herida en la espaldilla, cayó inerte.

Los cazadores dejaron su espesura y se acercaron prudentemente, como se les había aconsejado: hanse visto elefantes que, creyéndose muertos, estaban solamente heridos, levantarse bruscamente para lanzarse sobre sus enemigos en un supremo esfuerzo y espirar á los pocos instantes sobre sus cuerpos mutilados. Esta estaba tan bien muerta, que el mismo José no temió acercarse, después, sin embargo, de haberla disparado su escopeta, cerrando los ojos; no desperdiciaba precauciones, y sabía en la ocasión mostrarse audaz contra un enemigo imposibilitado de defenderse.

Los indígenas de la comarca, que huyeron á la aparición de los elefantes, no habían abandonado el campo por eso; ocultos á respetable distancia, seguían las peripecias de la caza; no bien cayó el coloso, acudieron de todos los puntos del horizonte con el mismo entusiasmo que en huir pusieron; luchaban en rapidez hasta con los milanos y los buitres, que por su parte habían descubierto presa y descendían del cielo, donde antes no se les distinguía, por su parte en el festín.

«Muchas veces, dice Schweinfurth, he tenido ocasión de observar cosa semejante, sobre todo cuando el tiempo es raso. Casi en el mo-

mento que una res cae, veis en el cielo puntitos negros que luego crecen, y son seguidos de otros, que crecen á su vez, que se aproximan, que se dibujan, que son milanos, buitres y demás aves de las que comen carne muerta y que vienen á tomar parte en el botín: creeríase que el cielo, como se figuraban los antiguos, está dividido en pisos, desde donde las aves carniceras, siempre al acecho, se precipitan de sus diversas regiones, en cuanto descubren aquí abajo cualquier cosa que los atrae.»

Reunidos en torno de la elefante, y disputando con las aves de presa, medían los indígenas el coloso que debían repartirse; era hembra en su completo desarrollo, y alcanzaba la altura de 2^m,64, que es próximamente la que alcanzan la mayoría de los machos de la especie asiática.

José fué víctima de la más cómica desesperación al observar que sus amos abandonaban á los indígenas, no sólo el cuerpo del animal, sino también sus magníficos colmillos. ¡Qué! ¡Tan poco caso hacían de aquellos preciosos dientes, tema de todos los sueños, por los que había abandonado su querida calle Taibout, su amistad con los mozos de Tortoni, su intimidad con el picador del Helder, el profesor del árabe y su amable negra! ¡Aquel maravilloso marfil, de quien un comerciante parisien hubiera sacado tan gran partido, que se hubiera trocado tan pronto en preciosidades de *toilette*, le veía ahora dar á miserables negros, medio desnudos, ignorantes por lo mismo del uso del cepillo y de los polvos de arroz! Por

fortuna, la caza no había terminado; renació su esperanza.

La muerte del elefante pequeño, el dolor de su madre, la agonía de tan inteligentes animales, habían producido viva impresión en los cazadores, calmando un tanto su ardor bélico; pero les contaban tantas maravillas de la selva vecina; jamás habían penetrado en semejantes espléndidas espesuras, donde la Naturaleza parece haber prodigado sus magnificencias; se sentían atraídos hacia sus antros sombríos, sus misteriosas profundidades, y quisieron conocerlas.

IX

Eran próximamente las dos de la tarde, cuando el grupo de europeos penetró en la selva; su escolta de Dinkas y de Nubios, que había logrado reunirse, les seguía. Muchos indígenas, renunciando á obtener de sus camaradas parte en los animales muertos, se decidieron también á servir de guía á los blancos, con la esperanza de que obtendrían éstos caza fructuosa y continuarían abandonándoles generosamente la presa. La selva corría al Sudeste por una docena de leguas; un pantano, al presente seco, había prestado á la vegeta-

ción gran desarrollo: las acacias, las mimosas, el *talán*, el tamarindo, el sicomoro, alcanzaban á gran altura, y el *estercoreo*, cuyo tronco se adelgaza gradualmente, se elevaba á cien pies. Todos estos árboles, en su mayoría gigantes-cos, se entrelazaban por matas de papiros implantados en un charco, resto de la antigua laguna, por bejucos inmensos, por altas gramineas formando impenetrables malezas, por cálamus de espinas aceradas.

Un calor sofocante reinaba bajo el espeso follaje: hubiérase creído cualquiera en una estufa excesivamente caldeada. No obstante, los europeos, entregados por completo á la admiración, olvidaban quejarse de él: seguían el lecho de un arroyuelo cristalino como una fuente, cubierto de un toldo de lianas coquetamente entrelazadas, y bordado de matas de gamones con flores blancas y amarillas, con frutos escarlata. Un rayo de sol, penetrando por entre el ramaje, abrillantaba flores y frutos, reflejando como plata líquida en el arroyo. De pronto desembocaron en un claro; las aguas que en él se perdían, las grandes sombras que le rodeaban, le hacían tan verde como una pradera normanda. Los europeos y su escolta se detuvieron á descansar, mientras los indígenas se internaban en la espesura para buscar la pista de los elefantes.

Habría pasado media hora escasa, cuando volvieron todos lanzando grandes gritos; la mayor parte, sin acordarse de los extranjeros, huía en todas direcciones ó escogía los árboles más altos y gruesos para escalarles con agili-

dad asombrosa; otros, más conocedores de sus deberes, se llegaron á los blancos, para decirles que un rebaño numeroso de elefantes se dirigía al claro. Según los primeros, se trataba de una veintena, entre hembras y machos; los segundos decían que un centenar; los últimos gritaban que más de mil. Nada tan curioso como la exageración de los africanos: sin la menor noción de aritmética, son invencibles en la multiplicación; pero, aun contando con ella, era indudable que un formidable ejército recorría la selva, y encaminaba su paseo hacia el sitio en que se hallaban.

—Propongo—dijo Delange,—dejar en paz á los elefantes, y huir como esa gente.

—¿Cómo?—exclamó indignada la señora Poles:—¡se nos presenta la ocasión de ver un espectáculo único, y al levantarse el telón abandonaríamos la butaca!

—Permitidme recordaros, mi querida señora Poles—objetó Periéres,—que no hemos venido al Africa precisamente para cazar elefantes. Buscamos más noble objeto y no tenemos derecho á gastar nuestras fuerzas ni exponer nuestra vida, mientras no le hayamos alcanzado.

—Nadie os habla de cazar—repuso la testaruda inglesa:—no me parece estar loca, y no me ocurre declarar la guerra á un ejército de elefantes, pero sin peligro, yo creo, podemos permanecer aquí algunos instantes contemplando nuestros visitantes. Si se les ocurre aproximarse, nuestros caballos nos llevarán prontamente lejos de su alcance.

—Eso es fácil de decir—replicó el señor Perières:—nuestros caballos jamás podrán galopar en estas espesuras, y gracias que puedan andar; los elefantes, por el contrario, no tienen que temer las malezas, ni las espinas, ni aún los arboles, y nos alcanzarían en un instante si les pasara por las mientes.

—Lo que decís es tanto más cierto, mi querido Perières—añadió el señor de Morin, que aún no había dado su parecer,—que yo no monto; tengo más confianza en mis piernas que en las de mi cabalgadura.

—Entonces ¿estáis decidido á permanecer aquí?—preguntó el señor Delange.

—Absolutamente decidido, si la señora de Guéran no me ordena marchar.

—¡Por Dios, señores!—exclamó la baronesa,—bien quisiera, no os lo oculto, pero es ya demasiado tarde para tal orden. Nuestros caballos ya no se ocupan de pastar; dirigen todas las cabezas hacia el mismo punto, enderezan las orejas, tiemblan: su instinto les dice que un poderoso enemigo les amenaza. ¡Ved! ¡Ya emprenden la fuga!

Efectivamente, los caballos, en libertad en el claro á usanza árabe, se escapaban asustados en todas direcciones.

—Aún es tiempo de emprender la retirada—dijo el señor Delange.—Me conocéis, sabéis que no conozco el miedo; pero las temeridades son perfectamente inútiles.

—Sin duda—añadió Perières.

La señora de Guéran miró al que acababa de hablar: parecía que su mirada encerraba

un reproche, que reprochaba al señor Perières compartir la opinión del doctor, rehusando afrontar el peligro.

Se hallaba tal vez en uno de los momentos del alma, que vuelven á las mujeres temerarias; sufría quizás por la falsa situación en que se hallaba entre dos hombres que la adoraban, que ardían en deseos de decírselo, y cuyas protestas no podía escuchar; preguntábase si la prueba á que por su orden se sometían no era superior á las fuerzas de todos; llegaba tal vez á confesarse que se exponía á serios peligros, que se preparaba un porvenir tristísimo: ¿no sería mejor para ella, para ellos, y aun por aquel á quien buscaban, á quien querían libertar, que la situación se desenlazase bruscamente, en aquel día, en aquella selva, en aquel claro? ¿Por qué afrontar nuevos peligros, á los que tarde ó temprano se sucumbiría? ¿No era preferible perecer de muerte violenta en aquel delicioso sitio, á extinguirse miserablemente, sin fuerzas ya, agotadas por la fiebre? Al menos hoy moriría con la conciencia serena: ¿podía asegurar que no tuviese, en el próximo futuro, ninguna debilidad que reprochase, ninguna falta que deplorar?

Todos estos pensamientos que, en virtud de nuestro derecho de análisis, la atribuímos, y que sin duda había acariciado anteriormente, no podían ahora ocupar su espíritu: apenas había levantado los ojos hacia el señor de Perières, como para reprocharle querer huir, cuando la retirada se hizo imposible, y vivas emociones cambiaron el curso de sus ideas.

Del otro lado del claro, como á doscientos metros del sitio en donde los europeos se encontraban, surgía un gran estruendo: semejábase á los mugidos de la mar furiosa, á los ruidos de las olas, empujadas por la marea y el viento en alguna profunda caverna, bajo las rocas. Se levaba de la selva como una amplia queja; el follaje, los árboles, gemían; todo se agitaba y temblaba en el aire; nubes de pájaros, ahuyentados de sus retiros, huían á todo vuelo, lanzando largos chillidos; un rebaño de búfalos, ocultos por las altas hierbas, se levantó de pronto, tendió los hocicos, aspiró ruidosamente, y después, temeroso, partió en impetuosa carrera. Por último, la tierra misma tembló bajo el peso enorme que la hollaba, y vieron una cincuentena de elefantes, elevando su cabeza sobre las malezas, navegando sobre las hierbas más altas, desembocar en el claro en batallón macizo.

X

Los elefantes no parecían sospechar la presencia de cazadores en las cercanías. Dueños del país, soberanos de la comarca, acostumbrados á ver huir ante ellos todos los huéspedes de la selva, incluso el león, que jamás

los ataca, no podían suponer que en el instante en que en tan gran número se encontraban reunidos, unos cuantos débiles humanos osaran disputarles el terreno.

Llegados al claro que buscaban sin duda para descansar y jugar á gusto, rompieron filas, y sin temor, sin preocupación, se esparcieron entre las hierbas, según su tendencia ó su capricho. Eligieron unos alfombras de musgo donde acostarse; otros marcharon tras su habitual comida, hojas de mimosa ó de *arruel*, apellidado *el pan del elefante*; éstos se detuvieron ante el charco, tomaban agua con sus trompas, y se lavaban el cuerpo para librarse de las impurezas del camino; aquéllos, los jóvenes, los que sólo contaban como sesenta años, jugueteaban alegremente, agitaban sus anchas orejas en señal de contento, entrelazaban fraternalmente sus trompas, ó se perseguían por el claro.

Levantaban gran ruido, pero todo era silencio en torno; la selva callaba; sus huéspedes habían huido, y hasta la Naturaleza parecía enmudecer.

Los europeos, sus intérpretes y tres hombres de la escolta, que les habían permanecido fieles, se estrechaban sobre un pequeño espacio claro; ocultos por las hierbas altas, no podían ser vistos, y nadie alzaba su voz; la prudencia ordenaba á los unos callarse; la admiración impedía hablar á los otros.

En efecto, tenía algo de fantasmagórico el espectáculo que se desenvolvía ante sus ojos: aquellas negras masas agitándose en un mar

Del otro lado del claro, como á doscientos metros del sitio en donde los europeos se encontraban, surgía un gran estruendo: semejábase á los mugidos de la mar furiosa, á los ruidos de las olas, empujadas por la marea y el viento en alguna profunda caverna, bajo las rocas. Se levaba de la selva como una amplia queja; el follaje, los árboles, gemían; todo se agitaba y temblaba en el aire; nubes de pájaros, ahuyentados de sus retiros, huían á todo vuelo, lanzando largos chillidos; un rebaño de búfalos, ocultos por las altas hierbas, se levantó de pronto, tendió los hocicos, aspiró ruidosamente, y después, temeroso, partió en impetuosa carrera. Por último, la tierra misma tembló bajo el peso enorme que la hollaba, y vieron una cincuentena de elefantes, elevando su cabeza sobre las malezas, navegando sobre las hierbas más altas, desembocar en el claro en batallón macizo.

X

Los elefantes no parecían sospechar la presencia de cazadores en las cercanías. Dueños del país, soberanos de la comarca, acostumbrados á ver huir ante ellos todos los huéspedes de la selva, incluso el león, que jamás

los ataca, no podían suponer que en el instante en que en tan gran número se encontraban reunidos, unos cuantos débiles humanos osaran disputarles el terreno.

Llegados al claro que buscaban sin duda para descansar y jugar á gusto, rompieron filas, y sin temor, sin preocupación, se esparcieron entre las hierbas, según su tendencia ó su capricho. Eligieron unos alfombras de musgo donde acostarse; otros marcharon tras su habitual comida, hojas de mimosa ó de *arruel*, apellidado *el pan del elefante*; éstos se detuvieron ante el charco, tomaban agua con sus trompas, y se lavaban el cuerpo para librarse de las impurezas del camino; aquéllos, los jóvenes, los que sólo contaban como sesenta años, jugueteaban alegremente, agitaban sus anchas orejas en señal de contento, entrelazaban fraternalmente sus trompas, ó se perseguían por el claro.

Levantaban gran ruido, pero todo era silencio en torno; la selva callaba; sus huéspedes habían huido, y hasta la Naturaleza parecía enmudecer.

Los europeos, sus intérpretes y tres hombres de la escolta, que les habían permanecido fieles, se estrechaban sobre un pequeño espacio claro; ocultos por las hierbas altas, no podían ser vistos, y nadie alzaba su voz; la prudencia ordenaba á los unos callarse; la admiración impedía hablar á los otros.

En efecto, tenía algo de fantasmagórico el espectáculo que se desenvolvía ante sus ojos: aquellas negras masas agitándose en un mar

de verdura y proyectando en torno anchas sombras; los rayos del sol coloreando magníficamente sus carnes de ébano y prestándolas reflejos metálicos; el amarillento marfil de sus colmillos, contrastando soberbiamente entre las tintas verdes y negras; un cielo puro, sin nube alguna, de un azul oscuro, cubría el claro y añadía un grandioso fondo al cuadro; el vapor vacilante que se observa al mediodía en los trópicos, subía del suelo y daba al paisaje indecisos contornos.

Sin embargo, no obstante su admiración, no obstante la especie de languidez en que les sumía la ardiente atmósfera y los enibrantes perfumes de las flores del pantano, la señora de Guéran y sus compañeros empezaban á sentir serios temores: el círculo en que se debatía el rebaño de elefantes, estrecho al principio, crecía cada vez más; la mitad de la pradera, aunque tan extensa, estaba ya ocupada, y los flanqueadores, los audaces de entre ellos, bagabundeaban por todas partes y se aproximaban por instantes á los europeos.

—Hemos visto cuanto queríamos—murmuró el señor Delange al oído de sus amigos;—nada nos retiene; ¿partimos?

—Mi curiosidad se ha satisfecho y pienso lo mismo que vos—respondió la señora Poles con su voz más baja;—pero el ruido que hemos de hacer para apartar las hierbas y ganar la selva, llamará la atención de los elefantes. Se dirigirán hacia aquí, siquier por curiosidad, y nos aplastarán lo más inocentemente del mundo.

—Si nos quedamos aquí—replicó el señor Delange,—igual suerte nos espera: esos animales invaden poco á poco todo el claro, y pronto nos encontrarán.

—Obliguémosles á alejarse—dijo el señor de Morin, inclinándose hacia sus amigos.

Todos, sin hablar, se interrogaron con la mirada: ninguno comprendía su proyecto.

—Tenemos nueve escopetas—añadió el señor de Morin, sin contar los revólvers de las damas: es más de lo necesario para desembarazarnos de importunos.

—¡Cómo! ¿Queréis que atacemos á cincuenta elefantes de esa talla?—exclamó el señor Delange—¡Eso es una locura!

—¿Quién os habla de atacarlos? ¡Sólo quiero espantarles! Sólo tiraremos al aire ¡pardiez! y apuesto á que huirán todos.

—¿Y si huyen hacia aquí?

—No es posible: el primer movimiento de cualquier animal, cuando tiene miedo, es retroceder.

Se consultaron unos instantes en voz baja: mas como el enemigo se aproximase y la retirada era imposible, porque hubieran sido de seguro perseguidos, resolvieron seguir el consejo del señor de Morin.

A la señal convenida, nueve disparos de escopeta y dos de revólver resonaron á un tiempo.

Los elefantes levantaron la cabeza, interrumpieron sus juegos, se reunieron en masa en el centro del claro y parecieron consultarse.

Pasaron algunos segundos, terribles para los cazadores: estaban perdidos, condenados á muerte sin recurso, destrozados en un instante si el enemigo se decidía á atacarles, si la avalancha rodaba sobre ellos.

Mientras esperaban, ya la sentencia de muerte, ya el indulto, los corazones mas bravos latían apresuradamente: los tres jóvenes, no obstante su valor, palidieron; la señora Poles se había acercado al doctor Delange y le oprimía entre sus brazos, como si hubiera resuelto morir con él: la señora de Guéran, única tal vez, era la que no temblaba.

Los intérpretes y los soldados de la escolta se habían arrojado al suelo, se empequeñecían para pasar desapercibidos; y en cuanto á José, maldiciendo su corpulencia que no le permitía borrararse, cayó de rodillas, levantando los brazos al cielo y cerrando los ojos.

De pronto, uno de los elefantes, el de más edad, el más experto y venerado del rebaño, apartó á sus compañeros y se encaminó á la selva.

Los demás le siguieron.

El peligro desaparecía, el señor de Morin triunfaba.

No obstante, dos animales, de carácter independiente y enérgico sin duda, rehusaron imitar á sus camaradas; quizás conocían ya las armas de fuego, se habían encontrado con cazadores, tenían que vengar alguna antigua ofensa ó apagar un odio que acababa de renacer. No solamente no huyeron, sino que mirando en torno suyo con insistencia, agita-

ron sus trompas de un modo amenazador y dejaron oír sordos mugidos.

Eran dos magníficas bestias machos, de más de diez pies de altura y armados de magníficos colmillos. Después de inspeccionar el claro, y en el instante en que los europeos esperaban verles caer sobre ellos, les apuntaban y se disponían á disparar, se dirigieron ellos hacia una corpulenta mimosa arraigada á cien metros de los cazadores.

Llegados al pie del árbol se detuvieron, levantaron sus trompas á lo largo del tronco é intentaron alcanzar las ramas.

No lo lograron: la mimosa tenía más de treinta pies y no se rameaba hasta la cima.

Entonces hicieron oír gritos de rabia, á los que respondieron gemidos; provenían de uno de los negros que, media hora antes, anunciando la llegada de los elefantes, habían huído en todas direcciones. El desdichado había buscado refugio en aquel árbol, pero los dos elefantes acababan de descubrirle.

Cuando observaron que sus trompas no alcanzaban hasta el follaje, se decidieron á arrancar el árbol, y gracias á su maravilloso instinto se entregaron á la curiosísima operación que Julio Poncet, el gran cazador de elefantes, ha presenciado repetidas veces. Uno se arrodilló al pie de la mimosa, clavó sus colmillos en tierra entre sus raíces como una palanca y levantó bruscamente su pesada cabeza; el otro mientras tanto, rodeó el tronco con la trompa, é imprimiéndole violentas sacudidas le atrajo poco á poco hacia sí.

Unos cuantos segundos más y el gigantesco vegetal cedía, caía el hombre, y si respiraba aun tras del horrendo golpe, era aplastado infaliblemente bajo los pies de sus enemigos.

Los europeos no tenían derecho á permanecer inactivos; apuntaron sus carabinas y dispararon á la vez.

Todas las balas encarnaron; pero ninguna herida fué mortal.

Hubiérase hasta creído que los elefantes no habían sido ni aún tocados, si de las heridas no se hubieran visto correr torrentes de sangre.

No se volvieron siquiera hacia los cazadores: continuaron su trabajo lanzando gritos agudos y largos gemidos.

Entonces los señores de Morin y Periéres, sin vacilar, avanzaron algunos pasos y descargaron nuevamente.

El elefante que empleaba su trompa en inclinar el árbol, herido en el corazón, cayó redondo.

El otro, cuyos colmillos estaban clavados entre las raíces de la mimosa, hizo un esfuerzo supremo, y el árbol, levantado de su asiento, después de describir un cuarto de círculo en los aires, rodó por tierra.

Entonces el furioso animal, libre en sus movimientos, se lanzó con la trompa tendida hacia la copa del árbol caído, buscó entre el follaje, asió al negro y le aplastó bajo sus pies.

Pero su furor no se había calmado: ahora se iba á volver contra los europeos.

Los señores de Morin y Periéres, no bien se convencieron de la muerte del negro, se re-

plegaron hacia la señora de Guéran y cesaron de disparar queriendo conservar sus cartuchos para defenderse é intentar por última vez derribar á su invulnerable enemigo.

Este se había vuelto hacia los cazadores á quienes no ocultaban ya las altas hierbas pisoteadas: su cuerpo, negro antes como el ébano, se había vuelto rojo; la sangre saltaba de sus heridas y después de repartirse por todos sus miembros, corría sobre la hierba formando un arroyo espumoso; sus orejas, agujereadas por las balas, pendían inmóviles, sólo su trompa permanecía indemne; pero como la paseaba á cada instante por sus heridas como para secarlas, para calmar sus dolores, cada vez que la separaba de su cuerpo goteaba también sangre. Lanzaba formidables rugidos que repetían los ecos de la selva, helando de terror á sus habitantes; por último, hizo oír un grito mayor y más terrible que los anteriores, y se lanzó hacia el punto en que se habían refugiado los europeos.

En aquel instante estos le dispararon sus últimas balas.

Se detuvo, pareció tambalearse un momento, y después continuó su carrera.

XI

Un cuarto de hora antes, al ver caer el primer elefante y proseguir el segundo su venganza, desarraigando el árbol, el señor de Perrières y el señor de Morin habían dado orden terminante á sus compañeros de huir y diseminarse por la selva ó el claro. Los intérpretes árabes y los soldados Dinkas obedecieron; José se había adelantado al mandato de su amo.

El señor Delange quiso quedarse con sus amigos; pero se le hizo comprender que era bastante mal tirador para que su carabina estuviese mejor empleada en las manos del señor Perrières ó en las del señor de Morin; además, si rehusaba huir, no quería abandonarle la señora Beatrix Poles, que en aquel momento le demostraba una marcada preferencia, y había interés en alejarla. La coqueta inglesa, para producir mayor impresión sobre la muchedumbre negra, tan amante de los colores chillones, se había desde diez días antes endosado una falda roja y un velo azul peligrosísimos; el elefante, como el toro, se enfurecen á la vista de un trapo brillante. El señor Delange, pues, en interés común, por rue-

go de sus amigos, y por salvar á la intrépida señora Poles, se alejó con ella.

Sola la señora de Guéran rehusó energicamente refugiarse en las inmediaciones, y quiso compartir la suerte del señor de Morin y Perrières. Afirmaba encontrarse sin derecho á abandonarles en la hora del peligro y pretendía, quizás con razón, que defenderían ellos mejor sus vidas, si tenían también que defender la suya.

Era, pues, únicamente contra la señora de Guéran y sus dos amigos contra quienes el elefante avanzaba: no obstante sus innumerables heridas, su carrera era como siempre impetuosa y no parecían amenguadas sus fuerzas. En cuanto á la rabia del coloso, llegaba al límite extremo.

Los señores de Morin y Perrières, ya digimos que carecían de cartuchos; si después de disparar el último no habían huído, arrastrando á la señora de Guéran, es porque ya no era tiempo: el elefante les hubiese alcanzado, sin esperanza de salvación. Por el contrario, esperándole á pie firme, quedaba la posibilidad (¡ay! débil recurso) de hacerle un quiebro y combatirle al arma blanca.

Esperaban, pues, alta la frente, con un cuchillo de monte en la mano derecha y asiendo con la izquierda los brazos de la señora de Guéran, para derribarla en caso y colocarse entre ella y el enemigo.

Laura de Guéran, con el talle tendido, inmóvil, serena en la apariencia, con la boca un poco entreabierta, vaga la mirada, estaba

de frente á ellos, y sólo la advertían los mugidos del coloso, sus gritos de furor, el temblor del suelo, de que se aproximaba á ella, de que iba á alcanzarla.

Estaba maravillosamente hermosa: su delgada cintura parecía tener una extraordinaria morvidez; sus acentuadas caderas se dibujaban bajo la ligera túnica; su pecho, que la emoción hacía palpitár, acusaba un admirable modelado; algunos bucles de sus cabellos dorados caían sombreando su cuello blanquísimo; temblaba su nariz, sus labios no habían perdido sus corales, y sus ojos, lánguidos, semivelados, moribundos, como si se dispusieran á velarse para siempre, emanaban un indefinible encanto.

No obstante la muerte que se cernía sobre ellos, no podían librarse ambos jóvenes de admirar tan deliciosa mujer: quizás hacían de antemano holocausto de sus vidas, á cambio del agrio placer de morir con la que amaban, confundiendo en la suya sus miradas, estrechando sus manos, confundidos con ella en cierto modo.

El elefante, sin vacilación, sin rodeos, corría recto hacia ellos; su trompa, erguida, les buscaba, preparándose á asirles; sus formidables rugidos les ensordecían; su soplo poderoso les alcanzaba. Respiraban ya las emanaciones de su cuerpo caldeado, sangriento, y recibían sobre sus rostros y sus manos como un rocío de la sangre que brotaban sus heridas, y que la rapidez de la carrera lanzaba por los aires.

Creyeron poder apartarse en el último instante, y seguir el combate; ya no les era posible; estaban aturdidos, paralizados, anonadados.

Porque el rojo coloso nada tenía de terrestre: era un monstruo sin nombre, algo entre inmundo y aterrador á quien no era dado combatiesen hombres.

De improviso tembló la tierra: hubiérase dicho que acababa de recibir un inmenso choque, que una enorme roca, rodando de cualquier vecina montaña, la conmovía.

Era que el elefante, debilitado desde una hora antes por la pérdida de sangre, herido mortalmente por los últimos disparos, sostenido no más en los últimos minutos por la cólera y la rabia, caía en el instante de satisfacer su venganza, rodando inerte por el suelo.

La señora de Guéran y los señores de Morin y Periéres quedaron por algunos instantes aturdidos; habían visto tan de cerca á la muerte, que aún dudaban de su existencia; parecíales imposible salvación tan milagrosa, y admitían á lo sumo una resurrección.

Hubieron de rendirse á la evidencia: su enemigo, tan terrible momentos antes, yacía tendido, inmóvil, sus mugidos no llenaban el aire; sus pasos no conmovían el suelo; su sangre se repartía, formando un charco nauseabundo en torno de los europeos.

No se miraban éstos; antes bien bajaban los ojos y parecían embarazados de encontrarse en presencia uno de los otros. Tal vez reprochaban ya á la muerte no haberles perdo-

nado sino para dejarles en su falsa posición respectiva; de no haberles dejado entrever nuevos horizontes, sino para sumirles de nuevo en la brutal realidad.

Sin embargo, de todas partes acudían á felicitarles por su salvación: la señora Poles y el señor Delange llegaron los primeros; no obstante las súplicas de los señores de Morin y Perières, no habían querido huir lejos y se quedaron en un matorral inmediato, dispuestos á morir á su vez en cuanto el elefante inmolara sus primeras víctimas.

Los temores sufridos por sí misma y por sus amigos; su aparte con el señor Delange en los momentos en que el corazón late más de prisa, en que las emociones son más enérgicas, habían hecho como languidecer á la señora Beatrix.

Sus movimientos tenían suaves ondulaciones; su largo cuello se encorbaba con gracia; su cabeza se inclinaba, como apercibiéndose á reposar sobre el hombro del doctor; su mirada, cuyo brillo apagaban los azules anteojos, tenía algo de indeciso y de moribundo. Quizás también sentía haber caído otra vez en la tierra, en lugar de surcar con el señor Delange los espacios celestes; tal vez su imaginación la transportaba hacia el país de los Tuaregs, donde su virtud había sufrido tan ruda batalla.

Todos los cazadores estaban reunidos: sólo José faltaba. ¿Dónde se escondía? Nadie supo contestar. Sin embargo, era incapaz de haberse engolfado en la selva; la temía dema-

siado. ¿Habriase subido á un árbol? Esta hipótesis duró poco: su corpulencia, su absoluta falta de agilidad le privaban de semejantes ascensiones.

Durante más de diez minutos se le llamó por todos lados, y empezaban á inquietarse, cuando le vieron aparecer.

Parecía atacado de corea, de la enfermedad llamada vulgarmente *baile de San Vito*; hacía desesperados gestos, levantaba los brazos, los dejaba caer, los extendía horizontalmente, se golpeaba el pecho, el vientre, los hombros, los muslos, las pantorrillas; imprimía á su cuerpo todo sacudidas bruscas, como un perro que saliera de un río. Y no estaba mojado; su traje de algodón blanco parecía perfectamente seco; parecía sí ocupado por anchas manchas rojizas, que se desplazaban, que parecían vivas. El no se contentaba ya con su gimnasia desenfadada; lanzaba terribles gritos, menos espantosos que los del elefante, pero más discordantes y más agudos.

Corrieron hacia él; hallaron al infeliz devorado por un ejército de hormigas rojas, esa plaga del Africa; se amontonaban, formaban racimos sobre su traje y sus polainas; habían penetrado entre su barba y sus cabellos; se alojaban en su rostro, en sus orejas; descendían por su cuello, por su pecho; visitaban los últimos rincones de su grueso cuerpo y, no contentas de su indiscreción, le mordían con rabia, desgarraban sus carnes, se incrustaban en su piel.

Al huir, una hora antes, no supo adónde

ir: temía la selva por lo sombría; los matorrales por sus espinas; las hierbas porque no le parecían suficiente abrigo. Erraba perdido, cuando observó bajo un árbol un montecillo de un metro de altura por tres de diámetro; en él se precipitó, de cabeza, creyendo como los niños que nadie le vería, porque su rostro estaba oculto; pero notó que podía penetrar todo entero en aquel asilo; parecía de masa, cedía á la más ligera presión, se extendía, se estiraba, y José logró en un instante desaparecer por completo.

¡Ay! Se hallaba en uno de los vastos hormigueros que pululan en las selvas al pie de los árboles, entre las altas hierbas. Todos los viajeros se quejan de esas hormigas, de las que señalan más de veinte especies; Livingstone afirma que no conocen el miedo, y se lanzan con igual furor sobre los más pequeños, como sobre los mayores animales: el marqués de Compiègne, que acaba de morir en el Cairo, las llama *bashikuaia*: «sus pinzas, añade, se asemejan á un anzuelo, y muerden con tal encarnizamiento, que muchas veces sólo se logra arrancar el cuerpo, quedando la cabeza en la herida.»

Dichosamente para José, la mayor parte de los negros son sumamente golosos de esos termitas: los frien ó cuecen, los mezclan con granos de doura ó de eleusina, y los comen en la palma de la mano con sin igual delectación. Así que los indígenas se apoderaron de él para desembarazarle de sus enemigos en provecho de sus estómagos, llevaron la afabilidad hasta

el punto de llevarse tras la espesura al ayuda de cámara, desnudarle, sacudir sus vestidos y sobre su cuerpo hacer la última cosecha. Toda la provisión fué encerrada en un cesto y destinada á la cena.

La noche se acercaba rápidamente; era preciso ganar prontamente la orilla de la selva y buscar abrigo para pasarla. Los europeos, precedidos de su escolta, pusieron en camino.

XII

Hacia las siete de la tarde llegaron á una aldea, donde les ofrecieron hospitalidad; y después de la comida, en que los elefantes muertos hicieron el gasto, apresuráronse á buscar descanso en una cabaña extensa puesta á su disposición por el jefe del distrito.

José fué el único que no siguió ese ejemplo; no podía consolarse de no poder llevar á Francia, siquier como trofeo, como recuerdos de la caza en que tan... activa parte había tomado, los colmillos de elefante, regalados á los negros. Así que no bien sus amos se retiraron á sus cabañas de barro y troncos, púsose en busca del intérprete Omar para rogarle le sirviese de intermediario en sus arreglos con los indígenas. Les ofrecía, en cambio de los fa-

ir: temía la selva por lo sombría; los matorrales por sus espinas; las hierbas porque no le parecían suficiente abrigo. Erraba perdido, cuando observó bajo un árbol un montecillo de un metro de altura por tres de diámetro; en él se precipitó, de cabeza, creyendo como los niños que nadie le vería, porque su rostro estaba oculto; pero notó que podía penetrar todo entero en aquel asilo; parecía de masa, cedía á la más ligera presión, se extendía, se estiraba, y José logró en un instante desaparecer por completo.

¡Ay! Se hallaba en uno de los vastos hormigueros que pululan en las selvas al pie de los árboles, entre las altas hierbas. Todos los viajeros se quejan de esas hormigas, de las que señalan más de veinte especies; Livingstone afirma que no conocen el miedo, y se lanzan con igual furor sobre los más pequeños, como sobre los mayores animales: el marqués de Compiègne, que acaba de morir en el Cairo, las llama *bashikuaia*: «sus pinzas, añade, se asemejan á un anzuelo, y muerden con tal encarnizamiento, que muchas veces sólo se logra arrancar el cuerpo, quedando la cabeza en la herida.»

Dichosamente para José, la mayor parte de los negros son sumamente golosos de esos termitas: los frien ó cuecen, los mezclan con granos de doura ó de eleusina, y los comen en la palma de la mano con sin igual delectación. Así que los indígenas se apoderaron de él para desembarazarle de sus enemigos en provecho de sus estómagos, llevaron la afabilidad hasta

el punto de llevarse tras la espesura al ayuda de cámara, desnudarle, sacudir sus vestidos y sobre su cuerpo hacer la última cosecha. Toda la provisión fué encerrada en un cesto y destinada á la cena.

La noche se acercaba rápidamente; era preciso ganar prontamente la orilla de la selva y buscar abrigo para pasarla. Los europeos, precedidos de su escolta, pusieron en camino.

XII

Hacia las siete de la tarde llegaron á una aldea, donde les ofrecieron hospitalidad; y después de la comida, en que los elefantes muertos hicieron el gasto, apresuráronse á buscar descanso en una cabaña extensa puesta á su disposición por el jefe del distrito.

José fué el único que no siguió ese ejemplo; no podía consolarse de no poder llevar á Francia, siquier como trofeo, como recuerdos de la caza en que tan... activa parte había tomado, los colmillos de elefante, regalados á los negros. Así que no bien sus amos se retiraron á sus cabañas de barro y troncos, púsose en busca del intérprete Omar para rogarle le sirviese de intermediario en sus arreglos con los indígenas. Les ofrecía, en cambio de los fa-

mosos y deseados dientes, cinco brazaletes de cobre y varios collares de cuentas rojas que á prevención traía.

Los indígenas, después de consultarse, rehusaron cuentas y brazaletes, pero declarando que cambiarían el marfil por escopetas; habían observado durante el día el poder de las armas de fuego, y esperaban llegar á ser con ellas dueños de la selva, destruir todos los elefantes y enriquecerse en breve plazo.

José aceptó. Convínose en que llevarían á la *mechra* del Rek los colmillos, y que se les darían en su lugar las escopetas pedidas. Por consejo de su amigo el árabe, traía de París una docena de fusiles viejos y hacía un soberbio negocio desde los diez francos que cada uno le costara, hasta los quinientos que valía cada diente por término medio. Encantado con el éxito de su primera operación mercantil; durmióse después de hacerse frotar con aceite de palma, para acabar de curar las picaduras de las hormigas.

Al día siguiente volvían al puerto Rek. Nassar había aprovechado el tiempo para completar la caravana con unos ciento cincuenta porteadores, pertenecientes á diversas tribus. Eran la mayor parte muchachones de veinte á treinta años, de brazos musculosos, pierna enjuta, anchas espaldas y levantado pecho: un pedazo de tela les ceñía la cintura, y el resto de su cuerpo estaba lo suficientemente velado por una porción de ornamentos. No se veía de sus brazos y piernas sino los brazaletes de cobre y bronce, de marfil, campani-

llas de hierro, bandas de tela roja ó azul; en la cabeza tocas de piel de mono, crestas de pluma de abestruz ó de buho; sobre el pecho de los Nubios saquitos de cuero, como amuletos, que contienen versículos del Corán, y del cinturón, pendiendo un cuchillo, un hachuela de combate, un saco de provisiones y el banquillo de madera para asiento, porque la inmensa mayoría de los negros no consienten sentarse en el suelo.

Generalmente, las caravanas se aumentan con gran número de mujeres, libres ó esclavas, que los porteadores y soldados arrastran, ya por entretenimiento, ya para ayuda en llevar los fardos.

Nassar, gracias á su firmeza, disminuyó mucho este refuerzo; solamente algunas sudaninas, protegidas del doctor Delange, consiguieron el permiso de unirse á las embarcadas en Khartum.

La caravana salió de Rek el 14 de Febrero de 1873: desarrollábase en una sola línea de unas trescientas cincuenta personas, distribuidas del modo siguiente: á la cabeza el guía Nassar, vestido, según sus deseos, de una larga túnica roja y con grandes botas de cuero, á las que no está acostumbrado, que le incomodan mucho, pero de las que está orgulloso; estas botas constituyen un objeto de admiración para todos los negros, y contribuyen á aumentar su respeto hacia el guía; éste camina estirando las piernas, echando atrás la cabeza, adornada con un penacho; creérasele en tren de bailar un *solo* en un baile de la

Ópera. Lleva en una mano una carabina, en la otra la bandera de la caravana; estandarte de capricho, adornado de la media luna y con algunos versículos del Corán bordados con letras rojas, porque en vano un europeo pretendería tremolar su pendón nacional en algunas comarcas africanas; los Nubios se negarían á seguirle: consienten en servir á un cristiano, pero á condición de hallarse ostensiblemente protegidos por la bandera del Islam.

Detrás del guía caminaban los músicos, golpeando tambores, restregando unos contra otros címbalos, ó soplando torpemente en trompetas rajadas; todo este estruendo, tan desagradable para los oídos europeos, es dulcísimo á los de los negros.

Baker dice que un viajero, tocando el cornetín, atravesaría sin dificultad el Africa; si llevaba su lujo hasta proveerse de un organillo con el repertorio de los Bufos ó del Renacimiento, veríase seguido por una muchedumbre entusiasta, y con su escolta danzante, sin cesar renovada, atravesaría sin riesgo los territorios más hostiles.

Tras de los músicos siguen los soldados: son cuarenta; los diez restantes cierran la marcha.

Aunque no llevan botas, siguen orgullosos á su jefe Nassar, con la carabina al hombro y la lanza en la mano; se agitan, cambian de lugar á cada instante, pero afectando siempre no tener relación alguna con los porteadores á quienes consideran como seres inferiores.

Entre los soldados y los porteadores está el

sitio reservado á los europeos: van á caballo, á excepción de la señora Poles, cuyos largos pies vuelven al servicio, y de José, sentado en su burro. Un palanquín conducido por cuatro hombres se destina á la señora de Guéran, pero rara vez le usa; es demasiado activa, demasiado nerviosa para encerrarse bajo el mosquitero de ese lecho ambulante: á caballo ó á pie, puede llegarse á uno ú otro sitio, apresurar la marcha, dar á éste un consejo, un consuelo al otro, informarse de la salud de aquella mujer que se arrastra penosamente, interponerse en las querellas, hacerse útil á todos. Gracias á este ejercicio de alma y cuerpo, olvida que una caravana no avanza sino dos ó tres millas por hora en línea recta, y eso todavía cuando los hombres no van muy cargados ni el aire es sofocante.

Los criados siguen á sus amos: primeramente los dos intérpretes, Omar y Alí, á caballo como los europeos, porque es preciso contar con su concurso en cualquier momento; los servidores de ambos sexos: árabes, Nubios, de Khartum, del Sudán después, llevando los objetos de uso frecuente, como mudas de ropa, carabinas, cartuchos, botiquín y algunas provisiones. Las Sudaninas, vestidas con flotantes túnicas blancas y encarnadas, regalo de la señora de Guéran, con los brazos, los hombros y las piernas desnudas, forman un pintoresco y encantador grupo.

Son todas jóvenes y bellas, de cintura esbelta, de fuertes caderas, animosas para el trabajo y para la marcha; sobre su cabeza, bien

puesta, recta y firme llevan una gran calabaza llena de los utensilios necesarios á los blancos. No parecen sentir el peso de su carga, por que de tiempo en tiempo lanzan oblicuas miradas sobre los señores de Morin y Periéres que, jóvenes y elegantes ambos, deben ser para ellas ideales de belleza. Ambos señores, siempre al lado de la señora de Guéran, cuando no corretean por la vanguardia, son ¡ay! insensibles á las lánguidas miradas que arrancan. Las Sudaninas tienen que contentarse con el señor Delange, quien, á pesar de los suspiros y aun los codazos de la señora Poles, vuelve demasiado á menudo la cabeza hacia ellas.

Los porteadores, propiamente dicho, algunos contratados en Khartum, los restantes en Rek, desfilan en seguida, de dos en dos, cuando el sendero es estrecho; en desorden, cuando el terreno lo permite. Llevan los equipajes, los alimentos, el agua, las cajas de todas clases, las tiendas, los lechos, telas para regalos, alambre arrollado en un grueso carrete, para poderle medir con facilidad al hacer un pago. El señor Delange, cajero de la expedición, es quien desarrolla un trozo de alambre más ó menos largo, después de cada compra, y arregla cuentas; alguna vez se dirige á otra parte de su tesoro, de sus almacenes ambulantes, la que encierra el cobre, ó el hierro, las telas, los cristales, las armas viejas, y paga al contado según el deseo de los vendedores, ó la voluntad del jefe que reclama peaje. Para las compras en detalle, se fabrica moneda con

cauris, con cuentas sueltas de un collar, ó con pedacitos de cobre: esta moneda corriente, encerrada en un saco de cuero, pende del arzón de su silla, y á este portamonedas especial acuden, según sus necesidades, todos sus amigos.

Algunas mujeres que Nassar ha tenido que sufrir, y una veintena de negrillos siguen mezclados con el ganado; cuidan de grandes bueyes comprados á los Baggaras, y que sirven para la carga esperando los días de hambre; han resuelto sin embargo emplear todos los esfuerzos posibles para conservarlos, porque los caballos, las mulas y los asnos se aclimatan en el interior difícilmente; los camellos son casi desconocidos, y debe preverse el instante en que los europeos, fatigados, enfermos, sin cabalgadura, consideren á dicha tenderse sobre el lomo de un buey dócil, ó de mansa vaca.

Por último, diez soldados señalados por turno, forman la retaguardia con el fin de impedir las deserciones y animar los rezagados. Debe temerse la fuga, sobre todo cuando se encuentra alguna caravana que desde el interior se dirija al Nilo: hemos dichos ya, que el Africano tiene pasión por su suelo natal, y no obstante el prometido salario, los castigos á que se expone, muchas veces le acomete el deseo irresistible de abandonar á los amos con quienes marcha, para volverse con los que cruzan y ganar más pronto su aldea. Nunca huye por la noche, de miedo á las fieras y más aún al *Zomby*, el duende negro; pero durante

el día se escurre entre dos rocas ó salta en un matorral; es inútil ya perseguirle: la nostalgia le presta inteligencia y le hace hábil para ocultarse.

Los amos no hacen gran caso de las deserciones cuando son aisladas y se trata de hombres libres, entran en furor cuando es un esclavo el que trata de huir. Si ellos mismos han sido esclavos, si todavía su posición es ínfima, su cólera no halla límites: el hombre ó la mujer comprados con sus economías y con sus privaciones, es su bien, el sentimiento de la propiedad, muy fuerte entre ellos, les hace feroces, y desde la segunda jornada pudieron conocerlo los europeos.

XIII

El señor Periéres flanqueaba la columna, cuando reparó que uno de los soldados de la retaguardia tenía los brazos empapados en sangre; creyó herido y se encaró con él.

—¿Cómo te has herido?—le preguntó.

—No estoy herido—respondió sombrío el Nubio.

—Pues ¿por qué tienes ensangrentadas las manos?

—No es sangre mía, es de mi esclavo.

—¿Tu esclavo?... ¿Tú tienes un esclavo?... ¿Quién te lo ha dado?... ¿Dónde le has cogido?...

—¡Le he comprado!—respondió orgullosamente el soldado alzando la cabeza.

—¿En marcha? Has desobedecido: hemos prohibido severamente á toda la caravana el comercio de esclavos.

—No he desobedecido: esa mujer me pertenece hace mucho tiempo; me ha acompañado en muchas expediciones y Nassar me permitió traerla.

—¿Dónde está?

—Allá abajo, en el matorral, junto al cual paramos últimamente.

—¿Por qué se queda rezagada? Sin duda la has maltratado.

—No; la he cortado la cabeza—respondió el soldado sencillamente, como si dijera la cosa más natural del mundo.

—¡Miserable!—gritó el señor Periéres asiéndole del brazo y obligándole á detenerse.

El negro no comprendió la causa de semejante indignación: tenía una esclava, obligada por tanto á seguirle, llevar su equipaje, moler su grano y guisar para él durante la marcha; había huído una vez y se había limitado á pegarla: al día siguiente se escapó por segunda vez, y él la mataba, persuadido de que tarde ó temprano, si la dejaba con vida, desaparecería, pasando á otras manos su propiedad.

El señor Periéres hizo detener la caravana, enviando los intérpretes al matorral designado

el día se escurre entre dos rocas ó salta en un matorral; es inútil ya perseguirle: la nostalgia le presta inteligencia y le hace hábil para ocultarse.

Los amos no hacen gran caso de las deserciones cuando son aisladas y se trata de hombres libres, entran en furor cuando es un esclavo el que trata de huir. Si ellos mismos han sido esclavos, si todavía su posición es ínfima, su cólera no halla límites: el hombre ó la mujer comprados con sus economías y con sus privaciones, es su bien, el sentimiento de la propiedad, muy fuerte entre ellos, les hace feroces, y desde la segunda jornada pudieron conocerlo los europeos.

XIII

El señor Periéres flanqueaba la columna, cuando reparó que uno de los soldados de la retaguardia tenía los brazos empapados en sangre; creyóle herido y se encaró con él.

—¿Cómo te has herido?—le preguntó.

—No estoy herido—respondió sombrío el Nubio.

—Pues ¿por qué tienes ensangrentadas las manos?

—No es sangre mía, es de mi esclavo.

—¿Tu esclavo?... ¿Tú tienes un esclavo?... ¿Quién te lo ha dado?... ¿Dónde le has cogido?...

—¡Le he comprado!—respondió orgullosamente el soldado alzando la cabeza.

—¿En marcha? Has desobedecido: hemos prohibido severamente á toda la caravana el comercio de esclavos.

—No he desobedecido: esa mujer me pertenece hace mucho tiempo; me ha acompañado en muchas expediciones y Nassar me permitió traerla.

—¿Dónde está?

—Allá abajo, en el matorral, junto al cual paramos últimamente.

—¿Por qué se queda rezagada? Sin duda la has maltratado.

—No; la he cortado la cabeza—respondió el soldado sencillamente, como si dijera la cosa más natural del mundo.

—¡Miserable!—gritó el señor Periéres asiéndole del brazo y obligándole á detenerse.

El negro no comprendió la causa de semejante indignación: tenía una esclava, obligada por tanto á seguirle, llevar su equipaje, moler su grano y guisar para él durante la marcha; había huído una vez y se había limitado á pegarla: al día siguiente se escapó por segunda vez, y él la mataba, persuadido de que tarde ó temprano, si la dejaba con vida, desaparecería, pasando á otras manos su propiedad.

El señor Periéres hizo detener la caravana, enviando los intérpretes al matorral designado

por el negro con la orden de comprobar la muerte de la esclava y enterrarla.

Omar y Ali regresaron al momento y declararon que el cadáver estaba allí. Los Europeos se reunieron en consejo inmediatamente, y decidieron que se aplicaran ante la caravana reunida cien palos al asesino. Pero no bastaba castigar; era preciso explicar la razón del castigo: los Árabes y los Nubios no hubieran comprendido, sin ello, que se pensase á uno por deshacerse á su grado de su propiedad.

Los intérpretes fueron encargados de declarar á todos que el soldado era castigado por verter sangre, no ya de su esclava, sino de una persona adscrita á la caravana; y que en adelante cualquier muerte sería penada con la vida.

Después de este ejemplar, y promulgada la nueva ley, la caravana siguió su camino.

Vamos á acompañarla unos momentos: el diario de la expedición y algunas notas del capitán Burton, nos permiten iniciar á nuestros lectores en la existencia de esas numerosas expediciones errantes á través del Africa.

Hacia las cuatro de la mañana, mientras el campamento duerme todavía, empiezan á cantar los gallos, en tanto las hogueras arrojan sus últimos resplandores; en el acto, la caravana, y como por mágico arte, sale de su entorpecimiento; todos comprenden que interesa partir lo antes posible para ganar la siguiente etapa antes de que el calor apriete. Los Árabes, los Nubios, todos los que se ape- llidan mahometanos y creen en el Profeta, se

reunen para recitar versículos del Corán; los negros invocan la divinidad de su comarca, y los paganos mismos adoran un fetiche cualquiera.

Todas estas atenciones piadosas, no les impiden pensar en el desayuno; atizan rezando las hogueras, revuelven las cenizas aun calientes, y colocan sobre el fuego la marmita de agua ó la sartén en la que arrojan algunas habas. Oprímense bostezando en torno de la llama, y se frotan las manos para entrar en calor; el termómetro á estas horas señala de 16° á 18° sobre cero: para los Africanos es frío.

Mientras soldados y porteadores se calientan y comen, las Sudaninas se ocupan del desayuno de los amos: preparan el té ó el café, que luégo llevan á las tiendas. José mismo se ha entendido con una de aquellas bellas jóvenes para que le sirva: no se presenta al señor de Morin, ni entra en funciones, hasta haberse desayunado. El señor Delange, bajo cuya inmediata inspección se encuentran los criados particulares, se ha tratado lo mejor posible, atribuyéndose las tres más lindas, no obstante las reprimendas de la señora de Poles, que encuentra *shoking* tal servicio femenino. A estas observaciones, el doctor contesta que los negros le dan asco; que si tolera á las Sudaninas, es sólo porque pertenecen al sexo de quien la señora Poles es uno de los más bellos ornamentos. Halagada, sin quedar convencida, la inglesa insiste:

—Una sola Sudanina debería bastaros; os

permitiría todavía dos; pero tres, es demasiado, es un abuso.

—En Francia tendríais razón—responde Delange con su imperturbable sangre fría,—pero en Africa necesito las tres indispensablemente. Pienso añadir otra cuando nos aproximemos al Ecuador.

«Hacia las cinco, escribe Burton, todos están despiertos y ¡comienza la algazara; es el momento crítico: los porteadores habían prometido marchar muy temprano, para hacer larga jornada, pero mudables como las olas ó las mujeres, empiezan á decirse fatigados ó á quejarse de la fiebre. Además, en toda caravana se mezclan perezosos, de fácil palabra, de espíritu inquieto, cuyo sólo placer es llevar la contraria: resueltos á no echar á andar, permanecen ante las brasas, calentándose los pies y las manos, sin volver la cabeza, mirando oblicuamente al amo incomodado. Si la mayoría ha resuelto no partir, el único recurso, es volverse á la tienda; si por el contrario, vacila, duda, el amo que sabe mandar se hace obedecer, las dilaciones terminan pronto; aléjanse de la lumbre, las voces se elevan, y los gritos de «¡carguemos! ¡carguemos! ¡en marcha! ¡en camino!» se cruzan, mientras los fanfarrones añaden: «¡Yo soy un burro! ¡yo un buey! ¡yo un camello!» entre el estruendo de los tambores, los silbatos y las trompas que producen un ruido infernal.

El cargino tiene suma importancia: un jefe entendido debe distribuir los fardos, según las fuerzas de cada cual, sin que exceda el peso,

para una marcha larga, de cincuenta libras por hombre.

Los primeros en franquía esperan á los restantes en el camino: unos sobre un pie, con la planta del otro apoyada sobre la rodilla; éstos pasando fraternalmente su brazo sobre el vecino; aquéllos acurrucados al estilo africano ó asiático en cuclillas, los codos sobre los muslos y la barba en las manos, miran fijamente al que debe dar la señal de la marcha.

Otros, formando grupos, parecen reñir; gritan, gesticulan. Los soldados blanden sus armas, los porteadores levantan sus fardos, como si fuesen á arrojarlos á la cabeza de su adversario, y de pronto se quedan tan tranquilos.

El guía Nassar, finalmente, después de tomar la venia de los Europeos, se coloca á la cabeza de la columna y ordena la partida. En el instante redoblan los tambores, suenan las trompetas, y como si aún no hiciesen bastante ruido, todos cantan, silban, aullan ó chillan, según su afición, imitando los gritos de las aves ó de las fieras.

Una hora más tarde, cuando el calor empieza á sentirse, cesa la bataola: contentanse los negros con charlar é interpelarse, porque no podrían permanecer en silencio. Sin embargo, otro ruido, cubierto hasta entonces por los tambores, empieza á oirse: es el choque de los utensilios de cocina, de las calderas, de las cacerolas, todo se tropieza, se junta, á las veces también rueda por el suelo; los platos, las marmitas, las calabazas y las cantarillas se

rompen con gran alegría de la escolta, cuya risa estalla.

Al divisarse una aldea, la orquesta renueva su algarabía y los negros gritan: «¡Hop! ¡Hop! ¡Hop! ¡Valor! ¡Detengámonos! ¿No hay descanso? ¡Adelante! ¡Allí está el Kraal! ¡Ahí cerca está mi país! ¡Oh, ver á nuestras madres!... ¡Vamos, pues, á comer!»

Entre once y doce se llega á sitio designado de antemano por los guías para la primer parada: por regla general en ella la jornada termina, pues que rara vez se logra decidir á la caravana á otra marcha por la tarde ó por la noche. Han andado los negros seis ó siete horas; no se les puede exigir más. Alguna vez se hace alto en una aldea; el jefe, mediante algunos regalos cuya cuantía se regatea, cede á los forasteros por una noche su cabaña y las de sus súbditos. Los jefes de las expediciones, sin embargo, evitan cuanto les es posible esa hospitalidad ruinosa, al par que temen los peligros que entraña, porque los habitantes, si bien consienten en ceder su casa, no se creen obligados á alejarse: se mezclan con los huéspedes, y pronto nacen querellas. Las mujeres suelen ser su causa: si se presentan fáciles, los dueños y maridos fingen celos para obtener regalos; si son recatadas, se las persigue, se las maltrata, y sus parientes procuran defenderlas.

El primer cuidado, una vez escogido el sitio del campamento, es descargar los bagajes, reunirlos en un montón, contarles y cubrirles de hules.

En seguida, y antes de repartir víveres, porque si la escolta les viera aparecer ya no se prestaría á trabajo alguno, criados, soldados y porteadores corren indistintamente á hacer provisión de hierbas, ramas y cortezas; plantan las ramas más largas en el suelo, las unen por las puntas con lianas y las cubren de heno para hacer impermeable la choza. «Puede estallar el trueno, dice Schweinfurth, desatarse el viento y la lluvia: el viajero en seguridad en su cabaña, disfrutará el reposo que ha merecido.»

Los negros las construyen en pocos minutos, y son superiores á las tiendas, intolerables en los países tropicales; desde la primera noche fueron para siempre adoptadas por los viajeros.

Por fin, el campamento está listo; no se oyen sino los gritos: ¡A comer! ¡A comer!

Devorada en la caldera común ó en la marmita particular de que su esclavo cuida, una espesa sopa de doura; comido como asado un trozo de vaca, de carnero ó de cabra, generosamente cedido por los europeos, y alguna pintada, robada al paso en las aldeas; roído, como postre, algún ratón asado en la ceniza, de hormigas tostadas, ensaladas de sargo, de hierbas ó de raíces de todas clases; los soldados y los cargueros no se ocupan sino de fumar tabaco ó cáñamo y de mascar cierta tierra roja que recogen en los hormigueros.

Llega la noche, y aún están en plena digestión, si no es que están aún en plena comida, disipando en un día las provisiones de una

semana. Decídense, por último, á encerrar los bueyes y las vacas, trabar los asnos, encender las hogueras del vivac. Los centinelas se colocan en torno, hasta que entumecidos de frío, demasiado apáticos para entrar en calor moviéndose, se duermen hacia las dos de la mañana en su puesto.

«Alguna vez—escribe Burton,—cuando la luna, que produce en nuestra gente igual excitación que en los chacales, vierte sus dulces rayos, el tambor redobla, chócense las palmas y un monotonó cántico, repetido en coro, invita al baile y convida al amor á la juventud de las cercanías. Rudo ejercicio; para los Africanos, tan fáciles de fatigas en el trabajo, no lo son nunca en el placer.

»Salúdanse con gravedad suma; en ninguna ocasión son tan serios los indígenas; tan dominados por el objeto que se proponen, forman círculo; en el centro un hombre canta, acompañado por todos, en voz baja, balancea lentamente el cuerpo, levanta alternativamente los pies, como un obrero que hiciera marchar una rueda de clavijas, y en el último compás, todos los circunstantes hieren el suelo. Es tan poderoso el sentido rítmico entre ellos, que los doscientos talones no producen sino un solo sonido con sus golpes.

Poco á poco va elevándose la voz, animándose el círculo, agitándose los bravos, inclinandose los cuerpos que al tocar el suelo botan; el grupo se condensa, la voz crece, el movimiento se acelera, y un como galop infernal arrastra todo aquel torbellino satiriaco,

cuyos gestos ya nada de humano tienen. En el colmo del frenesí, la voz se detiene, los bailarines echan á reír y se arrojan por tierra para tomar aliento. A veces un bailarín reputado, el bufón de la caravana, ejecuta un solo; con la cabeza, los brazos y las piernas, adornados de trozos de piel de vaca, y hace flotar en medio de los espectadores sus peludas banderolas, moviéndose y agitándose como si estuviese dislocado.

En cuanto á las mujeres, prefieren bailar entre sí á mezclarse con los hombres, y los Europeos lo comprenderían si llegase á sus oídos la traducción literal de las frases que el baile inspira siempre á los Africanos.

Hacia las ocho oye-se gritar: «¡Sueño!... ¡sueño!...» y todo el mundo se apresura á obedecer; la caravana se duerme, y la escena se hace imponente, sobre todo cuando se campa en los bosques; la llama de las moribundas hogueras ilumina por intervalos grupos bronceados en diversas formas y actitudes; un cielo azul oscuro sembrado de oro forma la cúpula, apoyada en sombras; todo muestra la severa sublimidad que la naturaleza marca en sus sombras.

Por lo general, los Europeos, cuando la marcha no ha sido muy larga, no se acuestan antes de las nueve ó las diez. Se reúnen ante una de las cabañas, hablan, proyectan, interrogan á Nassar acerca de los incidentes del día ó trazan el itinerario del siguiente.

La señora de Guéran es el alma de las veladas; cuando se retira temprano, todos la

imitan, y entonces es cuando los señores de Morin y Delange se entregan al ecarté, al piquet, ó á la béciga. Se encuentran en la centésima partida y las ventajas se equilibran. Lo pasado, pues, continúa lo mismo: el doctor no alcanza á disminuir su deuda; pero como no le persigue la suerte, confia en lo porvenir y espera desquitarse ó ganar un capital.

Esta perspectiva le ayuda á soportar las incomodidades del camino, poniéndole de excelente humor.

Aunque halla adorable á la señora de Guéran, ha tenido el buen sentido de conocer que perdería el tiempo enamorándose de ella; guárdase de pisar los talones de sus amigos y en las horas de intimidad se contenta con la sentimental conversación de la señora Beatrix Poles.

Cargado de prudencia, la escucha sin mirarla, por temor de que el lado plástico dañe al aspecto intelectual y moral; mas, para ocupar agradablemente la vista y gozar de toda suerte de encantos, mira de cuando en cuando á las lindas Sudaninas que, según sus órdenes, van y vienen en torno de ellos.

XIV

El señor Periéres, desdenando la sociedad de la señora Poles y de las Sudaninas, abandonado por la señora de Guéran, que se ha retirado y por los dos incorregibles jugadores, aprovecha su aislamiento para escribir las impresiones del viaje. Redacta el diario de la expedición, y á él debemos, á sus notas, la mayor parte de nuestro trabajo.

Al llegar á la parada, se coloca en la cabaña del señor Periéres la especie de registro que redacta: ábrese sobre el lecho de campaña, y todos están autorizados para anotar sus ideas, sus observaciones ó sus reflexiones.

Nadie firma: la redacción es anónima; pero todos esos pensamientos comunes, esas diferentes apreciaciones, esos mismos hechos consignados por revisteros distintos, dan grande originalidad al diario.

No le seguiremos al pie de la letra; nos contentaremos con tomar de él los detalles interesantes y seguir el itinerario de la caravana, sin detenernos con ella en las numerosas tribus que cruza.

A esas notas de viaje, escritas en común bajo la dirección del redactor en jefe, señor

Periérés, añadiremos quizás algunas páginas más íntimas, debidas á la pluma de uno de los viajeros. La casualidad ha puesto en nuestras manos estas hojas sueltas de albums personales, privados, y no creemos cometer ninguna indiscreción publicándolas:

«*Marzo 1873.*—Atravesamos hace dos días el distrito occidental de los Dinkas, cuyo núcleo se extiende, no sólo por la orilla derecha del Nilo Blanco, sino que esparce numerosas tribus al Sur del río de las Gacelas. Nuestro guía Nassar y la mayoría de nuestros soldados se hallan en país conocido, y tememos mucho que nos abandonen por gozar de la vida de familia.

Volvemos á encontrar gran parte de las costumbres ya señaladas: el Dinka, como el Chillouk y el Nouer, se embadurna el rostro y el cuerpo con ceniza; pero cuando se digna desembarazarse por un instante de su odioso enjabelgado, frotarse de aceite ó sencillamente lavarse, su tez muestra el pulimento y el color del más hermoso bronce.

El Dinka declara su nacionalidad al abrir la boca: los incisivos de la mandíbula inferior han sido arrancados de todas las bocas, sin que pueda colegirse la causa de esa mutilación convertida en costumbre, en moda, á la que se someten todos.

El Dinka desprecia el traje; no le sufre sino obligado, al acompañar alguna caravana que se respeta, como la nuestra. En cambio las mujeres visten más que todas las restantes negras del interior: llevan por detrás y por de-

lante dos delantales de piel que les llegan al tobillo.

Los hombres se tatúan: usan diez líneas rectas que, partiendo de la base de la nariz, se separan como una aureola, y van á perderse sobre la frente y las sienas. Contribuyen á embellecerles gruesos anillos de marfil, brazaletes de piel de hipopótamo, colas de cabra y de vaca.

Sus habitaciones son extremadamente limpias; no se halla, por excepción, en este rincón del Africa ni pulgas ni miseria. Quizá estos insectos temen también la sociedad de las culebras, con las cuales los Dinkas viven en intimidad estrecha, y son objeto de una especie de culto.

Trátanlas como animales domésticos, las llaman por sus nombres, y creerían cometer un crimen si las mataran. Esta veneración por las culebras, ha sido impuesta por sus sacerdotes y sus hechiceros, hábiles en la ciencia de las conjuraciones, de las evocaciones y aun de la ventriloquia.

5 *Marzo.*—Acabamos de despedirnos de los habitantes de Kudy, una de las últimas aldeas Dinkas, y no podemos sino felicitarnos del modo como se nos ha tratado. Nos hemos separado en los mejores términos, después de cambiar alambre de hierro y de latón por leche, frutos y numerosos bueyes. Pero apenas hemos andado una milla de nuestro camino, cuando vemos perseguirnos una muchedumbre de indígenas; parecen enfurecidos, y nos amenazan con sus mazas de ébano y sus ace-

radas lanzas, únicas armas que usan, pero terribles en sus manos.

XV

«En lugar de apresurar el paso y huir del ejército amenazador que nos persigue, damos inmediatamente la orden de hacer alto y disponerse á la defensa. Los intérpretes recorren las filas y les prohíben de parte nuestra disparar un solo tiro mientras no seamos atacados.

Nassar y varios Dinkas á nuestro servicio, una vez tomadas estas disposiciones, corrieron al encuentro de sus compatriotas para inquirir los motivos de la animosidad que nos demuestran.

Pasa un cuarto de hora y vuelve nuestro guía. Los indígenas nos acusan de haber abusado de su hospitalidad para reducir á esclavitud dos jóvenes del pueblo, de la familia del jefe: han hablado de la falta de ambas mujeres pocos instantes después de nuestra salida de la aldea, y por ellas se han lanzado en persecución nuestra.

¿Qué significa esa acusación? ¿Qué hombre de la escolta se ha atrevido á comprometernos, barrenando nuestro reglamento mismo?

¿Dónde están las esclavas? Han podido tal vez hasta ahora ocultarlas á nuestros ojos en medio de algún grupo más ó menos compacto, ahogando sus gritos con mordazas; pero una vez prevenidos, nada más fácil que descubrirlas.

Nassar vuelve á sus compatriotas, y les declara de orden nuestra que si las dos jóvenes se encuentran entre la caravana se les devolverán en el momento: de Morin, al mismo tiempo, manda á los soldados, á los porteadores y á las mujeres que les siguen formar en una sola fila.

Ejecutada la maniobra, pasamos escrupulosamente revista: familiarizados como estamos ya con todos los rostros, si los hay nuevos los descubriremos fácilmente.

La inspección termina, sin que podamos hallar lo que se nos pide: evidentemente se padece un error. Esas dos señoritas Dinkas han alzado el vuelo con algún seductor, y se acusa á nuestra caravana del rapto por la mala reputación de que todos gozan.

Muchos Dinkas, por invitación mía, se acercan y pueden recorrer nuestras filas á su gusto para comprobar la ausencia de sus paisanas.

De pronto, un mozallón, de unos veinte años, que nos ha dicho ser prometido de una de las fugitivas, da un salto prodigioso, salva los porteadores formados ante nosotros, cae en medio de los bagajes y se apodera de una tienda arrollada sobre el palo central para cuando se arma.

radas lanzas, únicas armas que usan, pero terribles en sus manos.

XV

«En lugar de apresurar el paso y huir del ejército amenazador que nos persigue, damos inmediatamente la orden de hacer alto y disponerse á la defensa. Los intérpretes recorren las filas y les prohíben de parte nuestra disparar un solo tiro mientras no seamos atacados.

Nassar y varios Dinkas á nuestro servicio, una vez tomadas estas disposiciones, corrieron al encuentro de sus compatriotas para inquirir los motivos de la animosidad que nos demuestran.

Pasa un cuarto de hora y vuelve nuestro guía. Los indígenas nos acusan de haber abusado de su hospitalidad para reducir á esclavitud dos jóvenes del pueblo, de la familia del jefe: han hablado de la falta de ambas mujeres pocos instantes después de nuestra salida de la aldea, y por ellas se han lanzado en persecución nuestra.

¿Qué significa esa acusación? ¿Qué hombre de la escolta se ha atrevido á comprometernos, barrenando nuestro reglamento mismo?

¿Dónde están las esclavas? Han podido tal vez hasta ahora ocultarlas á nuestros ojos en medio de algún grupo más ó menos compacto, ahogando sus gritos con mordazas; pero una vez prevenidos, nada más fácil que descubrirlas.

Nassar vuelve á sus compatriotas, y les declara de orden nuestra que si las dos jóvenes se encuentran entre la caravana se les devolverán en el momento: de Morin, al mismo tiempo, manda á los soldados, á los porteadores y á las mujeres que les siguen formar en una sola fila.

Ejecutada la maniobra, pasamos escrupulosamente revista: familiarizados como estamos ya con todos los rostros, si los hay nuevos los descubriremos fácilmente.

La inspección termina, sin que podamos hallar lo que se nos pide: evidentemente se padece un error. Esas dos señoritas Dinkas han alzado el vuelo con algún seductor, y se acusa á nuestra caravana del rapto por la mala reputación de que todos gozan.

Muchos Dinkas, por invitación mía, se acercan y pueden recorrer nuestras filas á su gusto para comprobar la ausencia de sus paisanas.

De pronto, un mozallón, de unos veinte años, que nos ha dicho ser prometido de una de las fugitivas, da un salto prodigioso, salva los porteadores formados ante nosotros, cae en medio de los bagajes y se apodera de una tienda arrollada sobre el palo central para cuando se arma.

Muchos Nubios abandonan su puesto, le alcanzan y procuran alejarle; pero Delange, que se halla cerca, interviene, manda retirar á nuestros hombres y deja hacer al Dinka.

Ase éste un cuchillo pendiente de su cintura, hiende la tela de la tienda y dentro aparece su desposada.

El la extrae, la abraza, la toma sobre sus hombros, atraviesa entre nosotros y corre á unirse á los suyos, que le acogen con frenéticos clamores.

Mientras se alejan, suelta Delange las cuerdas arrolladas sobre otra tienda y libra la segunda prisionera, de quien no se ha cuidado el Dinka, satisfecho con encontrar su amada. Esta segunda joven, libre de sus envolturas, se restrega los ojos deslumbrados por el sol, mira en torno asombrada, descubre las gentes de su tribu y escapa hacia ellos sin la vacilación más ligera; es ya evidente que no han abandonado voluntariamente su aldea; que no se han hecho atar en las tiendas para ocultarse. Han debido ser sujetas por algunos de nuestros hombres, y aprisionadas de suerte que no se las pudiera ver ni oír sus gritos; raptó tanto más penoso para nosotros, cuanto que pasaremos por cómplices. Es necesario, para salvar nuestra responsabilidad y nuestro honor europeo, hallar y castigar los culpables; basta para ello interrogar á los porteadores de ambas tiendas. Han debido apercibirse de que no tenían su peso acostumbrado; que la tela envolvía algo pesado, caliente, mórbido; y el silencio, la resignación, la docilidad de

esos hombres al llevar una carga insólita, les declaran autores ó cómplices del raptó.

Debíamos, al interrogarles, hacer un nuevo y cruel descubrimiento: los cargadores de tiendas son infelices asalariados, sencillamente pobres extraviados; para llegar al culpable, tenemos que alzar más los ojos en nuestras filas.

¡Ay! Pertenece á la colonia europea, es blanco como nosotros, hecho casi á nuestra semejanza. ¡Es José!

Los porteadores, amenazados con el revenque, declaran que el criado del señor de Morin les ha dado tres collares de cuentas y muchos anillos de hierro, por apoderarse de las dos jóvenes, ahogar sus gritos, envolverlas en las tiendas y llevarlas.

José pensaba que sus dos cautivas, convertidas en paquetes, pasarían sin dificultad, que al día siguiente podría soltarlas, cuando ya la caravana cruzara otro territorio, y que así tendría dos esclavas destinadas al cambio por colmillos de elefante, ó á prepararle sopas de tortuga, en lo que las mujeres Dinkas, verdaderos *cordones azules*, sobresalen.

Llamamos á José; intenta primeramente negar, acusa á los cargadores de querer perderle en el ánimo de sus señores; luego se embrolla, se contradice, y convencido de mentira, acaba por confesarlo todo.

¿Qué castigo le impondremos? Se nos ocurre infligirle la pena destinada á sus cómplices; la merece en verdad, pero tememos disminuir el prestigio que á los blancos nos ro-

dea, sea cualquiera su posición, si aplicamos una corporal á un Europeo, y después de madura reflexión se acuerda: que José, en expiación de sus faltas, será reducido á la infantería por el resto del viaje, es decir, que bajará inmediatamente de su burro. Además, se le condena á entregar su cabalgadura á las dos Dinkas, en indemnización del perjuicio que las ha causado.

José vacila ante la penitencia y la multa; pero de Morin le advierte que si no obedece en el instante, se le dejará en manos de la gente de la aldea. Esta amenaza produce un efecto inmediato; José pone su asno al trote, llega á los indígenas, desmonta y ofrece el animal á sus dos ex-prisioneras.

El regalo las llena de alegría; precipitanse sobre el burro, colmándole de caricias, y de su cuello pasan al del raptor, abrazándole y besándole como saben besar las negras.

José vuelve hacia nosotros, cuando puede escapar de sus brazos, arrastrándose, ó mejor dicho, rodando por el sendero: llora á la vez su asno, tan complaciente, y sus dos esclavas, tan amables. El burro, al contrario, se comprende, libre de tan abultado tomo, se pone á rebuznar de gusto; los Dinkas, tan hábiles en imitar el grito de todos los animales, le hacen coro; redoblar los tambores, responden las trompetas y los címbalos, y saludados por los indígenas, otra vez amigos, comenzamos la marcha hacia el Sud.

.....
 Henos en medio de una pequeña tribu ais-

lada entre las poderosas naciones que la rodean: nuestros intérpretes les denominan Al-Quadjs; ocupan una extensa selva poblada de girafas, de monos y de elefantes.

Las girafas caminan en rebaños, y no parece espantarlas la aproximación del hombre. No obstante, es preciso derribarlas al primer tiro si se las da caza, y renunciar á alcanzarlas si emprenden la fuga; á la primer detonación, todo el rebaño desaparece con una velocidad inaudita. Gracias al señor de Morin, probamos su carne, que es excelente y reemplaza ventajosamente á la ternera.

Testigos del placer que nos producen los *biftak* de girafa, los indígenas nos ofrecen monos de su selva, aunque cometiendo el error de traérselos vivos. Son parecidos á los gorilas, con el rostro amarillo, la frente chata, grandes orejas, bigotes y algunos pelos en la barba. Tienen demasiada semejanza con la humana especie, para que consintamos en saborearlos; nos causarían remordimientos, y más adelante si nos comen los Niams-Niams, no tendremos derecho á quejarnos.

Según Delange, el mono ha debido ser el punto de partida del canivalismo: si no hubiera habido monos, no existirían antropófagos. «Sin duda, afirma el doctor, puesto que el mono es un animal, se le comió tan inocentemente como las demás reses; pero como se parece tanto al hombre, y, sobre todo, á muchos negros, díjose alguno: «Puesto que comemos mono, ¿por qué no comer hombre?» Si el innovador Brebant, añade, se decidiera

á servirnos mono, convencido estoy de que en sus comedores particulares, en los que reserva á los literatos, gente tan civilizada, se le pediría antes de mucho un asado de hombre ó de mujer. Los gastrónomos preferirían la mujer, y aun la designarían por su nombre al fondista entonces en boga.»

Por lo que respecta á los elefantes, que en gran número habitan la selva de los Al-Ouads, nos son ya conocidos, y evitamos prudentemente su sociedad.

Creemos, sin embargo, deber enterarnos de las maneras de cazarles, que en esta comarca se usen: son dos únicamente, la trampa y el veneno.

Para la primera, cavan profundos fosos, cubiertos de ramaje: este suelo fingido cede al peso del animal, que cae al fondo, se rompe las patas ó el espinazo, y se convierte en fácil presa.

Para la segunda, impregnan, cuando descubren un rebaño de elefantes, las hojas y los frutos que prefieren por golosina; no tardan en hacerles objeto de su comida, é inmediatamente caen sin fuerzas para defenderse.

No solamente en la caza emplean los venenos estos naturales: el Africano, lo mismo del Este que del Oeste, del Norte que del Sur, posee el secreto de una porción de terribles drogas.

Mil veces se desembaraza de un enemigo con cualquier raíz de inocente aspecto, de la que por casualidad ha descubierto las maléfic propiedades. Por esto, los jefes de tribu,

expuestos á venganzas siempre, han inventado tan terribles penas contra los envenenadores.

Nosotros hemos tenido ocasión de observar un castigado por los Al-Ouads, y á pesar del horror que su recuerdo nos inspira, debemos, como historiadores fieles, dar idea de los tormentos de aquel desdichado.

XVI

«Acabamos de dejar atrás la selva de los Al-Ouads; eran las diez del día, y teníamos que atravesar una ancha llanura para llegar á nuestra inmediata etapa. El calor era insufrible, pesado y tempestuoso, aunque el cielo estaba despejado. El sol, como previendo que un velo se interpondría bien pronto entre él y la tierra, que llegaba la estación de las lluvias y perdería su absoluto dominio sobre estas comarcas, lanzaba sus más ardorosos rayos. Caminábamos lentamente, fatigados, oprimidos, agrupándonos para hacernos mutuamente sombra.

De improviso, en medio de la árida y abrasada llanura, descubrimos un árbol sin follaje, cuyas ramas y copa habían sido cortadas para que sirviera de picota; junto á él, dere-

cho frente al sol, amarrado al tronco, creímos descubrir un ser humano.

De Morin y Delange nos dejan, pican sus caballos y se detienen absortos.

Un hombre como de veinte años, completamente desnudo, está efectivamente encadenado á aquel suplicio. Las facciones son regulares y acusan grande energía; sus ojos muestran una extraña expresión y su sonrisa raya en sardónica. Una hermosa estatua de bronce, de afamado artífice, daría sólo una débil idea de sus formas esculturales y del tono de sus carnes, de un pardo rojizo con reflejos metálicos. No obstante sus ligaduras, el cautivo conserva fiera postura: la pierna derecha está bien colocada; su busto está firme; su cabeza, en lugar de inclinarse sobre el hombro, se mantiene recta y erguida.

Seguido de nuestros intérpretes y de algunos Al-Ouadjs que nos sirven de guía hasta la inmediata jornada, me uno á de Morin y Delange, disponiéndonos de común acuerdo á cortar las cuerdas que le aprisionan; en el acto los indígenas corren á detenernos, pronunciando vehementes discursos, cuyo sentido pedimos á nuestros intérpretes que nos expliquen.

El negro que queremos libertar, nos dicen que es un envenenador; pertenece á la tribu guerrera de los Baggaras, que se encuentra sobre Khartum al remontar el Nilo; prisionero de tratantes que se encaminan al Sur, fué vendido hace un año á uno de los jefes de los Al-Ouadjs. Poco después el jefe, toda su familia,

y otras diez personas de la tribu murieron envenedadas; sospechóse del esclavo, y le condenaron al suplicio *del sol*.

Este castigo, del que no habíamos oído hablar hasta este momento, es sencillísimo; ocurre preguntar cómo no está más en uso, bajo los Trópicos y el Ecuador sobre todo, porque en Europa y en el Norte sobre todo no produciría gran resultado.

Basta amarrar el condenado al descubierto, bajo cincuenta grados de temperatura, y dejarle allí quemarse inmóvil á fuego lento, ó por mejor decir, á vivo sol, de la manera más natural del mundo, sin preparativos, sin gasto de leña ni de verdugo.

Los Al-Ouadjs, verdaderos artistas, añaden, sin embargo, algunos refinamientos á la pena: para que dure más tiempo, para que el condenado no se malogre de un ataque cerebral, le cubren de hojas la cabeza.

El cráneo, la frente y los sitios más vulnerables quedan así indemnes, mientras el resto arde, se seca, se calcina; la piel se desprende, y el sol obra directamente sobre la carne viva.

Quizá se piense todavía que ni aún con tal precaución puede prolongarse mucho la agonía; abandonado, clavado en el poste, el esclavo debe perecer de sed y de hambre, antes de ser muerto por el sol. Los que así razonan desconocen á los Al-Ouadjs: no abandonan al condenado, tienen por él verdaderas atenciones; cada día cuando el sol ha perdido ya fuerza y no le temen por sí mismos, se llegan á

darle algunos granos y un poco de agua; de este modo prolongan su vida, y mueren exclusivamente *de sol*, como estaba ordenado.

Las explicaciones, lejos de hacernos abandonar nuestros proyectos libertadores, los aumentaban; quizás fuera un tanto imprudente é indiscreto restituir un envenenador á la sociedad, aun africana, y si se contentaran con solo ahorcarle ó degollarle, dejaríamos seguir su marcha á la justicia: pero los sufrimientos que experimenta, los que aún le aguardan, el horror de su suplicio, hacen menos espantoso su crimen. Olvidamos al criminal ante la víctima.

Armados de nuestros cuchillos, sin hacer caso de las recriminaciones ni de las amenazas de los Al-Ouadjs, nos acercamos otra vez á cortar las cuerdas del cautivo, cuando nuestro intérprete Alí nos detiene señalando al cielo.

—¿Y qué!—le dice Delange.—¿Qué tiene que ver el cielo en este caso? ¿Crees que el sol quiera disputarnos su víctima? Él no la pidió, sino que se la ofrecieron.

—No es eso lo que quiero decir—responde nuestro guía.—Os enseño el cielo, porque se está nublando. Va á estallar una tormenta, lloverá en abundancia, y puesto que el condenado se ha de salvar naturalmente, es inútil soltarle y darle libertad, enemistándonos con esta tribu.

—¡Bien!—replicó Delange,—interrumpirá el sol su obra de destrucción; refrescará la lluvia su pobre cuerpo abrasado y lavará sus

heridas, también lo admito; pero no tardará en brillar el astro más luminoso y abrasador que nunca.

—Terminará el suplicio—se apresura á contestar nuestro intérprete, enterado de las costumbres de los pueblos que cruzamos.—Una tenaz sequía reina hace tiempo en estas comarcas; la estación de las lluvias, que empieza generalmente á fin de Febrero, lleva ya más de quince días de retraso: bien habéis visto á los Dinkas, que necesitan agua para sus ganados, venir á ofrecernos marfil y esclavos si queríais hacer llover. Los Al-Ouadjs sufren tanto como sus vecinos; supersticiosos, como todos lo somos en Africa, en lugar de decirse que al fin empieza la estación de las lluvias, creerán que el sol rehusa la víctima que le ofrecían, que se oculta para protegerla y salvarla. No sólo acudirán inmediatamente á cortar las cuerdas del ajusticiado, sino que le elevarán á la categoría de hechicero, y atribuyéndole el poder de detener al sol en su curso, de hacer llover á voluntad, le rodearán de atenciones.

El árabe decía la verdad: comenzaba la estación de las lluvias, y una tempestad terrible estalló á poco. En el momento, como nos había anunciado, corrieron los indígenas á su prisionero, cortaron sus cuerdas y se prosternaron ante él.

El esclavo salvado tan milagrosamente, ¿llegó á creerse protegido por el sol? ¿Se tomó seriamente por hechicero? No le preguntamos; pero sí le vimos apenas libre mirar orgullosa-

mente en torno, y dirigirse á la aldea, seguido de sus antiguos verdugos convertidos en sus córtesanos, donde adquirirá los honores de semi-dios, la adoración pública y el encargo de fabricar... la lluvia y el buen tiempo.

Tal vez piensa volver á sus negocios, continuar la serie de... sus envenenamientos; pero nadie tendrá nada que decirle; en su condición de hechicero y semi-dios, envenenará oficialmente con privilegio exclusivo.

10 Marzo.—Avanzamos rápidamente; gracias á suplementos de víveres y algunos regalos, conseguimos de nuestros hombres marchas forzadas. Descansamos desde las diez del día á las cuatro de la tarde; volvemos á marchar hasta las nueve ó las diez de la noche, generalmente á la luz de una luna magnífica, y á las cinco de la mañana comenzaremos la etapa ordinaria.

En este momento atravesamos una especie de territorio neutral, como de trescientas millas cuadradas, en el cual se encuentran á cinco ó seis leguas una de otra, las famosas *Zeribas* de los comerciantes de Khartum.

Llámase Zeriba un vasto establecimiento, especie de factoría, fundado en las fronteras de los Dinkas, de los Bongos, de los Djours, en relaciones mercantiles con ellos y con sus vecinos del Sur. El cambio aparente es el del marfil, pero por consecuencia y casi por necesidad, ya lo hemos dicho, el comercio de esclavos. Los ricos comerciantes de Khartum, Gattas, Abd-es-Samate, Agad, Abu-Guron (padre de las reses de cuernos), necesitan nu-

merosos criados para la conservación de sus edificios, el cultivo de sus campos, el pastoreo de sus ganados y el transporte de los colmillos de elefantes que de todos lados recogen; les sería ruinoso contratar setecientos ú ochocientos servidores, y prefieren ser sus propietarios comprándolos de una vez para siempre, ó bien sin aflojar la bolsa, lo que les agrada más, hacer una razia por las cercanías. Se limitan á sostener empleados á sueldo, la mayor parte de Khartum, y un ejército permanente de unos doscientos hombres por zeriba; cada empleado ó soldado percibe próximamente veinticinco francos mensuales, mas una participación en los beneficios del marfil ó de los esclavos.

Gracias á las cartas de crédito que de Khartum traemos, somos admirablemente acogidos por los jefes de estas factorías; ponen á nuestra disposición espaciosas chozas, nos proporcionan cuantos géneros necesitamos, y alimentan abundantemente nuestra caravana.

Todas estas gentes se hallan lejos de observar una conducta irreprochable; antes merecen la mala reputación que los europeos les deparan; pero es preciso reconocer que comprenden admirablemente la hospitalidad, sin quedar por bajo de los criollos del Sur de América ó de nuestras colonias francesas.

Con placer conocemos los lugares, en otro tiempo habitados por John Petherick, el famoso agente consular británico, que uno de los primeros ilustró el camino del Sur; por Bolognesi, su representante; por el marqués Antinori, cuya estancia en una zeriba se pro-

longó muchos meses; por Alejandro Vayssiere, cazador francés, literato distinguido, fundador de un pequeño establecimiento en esta comarca.

¿Qué ocurre á la señora Poles? Corre desolada, gritando, y ¡en qué traje, gran Dios!

La desdichada debe padecer un tabardillo; ya la había yo encargado que usara más precauciones. ¡Está local!

XVII

«Me entregáis la pluma, exigís que yo misma consigne en este diario las terribles aventuras en que por poco pierdo honra y vida... ¡Sea, señores! No se dirá nunca que la señora Beatrix Poles ha faltado á sus deberes, procurando velar la verdad; pertenezco á la historia; nada debo ocultar á mis contemporáneos y á la posteridad.

No quiero que las sociedades geográficas del mundo puedan reprocharme un día el haberles enmascarado cualquier episodio de mi viaje, haber dejado lagunas en mi vida.

Desde el momento que el *Boletín Geográfico* imprimió mi nombre, consignó la fecha de mi partida para el Africa, perdí el derecho de cubrirme de nubes, de ser misteriosa y discre-

ta: he de caminar á toda luz, cara y corazón descubiertos, dispuesta á responder á todas las preguntas de los etnógrafos y de los sabios.

Pero se me dirá: puesto que estáis resignada á todos los sacrificios, ¿por qué no contasteis vuestras aventuras con los Touaregs?

Porque, responderé yo, hay límites infranqueables. Los Touaregs estuvieron quizás de sobra audaces, y el viajero más prolijo, más verídico, puede en ciertos casos, sin falta de franqueza, poner sordina á sus confidencias. Por lo demás, las aventuras á que se alude, no tuvieron lugar hasta después del asesinato de la señora Tinne. La expedición, muerto su jefe, había perdido todo carácter oficial; yo, que no había representado en ella sino un papel secundario, no tenía que dar cuenta ya á nadie de mis acciones, y podía guardar mis secretos íntimos.

Hoy es distinto: la nueva expedición de que formo parte, está lejos de decir su última palabra; la pertenezco en cuerpo y alma, y puesto que mis compañeros lo ordenan, debo yo tomar la pluma y sacrificarme. Así lo hago.

Tenía alguna vaguedad en mis ideas; estaba preocupada desde días antes; no diré el motivo, es un secreto entre Dios y yo; los geógrafos nada tienen que ver en ello.

Era medio día; toda la zeriba descansaba; la señora de Guéran depositaba confidencias en su album; los señores de Morin y Periéres fumaban á la sombra de una palmera respetuosamente, sus últimos cigarros comprados

longó muchos meses; por Alejandro Vayssiere, cazador francés, literato distinguido, fundador de un pequeño establecimiento en esta comarca.

¿Qué ocurre á la señora Poles? Corre desolada, gritando, y ¡en qué traje, gran Dios!

La desdichada debe padecer un tabardillo; ya la había yo encargado que usara más precauciones. ¡Está local!

XVII

«Me entregáis la pluma, exigís que yo misma consigne en este diario las terribles aventuras en que por poco pierdo honra y vida... ¡Sea, señores! No se dirá nunca que la señora Beatrix Poles ha faltado á sus deberes, procurando velar la verdad; pertenezco á la historia; nada debo ocultar á mis contemporáneos y á la posteridad.

No quiero que las sociedades geográficas del mundo puedan reprocharme un día el haberles enmascarado cualquier episodio de mi viaje, haber dejado lagunas en mi vida.

Desde el momento que el *Boletín Geográfico* imprimió mi nombre, consignó la fecha de mi partida para el Africa, perdí el derecho de cubrirme de nubes, de ser misteriosa y discre-

ta: he de caminar á toda luz, cara y corazón descubiertos, dispuesta á responder á todas las preguntas de los etnógrafos y de los sabios.

Pero se me dirá: puesto que estáis resignada á todos los sacrificios, ¿por qué no contasteis vuestras aventuras con los Touaregs?

Porque, responderé yo, hay límites infranqueables. Los Touaregs estuvieron quizás de sobra audaces, y el viajero más prolijo, más verídico, puede en ciertos casos, sin falta de franqueza, poner sordina á sus confidencias. Por lo demás, las aventuras á que se alude, no tuvieron lugar hasta después del asesinato de la señora Tinne. La expedición, muerto su jefe, había perdido todo carácter oficial; yo, que no había representado en ella sino un papel secundario, no tenía que dar cuenta ya á nadie de mis acciones, y podía guardar mis secretos íntimos.

Hoy es distinto: la nueva expedición de que formo parte, está lejos de decir su última palabra; la pertenezco en cuerpo y alma, y puesto que mis compañeros lo ordenan, debo yo tomar la pluma y sacrificarme. Así lo hago.

Tenía alguna vaguedad en mis ideas; estaba preocupada desde días antes; no diré el motivo, es un secreto entre Dios y yo; los geógrafos nada tienen que ver en ello.

Era medio día; toda la zeriba descansaba; la señora de Guéran depositaba confidencias en su album; los señores de Morin y Periéres fumaban á la sombra de una palmera respetuosamente, sus últimos cigarros comprados

en el Gran Hotel; en cuanto al señor Delange, encerrado en su cabaña, daba lecciones de francés á sus tres Sudaninas, sus guardias de corps. Tal vez hubiera podido emplear mejor su tiempo; tal vez si me hubieran buscado, si me hubiese encargado de distraerle, no me habría ocurrido alejarme, y no me vería obligada hoy á tomar la pluma para relatar la aventura de que aún me estremezco.

Sea como quiera, dejé la zeriba: sola, pensativa, algo nerviosa, me encaminé á un bosquecillo atravesado por un arroyo que se une á pocas millas de aquí al Djour, uno de los mayores tributarios del Nilo.

Era el calor insufrible, y sin embargo, andaba yo rápidamente por dos razones: en primer lugar, yo no sé andar despacio, mis pies se niegan á ello; en segundo término, necesito transpirar, porque, según mis temores, engrueso mucho en Africa. Ayer me hice pesar en la balanza destinada á los colmillos de elefante, y observé con pesar que he aumentado tres libras; no es mucho, si se consideran repartidas por todo mi cuerpo, y que mi estatura sin tacones llega á un metro sesenta y ocho; pero debo detenerme, debo decirme: «¡Beatrix, basta! No permitáis que os invada la obesidad; desde hoy lucharéis contra ese enemigo de las mujeres que cumplieron treinta años.» ¿Los cumplí ya? No respondo á esta pregunta.

Mi carrera me permitió alcanzar pronto el bosquecillo de que he hablado: estaba solitario y misterioso á aquella hora de siesta; nin-

gún soldado, ningún esclavo se veía en él; sólo algunos animales jugaban sobre la hierba y en las ramas de los árboles. Les seguía con la vista y no pude evitarme envidiar su alegría, su profunda tranquilidad. ¡Dichosos seres!

¡No conocen las angustias de un alma enamorada y sin descanso combatida!

Un mico negro llamaba sobre todo mi atención: sentado en una rama á pocos pasos de mí, parecía mirarme con admiración. Quise acercarme y estudiarle en beneficio de la ciencia; pero en el momento, frutos tan grandes y duros como un coco, zapotes, rodaron á mis pies: el mico me manifestaba á su manera que no quería entrar en relaciones conmigo. Hubiera debido ser más político; no se ataca así á una dama, que no tiene más culpa que la de saludaros. Merecía una lección, y quise dársela.

Armé mi revólver, y tiré al aire para asustarle.

Como por magia aparecieron, sobre todas las ramas vecinas, un tropel de monos negros, grises y amarillos; lanzaban chillidos, me enseñaban los dientes, y como el mico, me tiraban zapotes que recibí en todas partes, en los hombros, en la espalda y en su continuación, viéndome precisada á inclinarme para librar mis gafas y para presentarles sitio de mi cuerpo menos vulnerable que el busto.

Me enfurecí: descargué mi revólver en todos sentidos; ¡ay! no herí á ninguno de mis enemigos.

Obligada entonces á renunciar á las armas de fuego, recogí los zapotes con que me acribillaban y se los tiré á mi vez; era guerra legítima, puesto que me servía de sus propias armas.

Ninguno de mis proyectiles les tocó: se separaban, se bajaban, brincaban, huían mis golpes con una agilidad maravillosa. Hube de humillar mi británica fiereza, y digna, majestuosamente, tras humillar á mis enemigos con mi mirada me retiré.

Los monos y los micos me persiguieron de rama en rama algún espacio, pero logré llegar á un pequeño claro y no se atrevieron á penetrar en él. Esa fué mi primer aventura en el infausto día: de ella pude salir sin más que algunos arañazos, dos chichones en la frente y algun cardenal.

Una senda me condujo por el claro al arroyuelo de que hice mención anteriormente; sus límpidas y transparentes aguas parecían sonreírme, suplicándome les confiara mi cuerpo: tal vez no habían alcanzado jamás el honor de humedecer á una inglesa, de retozarse con una mujer blanca.

Miré atentamente en torno mío: nada anunciaba la presencia de un ser humano.

El calor crecía; los chichones causados por los zapotes se inflamaban; los cardenales se oscurecían; nunca se había hecho desear tanto un baño. Sin embargo, no llevaba traje á propósito, y después de registrar todos mis bolsillos sólo pude encontrar un saquito de hule que me servía de bolsa de costura. Se

creerá tal vez que no debía contentarme con un gorro, pero si algún día se publican estos recuerdos de viaje, ruego al lector recuerde que nos hallamos en el interior del Africa, en comarcas absolutamente salvajes, y que no se me podrían exigir que observase los reglamentos de las playas de Brighton ó de Boulogne.

¡Qué placer! ¡Qué delicia! ¡Después del ejercicio á que me había entregado con los monos, bajo este sol de fuego, en esta abrasada atmósfera, refrescarme al dulce contacto de estas aguas! Yo nadaba, saltaba chillando, hacía el muerto, daba vueltas, zambullía, cuando las hierbas y los papiros no me oprimían demasiado.

Estaba tan completamente satisfecha, que había olvidado todos mis enojos: del mismo modo que mi cuerpo se refrescaba, mi alma se deleitaba en celestes delicias.

Algunos rayos del sol, atravesando el follaje, llegaban á quebrarse sobre el cristal de las aguas, iluminaban mi rostro radiante de alegría, doraban mis cabellos, escapados de su prisión y extendidos en sedosos bucles sobre mis hombros; parecíame ser alguna ninfa de las aguas, una náyade protectora del arroyo. Esta idea daba aún más brillo á mis ojos, más nobleza á mis movimientos; en las posturas académicas, mis brazos se marcaban con más gracia y hasta la *plancha* se hacía poética.

Duró mi baño más de una hora; me desquitaba del pasado y tomaba á cuenta del futuro; ¡quién sabe si me faltarán lagos y ríos en las regiones que vamos pronto á cruzar!

Por último; fresca, purificada, me decidí á tomar la orilla, y volver de náyade á mujer.

Escudriño en torno; en este momento es en el que más importa que esté sola, lejos de toda profana mirada.

Nada veo; el bosque continúa desierto, la soledad completa.

Entonces busco con la mirada mis vestidos. Les dejé colgados de una rama para apoderarme de ellos, mientras estuviese aún protegida por las aguas; quiero salir de mi baño como entré, con igual decencia, con tanta discreción y aun delicadeza.

De súbito, palidezco: mis vestidos han desaparecido; ¡el árbol no guarda el sagrado depósito que le confié!

No puedo creer á mis ojos; me equivoco sin duda; arrastrada dulcemente por la corriente, he debido dejar atrás, sin sentirlo, el sitio en que me desnudé, perder de vista mi tocador.

No, le reconozco bien; esta rama tenía una extraña forma que recuerdo, y es la única para mí accesible en el contorno.

¿Qué se ha hecho de mis vestidos? ¿No los habrá robado un indígena?

¡Imposible! Le hubiera visto, le hubiera oído; para llegar al árbol, tenía que atravesar el claro, y su hierba no es suficientemente alta para ocultarle.

¿Se habrán escurrido, se habrán caído por su propio peso desde la rama en que los dejé al agua?

Miro, busco por todos los lados, y nada veo; la corriente no podría haberlos arrastrado tam-

poco, porque las hierbas que me rodean les habrían detenido.

¡Nada! ¡nada! ¡Esto es horrible! ¿Qué va á ser de mí? ¿Cómo vuelvo á la zeriba?

Tengo que cruzar una milla de bosque, más de otro de llanura, y después entrar en un populoso establecimiento. Pase que me vean los negros; pero los árabes, los negociantes, los hombres de Khartum, los Europeos, ¡esos señores!

Ha pasado el calor fuerte, la siesta ha terminado; todo el mundo estará fuera. ¿En qué traje, ó mejor dicho, en qué estado, pues que no tengo traje, voy á aparecer ante esa muchedumbre? A tan terrible pensamiento, la sangre refluye á mi corazón, los cabellos se erizan sobre mi frente, y el gorro de hule, único vestido que me resta, cae al agua.

¡Nunca una mujer, una inglesa, se halló en situación semejante!

XVIII

«No tengo vestidos para salir del agua: he aquí el hecho en toda su crudeza. ¿Qué me importa saber en este momento cómo han desaparecido? Es un detalle, un insignificante detalle: más tarde lo investigaré; ahora es preciso determinar.

Mas ¡helos ahí, mis vestidos! ¡Se agitan, se mueven, me los enseñan, me los presentan!

¡Ay! ¡no puedo alcanzarlos, nunca podré vestirme con ellos!

¡Ah, monos miserables! ¡Son los ladrones! Me han seguido á través del claro, ocultos por la hierba, andando á gatas, arrastrándose para que no les viera. Sin desconfianza, segura, me desnudé, me sumergí en las ondas, y en tanto que yo gozaba, que zambullía, que tomaba académicas posturas, se han llegado sin ruido á mi tocador, han escalado la rama y se han apoderado de mis despojos.

¡Infames! ¡Si les pillara!

¡Aún se atreven á permanecer en el teatro de su crimen para burlarse de mí, para irritarme! Aquel monazo negro, sentado en la orilla, me hace gestos desgarrando mi linda falda azul... ¡Pero, desdichado, si no estamos en París, si no puedo renovar mi equipaje! Otro monillo pardo, de rostro agudo, intenta colarse por mi camiseta roja; su vecino se pone por sombrero una de mis botitas ¡mis botas nuevas! ¡Yo que rompo tantas! El mico, mi primer enemigo, el que primero enfadé por mi desdicha, se ha apoderado de las mejores piezas: arrolla por su cuello mi velo verde, se coloca mis azules anteojos, que tan cuidadosamente dejé en la orilla, y entre los dientes tiene el cañón de mi revólver. ¡Ay! ¡Si estallara y se saltara los sesos! ¡Pero cómo, si todos los cartuchos están disparados!

Allá abajo, tres horribles monitos rebuscan en la bolsa de curación que me acompaña

siempre; chupan el tafetán, se beben el ácido fénico. Al menos esos reventarán; es mi única venganza.

¡Oh! Si pudiera yo alcanzarles, reconquistar mis objetos, arrancarles mis despojos, creo que no vacilaría; olvidaría todo mi pudor, me mostraría á la luz del sol ante ellos, tal como me han dejado. Pero no me pierden de vista, espían mis menores movimientos: no bien me dirijo á la orilla, huyen ¡cobardes! y ponen entre nosotros considerable espacio. No les alcanzaría; ¡mis vestidos están perdidos, perdidos definitivamente! Después de ceñirme con sus pliegues, encubrirán monos; ¡qué rebajamiento!

Estoy furiosa. Yo que tomaba un baño higiénico, un baño refrescante para apaciguar mis nervios... ¡Me he lucido!

¿Qué hacer, Dios mío? ¿No puedo permanecer en el agua, esperar á que el sol se oculte, aprovechar la noche para ocultarme á todas las miradas? No encontraría el camino, me perdería en el bosque, me extraviaría por estas soledades, sería devorada por un tropel de fieras.

Antes temía tanto la presencia de un ser humano; ahora desearía la presencia de cualquier indígena, á quien con mis señas haría comprender mi desesperada posición. Correría á la zerbiba por cualquier falda, cualquier trapo: no tengo derecho á ser exigente.

Nadie aparece; mi aislamiento es perfecto; sólo los monos me hacen compañía.

¡Vamos! Es preciso decidirse; tengo frío, ti-

rito, y no quiero quedar enterrada entre esta líquida tumba. ¡Debo hacer el holocausto de mis pudores!

Bien sé que Virginia prefirió morir á mostrarse como yo me encuentro. Pero Pablo podía verla y á mí no me verá nadie.

Todavía abrigo una esperanza: la de alcanzar antes del primer encuentro una cabaña que ví junto al claro, á doscientos ó trescientos metros de aquí. Está habitada por Nubios, de caza por orden nuestra desde la mañana. Correré en esa dirección, me precipitaré bajo su hospitalario techo, y encontraré sin duda algún pedazo de tela, algún saco viejo, alguna piel con que cubrirme siquiera, y ganar al anochecer el campamento.

¡Está dicho! Salgo del agua, y tomo valientemente mi partido, ya que no pueda tomar otra cosa.

¡No puedo! ¡Es más fuerte que yo la dificultad! Me estremezco á la sola idea de que voy á salir del fondo y aparecer en la orilla como odiosa salvaje. Ciertamente que Amphitrite, cuando abandonaba las olas, no iba más cubierta que yo; ¡pero se perdona á las diosas lo que no se toleraría á las simples mortales!

Es preciso absolutamente que de algún modo me vista. Con cualquier pequeñez; hay pequeñeces que llegan á adquirir enorme importancia. He visto mujeres sencillamente vestidas de hojas; tendré mis hojas.

Me escurro hacia las plantas que me rodean y como yo se bañan; cojo algunas anchas hojas de papiro, me apodero de tallos de nenúfar

y procedo á mi *toilette* sin abandonar las aguas.

Salgo del agua avergonzada, con la cabeza baja, la mirada extraviada y adelante por el claro.

¡Ay! ¡Si al menos los monos me devolvieran mis botas! Yo, que ando siempre tan de prisa, voy ahora tropezando; mis pobres pies, tan fieles servidores, á quienes yo tanto estimaba ¡qué fin os estaba destinado! Las piedras os cortan, las espinas os desgarran, sufrís el tormento. Os tengo lástima; me detengo, arranco hierbas, y os envuelvo en ellas.

Ahora ando un poco mejor, más de prisa; tal vez hubiera debido conservar la lentitud primera, y no perdería á cada paso, á cada movimiento parte de mi traje improvisado, imposible de renovar: el arroyo y sus plantas están ya lejos.

Pero á nadie encuentro, nadie me ve sembrar por el camino mis últimos velos.

Un esfuerzo más, y llego; tiempo era.

Penetro en la cabaña; hay momentos en la vida en que no se toma una el trabajo de llamar á la puerta; verdad que ésta tampoco la tiene.

Además, ya lo dije; la cabaña estaba desierta. ¿Hubiera yo nunca soñado en entrar, si hubiera creído encontrar algo en ella?

Miro al rededor, buscando una piel, cualquier cosa con que cubrirme. Descubro en un rincón un pedazo de percal, que precisamente el día antes habíamos cambiado á los dueños por un antílope; me precipito sobre él lanzando un grito de triunfo, y tiro hacia mí.

¡Horror! El percal tapaba á dos hombres durmiendo en un rincón.

Se despiertan, se levantan y me apostrofan, mientras yo, sin fuerzas para huir, sin voz para gritar, me quedo clavada en mi sitio, inerte, inanimada como una hermosa estatua; Diana sorprendida por Acteon.

Por fortuna, pasada la emoción primera, vuelvo á la posesión de mí misma; hubiera preferido volver á la posesión de mi traje; pero vuelvo adonde puedo. Me bajo, recojo el trozo de tela, escapado de mis manos con la sorpresa, le tiendo y le levanto para hacerme una cortina.

Pero los Nubios son Nubios; creen que vengo á quitarles su percal, robarles tal vez, y mientras yo tiro de un lado, tiran ellos del opuesto.

La desesperación duplica mi fuerza, y la mitad de la cortina se queda entre mis uñas.

¡Estaba salvada!

¡No, no lo estaba!

Los dos se arrojan sobre mí.

¿A qué sentimientos obedecen? No quiero saberlo.

¿Pensaban únicamente recuperar su guñapo? Por ellos lo deseo.

Yo sólo pensaba en huir al extremo de la choza á envolverme en mi percal. Lo consigo: me acurruco en un ángulo y rápidamente, pero con gracia, con un severo movimiento, echo sobre mi hombro, á la moda antigua, la tira de tela, la traigo hacia adelante, me formo como una túnica que me envuelvo casi

toda. Sólo mis brazos y mi busto quedan algo descubiertos, pero en los bailes se ven no pocos; que me arroje la primera piedra la mujer que jamás haya enseñado sus brazos y su pecho.

Los Nubios se consultan: tienen evidentemente aviesos designios hacia mí, y se me aproximan.

—«¡No os acerquéis! ¡no os acerquéis!»— gritaba yo temblorosa, horripilada, procurando sumirme en mi rincón y apretando convulsivamente mi túnica.

No me hacen caso, y avanzan, avanzan siempre los infames.

Ya van á tocarme, ya van á asir su tela, doy un salto enorme, gano el otro extremo de la derecha, me apodero de una maza que acabo de descubrir, la levanto y haciendo molinete sobre mi cabeza, voy retrocediendo hasta salir digna, cubierta y pudibunda.

Los Nubios no se atreven á seguirme; mis miradas, mi actitud los ha intimidado.

Pronto hallo el sendero que conduce á la zeriba, echo á correr sin acordarme de mis pies, y llego conmovida, palpitante, con la maza en la mano.

He aquí mi relato: lo he dicho todo; nada más tienen que preguntarme.

El jefe de la zeriba, al conocer mi aventura, ha querido castigar á los dos Nubios; se lo he prohibido. Verdad que dos ingleses se hubieran conducido de otra manera; hubieran tenido compasión de mi apuro; no se hubieran envilecido hasta disputar un miserable

guíapo á una infeliz náufraga; pero no puedo pretender hallar entre salvajes las finuras de mis compatriotas. Además, estos pobres se han visto deslumbrados, impresionados: por menos se puede serlo, y no les haré cargo por ello.»

XIX

«A últimos de Marzo seguimos nuestro camino hacia el Sur.

Los habitantes de la zeriba hicieron, no obstante, cuanto pudieron por retenernos; nos objetaron que la estación de las lluvias empezaba, y nos sometería á rudas pruebas; nos recordaron que el mismo Schweinfurth, á pesar de su salud excelente, no creyó deber seguir su marcha en 1869, descansando varios meses y limitándose á hacer pequeñas excursiones por el país de los Djours.

Sus consejos eran prudentes; pero no estamos en el caso de Schweinfurth, no somos viajeros: vamos á un objeto determinado, á un punto fijo. El doctor Delange cree también, y somos de su opinión, que para los Europeos es peligroso hacer largas paradas en el corazón del Africa. Según él, es ilusorio querer aclimatarse en un país malsano; es pre-

ferible dejarle y cambiar de aires, aunque sean tan malos; sostiene que el movimiento, el cambio, son los más eficaces remedios cuando se intenta cortar las fiebres.

Otra razón nos obligaba á partir; la deserción minaba nuestra caravana. En relación constante nuestras gentes con los empleados y los soldados de la zeriba, se iban dejando corromper por ellos; se volvían indisciplinados, se aconchaban en el bienestar relativo que disfrutaban; se preguntaban si no les reportaría ventajas abandonándonos para entrar al servicio de los tratantes. Con éstos, con el comercio del marfil y de los esclavos, podían aspirar á la riqueza: con nosotros, al contrario, sólo esperaban salarios y regalos más ó menos eventuales. Además, los Dinkas y los Nubios de la factoría, para decidirles á quedarse, les pintaban con los más negros colores los territorios á que se habían obligado á seguirnos. Aseguraban que la caravana no volvería nunca; que sería asesinada, si no por los Niams Niams, de seguro por los Mombouttus ó los Akkas, á los que se complacían en dibujar como seres deformes y crueles, verdaderos monstruos.

Cinco soldados y veinte cargadores nos habían abandonado ya, seducidos por las promesas ó aterrados por los cuentos; si no había sido mayor aún el número de los desertores, lo debíamos á la elocuencia de nuestros dos intérpretes Omar y Ali, que gozaban de gran influencia sobre nuestra escolta por su calidad de Arabes; lo debíamos, sobre todo, á la firme-

guíapo á una infeliz náufraga; pero no puedo pretender hallar entre salvajes las finuras de mis compatriotas. Además, estos pobres se han visto deslumbrados, impresionados: por menos se puede serlo, y no les haré cargo por ello.»

XIX

«A últimos de Marzo seguimos nuestro camino hacia el Sur.

Los habitantes de la zeriba hicieron, no obstante, cuanto pudieron por retenernos; nos objetaron que la estación de las lluvias empezaba, y nos sometería á rudas pruebas; nos recordaron que el mismo Schweinfurth, á pesar de su salud excelente, no creyó deber seguir su marcha en 1869, descansando varios meses y limitándose á hacer pequeñas excursiones por el país de los Djours.

Sus consejos eran prudentes; pero no estamos en el caso de Schweinfurth, no somos viajeros: vamos á un objeto determinado, á un punto fijo. El doctor Delange cree también, y somos de su opinión, que para los Europeos es peligroso hacer largas paradas en el corazón del Africa. Según él, es ilusorio querer aclimatarse en un país malsano; es pre-

ferible dejarle y cambiar de aires, aunque sean tan malos; sostiene que el movimiento, el cambio, son los más eficaces remedios cuando se intenta cortar las fiebres.

Otra razón nos obligaba á partir; la deserción minaba nuestra caravana. En relación constante nuestras gentes con los empleados y los soldados de la zeriba, se iban dejando corromper por ellos; se volvían indisciplinados, se aconchaban en el bienestar relativo que disfrutaban; se preguntaban si no les reportaría ventajas abandonándonos para entrar al servicio de los tratantes. Con éstos, con el comercio del marfil y de los esclavos, podían aspirar á la riqueza: con nosotros, al contrario, sólo esperaban salarios y regalos más ó menos eventuales. Además, los Dinkas y los Nubios de la factoría, para decidirles á quedarse, les pintaban con los más negros colores los territorios á que se habían obligado á seguirnos. Aseguraban que la caravana no volvería nunca; que sería asesinada, si no por los Niams Niams, de seguro por los Mombouttus ó los Akkas, á los que se complacían en dibujar como seres deformes y crueles, verdaderos monstruos.

Cinco soldados y veinte cargadores nos habían abandonado ya, seducidos por las promesas ó aterrados por los cuentos; si no había sido mayor aún el número de los desertores, lo debíamos á la elocuencia de nuestros dos intérpretes Omar y Ali, que gozaban de gran influencia sobre nuestra escolta por su calidad de Arabes; lo debíamos, sobre todo, á la firme-

za de nuestro guía Nassar y la amabilidad del jefe de la zeriba. Este tratante comprendía todos los deberes de la hospitalidad: no contento con obsequiarnos, apenas nos observó amenazados de una deserción en masa á su beneficio, declaró que no tomaría en servicio suyo á ninguno de nuestros hombres; llegó con su cortesía hasta á poner sus propios soldados á nuestras órdenes para buscar nuestros fugitivos.

A pesar de estos obsequios, tal vez á causa de su conducta obsequiosa que nos obligaba á estarle más agradecidos que hubiéramos querido, y por las anteriores causas indicadas, nos creímos en el deber de seguir nuestro camino.

Si bien nos faltaban algunos hombres en revancha sañamos perfectamente provisionados: llevábamos numerosos rebaños y pesadas cargas de cuantos productos alimenticios habíamos podido procurarnos.

Dos días de marcha nos bastaron para atravesar una porción de la comarca de los Djours, cuyo nombre significa hombres de bosque, ó salvajes.

Constituyen una nación de unos veinte mil hombres, cuya vida es puramente agrícola, y tienen gran semejanza en idioma, presencia y costumbres, con nuestros antiguos amigos los Chillouks.

No hacemos sino pasar ante la factoría de Suire y la aldea de Koulongo, para penetrar en seguida entre los Bongos, Dours ó Dohrs, según la ortografía de los viajeros alemanes, y que

no hay que confundir con los Djours de que acabamos de hablar.

Los Bongos ocupan un territorio casi despoblado entre los 6° y 8° Norte, igual en extensión á tres de nuestros departamentos. Por el Sur confinan con el Oriente del extenso territorio de los Niams-Niams; la caravana pues, no se separa del camino seguido por el señor de Guéran.

Los tratantes de esclavos, secundados por los Nubios y los Dinkas, después de haber invadido hace veinticinco años el territorio Bongo, han llegado á dominarle, no obstante su vasallaje: conservan éstos la mayoría de sus usos y costumbres, y trataremos nosotros de retratarles, antes que una raza tan bien dotada, tan perfectible, haya desaparecido por completo.

Desde nuestros primeros pasos notamos fácilmente que penetramos en nuevas regiones, entre las naciones que se extienden al Sur, y que tienen su especial carácter. Aún encontramos entre los Bongos algunos individuos negros como el ébano; pero el color dominante, el fondo común, es el rojizo, el tono del cobre.

El señor de Morin intentó ayer retratar á un Bongo, y tuvo que emplear el color denominado *rojo de pompeya*.

En su cabellera se distingue también esta tribu notablemente de las que acabamos de visitar: ya no se ven sobre sus cabezas aquellos ridículos andamiajes untados de goma y ceniza. Su pelo es corto, crespo y espeso; no sufre preparación alguna; su cabeza es ancha y

cuadrada; su estatura mediana, sus miembros vigorosos y salientes sus músculos.

El sexo fuerte lleva, por lo general, un delantalito de cuero ó una cintura de tela, cuyas puntas caen por detrás y por delante; el resto del cuerpo está cubierto de anillos, de brazaletes, de medias lunas de cobre; el labio superior atravesado para recibir una sortija, un clavo ó sencillamente un palito entre los pobres; dibujos llenan todos los huecos.

La desnudez completa de las mujeres establece también demarcación entre ellas y las de los países recorridos; apenas si algunas consienten en hacerse un estrecho cinturón de hierbas ó de una ramilla de árbol con sus hojas. Pero entiendan nuestros amigos los Parisienses, si llegan un día á leer estos apuntes, que no por eso hubieron de alegrarse nuestros ojos: la mujer Bongo no tiene nada de mujer, ó mejor dicho, sólo tiene la coquetería; pero la coquetería salvaje, ridícula, bestial, sin gusto. Su vanidad, su abnegación por la moda, la han convertido en un ser sin nombre, desfigurado, deforme; todo en ella es pretexto para perforaciones é incisiones, llegando á introducirse adornos en todas las partes de su cuerpo. Se acuchillan, se mechan con tanta facilidad como las nuestras se pintan.

El labio inferior, engrosado y prolongado desmesuradamente por clavijas cilíndricas, sobrepaja en dos ó tres pulgadas al superior, y llega á la nariz; no por eso ha sido ésta perdonada: en el tabique sostiene un anillo; en las alas otros adornos. El pabellón de la

oreja, perforado, lleva medias lunas de metal y clavos de hierro; las coquetas llevan su refinamiento hasta pasarse por la piel del vientre anillos de piel de hipopótamo ó de elefante y gruesos clavos. Sobre estos ornamentos fijos, incrustados en las carnes, llevan otros volantes: numerosos collares, pesadas cadenas de cobre ó hierro, arrollados por los brazos, y sobre todo por las piernas.

No se crea que tanto dije haya sido importado exclusivamente por los comerciantes: los Bongos explotan el hierro y el cobre, trabajándolos con bastante habilidad. Cuando han recogido su cosecha, cesado las lluvias, hacia fines de Octubre ó principios de Noviembre, encienden sus hornos primitivos, se arman de sus martillos, sus fuelles, y fabrican hierro de lanza, azadas, monedas toscas, adornos para hombres y mujeres; botones, campanillitas, anillos, corchetes, alfileres en forma de lanza y unas pinzas llamadas *pinoh*, que emplean las mujeres en arrancarse las cejas y las pestañas, como si pusieran empeño en perfeccionar su fealdad.

¡Si se contentaran con ser feos! Por su excesiva gordura llegan á hacerse deformes: todas las curvas, todas las líneas de su cuerpo desaparecen bajo un confuso montón de grasa. No hay cintura, no tienen caderas: se puede tirar la vertical del hombro al pie: todo se confunde, todo se mezcla, cae el pecho, sube el vientre, no es ya carne, es gelatina.

Al lado de tales fenómenos, el obeso José parece escualido; cuando la señora Beatrix

Poles se acerca á una mujer Bongo, creerfase ver una cerilla junto á un elefante.

La cerilla triunfa entonces, lleva ventaja: por excesiva que sea la delgadez y poco graciosa, repugna menos que la obesidad extremada. Así nuestra amable inglesa aplasta bajo su desprecio á las Bongas, las trata como lo último entre lo miserable, se venga en sus ampulósidades de todas sus asperidades.

—¿Así querriais verme, verdad?—dice amargamente al doctor Delange, á quien todavía no ha podido perdonar la antigua admiración por las bayaderas y las bailarinas del Sudán.

—¡Oh, no, señorita!—contesta Delange, sin perder su constante calma:—no os quiero como esas mujeres; admitiréis únicamente que hay alguna diferencia entre la mujer llenita, de contornos suaves y esos monstruos.

—No, caballero, no—exclama la señora Poles:—no hay diferencia: todas las mujeres *llenitas*, como las llamáis vos, llegan á la obesidad, y si yo fuera hombre desconfiaría de ellas.

—Y yo desconfío, señorita; podéis creerlo.

—No lo bastante, caballero, no lo bastante: por ejemplo, vuestras tres doncellas, esas desdichadas que no os abandonan, se van poniendo deformes.

—¡De veras! no lo había notado, señorita; mil gracias por advertírmelo. Voy á cambiarlas por otras tres.

Aunque sin dar la importancia que la señora Poles á la obesidad de las mujeres Bongos, ocurrenos preguntarnos por nuestra propia satisfacción, si es natural ó artificial. Nassar,

que ha vivido entre ellos mucho tiempo con Schweinfurth, nos dice que su amo no logró obtener noticias en este punto; pero se ofrece, si lo queremos, á ponernos en condiciones de resolverlo. Delange y de Morin aceptan, y autorizamos á Nassar para que nos conduzca á una especie de harem cuyo propietario, un jefe Bongo, se digna recibirnos. La señora Poles pide acompañarnos, y no podemos negarle ese placer, precisamente cuando su presencia en un harem es más natural aún que la nuestra. La exigimos únicamente palabra de poner sordina á su indignación, al hallarse frente á los fenómenos que van á mostrarnos.

XX

La extensa aldea Bongo en que nos encontramos cuando Nassar nos propuso estudiar de cerca las costumbres femeninas de la comarca, está situada cerca de Daggondoud, zeriba importante.

Andando, andando, interrogamos á nuestro guía sobre nuestro futuro huésped. Este hombre—nos dijo Nassar—era antes un jefe poderoso, pero los Dinkas y los Nubios devastaron sus campos, quemaron su aldea; las tres cuartas partes de sus súbditos huyeron y ahora vive tranquilo y oscurecido para no llamar demasiado la atención de la vecina zeriba, que

es realmente su señora. Nassar le había hecho conocer nuestros deseos de penetrar el secreto de su casa, y consintió con la esperanza de algún regalo nuestro.

Satisfechos en cuanto á él, quisimos detalles más amplios de sus costumbres y las de sus compatriotas.

Si bien entre los Bongos, como en casi todas las naciones negras, la poligamia está en uso, parece que allí el número de mujeres se limita á tres. El precio corriente de una esposa, esto es, de una joven (las viudas no tienen precio por falta de pedido), consiste en veinte hierros de lanza y diez planchas de hierro del peso de un kilo; hay, pues, progreso; en los países que hemos atravesado hasta hoy, se cambian las mujeres por vacas; aquí se las paga, por decirlo así, en numerario. No olvidemos que siempre se las compra sin exigir dote: si la institución del matrimonio deja bastante que desear en otros aspectos, si la mujer hace un papel desairado en estos países, por lo menos el hombre no abdica de su dignidad, y no se ven, como en Europa, matrimonios en que toda la fortuna nace de la mujer; donde por un dominio ó una renta la más fea y más vieja puede comprar á un tiempo marido, nombre y título. En Africa la mujer es vendida por sus padres; entre nosotros, á menudo se vende el hombre espontáneamente.

Para terminar, diremos que entre los Bongos se castiga el adulterio; el esposo tiene derecho á matar al amante, y la adúltera debe

ser azotada públicamente, como en la Edad Media en Francia.

Al hablar de los usos de un pueblo, es difícil preterir su religión; pero según Nassar, y como la mayor parte de los negros, los Bongos no imaginan siquiera la inmortalidad del alma, ni tienen en su idioma palabra que exprese la idea de divinidad. Los espíritus malignos que suponen habitar las selvas, son temidos por ellos, pero no se les ocurre ni rezarles ni invocarlos, sino por el contrario, exorcizarlos, y procurar librarse de ellos con el auxilio de raíces mágicas, cuyo secreto poseen los hechiceros. Los viejos suelen pasar por mantener relaciones con los malos genios, les hacen responsables de las desgracias que afligen á las familias, y por lo general pagan con la vida su mala reputación; así es tan rara la ancianidad entre ellos. A pesar de estas supersticiones absurdas, de sus costumbres bárbaras, los Bongos tienen una delicadeza increíble en algunos puntos; sus leyes prohíben casar los muchachos antes de los diez y ocho años, y las jóvenes antes de los quince, y del modo más absoluto se halla terminante prohibido conservar en la misma habitación que sus padres, el niño que no mame ya.

XXI

Nassar, cuando llegamos ante la choza del jefe, nos había enseñado cuanto queríamos saber.

—Dudo entrar—decía la señora Poles—al pensar que voy á ver de cerca esas atroces criaturas, y á sorprenderlas en completo *deshabillé*.

—¡He, tranquilizáos!—repitió Delange;—no estarán en *deshabillé*, puesto que jamás tuvieron vestidos. Además, permitidme deciros, señora Beatrix, que después de vuestra aventura, podíais ser algo menos severa con las mujeres un poco descotadas.

—¡Hacéis mal, doctor—contestó la inglesa bajando los ojos—en recordarme continuamente el más triste suceso de mi vida!

—¡Oh, el más triste! ¿Y los Touaregs?.. Veo, señorita, con disgusto, que desdeñáis ligeramente aquella aventura. No es un reproche, que os dirijo, sino una mera observación.

—Reservad para vos vuestras observaciones—dijo la señora Poles hecha una amapolita.—Yo no os las hago, y bien sabe Dios que no me faltarían.

—¿Sobre qué, señorita?

—Sobre vuestras Sudaninas, caballero: cada día son más osadas, y no comprendo...

—Señora Poles—interrumpió de Morin, para cortar esta escena de celos siempre renovada:—la puerta está abierta, el jefe nos espera.

—Vamos, caballero; vamos á ver vuestros horrores, exclamó—la señora Poles, sin dejar de lanzar miradas coléricas al doctor.

—¡Nuestros horrores, nuestros horrores!—murmuró el imperturbable Delange;—nadie os ha rogado, señorita, que vinieseis á verlos.

—Así lo reconozco, caballero; no se quiso tener conmigo tanta amabilidad; pero viajó por instruirme, por instruir á mis contemporáneos y á las generaciones futuras; y al tratarse de un estudio, lejos de evitarle por la repulsión que me inspira, debo ir á su encuentro.

El jefe nos introdujo en la primera pieza de su casa; era como un vestíbulo ó antecámara, sin muebles, pero cuyos muros desaparecían bajo trofeos y panoplias. De una parte, hierros de lanza, muy elegantes, fabricados en el país; por otra, *danga-bords*, serie de anillos de curioso trabajo, y que constituyen una defensa flexible para el brazo; aquí, flechas mezcladas con colmillos de elefante, sobre los que observamos tallados, porque el Bongo, hábil en explotar el hierro, muestra también grandes disposiciones para la escultura; en el techo, arcos, pieles y tamboriles, ahuecados en troncos de tamarindo.

Nuestro huésped nos obligaba á admirarlo todo; no nos perdonaba un detalle, pareciendo

decirnos: «Como esto, no habéis visto, ni entre mis vecinos ni en vuestro país.» A sus ojos, nosotros éramos los salvajes; creíase allí único representante de las artes y oficios.

Finalmente, levantó unas grandes pieles, cosidas á guisa de portier, y nos introdujo en un salón cubierto de esteras. Simétricamente colocados junto á la pared, veíanse unos escalabitos de una sola pieza, llamados *hegbas*. Aunque desierta aún, esta pieza era evidentemente el departamento de las mujeres, porque los Bongos detestan los asientos; sólo á las mujeres y á los niños se les permiten.

Encima de cada taburete, y sostenidos por grapas de madera esculpida, pendían del muro cestos rústicos de bambú, conteniendo grano, cajas cilíndricas para la harina y cantimploras llenas de la cerveza de sorgo, llamada *leghuuy*.

A la vista de los alimentos, sufrió la señora Poles una viva emoción.

—¡Dios mío!—exclamó con voz á la vez cómica y espantada:—¿tendrán el proyecto de ofrecernos un *lunch*?

Ese terror podía, hasta cierto punto, disculparse; próximos á países francamente caníbales, que pronto cruzaremos, los Bongos mismos son bastante poco delicados para su alimentación. Cualquiera sustancia animal, y sea el que fuere su estado de descomposición, les agrada; gozan con los gusanos, los escorpiones, los buitres podridos; nada les repugna, nada rechazan su paladar ni su olfato.

La señora Poles se tranquilizó pronto: no pensaba el jefe convidarnos; quería sólo, como

le habíamos pedido, presentarnos sus tres mujeres legítimas; pero en su calidad de esposas de un personaje antes poderoso, debían aparecer rodeadas de cierto prestigio. Dió unas palmadas y su privada orquesta, porque el Bongo es apasionado por la música, hizo una entrada triunfal.

Componíase la orquesta de cuatro muchachas esclavas, provistas de instrumentos primitivos: llevaba una, una especie de guitarra, otra un casco de calabaza, cubierto con un pergamino que se hiere con un trozo de bambú también; las dos últimas se limitaban á sacudir grandes sonajeros. Únese la voz al ruido de los instrumentos, formando un cántico melancólico, y está tan desarrollado el instinto músico entre todas estas gentes, que el concierto que nos ofrecen es raro, sin ser ridículo.

Después de gozar un instante de su triunfo, hizo el jefe una nueva señal, y sus mujeres, alzando otro portier, avanzaron pesadamente una tras otra.

Pudiera uno creerse en la tienda de cualquier saltimbanqui que enseñara fenómenos; esperábamos las sacramentales palabras: «Entrad, señores, ocupad vuestros asientos, no pagaréis hasta la salida, si estáis satisfechos. Vais á ver aparecer la mujer salvaje, nacida en lo más profundo de Africa, que por primera vez se presenta en Europa. Todos los soberanos han deseado verla y la han dado honrosos testimonios de su admiración. Esta mujer colossal pesa antes de sus comidas...»

Me detengo: los fenómenos estaban ante

nosotros; podíamos contemplarlos á nuestro gusto.

Habíanse las tres sentado junto á la pared en sus banquillos; pero exagero al decir que estaban sentadas, porque no hacían sino apoyar la más carnosa parte de su cuerpo sobre el estrecho asiento, el resto desbordaba por todos lados. Si sus formas demasiado hotentotes no les hubieran impedido sentarse seriamente, aun se lo hubiera impedido cierto apéndice de que se habían adornado en honor nuestro. Llevaban una especie de cola de cordeles; que sólo usan en las grandes ocasiones para fijar su rango, su posición social, y sobre todo para hacer más efecto.

A excepción de algunas plumas en la cabeza, otra elegancia de buen tono, parecíanse en el resto del traje á todas las demás mujeres Bongas. De sus carnes, blandas, pastosas y perforadas, salían una infinidad de adornos; innumerables collares caían sobre sus pendientes pechos; sus más bellas sortijas de cobre brillaban en sus narices y en sus monstruosos labios.

El amo y señor de tan horribles seres, tomaba por admiración nuestro asombro: regodeábase con ella, y demasiado dichoso para callar, nos dirigía discursos, que Nassar nos traducía:

—Antes que vosotros, nadie—decía—ha logrado el honor de ver mis mujeres; pero observad que es sólo para mirarlas.

Recomendación inútil.

Venidos expresamente para enterarnos del

método de cebo á que estaban sometidas, pedimos al jefe que nos lo explicara.

En vez de contestar verbalmente á las preguntas de Nassar, y deseoso de instruirnos con hechos mejor que con palabras, el jefe Bongo palmoteó por tercera vez.

XXII

A los pocos segundos entraron otras cinco esclavas; tres traían una inmensa orza de madera llena de leche; las otras, dos grandes escudillas con una pasta espesa hecha con harina de sorgo y de eleusina, llamada por los Arabes *teleboun* y por los Abisinios *tokouso*.

—¡Oh, Dios mío! ¡van á comer!—exclamó la señora Poles;—¡ya veis que no me había equivocado!

—Estáis en libertad, señorita—observó Delange,—de no tocar á esos alimentos; por lo demás, nada tienen de repugnante.

—Posible es; pero nunca me sentaría á la misma mesa que esas criaturas.

—¡La misma mesa! ¿Dónde está aquí la mesa?

—Es metáfora, caballero—replicó secamente la señora Beatrix.—Por vos siento que no me hayáis comprendido.

Los nuevos temores de nuestra buena inglesa tampoco fueron justificados: la comida

nosotros; podíamos contemplarlos á nuestro gusto.

Habíanse las tres sentado junto á la pared en sus banquillos; pero exagero al decir que estaban sentadas, porque no hacían sino apoyar la más carnosa parte de su cuerpo sobre el estrecho asiento, el resto desbordaba por todos lados. Si sus formas demasiado hotentotes no les hubieran impedido sentarse seriamente, aun se lo hubiera impedido cierto apéndice de que se habían adornado en honor nuestro. Llevaban una especie de cola de cordeles; que sólo usan en las grandes ocasiones para fijar su rango, su posición social, y sobre todo para hacer más efecto.

A excepción de algunas plumas en la cabeza, otra elegancia de buen tono, parecíanse en el resto del traje á todas las demás mujeres Bongas. De sus carnes, blandas, pastosas y perforadas, salían una infinidad de adornos; innumerables collares caían sobre sus pendientes pechos; sus más bellas sortijas de cobre brillaban en sus narices y en sus monstruosos labios.

El amo y señor de tan horribles seres, tomaba por admiración nuestro asombro: regodeábase con ella, y demasiado dichoso para callar, nos dirigía discursos, que Nassar nos traducía:

—Antes que vosotros, nadie—decía—ha logrado el honor de ver mis mujeres; pero observad que es sólo para mirarlas.

Recomendación inútil.

Venidos expresamente para enterarnos del

método de cebo á que estaban sometidas, pedimos al jefe que nos lo explicara.

En vez de contestar verbalmente á las preguntas de Nassar, y deseoso de instruirnos con hechos mejor que con palabras, el jefe Bongo palmoteó por tercera vez.

XXII

A los pocos segundos entraron otras cinco esclavas; tres traían una inmensa orza de madera llena de leche; las otras, dos grandes escudillas con una pasta espesa hecha con harina de sorgo y de eleusina, llamada por los Arabes *teleboun* y por los Abisinios *tokouso*.

—¡Oh, Dios mío! ¡van á comer!—exclamó la señora Poles;—¡ya veis que no me había equivocado!

—Estáis en libertad, señorita—observó Delange,—de no tocar á esos alimentos; por lo demás, nada tienen de repugnante.

—Posible es; pero nunca me sentaría á la misma mesa que esas criaturas.

—¡La misma mesa! ¿Dónde está aquí la mesa?

—Es metáfora, caballero—replicó secamente la señora Beatrix.—Por vos siento que no me hayáis comprendido.

Los nuevos temores de nuestra buena inglesa tampoco fueron justificados: la comida

que se nos presentaba, era para las señoras Bongas; debía servir para la demostración que nos ofrecía el jefe, y éste se preparó á operar ante nosotros.

Cogió una calabacita, la llenó de harina, y acercándose á sus mujeres la puso en los labios de una de ellas; digo labios, por costumbre, sirviéndome de una palabra usual entre nosotros, porque supongo que los labios han de entreabrirse para dar paso á la comida ó á la bebida. Aquí es otra cosa: como la boca tiene, en virtud de las modas indicadas, la forma de un largo pico, véanse obligados los Bongos á servirse de los dedos para suspender el labio superior é introducir la comida hasta el gaxnate; después, al cerrarse esa boca, saliente como un bastión y blindada de planchas de marfil ó de cobre, produce un ruido seco y metálico curiosísimo.

Después de haber hecho tragar á cada una de sus mujeres lo menos una libra de harina, sumergiendo la calabaza el jefe en el cántaro, las atracó de leche.

Las tres desdichadas, encajadas, por decirlo así, en sus banquillos, por el desbordamiento de su obesidad formidable, embarazadas para levantar los brazos por la carne blanda y pastosa que hacía desaparecer sus articulaciones; parecían redondos chiquillos, á quienes el ama seca reparte el biberón.

Pudieran también compararse á los gansos que en algunos puntos engordan clavados á una tabla.

No demostraban la más ligera repugnancia

por el régimen á que se hallaban sometidas, si bien su marido se evitaba el trabajo de consultarlas, sumergiendo infatigable su calabaza en la leche ó en la harina. No se detuvo hasta que la orza y las cazuelas quedaron vacías, y volviéndose entonces á nosotros, mostrándonos su obra, nos dirigió las siguientes palabras, traducidas en el acto por Nassar:

—Ved cómo las alimento, ved cómo consiguen esa perfección de formas que las hace las más bellas del país y dignas de ser esposas de un hombre de mi clase.

—¿A qué edad empiezan tan excelente régimen?—preguntó Delange.

—Desde la más tierna—respondió el jefe.— Todos los padres tienen interés en alimentarlas así, porque cuanto más gordas están, más caras las pagamos al casarnos. En nosotros consiste luego conservarlas en el mismo estado ó hacerlas progresar todavía. Las hijas de toda familia distinguida, están obligadas á tragar una orza de leche cada mañana en presencia de su padre: si dudan, si rehusan, las pegamos hasta que se deciden á obedecer la moda.

—¿Tienen todos los hombres de vuestra tribu—preguntó el doctor—mujeres tan gruesas? ¿Las alimentan tan bien?

—¡Oh, no!—exclamó el jefe orgullosamente.—Nosotros somos un pueblo agrícola, tenemos pocos ganados y sólo los ricos podemos disponer de vacas. Los demás sustituyen la leche por cerveza; pero no alcanzan tan hermosos resultados.

—¿Esperará que premiemos sus productos con alguna medalla?—nos dijo de Morin.

—Todo me lo hace creer—contestó Delange,—y para agradecerle, voy á verificar una formal inspección semejante á las del palacio de la Industria en momentos de concurso, por señores de frac y corbata blanca.

—¡Cuidado, querido!—exclamó:—el jefe prohíbe tocar.

—Tranquilizáos; no puede menos de halagarle mi examen.

—Pues qué—exclamó la señora Poles procurando detenerle,—¿os atreveríais á ponerlos en contacto con esos monstruos?

—Seguramente, señorita; represento el aspecto científico de la expedición, y la ciencia no se daría por satisfecha con un estudio imperfecto. Necesita números; yo voy á procurárselos.

Sacó de su bolsillo una medida, una cartera, y se aproximó, gravé y solemnemente, á la más gruesa de las mujeres. El jefe, comprendiendo de lo que se trataba, dió orden de levantarse á su esposa, y después de grandes esfuerzos, consiguió ella desencajarse. Delange desarrolló su medida, la puso á la altura de su cabeza, la dejó tocar al suelo, y escribió: un metro setenta.

Midió después la circunferencia del brazo: cincuenta y seis centímetros; la pantorrilla: cincuenta y dos; la cintura: un metro treinta.

—¡Magnífico!—exclamó al concluir.

Nassar tradujo la palabra al Bongo.

—¡Verdad!—exclamó el jefe en el colmo

de la satisfacción:—¿nunca habéis visto otra igual?

—¡Nunca!—respondió Delange dando muestras de la más profunda admiración.—Y añadió:—¿qué edad tiene esta hechicera mujer?

—Diez y siete años.

—Promete.

Al venir hacia nosotros el doctor, la señora Poles retrocedió bruscamente.

—¡No os acerquéis á mí, no os acerquéis! Nada quiero con un hombre que tan poco se respeta.

—¡La ciencia, señorita, la ciencia!...—murmuraba Delange.

—¡No excusa ciertas faltas, caballero! Siento tener que deciroslo, pero os habéis conducido sin delicadeza. Pero ¿qué pueden tener esas mujeres para mirarme así? Me incomodan: preguntadlas qué quieren, Nassar.

El guía se informó, y volviendo á la señora Poles la dijo:

—Las mujeres del jefe, señorita, están muy preocupadas con vuestros vestidos. Descarían saber por qué vais así vestida.

—¿Cómo? ¿Que por qué me visto así? Por la costumbre; me someto á la moda de los países civilizados. ¿Quieren quizás que adopte su traje, que me limite á brazaletes, hojas y plumas, ó que me pase sortijas por las narices? Encuentro sus asombros, sus preguntas, indecentes.

Nassar tradujo fielmente, y volvió á la señora Poles con las nuevas observaciones de las Bongas.

—Estas señoras—dijo—ya saben que los blancos acostumbran cubrirse de cosas inútiles; pero les admira que no llevéis el mismo traje que los señores.

—¡Qué! ¿Quieren que me vista como estos señores? Decidlas que eso no se acostumbra entre nosotros. El sexo masculino y el femenino usan traje distinto.

Cuando el intérprete la tradujo esta última frase, las Bongas se inclinaron unas á otras y se pusieron á cuchichear.

—¿Qué dicen?—preguntó la señora Poles. El intérprete vacilaba.

—¿Qué dicen?—repitió la inglesa firmemente; —quiero saberlo; hablad.

—Pretenden—murmuró Nassar bajando los ojos—que sois del mismo sexo que estos señores.

—¡Hein! ¿Qué decís?—gritó furiosa la señora Poles.—¡No han podido decir tal cosa! ¡No habréis comprendido bien! Volved á interrogarlas.

Las mismas palabras fueron repetidas por las esposas del jefe, y traducidas por Nassar.

Nuestra querida inglesa se encogía de hombros, agitaba los brazos, parecía indignada.

—¡No les basta ser deformes!—exclamaba.—¡necesitan también ser estúpidas! ¡No han conocido mi sexo en la longitud de mis cabellos, en el color de mi tez, en las ondulaciones de mi busto, en la dulzura de mi voz!

De pronto se detuvo y calmándose:

—¡Pobres criaturas!—dijo.—Debería tenerlas lástima, en vez de injuriarlas: la base de

nuestro poder irresistible, lo que nos distingue de los hombres, la dulzura de nuestros contornos, la severidad de las formas, la gracia, el encanto, les faltan en absoluto y no pueden admirarlas en los demás.

Y volviéndose á Nassar, le dijo:

—Quiero, al menos, que mi visita tenga un fin dichoso para estas pobres desheredadas, disipando en algo su ignorancia. No quiero pasar, ni aun entre salvajes, por lo que no soy; traducidlas, Nassar, que no sólo soy mujer, sino que soy soltera.

No bien Nassar las comunicó este discurso, las tres mujeres del jefe soltaron la carcajada.

Debemos reconocer que la alegría, la hilaridad, no contribuían á embellecerlas: aquellos tres picos que se estiraban, aquellos labios inferiores chocando con los superiores, aquellos dijes metálicos agitándose, producían tan ridículo efecto, que al verlas reirse, nosotros también nos reíamos como bobos.

La señora Beatrix Poles era la única que no se reía: sus ojos despedían relámpagos bajo los anteojos nuevos que los cubrían desde que los monos la despojaron de sus primeros defensores; de pálida se había puesto amarilla; sus dientes, convulsivamente apretados, no podían separarse, de suerte que la ira la dejaba muda. No conservaba el uso sino de sus pies y sus manos, y los empleaba en correr de una á otra Bongo, enseñarla el puño, y volver á empezar. Quisimos sacarla de allí; pero nos rechazó duramente.

No obstante, tampoco reían ya las mujeres;

los gestos de la visitante, las amenazas que parecía dirigirles, acabaron por encolerizarlas también. El chasquido de sus bocas, se hacía cada vez más expresivo, y al aproximárseles la extranjera, sus gruesos brazos se levantaban y se cruzaban con el flaco de la señora Poles.

Por su parte, el jefe, al principio aturdido, indignado después por la conducta de una persona que había recibido tan políticamente, se había precipitado fuera y juntaba sus numerosos servidores para socorrer á sus queridas esposas, insultadas y amenazadas.

Delange conjuró el conflicto: gracias á su presencia de ánimo, pudimos evitar el peligro que había atraído sobre nuestras cabezas el exagerado amor propio de la señora Poles. Acordándose el doctor de los regalos destinados á nuestro huésped y á sus mujeres, dijo una palabra á Nassar, quien corrió al vestíbulo, donde habían quedado bajo la vigilancia de uno de nuestros Nubios.

Apenas volvió el guía, nos apresuramos á soltar los paquetes, y en el acto aparecieron estampas iluminadas de que habíamos hecho provisión en París, fotografías baratas, muñecas, cocinas y vasos de campo. Todos estos juguetes, que hubieran seducido á cualquier negra del interior del Africa, debían ser sobre todo apropiados á las mujeres cuya cólera queríamos calmar. Olvidaron instantáneamente á la señora Poles y sus amenazas, hicieron esfuerzos desesperados, consiguieron levantarse, arrastrarse luego hasta nuestras cajas, y

abriendo los ojos, lanzando chillidos de alegría, alargaban las manos como verdaderos bebés.

Delange empezó la distribución, mientras que el jefe, sereno ya y tranquilo, despidió á sus esclavos y volvió á recibir una hermosa manta que le dedicábamos.

Menos excitada la señora Poles, pero furiosamente impresionada del insulto recibido, meditaba sin duda alguna atroz venganza.

De pronto sacó del bolsillo un espejito que usaba constantemente, y le puso con un movimiento rápido ante el rostro de una de las mujeres.

Pensaba sin duda que puesta en presencia de su deformidad, la desdichada iba á retroceder horrorizada.

Pero no pasó así: sus ojos chispearon de alegría, sus labios ensayaron una sonrisa, y rebotando dicha, aquella torre de carne se puso á brincar; parecía un pingüino en baile.

—¿Pero se encuentra bella?—exclamó la señora Poles.

—¡Sin duda!—respondió Delange.—Yo diré que hasta que en su género es realmente hermosa, como vos lo sois en el vuestro, señorita—añadió galantemente.

La señora Beatrix se encogió de hombros, y quiso guardarse su espejo; pero la Bongo le cogió con ambas manos y se negó á soltarle.

—¡No os le doy!—gritaba la señora Poles:—no faltaría si no que os regalara yo ahora; que guardase miramientos con una mal edu-

cada, que acaba de confundirme con un hombre. ¡Volvédmele, volvédmelo!... ¡No quiero causar a un espejo, acostumbrado á mi rostro, el dolor de reproducir el vuestro!

Pero la mujer, sin comprender una palabra, no por eso aflojaba las manos.

Iba á renovarse la cuestión: también De-
lange corrió en nuestro auxilio.

—¿Qué hacéis, señora Poles?—exclamó:—
Ese espejo para vos ya no existe. ¿Podríaís serviros de un objeto que han tocado las manos de esta criatura?

—Es verdad—respondió con disgusto:—lo ha profanado y se lo abandono.

Y digna, orgullosa, sin dignarse despedir del jefe ni de sus mujeres, sin ocuparse de si nosotros la seguíamos, salió de la sala en que nos hallábamos. Nuestra curiosidad estaba también satisfecha; habíamos estudiado la mujer Bongo bajo todos sus aspectos, y no tardamos en alcanzar á nuestra envidiosa compañera.»

XXIII

«6 Abril.—Seguimos nuestra marcha á través del territorio de los Bongos, sin ocuparnos de las tribus inmediatas. Si viajásemos en otras condiciones, si no persiguiéramos un objeto que necesitamos alcanzar cuanto an-

tes, en lugar de detenernos momentáneamente en *Sabbi* hace dos días, hubiéramos permanecido algunas semanas y hubiéramos aprovechado el descanso para visitar los *Mittous*, que nos dicen son tan dignos de observación como los Bongos.

No obstante la más activa vigilancia, todos los días sufrimos deserciones: el terror que inspiran las tribus del Sur, aumenta entre nuestros hombres. Cierto que los habitantes de las varias zeribas que vamos encontrando aún, se cuidan de abultar esos temores: los tratantes, los empleados, sus soldados, no quieren admitir que sigamos tan largo viaje, por encontrar las huellas de nuestros amigos. «Es un pretexto—dicen;—los Francos van al Sur, como en otro tiempo sus compatriotas los hermanos Poncet, para cosechar marfil y hacernos competencia.»

No se atreven á atacarnos abiertamente, porque nuestra escolta es respetable, y porque nos creen protegidos por los principales habitantes de Khartum, con los que viven en continuas relaciones mercantiles; pero procuran dañarnos indirectamente, disminuyendo nuestros soldados y cargueros. Materialmente nos tratan muy bien, en cuanto ven nuestras cartas de crédito, y sobre todo nuestros fusiles; moralmente no nos hacen en estas últimas factorías el recibimiento que en las primeras. Pero el país es seguro, abundan los víveres y todavía nos sobra gente para llevarlos; si el efectivo de la caravana ha disminuído en una treintena de individuos, no nos hace estor-

sión, porque en cada parada encontramos Bongos dispuestos á llenar nuestras filas. Por desdicha, este compromiso no es sino provisional, y de seguro no pasarán sus fronteras.

La estación de las lluvias está en toda su fuerza; tenemos, sin embargo, frecuentes intermitencias de buen tiempo y una gran igualdad de temperatura. El termómetro señala á la sombra durante el día, de treinta y cinco á cuarenta grados, para descender por la noche á diez y seis ó diez y ocho, variación á la que estamos ya acostumbrados.

Por lo que sufrimos, es por los furiosos chaparrones que nos sorprenden marchando, cuando nos es imposible mudar de traje. Los negros, gracias á su semi-desnudez, reciben esas duchas con estoicismo sumo, si no muchas veces con placer; nosotros llegamos á sentir que la moda nos priva de su traje de baño, y aseguramos á la señora Poles, á quien disgusta la broma y nos lanza furibundas miradas, que tal vez los monos llevaban buena intención el día que la robaron sus vestidos.

La señora de Guéran ha sufrido muchos accesos de fiebre; primeramente los soportó valientemente, sin quejarse ni consultar con el doctor; pero la señora Poles, siempre cuidadosa, siempre buena, á pesar de sus defectillos, notó el estado de nuestra querida Baronesa y la obligó á tomar quinina. La señora de Guéran está mejor, y después de hacerse llevar dos días en su palanquín, hoy ha vuelto á montar á caballo.

9 Abril.—Esta mañana, después de una no-

che pasada junto á un riachuelo llamado el Touduy, no lejos de la gran aldea de Nyoli, cuando salimos de nuestras tiendas para emprender la marcha, Nassar vino á decirnos que sus gentes se negaban, que la resistencia le parecía esta vez invencible y que creía prudente concederles un día de descanso.

—¡Seal!—respondió el señor de Morin, después de cruzar algunas frases con la señora de Guéran.—Ayer fué ruda la jornada; largas las marchas, numerosos los turbiones, sofocante el calor. Decidimos pasar el día junto á este arroyo y bajo estas hermosas sombras, pero no parecemos deber ceder á la presión de nuestras gentes. Yo me encargo de hacerles creer que ha nacido de nosotros el deseo del descanso.

Dejamos obrar á de Morin: se vale maravillosamente para conducir á los negros: saben cuán sobero es, pero dispuesto siempre á repartir recompensas, aumentar un salario ó doblar una ración. Tiene también el talento de coger á estos niños grandes por su amor propio: «Tú,—le dice un Nubio—te conduces como un Bongo. No lo hubiera creído en tí.» A otro: «Tú tienes sangre árabe, bien se ve en el color de tu piel, y eres tan perezoso como un negro.» Todos los medios le conducen al fin; á veces hasta acude á las pasiones de alguno: «Tú, tan aficionado á las mujeres; tú, que siempre estás siguiendo á las Sudaninas, aún dudas en seguirnos al Sur. ¿No sabes que encontrarás allí numerosas esposas? Y todas bonitas; yo he recibido noticias segu-

ras.» Estas promesas, estas aflagazas, una broma á tiempo, tienen gran éxito entre estos salvajes, con quienes la disciplina á la europea es imposible.

De Morin salió tranquilamente fumando un cigarro por el campamento, y al primer Nubio que encontró, se puso á gritarle en árabe, que empezamos á hablar con facilidad.

—Oye, tú, di á tus compañeros que no levanten el campamento: esta tarde hay fiesta en la aldea inmediata y queremos verla. Peor para vosotros si queréis marchar; nadie se moverá, lo prohibo.

La noticia corrió por el Kraal: los Europeos querían presenciar la fiesta, ver la orgía que se preparaba en Nyoli. Precisamente era esa la razón de que los negros se negaran á partir; pero no esperaban que el jefe blanco participara de sus gustos. Apreciando su generosidad y su justicia, temían su cólera, y no sin cierto temor habían fraguado la conspiración para quedarse: ahora habían desaparecido todos sus temores; ahora se pertenecían por entero para el descanso durante el día, y para toda suerte de excesos por la noche.

Hemos ocupado el descanso en estudiar las costumbres, no sólo del Bongo, sino del negro en general: mientras las señoras de Guéran y Poles quedaban en el campamento custodiadas por Delange y los dos intérpretes, el señor de Morin y yo, seguidos de Nassar, nos pusimos de un galope en la cercana aldea: queríamos sorprender á sus habitantes al levantarse, y seguirles hora tras hora hasta la tarde. No

dejarían de preguntarnos al volver á Francia: «Pero, en fin, ¿en qué pasan el tiempo aquellas gentes? ¿Cuáles son sus placeres, sus distracciones? ¿Qué relación existe entre su vida y la nuestra?»

Ahora esperamos poder satisfacer esa curiosidad.

XXIV

A eso de las seis abandona el negro el montón de hierbas secas ó la piel que le ha servido de cama, y su primer cuidado es encender la pipa: la fuma con beatitud, abre su puerta de cañas, se pone á calentar á los primeros rayos del sol, y saluda á sus vecinos ocupados en los mismos asuntos.

Hacia las siete se desayuna con unos puchos, y si es rico, si no ha malgastado en unos días su provisión anual, bebe un largo trago de cerveza ó de vino de bananas, muy apreciado por la embriaguez instantánea que produce.

Tras de este primer descuento sobre las numerosas comidas del día, el Africano se reúne en la plaza con todos sus amigos; allí se pasa la mayor parte del tiempo en charlar de nada, en reír sin motivo, dormir, fumar ó jugar; no conoce las cartas, ni los dados, pero los reemplaza con piedras ó chapas de hierro

ras.» Estas promesas, estas aflagazas, una broma á tiempo, tienen gran éxito entre estos salvajes, con quienes la disciplina á la europea es imposible.

De Morin salió tranquilamente fumando un cigarro por el campamento, y al primer Nubio que encontró, se puso á gritarle en árabe, que empezamos á hablar con facilidad.

—Oye, tú, di á tus compañeros que no levanten el campamento: esta tarde hay fiesta en la aldea inmediata y queremos verla. Peor para vosotros si queréis marchar; nadie se moverá, lo prohibo.

La noticia corrió por el Kraal: los Europeos querían presenciar la fiesta, ver la orgía que se preparaba en Nyoli. Precisamente era esa la razón de que los negros se negaran á partir; pero no esperaban que el jefe blanco participara de sus gustos. Apreciando su generosidad y su justicia, temían su cólera, y no sin cierto temor habían fraguado la conspiración para quedarse: ahora habían desaparecido todos sus temores; ahora se pertenecían por entero para el descanso durante el día, y para toda suerte de excesos por la noche.

Hemos ocupado el descanso en estudiar las costumbres, no sólo del Bongo, sino del negro en general: mientras las señoras de Guéran y Poles quedaban en el campamento custodiadas por Delange y los dos intérpretes, el señor de Morin y yo, seguidos de Nassar, nos pusimos de un galope en la cercana aldea: queríamos sorprender á sus habitantes al levantarse, y seguirles hora tras hora hasta la tarde. No

dejarían de preguntarnos al volver á Francia: «Pero, en fin, ¿en qué pasan el tiempo aquellas gentes? ¿Cuáles son sus placeres, sus distracciones? ¿Qué relación existe entre su vida y la nuestra?»

Ahora esperamos poder satisfacer esa curiosidad.

XXIV

A eso de las seis abandona el negro el montón de hierbas secas ó la piel que le ha servido de cama, y su primer cuidado es encender la pipa: la fuma con beatitud, abre su puerta de cañas, se pone á calentar á los primeros rayos del sol, y saluda á sus vecinos ocupados en los mismos asuntos.

Hacia las siete se desayuna con unos puchos, y si es rico, si no ha malgastado en unos días su provisión anual, bebe un largo trago de cerveza ó de vino de bananas, muy apreciado por la embriaguez instantánea que produce.

Tras de este primer descuento sobre las numerosas comidas del día, el Africano se reúne en la plaza con todos sus amigos; allí se pasa la mayor parte del tiempo en charlar de nada, en reír sin motivo, dormir, fumar ó jugar; no conoce las cartas, ni los dados, pero los reemplaza con piedras ó chapas de hierro

ó de cobre, juegos primitivos que bastan para arruinarle, y no es raro ver á un negro después de perder su cabra, su vaca, su provisión de granos, su casa, jugar su mujer, su familia, su anciana madre y venderse él mismo para continuar la partida.

Vuelve á su choza, cuando los rayos verticales del sol hacen inhabitable la plaza; sobre todo, lo que le devuelve al hogar es el deseo de hacer conocimiento con la comida preparada por sus mujeres. El de ver á su familia no se siente sino débilmente, excepto entre los Niams-Niams, donde según dicen, el amor conyugal es muy intenso; el negro no siente por sus compañeras sino una mínima afeción y sus hijos los soporta más bien que los quiere.

Es próximamente la una: van á hacer su comida fundamental, que varía según las naciones y sobre todo según las latitudes; en unos puntos, el pescado, las legumbres, la leche y la miel abundan; en otros se contentan con raíces, granos y carne de todas clases y más ó menos manida.

Terminada la comida, y tras larga siesta, vuelve el negro á continuar en la plaza sus importantes ocupaciones de la mañana: fumar, jugar y charlar.

El sol se despide del negro echado delante de su casa con sus mujeres, quienes, después de haber trabajado todo el día, se sientan al fin en su banquillo á fumar la pipa. Generalmente la pipa corre de mano en mano: entre los Bongos, por un refinamiento especial, el pe-

lotón de estopa destinado á interceptar la nicotina, en vez de hallarse colocado en el tubo, se coloca en la boca del fumador, y pasa de una á otra al mismo tiempo que la pipa cambia de mano. También es común la costumbre de mascar tabaco, entre hombres y mujeres, teniendo generalmente guardada la reserva detrás de la oreja. Vese bien cuánta pulcritud emplea el Africano de estas comarcas.

Por la noche se cierra la aldea, casi siempre ceñida de empalizadas; entra cada uno en su choza, ó bien se reúnen de nuevo en una común, especie de taberna, para beber hasta embriagarse: nuestras lámparas y bujías se reemplazan en las noches oscuras por teas resinosas, que se renuevan próximamente cada cuarto de hora.

Sonoros ronquidos llenan la aldea hacia las once; porque, no obstante las numerosas siestas del día, el Africano pasa excelentes noches sin cuidarse de mosquitos. Únicamente las mujeres suelen aprovechar el sueño del amo para reunirse en cualquier rincón á beber cerveza de sorgo ó vino de bananas, robado en su casa. No hay un solo país de Europa donde se encuentren tantos borrachos como en el Este de Africa. Aviso á las sociedades de *templanza*.

Si hemos guardado silencio sobre las horas dedicadas al trabajo al distribuir el día, es porque sería indiscreto ocuparnos de este asunto. En estas comarcas de exuberante vegetación, donde llegan á recogerse cuatro cosechas en un año, donde la Naturaleza es tan pródiga y beneficiosa para la criatura, se guar-

da muy bien ésta de pisarla los talones, por no enfadarla. Unicamente al aproximarse las primeras lluvias, unos pocos negros, muy pocos, llegan á vencer su indolencia, se reúnen para animarse unos á otros, y llegan, al compás de un inseparable tambor á los vecinos campos. Tres ó cuatro horas de trabajo durante una quincena les aseguran el pan del año; pero la mayor parte de ellos descuidan ese detalle.

Más activos son cuando se trata de diversiones; no queda rastro de su habitual inercia. Las fiestas, ó mejor dicho las orgías, presentan un carácter especial; y debemos perdonar á nuestra escolta que nos haya obligado á abrir la mano y á asistir á una de ellas.

XXV

Era la luna llena, y parecía día claro en la noche en que fuimos llamados á compartir los juegos y risas de los Africanos. Se nos habfa unido Delange; pero nuestros dos compañeros se quedaron prudentemente en sus tiendas: no podrían exponerse al contacto de estos muñecos delirantes, cuyos gestos y palabras no serían toleradas en el baile de máscaras más libre una noche de martes de Carnaval.

Desde las ocho de la noche empezaron los tambores á convidar á la fiesta á todo el pueblo.

Inmediatamente, las grandes chozas de la aldea se transformaron en tabernas, donde todos los Bongos, con su jefe al frente, fueron á quitarse la sed para tomar ánimos. A lo largo de las paredes yacían en tinajillas los espirituosos vinos, y de ellas, como de un pozo, sacaban con tazas ó calabacillas.

Poco á poco se alegran las cabezas, aumenta el tumulto, y por todas partes se oye gritar: «¡Al baile! ¡Al baile!»

Vácianse las cabañas, llénanse las calles, y todos los hombres, seguidos de las mujeres y de los niños, se lanzan corriendo y brincando hacia una pradera próxima rodeada de matorrales.

Empieza la verdadera fiesta formando círculo en torno de unas cuantas flacas, viejas y desdentadas brujas, que rompen con un largo recitado en ritmo lentísimo, casi triste. Los asistentes, cuyo oído se apodera rápidamente de la medida, acompañan en seguida el cántico; y todas aquellas voces forman un inmenso coro atronador, del que surgen de vez en cuando el ladrido de un perro, el cacareo de una gallina, el canto de un gallo, el rugido del león, ó el agudo grito del elefante: es que da libertad á su talento imitativo algún gracioso del concurso.

Al terminar el cántico en un prolongado gemido, de todas partes gritan: ¡El baile! ¡el baile! Colócense sobre unos troncos ó cualquier alturita una orquesta, donde mientras un músico sopla á dos carrillos en una gigantesca trompa de madera, esculpida casi siempre en forma

de cabeza humana, otro golpea con pies y manos en un enorme tamboril de piel de ternera; otro se coloca frente al *upatón* ó tam-tam, placa de bronce en que lleva el compás con pesada maza; sustituyen á nuestros antiguos chinoscos, sus cascabeles y sus campanillas, sonajeros que niños y mujeres no cesan de sacudir.

Hombres y mujeres se mezclan entonces en una espantosa confusión, giran, saltan, ruedan, se entregan á una serie de contorsiones, de desplantes, de gestos, de bríncos rápidos, deslumbradores, pero ejecutados con regularidad y en conjunto: es un delirio, un frenesí indescriptibles.

De pronto calla la orquesta, cesan los gritos y cada uno se clava en su sitio, y un gran silencio, un gran reposo suceden á sus desordenados movimientos.

Pasa medio minuto; creeríase, á no oír la respiración de tanto pulmón anheloso y trabajado; á no surgir de aquella muchedumbre, amontonada, oprimida, sudorosa, caldeada, una como niebla con emanaciones selváticas, que se había abierto el suelo y tragado á todos los bailadores.

De improviso, los tambores dan nueva señal, y recomienza el baile, más frenético, más delirante que nunca. Continúan así horas enteras, á menudo hasta la aurora; los pies ya no tocan el suelo, porque la mayor parte de los bailarines, vencidos, anonadados, han caído alfombrando el escenario de sus propios triunfos y los más intrépidos huellan y patean sus carnes.

No quisimos nosotros presenciar el término de la saturnal aquella y nos apresuramos á ganar nuestro campamento hacia las tres de la mañana, preguntándonos, inquietos, si estaría en condiciones de marchar al siguiente día nuestra caravana, después de haber tomado parte en la fiesta.

La partida ha sido efectivamente laboriosa: no se ha realizado hasta después del mediodía, y aun así han sido necesarios, antes de que la caravana se ordenara, bastantes redobles de tambor, juntos con amenazas, promesas, castigos, regalos y recompensas, siempre que las merecían.

11 de Abril.—Encontramos otra caravana que viene del Sur. Baten los tambores, tremolan los estandartes, y suenan disparos en señal de alegría. Conseguimos no obstante de nuestra escolta que no se detenga á fraternizar con los recién venidos, contentándose con abrazos y apretones de manos al cruzarnos. El jefe de la caravana, turco de bastante mala facha, nos saluda al pasar frente á nosotros, y le devolvemos con toda gravedad su saludo.

Sus mujeres, tres negras maravillosamente bellas de formas y de rostro, le siguen en palanquines. ¿Le habrán acompañado en su viaje, ó las habrá comprado en las regiones adonde nos dirigimos? Esta hipótesis última sonríe á Delange, que empieza á cansarse de sus Sudaninas. Hácele ya menos impresión el fulgor sombrío de sus ojos, y aun llega á encontrar que en su conversación hay monoto-

nía, que se muestran rebeldes á las cuestiones científicas y artísticas.

No obstante nuestra frialdad para con el turco y sus gentes, este encuentro ha disipado momentáneamente el fastidio del camino: nos hemos ocupado de ellos, como en alta mar, durante una larga travesía, nos interesamos por el buque que poco á poco surge en el horizonte, se aproxima, larga su pabellón, disminuye luego y desaparece.

12 de Abril.—Desde ayer recorreremos un territorio cortado por cerros, y como es natural, los indígenas se quejan de la vecindad de los leones. A propósito de estos animales, que quizás tendremos ocasión de cazar, pero por los que no queremos hoy separarnos de nuestro camino, citemos á título de recuerdo algunas líneas de Schweinfurth, que podemos testificar verídicas: «Muchas personas se figuran en Europa que un viajero por el centro del Africa está perpétuamente amenazado del encuentro con los leones, mientras otras nos dirigen la inocente pregunta: ¿Les habéis visto allá alguna vez?» Las dos opiniones equidistan de la verdad: hay leones en toda Africa, y pueden hallarse do quiera; pero su número es proporcional al rango que entre los animales ocupa, lo que le hace exiguo.

En la mañana del 13 de Abril hemos dejado los valles y trepado á colinas de más de quinientos pies de altura; Nassar se nos une y enseñándonos la cresta de una montaña al Sud-Oeste, nos dice:

—Es la Mbala-Nguía, que separa el país de

los Bongos del de los Niams-Niams. Mañana pisaremos el de esta última tribu, y podréis reconocer la exactitud de los informes que os dí respecto al que buscáis.

Vamos, pues, á penetrar en la vasta comarca que han visitado tan pocos Europeos. Hemos ya entre esos famosos hombres, que se dicen con rabo, de los que tantos cuentos se han inventado, de esos antropófagos que por tan terribles se tiene.

XXVI

Antes de salvar por completo las colinas que forman frontera natural, aunque poco respetada, entre las naciones Bongo y Niams-Niams, acabábamos de levantar nuestro campo sobre uno de los últimos contrafuertes de la montaña, en medio de una ancha meseta, desde la que abarcaba la mirada un espléndido horizonte. El sol, á punto de ocultarse, tenía de tintas violetas la cima de las colinas y los frondosos bosques que ocupaban sus laderas, iluminando espléndidamente una aldea lejana, con sus techos de heno, en forma de cúpula, coronados, como una pagoda china, de un penacho ó una flecha. Junto á la aldea corría el Ibba, corriente superior del Toudj, y sus transparentes aguas reflejaban ya las tintas de las vecinas montañas. En el primer térmi-

no, en torno del campamento, descollaban grupos de árboles cubiertos de flores, palmeras esbeltas, bananos, higueras de Bengala, lianas caprichosas; y bajo nuestros pies la meseta, refrescada por las lluvias de Marzo y Abril, confundía sus colores verdes con el sonrosado de la tarde. El cielo, azul aun en su mayor parte, tenía una perfecta transparencia; algunos copos de vapores, ceñidos de púrpura y oro, se formaban rápidamente, para perderse luego en su inmensidad. De las flores de la pradera se elevaban mil aromas; el calor del día, templado por la elevación, disminuía gradualmente, se despedía de la tierra al mismo tiempo que el sol, y con él desaparecía. Por todas partes desbordaba la vida: pájaros de mil colores se perseguían de rama en rama, ó, posándose en las lianas, entonaban el himno de la tarde; los antílopes, después de pasar la cabeza á través de los matorrales, lanzando una mirada recelosa en torno, corrían tranquilos á jugar entre los helechos, los jengibres ó por el musgo aterciopelado que descendía hasta el río. Apenas había el sol desaparecido, cuando ya la luna, ganosa de tomar parte en esta fiesta de la Naturaleza, y de contribuir á la armonía de la escena, tendía por la pradera su luz, aun pálida y argentina.

Pronto reposó todo el campo; los soldados y los porteadores, fatigados por una larga marcha, por los abruptos flancos de la montaña, habían sucumbido al sueño antes que de costumbre.

El señor Perières, antes de penetrar entre

los Niams-Niams, ordenaba las notas recogidas entre los Bongos, y ponía al corriente el diario de la expedición. El señor de Morin había hecho tender junto á su tienda, bajo un árbol de la pradera, una piel de buey, y tendido con un cigarro en la boca, miraba encenderse las estrellas del cielo; la señora Poles, con la cabeza rígida y los brazos cruzados, medía á zancadas la meseta: partía del campamento, llegaba á los primeros grupos de árboles, se volvía bruscamente y comenzaba de nuevo por la senda que acababa de trazar; fácil era adivinar, viendo agitarse sin cesar sus labios, que se entregaba á un monólogo importante: se preguntaba, sin duda, si era todavía digno de ella el doctor Delange; si no era hora ya de abandonarle á sus Sudaninas, trasladando sus aficiones sobre el señor de Morin ó el señor de Perières.

La señora de Guéran, hambrienta de soledad en esta hermosa noche, se había sentado frente á su tienda; parecía, no obstante, insensible á los esplendores que la rodeaban, mirando fijamente al frente. ¿La atraía su pensamiento al pasado, paseándola por el ancho campo de los recuerdos, ó la arrastraba hacia adelante sondando el porvenir?

El doctor pasaba y repasaba por delante de ella hacía rato, sin que le viese; parecía deseoso de abordarla; pero vacilando antes de interrumpir sus meditaciones. Por fin se decidió y llegó á su lado; al verle, levantó bruscamente la cabeza, como para sacudir importunas ideas, y le dijo con dulzura:

—¿Tenéis algo que decirme, querido doctor? Estoy á vuestras órdenes.

—Sí,—respondió Delange:—hace días que desco tener un rato de conversación con vos, pero no he podido encontraros sola. Esta tarde, en que todos por el contrario parecen respetar vuestro aislamiento, me atrevo yo á turbarle.

—Habéis hecho bien, pero ¿por qué escoger esta hora y esta soledad? ¿Tenéis algún secreto que confiarme?

—No—objetó suavemente Delange:—vos sois la que tenéis uno, y yo vengo á suplicaros que me lo digáis. No os sublevéis—añadió al ver un movimiento de la señora de Guéran;—no os apresuréis á declararme amigo demasiado moderno, para intentar penetrar en vuestra vida y provocar vuestras confidencias. Seríais injusta, y me causaríais, señora, un pesar que no he merecido: nuestra existencia hace seis meses nos une más íntimamente que relaciones civilizadas de muchos años; sé que os dignáis concederme ya un poco de amistad y de estimación, vos á mí me inspiráis un gran respeto, un afecto santo. Nada de exagerado tiene la palabra: me recordáis en vuestro rostro y en vuestra alma una persona á quien he amado mucho y que perdí por desgracia hace dos años. Quizá su muerte fué la que me lanzó en excesos y en la vida del club, que antes no conocía. Tenéis, pues, motivos bastantes para honrarme con vuestra confianza, y yo puedo, sin sobrado atrevimiento, pretenderla.

—Es verdad—respondió tendiéndole la mano.—Pero, ¿qué tengo yo que deciros? ¿Qué podéis preguntarme?

—Mil cosas, señora; y si aún conserváis algún escrúpulo, si creéis deber guardar cierta reserva para con el amigo, hablad al médico: sabéis bien que somos confesores á quienes todo puede decirse, y que guardan un secreto.

—Mas yo no estoy enferma, doctor querido.

—Ese es vuestro error: estáis enferma, y por eso intervengo, en primer lugar, como médico. ¿No padecéis fiebre hace unos días?

—Sí, por el clima.

—No, el clima es excelente en los últimos territorios que hemos recorrido y sobre las alturas en que nos hallamos hoy: si hubiera podido influir en vuestra salud, habríais enfermado en el primer tiempo de nuestro viaje; en Khartum, que es muy malsano, en el Nilo superior ó en el río de las Gacelas. Vos, por el contrario, habéis gozado salud perfecta en aquellos países, mejor que todos nosotros, y no empezáis á sufrir hasta que nosotros ya no sufrimos.

—Por contradicción tal vez—respondió sonriendo:—pero, ¿qué deducís de vuestro discurso?

—Helo aquí: el Africa no influye en vuestro organismo, y yo debo inquirir otras causas á la fiebre que os acosa, al estado de abatimiento y de postración que en vos observo, á los fenómenos nerviosos que, á pesar de vuestros esfuerzos, no lográis ocultarme, baronesa.

—¿Y cuáles son esas causas, mi querido inquisidor?

—¿Me permitís decíroselas?

—Estoy decidida á oírlo todo — respondió.

Inclinóse y continuó:

—Son de un orden puramente moral: inquieta el alma, hace trabajar á la imaginación y al corazón sufrir; de ahí las perturbaciones y desórdenes que he hecho constar.

Pálida y conmovida, bajó la cabeza sin responder la señora de Guéran.

Parecía inquieta, molestada por la especie de autopsia á que se la sometía; le era doloroso verse adivinada, pero se sentía también menos aislada, menos abandonada que un instante antes. Había quien la comprendiese: las confidencias que nunca hubiera osado hacer, se las hacían; su silencio envolvía una aquiescencia, y por decirlo así, callando se confesaba.

De pronto el doctor, que parecía adivinar sus luchas, se inclinó hacia ella, la tomó ambas manos y llamándola hacia sí, obligándola á levantarse, la miró cara á cara, y la dijo con fuego:

—¡Vamos, confiáos á mí! ¡Abrid al desinteresado amigo, al médico, que no piensa sino en vos, que sólo á vos ve, ese corazón triste y herido! Vuestros esfuerzos por aparecer tranquila, por no venderos, vuestro silencio, el aislamiento de vuestra alma, os anonadan... ¡Hablad! ¡hablad, pues! ¡Quejáos de algo ó de alguien, acusad á los hombres ó á la

suerte; sollozad, llorad y os habréis salvado!... Tiempo hace que buscáis un confidente y no podéis hallarle, porque no me juzgabais como soy en realidad: serio á ratos, y por completo entregado á los que me inspiran verdadera simpatía. ¿La señora Poles? No podéis franquearla vuestro corazón: sus excentricidades impiden que se la trate en serio. ¿Nuestros dos amigos? Son los últimos á quienes haríais vuestra confesión.

—¿Por qué? — interrumpió la baronesa bruscamente.

—¿Deseáis saberlo?

—¡Lo quiero! ¡Franqueza por franqueza!

—¿Y si la mía os disgusta?

—Peor para mí, que la provoco.

—¡Pues bien! No se confía uno sino á los amigos, y esos señores sabéis que os aman.

—¿Os lo han dicho acaso? — preguntó con viveza.

—¡Nunca!... ¡Os lo juro! — respondió el señor Delange; — pero no negaréis — añadió sonriendo — que era fácil de adivinar.

—¡Bien, sí, me aman! — dijo ella resueltamente; — mas olvidáis, doctor, que tratamos de mis sufrimientos, y no es el amor de esos señores quien les habrá producido.

—En parte, sí.

—¡Soberbio! Entonces sería preciso que influyera en mí ese doble amor, que estuviera también enamorada.

—No, para mí es evidente que no amáis á esos señores; mas sufrís al verles sufrir; sentís el malestar constante de deciros: «¿Qué saldrá

de aquí? ¿En qué estrechura me he metido?
¿Qué posición tan falsa he aceptado?

—¿Y bastaría, según vos, ese solo malestar para producirme fiebre, para ponerme pálida, para hacerme caer en el abatimiento, para determinar crisis nerviosas?... Me creía mucho más fuerte.

—Lo sois, ciertamente: los sufrimientos de esos señores no hacen sino entristeceros... Vuestra enfermedad reside en vos misma; vuestros nervios reciben su sobreexcitación de los combates que en vos se libran, de vuestras vacilaciones, de la incertumbre constante en que vivís.

—¿Qué incertidumbre?

—No amáis á esos señores, pero no estáis segura de no llegar á amarles: os agradan, su conversación os es simpática, sus miradas os causan una turbación pasajera. Cuando ejecutan alguna noble acción, cuando os prestan un servicio, vuestro corazón palpita más de prisa; y lo que os disgusta, lo que os enerva, lo que os inquieta y enferma más que nada, es que ignoráis cuál de los dos os atrae más. Flotáis sin cesar del uno al otro, vuestra imaginación se extravía, y os perdéis en interrogaciones, en investigaciones inútiles.

—¡Porque no amo! —exclamó. —¿Puede amarse sin saber á quién? ¿Puede una engañarse?

Había levantado la cabeza y se expresaba con energía.

La noche había cerrado, y la luna, en posesión ya del cielo, en el que reinaba sin com-

petidores, iluminaba el encantador rostro de la señora de Guéran, plateándole en cierto modo y prestándole infinita dulzura.

XXVII

El doctor continuó tranquilamente sin turbarse:

—Creo, como vos, baronesa, y ya me he dado cuenta de ello: no amáis; si esos señores se separan de vos mañana, les olvidaréis. Sólo su presencia os causa hoy cierta intranquilidad; podría decir cierta irritación; no os inspiran sentimiento profundo alguno; no os hacen experimentar sino sensaciones nerviosas. Perdonad, ahora es el médico el que os estudia.

—Entonces—dijo la señora de Guéran—mi mal es conocido, y habéis encontrado su causa. Los señores de Morin y Periéres me inspiran un vago interés, mal definido, casi inexplicable: y ese interés dividido—añadió sonriendo—me atormenta, me enferma y me mata.

—No, querida cliente, no: no hemos llegado todavía, porque no es eso todo. No sois mujer que se deje acabar por tan poco: no sois en modo alguno, como esas niñas ignorantes de la vida, á quienes sus exageraciones de senti-

de aquí? ¿En qué estrechura me he metido?
¿Qué posición tan falsa he aceptado?

—¿Y bastaría, según vos, ese solo malestar para producirme fiebre, para ponerme pálida, para hacerme caer en el abatimiento, para determinar crisis nerviosas?... Me creía mucho más fuerte.

—Lo sois, ciertamente: los sufrimientos de esos señores no hacen sino entristeceros... Vuestra enfermedad reside en vos misma; vuestros nervios reciben su sobreexcitación de los combates que en vos se libran, de vuestras vacilaciones, de la incertumbre constante en que vivís.

—¿Qué incertidumbre?

—No amáis á esos señores, pero no estáis segura de no llegar á amarles: os agradan, su conversación os es simpática, sus miradas os causan una turbación pasajera. Cuando ejecutan alguna noble acción, cuando os prestan un servicio, vuestro corazón palpita más de prisa; y lo que os disgusta, lo que os enerva, lo que os inquieta y enferma más que nada, es que ignoráis cuál de los dos os atrae más. Flotáis sin cesar del uno al otro, vuestra imaginación se extravía, y os perdéis en interrogaciones, en investigaciones inútiles.

—¡Porque no amo! —exclamó. —¿Puede amarse sin saber á quién? ¿Puede una engañarse?

Había levantado la cabeza y se expresaba con energía.

La noche había cerrado, y la luna, en posesión ya del cielo, en el que reinaba sin com-

petidores, iluminaba el encantador rostro de la señora de Guéran, plateándole en cierto modo y prestándole infinita dulzura.

XXVII

El doctor continuó tranquilamente sin turbarse:

—Creo, como vos, baronesa, y ya me he dado cuenta de ello: no amáis; si esos señores se separan de vos mañana, les olvidaréis. Sólo su presencia os causa hoy cierta intranquilidad; podría decir cierta irritación; no os inspiran sentimiento profundo alguno; no os hacen experimentar sino sensaciones nerviosas. Perdonad, ahora es el médico el que os estudia.

—Entonces—dijo la señora de Guéran—mi mal es conocido, y habéis encontrado su causa. Los señores de Morin y Periéres me inspiran un vago interés, mal definido, casi inexplicable: y ese interés dividido—añadió sonriendo—me atormenta, me enferma y me mata.

—No, querida cliente, no: no hemos llegado todavía, porque no es eso todo. No sois mujer que se deje acabar por tan poco: no sois en modo alguno, como esas niñas ignorantes de la vida, á quienes sus exageraciones de senti-

miento y sus escrúpulos de conciencia aniquilan y enlanguidecen. El interés, pues que usamos la palabra, que experimentáis por mis dos amigos, no os impresiona hasta ese punto. Ni aun os causa remordimientos cuando pensáis en el señor de Guéran y esperáis encontrarlo. Tenéis hoy los más fundados motivos para creer viuda, lo sois legalmente, oficialmente; podíais otorgar entero vuestro corazón á cualquiera de vuestros compañeros de viaje, y debemos admirar que no les hayáis concedido sino esa partícula de... interés, que si llega el caso sabréis seguramente retirar. Luego, y lo repito, ningún remordimiento... por ese lado.

—¿Hay otro?—exclamó intentando sonreír, pero sin lograr ocultar la emoción que la producían estas últimas palabras

—Sí — dijo Delange resueltamente; — vos amáis seriamente allá lejos, muy lejos, á aquel que no pudo acompañaros y á quien yo reemplazo: amáis al doctor Desrioux.

Se estremeció al oír este nombre, pero no contestó; no pretendió ni aun imponer silencio á su indiscreto confidente.

El doctor continuó con tono más dulce:

—¡Ah! ¡Cómo creéis que entre compañeros puede ocultarse nada! Yo no hablo mucho, parece que no veo, y se dicen: «Este doctor Delange no tiene ojos sino para los naipes; no es incómodo.» Se engañan; yo miro por cima de mi juego, haciendo pequeñas observaciones. Ausculto... moralmente mis inmediatos, mientras barajo ó doblo una baza. Desde el

día en que tuve el honor de seros presentado, señora, y trabar amistad con el señor Desrioux en vuestros salones, comprendí que mi compañero sentía por vos un culto profundo; al día siguiente, adiviné que no érais vos insensible á su afecto: pero, para decir toda la verdad, para nada dejar en la sombra, debo declarar también que ignorabais vos misma la fuerza de vuestra afección el día que abandonasteis la Francia. Si os hubierais de ello dado cuenta, no hubierais admitido como compañeros de viaje á los señores de Morin y Perrières: sabíais que estaban enamorados de vos, y hubiera herido vuestra delicadeza dejarles enamorarse más sin esperanza. Poco á poco, más tarde, por la ausencia, por la distancia, las cartas cruzadas, las noticias recibidas, es por lo que habéis conocido el poder de vuestro afecto y quizás ha crecido.

La baronesa continuaba en silencio, pensativa y trémula ante lo que oía: ya se había dicho todas aquellas cosas con reticencia, en voz muy baja, temerosa, pero era la primera vez que de ellas la hablaban. De pie, apoyada contra el tronco del árbol, con la cabeza un poco inclinada, escuchaba al doctor sin interrumpirle, sin parecer desearle menos explícito y más discreto. Por el contrario, la triste sonrisa que se dibujaba en sus labios, parecía expresar: seguid, seguid siempre; vuestras palabras me duelen, pero es preciso que las oiga, es preciso que me dé exacta cuenta de mi posición. Vos parecéis conocerla mejor que yo misma; hablad, pues, y si podéis después

curarme, como buen médico, yo os aseguro que me haréis un gran favor.

El señor Delange, por su parte, se consideraba animado por el silencio, por las miradas de la señora de Guéran, y en pie ante ella, con el codo apoyado en el árbol mismo, la frente en la palma de la mano, continuaba hablando cariñosamente, fraternalmente, un poco conmovido por lo que decía él mismo; un poco impresionado también, sin conocerlo, por el contacto mágico de aquella adorable mujer.

—Ese amor—decía—que habéis arrastrado sin saberlo, os hiera y os mata; querríais arrancarlo de vuestro corazón, y no podéis. Hay instantes en que pretendéis acercaros á los señores de Morin y Periéres, con la esperanza de que os curarán del... ausente, y apenas os han impresionado un poco, porque ambos son encantadores, huís de ellos, temerosa de no pertenecer ya por entero al... otro. Volvéis hacia él, humilde, arrepentida, sumisa... y en el acto se os aparece vuestro marido allá abajo, lejos también, en las desconocidas regiones hacia donde vamos. Deseáis encontrarle; el deber os arrastra, y su recuerdo os es querido; pero tembláis ante la idea de que, como vuestro corazón ya no os pertenece, no podéis volvérselo. He ahí, querida baronesa, todo lo que podíais decirme: soy un raro confidente, puesto que he sido yo quien ha hablado todo el tiempo. Os preguntaba vuestros secretos: los habéis escondido, y he tenido yo que revelaros mis pequeños descubrimientos.

No obstante, no me arrepiento de mis indiscreciones ni de mi charla: os han enseñado á conocerme, á ver en mí el amigo decidido, el hermano cuidadoso de vuestra dicha. Ya no me guardaréis tan alejado de vos, y cuando sufráis demasiado, me llamaréis y me abriréis por completo vuestro corazón: es el único medio de sufrir menos.

Calló y entónces se separó del árbol en que se apoyaba, y tomó, siempre silenciosa, el brazo del Doctor. Dirigiéronse al campamento y llegaron pronto á las primeras tiendas frente á la suya. Antes de separarse del señor Delange, la señora de Guéran se volvió á él y le tendió ambas manos; aquel movimiento valía tanto como:

—Os perdono el atrevimiento de vuestras frases; os habéis mostrado mi amigo, y os lo agradezco.

Después desapareció, mientras él se alejaba por su lado y ganaba su choza.

El señor Periéres y el señor de Morin no se hallaban tan absorbidos, el uno por sus notas y por su cigarro y su contemplación el otro, que no siguieran con sus miradas una parte de la velada del doctor Delange y la señora de Guéran; se juntaron y discurrían sobre tan largo aparte.

—¿Qué puede decirle?—preguntaba el señor Periéres.

—No adivino, pero parece interesante.

—Sí, la luna ilumina el rostro de la baronesa, y parece muy conmovida.

—¿Creéis que el doctor conozca nuestra

situación respecto á la señora de Guéran?

—De seguro—respondió el señor de Morin;—es demasiado observador, demasiado inteligente, para no haberse apercebido de nuestra profunda veneración. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque Delange es capaz, si no nos creyese á nosotros enamorados, de enamorarse él.

—¿Y creéis que le detendrá el saberlo?

—Perfectamente: es muy nuestro amigo, tiene rectitud sobrada para seguir nuestra pista. ¿Estáis celoso acaso, querido?

—¿Del doctor? ¡Oh, no! Respeto mucho á la señora de Guéran y la creo lo bastante desdichada por su posición entre nosotros dos, para creer que vaya á complicarla más aún.

—¿De Morin?

—¿Periéres?

—¿Queréis que seamos sinceros?

—Siempre lo fuimos.

—Menos en Khartum, donde por poco chocamos.

—Sí, pero aprovechamos la ocasión para prometernos completa franqueza, y no he faltado á mi juramento.

—Ni yo al mío, ¿lo creéis así?

—Ciertamente; además de que hemos tomado precauciones contra la tentación que pudiéramos sentir de devorarnos mutuamente: nuestras condiciones son sabias y justísimas: si la señora de Guéran deja conocer en una palabra, en una mirada, á cualquiera de nosotros que es el preferido, deberá inmediatamente advertir al... sacrificado, quien renunciaría en el

acto á toda esperanza, á toda tentativa, y se alejaría.

—Sí, precisamente; pero no puedo desgraciadamente, mi querido amigo, rogaros que os alejéis.

—Ardo en deseos, querido Periéres, de decir: «partid,» y nada me autoriza á ello.

—Mejor que mejor, porque en realidad me encontraría no poco perplejo, si hubiera de volver á cruzar solo el territorio de esos horribles Bongos, de esos amables Dinkas, sin contar los Chillouks y el resto. Creo que más vale, por mí al menos, que la señora de Guéran no se decida en favor nuestro.

—Lo cierto es, querido, que voy temiendo no se decida ni por uno ni por otro.

También yo lo temo; conoce que haría sobrado daño al vencido. No somos generosos, la coartamos su libertad, quizá la impedimos expresar lo que desea.

—Y sin embargo, me falta el valor para proponeros, amigo mío, que en lugar de descender mañana esta colina para penetrar entre los Niams-Niams con todos vosotros, me dejéis volver sobre mis pasos en compañía del fiel José montado sobre un asno que os dignaréis separar de la caravana.

—Ni sueño en ello, querido de Morin; aunque si hubiésemos vivido en otra época, ya hubiéramos encontrado medio de entendernos.

—Sí, en nuestra posición, los mosqueteros de la Reina, por ejemplo, no hubieran dudado en requerir sus tizonas. Alguna vez lo he recordado: aquellos tiempos tenían algo de bu-

no; al menos porque la espada arreglaba muchas cuestiones.

—Aun podría volverse á aquella moda... ¡Oh! En el centro del Africa no pertenecemos á época determinada. Cuando se acaba de visitar á las mujeres Bongos no se tiene ya sino vaga idea del tiempo en que se vive; y á nadie podría extrañarle el retroceso hacia el décimo-octavo ó décimoséptimo siglo.

—Veo que os atrae la idea; pero, creedme, no persistáis en ella. Si llegara á mataros, ó á ser muerto, la señora de Guéran, la conozco, me tomaría horror, ó concebiría odio por vos. No ama al siglo pasado, es toda de su tiempo; y si pasa á través del Africa persiguiendo una idea, no por eso se fija en las costumbres de los Bongos.

—Posible es. Esperemos entonces, mi pobre amigo.

—Sí, esperemos; es lo único que podemos hoy hacer.

—Perdonad, también podemos acostarnos. Son las dos, y partiremos á las cinco.

—Justo. ¿No me guardaréis rencor por haberme acordado de los mosqueteros de la Reina?

—¡Guardaros rencor! La idea era excelente; sólo que no era práctica, como otras muchas ideas buenas.

—Buscaré otra.

—Yo también la buscaré. Buenas noches, querido.

—Hasta la vista, amigo mío, hasta muy pronto: de aquí á tres horas.

Al siguiente día, antes de la doce, la caravana entraba en el territorio Niams-Niams tambor batiente.

XXVIII

Mientras que en el centro del Africa ecuatorial la expedición francesa, á quinientas leguas de todos los mares que bañan el continente africano, y con la Europa comunican, se disponía á penetrar aún más adentro, á salvar fronteras hasta el día consideradas infranqueables, los parisienses continuaban su habitual género de vida y sin tomarse pena por los intrépidos viajeros, se dedicaban á sus pequeños quehaceres ó á sus grandes placeres.

No obstante, las diferentes sociedades geográficas habían inserto en sus boletines algunas noticias recibidas de Khartum con fecha de Enero de 1873; pero estos boletines no figuran ante la literatura corriente y pasan desapercibidos de las gentes á la moda.

En el salón de la marquesa de Genevray, la tía del señor de Morin, después de ocuparse de la comedia nueva, del último debate jurídico, ó de las modas en ciernes, se aludía á veces al mar Rojo, pero deteniéndose ante el temor de cometer algún error geográfico. Un día la señora de Genevray, para animar la conversación, dijo: «Acabo de recibir

noticias de mi sobrino; está en Suakin,» mirábanse unos á otros con admiración, y nadie osó recoger la frase, á excepción de una acartonada señorita, que creyó deber replicar meneando la cabeza: «¡Suakin! ¡Qué lejos de París!» Y todas las mujeres contestaron en coro: «¡Oh, sí! ¡muy lejos! ¡muy lejos!»

Tiempo andando, la marquesa pronunció los nombres de Korosko, Bahr-el-Gazal, Gondokoro, y sus tertulios la oyeron con espanto; preguntábanse qué significarían tantas palabras raras y duras, dónde se encontrarían todos aquellos países de quienes nadie había sospechado la existencia. Tanto que la señora Genevray se propuso ser más circunspecta en lo futuro, geográficamente hablando.

En el club, de que continuaban formando parte los señores Periéres, Delange y de Morin, viéronse durante tres semanas sobre la mesa de la Biblioteca algunos de los libros que editaba Hachette: el *Albert-Nyanza*, de Baker, la *Ismailia*, el *Africa-austral* de Livingstone, los *Viajes á los grandes lagos*, de Bourton; pero todos ellos, comprados sólo como un recuerdo á compañeros queridos, apenas fueron abiertos, y desaparecieron pronto bajo las novelas de la vispera, las revistas de la quincena y los diarios de la tarde.

Si algunos miembros del Círculo, de cinco á siete de la tarde, ó por la noche antes del bacarat, se ocuparon en Octubre y Noviembre de la expedición parisiense, preguntaron noticias y parecieron interesarse por ella, en Diciembre y en Enero ya la habían olvidado.

Las últimas obras de Augier y de Sardou, las hazafías de la señorita X, el duelo de Z, el desastre del joven D, daban pasto, en aquella época, con un poco de política, á todas las conversaciones.

Sólo el doctor Desrioux y el conde de la Pommerelle, persistían en seguir con el pensamiento ó sobre los mapas á sus amigos africanos: si bien, como éstos no habían escrito desde su salida de Khartum, tenían que contentarse con el itinerario y el proyecto que en pocas líneas se les comunicara. Únicamente con datos vaguísimos, con probabilidades, más bien que con certezas, pudieron todavía acompañarles, con el auxilio del mapa, dirigiéndose con ellos hacia los territorios someramente indicados.

A las cartas íntimas, donde tan diversamente se retrataba la personalidad de cada uno de sus amigos, y que con tanto placer leían antes, sucedieron relatos de viajes públicos al alcance de todos: estudiaban el Africa en los libros, en lugar de vivir en ella como hasta entonces, con aquellos cuyo recuerdo amaban.

Preveían el instante ya en que la caravana, después de separarse de los Mombouttous, penetrara en regiones de que ninguna narración, ningún documento les permitiese formar idea. Una laguna inmensa de centenares de leguas, les salía al paso, y sólo su imaginación podría suplir á los datos ciertos que aún poseían. Recordando entonces el sentimiento manifestado por Periéres en su última carta desde Khartum, respecto del acordado itinerario y del ca-

mino más corto que indicaba por el Sudoeste, prometíanse los dos viajeros de salón partir de Zanzibar y subir hacia el Oeste en dirección de los grandes lagos, al encuentro de sus amigos.

Ya clavaban alfileres en los mapas, y preparaban miseroscopios, para descubrir los sitios en que la caravana debía detenerse.

Pero estos proyectos y estas ideas no absorbían por completo al señor Desrioux y al conde; dividía el primero sus horas entre los enfermos y su madre, cada día más delicada, dándole ya serias inquietudes; el segundo vivía siempre, desocupado, aburrido, fatigado de París, de donde, sin embargo, no podía salir por hábito y por cierta cadena que se había echado al pescuezo años antes.

Los eslabones de la tal cadena, en un principio estuvieron ocultos bajo flores, que la hacían parecer más bien una guirnalda perfumada, grata á los ojos; el tiempo ajó las flores, arrebató las hojas y los tallos, y ya se veían los anillos desnudos y aun en algún punto enmohecidos. Eran más sólidos que las flores, y á menos de un suceso, de un esfuerzo que les rompiera violentamente, eran aún bastante fuertes para retener mucho tiempo á su prisionero.

Mas todo puede temerse de una cadena cuyas flores han desaparecido, y que sólo cubre el orin: pudo comprenderlo así el señor de Pommerelle, en el año de gracia de 1873, á los primeros effluvios de la primavera, á la renovación de la naturaleza, cuando mujer y pája-

ro sueñan con nuevos amores, aspirando á alzar el vuelo hacia dorados horizontes.

Después de haber dado vuelta en victoria al Lago Grande, haberse detenido unos minutos en el Círculo para saber noticias y dar la última mano á su *toilette*, cierta tarde de Abril, el señor de la Pommerelle se encaminó á la plaza de la Magdalena y subió á casa de Durand. Llegado al primer piso, vió abrirse ante él una puertecita, y entró en un gabinete cuyas cortinas estaban corridas ya, aunque aún fuese de día en la calle.

Sobre la mesa colocada ante el tradicional diván, bajo un espejo, había dos cubiertos juntos: sin duda el mayordomo de Durand esperaba al conde, y se había preparado; sin embargo, contra toda costumbre de comidas reservadas, no encontró el señor de la Pommerelle quien le aguardase. Los dos cubiertos y los candelabros encendidos para reemplazar al gas detestado por los elegantes, eran su única compañía.

Dieron las siete, luégo la siete y media en el relojito imitación de Luis XVI que adornaba la chimenea, y aun el señor de Pommerelle, tranquilo, estoico, como hombre de antiguo avezado á los caprichos femeninos, se veía reducido para hacer tiempo á beber vermouth y á leer periódicos.

Por fin, á eso de las ocho menos cuarto ligeros pasos y el roce de la seda contra las paredes, resonaron en el pasillo; abrió un criado rápidamente la puerta del gabinetito, apartándose después para dar paso á una mujer ves-

tida de oscuro, con un capuchón y completamente oculta por el velo. El ambiente se impregnó de dulces y débiles perfumes, y toda la habitación pareció iluminarse y estremecerse.

Ayudada por el conde, se desembarazó de sus velos la recién llegada y pudieron admirarse entonces un talle redondo, un pecho exuberante, cabellos rubios ondulados, ojos de una ingenuidad, de una dulzura infinitas, y un delicioso rostro que parecía defenderse aun con ventaja de las primeras indiscreciones de los tiempos, sin tomar en serio las bruscas advertencias de los treinta y cinco años.

—¡Qué tarde venís, querida Lucila!—la dijo el conde.

—En lugar de quejarnos, dadme las gracias, querido—respondió ella sentándose y desplegando su falda sobre el sofá, de suerte que ocultó á medias al señor de Pommerelle sentado á su lado.—Temí no poder salir; he tenido visitas hasta las siete.

—¡Cuánta gente recibís ahora!—exclamó él en tono de reproche.

—Sí, recibo mucha gente, por pasar el tiempo—añadió Lucila royendo camarones.

Un mozo misterioso, una sombra, un silfo, sirvió la sopa y dos entradas, desapareciendo en seguida discretamente.

Ambos convidados se pusieron á comer: el conde, como hombre á quien el uso prolongado del vermouth ha desfallecido; su compañera, como saben hacerlo las rubias un poco gruesas que han salvado la treintena, volup-

tuosamente, á dos carrillos, con toda la boca, con ligeros gritos de contento, con cortadas exclamaciones sensuales.

Sin embargo, de pronto, Lucila, sin soltar la chuletita de cordero que trituraba con sus blancos dientes, se volvió hacia el conde, y mirándole cara á cara, le dijo:

—¿Queréis casaros conmigo, querido?

—¡Eh! ¿Qué?—¿Qué dices?—exclamó el señor de Pommerelle, que se detuvo bruscamente en el instante de tragar un trozo de su chuleta.

—Vuestra admiración no peca de amable—respondió la dama rubia.—Añadiré aún que nada la justifica: soy viuda, he tenido un marido, un marido verdadero, nadie le ha conocido, porque no me agradaba exhibirle; pero ha existido, formo pues entre las mujeres que se pueden casar sin gran escándalo, sobre todo cuando se ha contraído con ellas una deudilla de agradecimiento.

—Y no dudéis de que mi agradecimiento será eterno, amiga mía—dijo el conde un poco repuesto, tragando el bocado.

—Sí, sí, ya sé eso; y también vuestro amor será eterno, y mi viudez se eternizará del mismo modo. ¡Pues bien, amigo mío! estamos en Abril, época de matrimonios! Ved las alcaldías, no descansan. Ayer fuí al campo y en todos los árboles ví nidos; esto me dió ganas de tener el mío, un nido que embecelleriais con vuestra presencia legal. Hasta este momento no hemos hecho sino descansar momentáneamente aquí, allá, á derecha

ó á izquierda, estoy cansada de esta errante vida, necesito fijar mi porvenir, y he pensado naturalmente en vos, conde querido, á quien consagraré tan bondadosamente lo mejor de mis verdes años.

—Os doy mil gracias—respondió el señor de Pommerelle, que atacaba tranquilamente el segundo plato;—sí, mucho, y soy muy sensible á la atención. Pero vuestra juventud se halla aún en todo su esplendor, más aún, puede decirse que se encuentra en su aurora, y no comprendo por qué pensáis ya en...

—¿Hacer punto? Decid la frase, aunque se aplique vulgarmente á vuestro sexo. Pienso en ello, amigo mío, porque es ya tiempo.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí! Dignaos atender á mis razones.

—Con gusto. ¿Un poco de salsa?

—Venga—continuó.

—Escucho.

—Podéis aún casaros conmigo apareciendo dominado únicamente por vuestra pasión hacia mí, si por el contrario, tardáis, se creará que obedecéis mis órdenes, lo que sería menos agradable para vuestra servidora y menos explicable para vos. Además, aún tengo otro segundo motivo...

—Veámosle ese segundo.

—Le reservo para el asado: podrían interrumpirnos.

—Entonces, llamo: pues ya tengo deseos de oíros.

—Justo, llamad, y cuando quedemos solos, frente á frente del faisán anunciado en la lista

y del excelente Chambertín que encargáis para mí siempre, os recitaré mi rosario.

El señor de Pommerelle oprimió el botón de la campanilla eléctrica.

XXIX

El mozo acudió provisto del faisán y del Chambertín encargados, puso en orden la mesa, lanzó una mirada discreta pero elocuente sobre ambos convidados, sonrió como sonríen los mozos de comedor reservado, y abriendo la puerta se evaporó en el pasillo.

Durante esta corta operación, miraba el señor de Pommerelle á Lucila con el rabillo del ojo: estaba ciertamente deliciosa, con sus grandes ojos transparentes, sus bucles rubios sobre la frente, sus cejas anchas bien dibujadas, su nariz palpitante, sus labios gruesos, húmedos, su barbilla redonda y su tez maravillosa, á la que el Chambertín empezaba á teñir de rosa vivo.

Nadie la hubiera supuesto más de treinta años, sobre todo si se fijaba en su cuello perfectamente liso, sin embargo de que en él se lee la edad de las mujeres, con todas sus letras, si se sabe mirar.

—Vamos, amiga mía—dijo el conde trin-

ó á izquierda, estoy cansada de esta errante vida, necesito fijar mi porvenir, y he pensado naturalmente en vos, conde querido, á quien consagraré tan bondadosamente lo mejor de mis verdes años.

—Os doy mil gracias—respondió el señor de Pommerelle, que atacaba tranquilamente el segundo plato;—sí, mucho, y soy muy sensible á la atención. Pero vuestra juventud se halla aún en todo su esplendor, más aún, puede decirse que se encuentra en su aurora, y no comprendo por qué pensáis ya en...

—¿Hacer punto? Decid la frase, aunque se aplique vulgarmente á vuestro sexo. Pienso en ello, amigo mío, porque es ya tiempo.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí! Dignaos atender á mis razones.

—Con gusto. ¿Un poco de salsa?

—Venga—continuó.

—Escucho.

—Podéis aún casaros conmigo apareciendo dominado únicamente por vuestra pasión hacia mí, si por el contrario, tardáis, se creará que obedecéis mis órdenes, lo que sería menos agradable para vuestra servidora y menos explicable para vos. Además, aún tengo otro segundo motivo...

—Veámosle ese segundo.

—Le reservo para el asado: podrían interrumpirnos.

—Entonces, llamo: pues ya tengo deseos de oíros.

—Justo, llamad, y cuando quedemos solos, frente á frente del faisán anunciado en la lista

y del excelente Chambertín que encargáis para mí siempre, os recitaré mi rosario.

El señor de Pommerelle oprimió el botón de la campanilla eléctrica.

XXIX

El mozo acudió provisto del faisán y del Chambertín encargados, puso en orden la mesa, lanzó una mirada discreta pero elocuente sobre ambos convidados, sonrió como sonríen los mozos de comedor reservado, y abriendo la puerta se evaporó en el pasillo.

Durante esta corta operación, miraba el señor de Pommerelle á Lucila con el rabillo del ojo: estaba ciertamente deliciosa, con sus grandes ojos transparentes, sus bucles rubios sobre la frente, sus cejas anchas bien dibujadas, su nariz palpitante, sus labios gruesos, húmedos, su barbilla redonda y su tez maravillosa, á la que el Chambertín empezaba á teñir de rosa vivo.

Nadie la hubiera supuesto más de treinta años, sobre todo si se fijaba en su cuello perfectamente liso, sin embargo de que en él se lee la edad de las mujeres, con todas sus letras, si se sabe mirar.

—Vamos, amiga mía—dijo el conde trin-

chando el faisán;—creo llegado el instante de que me recéis vuestro rosario, según vuestra gráfica frase.

—En eso pensaba—respondió Lucila;—pero si fuerais amable, cambiaríais de sitio y os colocaríais allí, enfrente de mí. En este instante me veo obligada, para hablaros, á tomar un torticolé y á comer de lado, lo que es malo y feo.

—¡Hágase vuestra voluntad!—respondió el conde.

Pasó su cubierto al otro lado de la mesa, se levantó y sentándose frente á su compañera:

—Helo ya hecho—dijo.

—Sois encantador—respondió Lucila, y para premiarle le sonrió con los labios y con los ojos.

Después, sin perder de vista el plato que empezaba, ni el vaso de Chambertín, del que bebió la mitad, la vaporosa rubia adelantó sobre la mesa su busto redondo, opulento, y fijando los azules ojos en su pareja:

—Amigo mío—le dijo,—seamos serios y hablemos francamente. Es para mí de suma importancia saber á qué atenerme hoy ó mañana, ó á más tardar en la semana toda, respecto á vuestras intenciones para conmigo; y sois vos sobrado inteligente para no comprender el razonamiento que voy á presentaros. ¿Atendéis, no es cierto?

—Atenderé cuando el razonamiento empiece.

—Pues héle aquí. No perdáis una palabra.

—Ni una palabra ni un bocado—se dijo el

conde, que no alzaba los ojos de su plato espirante.

—Dadas esas aspiraciones al matrimonio—continuó Lucila,—no es ya sino el preciso tiempo de realizarlas, como os manifestaba hace poco. A vos puedo confesaros mi edad: tengo treinta y tres años... pongamos treinta y cuatro, y no hablemos más, pero no los represento. Las mujeres me calculan treinta y dos y medio; los hombres veinticinco. Estoy hasta en el esplendor de mi belleza: nunca me he sentido tan hermosa; y una misma no se engaña, creedlo.

—¡Lo creo, lo creo, amiga querida! ¡Cómo no! Estáis en pleno esplendor. ¿Una cucharada de estos guisantes á la inglesa?—añadió el conde.

—Dos, si gustáis. Es, pues, preciso aprovechar mi esplendor, como le llamáis vos: cuando estas luces se apaguen nadie sabe lo que podrá venir. Yo veo claramente las cosas; soy, querido mío, eminentemente práctica. Hoy por hoy me rodea una nube de jovencitos de veintidos á veintiocho, muy apreciables, entre treinta y cien mil francos de renta, con bonitos nombres, hasta títulos; en fin, todo lo que constituye la dicha sólida. Si se me pone en la cabeza casarme con uno de ellos, después de haberlo mirado bien, después de haber escogido prudentemente en la nube, estoy segura de conseguirlo, que no en balde soy rubia. Nuestras largas relaciones son, si no completamente ignoradas, por lo menos facilísimas de negar; y nadie más que vos, yo creo estéis

de ello persuadido, puede abrigar duda alguna respecto á mi virtud.

—¡Cómo es eso! Yo mismo, querida amiga, yo mismo no las tengo.

—Hablemos en serio, os suplico, y llamad para los postres.

Cinco minutos después un plato helado, fresas tempranas y una botella de Oporto añejo ocupaban la mesa. Lucila continuó:

—Así, pues, amigo mío, dedicándome á prepararle desde mañana, consigo seguramente un buen matrimonio este estío ó este otoño. Si, por el contrario, espero más, llega á su tiempo el invierno, me juega cualquier mala pasada, y disminuye mi corte de enamorados. Me quedaréis vos algún tiempo, no lo dudo, porque el pasado y vuestra lealtad os obligan; pero después nada... absolutamente nada. De los brazos de la rubia pasaréis á los de la morena, es natural, y yo quedo para siempre viuda, con diez mil francos de renta y agradables recuerdos. ¿Qué sería de mí? Resumiendo: casaos conmigo, conde, y os prometo aún unos cuantos años buenos; después la costumbre hace perdonar muchas cosas, los cambios que á nuestra vista se realizan, no nos sorprenden, y me veréis todavía largo tiempo como era, como soy aún. Viviremos en el pasado, después de agotar lo presente: embelleceré vuestro otoño, con una cosecha de lindos recuerdos; no soy tonta, y además tengo la indulgencia de la mujer que ha vivido bastante. Os seré fiel, como vengo siéndooslo hace seis años; llevaré dignamente vuestro

apellido, y tras chillar un poco por la forma, el mundo, á quien daremos excelentes comidas, me llamará: ¡la condesa de Pommerelle á voz en cuello, alabando vuestra inteligencia y mis virtudes. Si mi proposición no os atrae, si habéis resuelto permanecer soltero ó entregar vuestra mano á alguna inocente chiquilla para llegar á maestro de escuela, separémonos desde hoy, amigo mío, sin recriminaciones, sin reproches, como gentes de mundo. —Un día recibiréis la esquila de convite á mi boda, y tendréis el buen gusto de no reiros al leerla.

Se calló, y como tan largo monólogo la hubiese fatigado un tanto, sorbió de un trago un vaso de Oporto.

—De suerte—exclamó el conde encendiendo un cigarro y saboreando el café que habían traído;—de suerte, que la situación es clara: es preciso, lo más tarde en toda la semana, deciros: «Publiquemos nuestras amonestaciones,» ó si no, borrarame ante la nube de adoradores, entre la que elegiréis mi sucesor.

—¡Oh, vuestro sucesor legal, entendedlo bien! No sois reemplazable, querido conde, sino por un verdadero marido. Me inmoló por reflexión; lo útil sucede á lo agradable, eso es todo.

—Sí, sí, comprendo, amiga mía, y os doy gracias por vuestra finura. Pero en fin, no querréis cogermé así, por sorpresa, sin darme tiempo para reflexionar, para pesar el pró y el contra.

—De ningún modo: os doy ocho días.

—Me confunde tanta generosidad.

—¿No tenéis más que decir?

—No encuentro más.

—¿Puedo entonces abandonar la banqueta en que me habéis tenido toda la tarde?

—Ya lo creo: venios aquí, y dadme un cigarrillo.

—Aquí está. ¡Qué bella sois!

—¿De veras? Ya lo sé; pero me agrada oírlo decir por vos, y para premiaros, he aquí lo que decido. ¿En que día estamos?

—En jueves.

—Pues bien, me obligo á olvidar hasta el próximo jueves la conversaci6n que acabamos de tener, y comer aquí con vos toda la semana. ¿Os conviene?

—¡Sí, me conviene!

—Sólo sí, tened cuidado, porque voy á ser encantadora, y al cabo de los ocho días tal vez no os atreváis á decir que no.

—Pues no lo digo, y en paz. ¿Qué queréis... Es cuesti6n mía y... veremos...

—Querido conde—exclamó Lucila entre dos bocanadas de humo,—sois muy ladino, pero no me retracto. Lo dicho, dicho: entremos en la semana de los amores, y ojalá no sea la última. ¡Es todo el mal que os deseo!

Al mediodía del siguiente jueves, la rubia Lucila abría un ancho pliego, y encontraba un título de renta perpetua al portador por cinco mil pesetas anuales. Al impreso del Ministerio de Hacienda acompañaban las siguientes líneas:

«Decididamente, la prometida es deliciosa; pero el matrimonio no me atrae. Como puede

atraer ciertamente á otros, permitidme que complete la dote.»

Lucila suspiró; se enjugó una lagrimilla muy pequeña; tomó después el título de renta y le encerró con otro rollo de valores en su caja (tenía caja). Pocos minutos después se hacía una maravillosa *toilette* para ir al Bosque, y deslumbrar á los tres jovencuelos entre quienes había de escoger pronto su víctima.

El conde, por su parte, experimentó el día de la ruptura una gran alegría. «Soy libre, se decía: ¡cuán agradable es después de una esclavitud de seis años! Me siento renacer.»

Al siguiente, se sentía... fastidiado.

Al otro, vagaba por París como alma en pena, preguntándose qué haría, tan triste como un cementerio.

En la semana siguiente, hubo día que se encaminó tres veces hacia la casa que en el boulevard Haussmann habitaba su abandonada rubia, pero las tres tuvo valor para volverse desde la puerta, sin hablar siquiera al portero.

Dos días más tarde, tuvo miedo, verdadero miedo de sucumbir á la tentaci6n, hasta el punto de que preparó la maleta para ausentarse de París.

Preciso era que estuviese seriamente enfermo, dado el carácter que le conocemos, para que tomara tan grave determinaci6n.

Proyectaba ir á Mónaco: como ya había ido una vez, esperaba llegar otra sin graves dificultades. En aquel punto jugaría, se aturdiría, olvidaría, y tal vez á su vuelta estuviese

curado y casada Lucila; no habría ya peligro sino para el marido.

Pero, antes de marchar, quiso despedirse del doctor Desrioux, algo olvidado durante la semana de los amores y la de las penas. Hallóle en su casa, pálido, abatido, enlutado y con el rostro inundado de lágrimas

—¿Qué es eso?—exclamó el señor de Pommerelle.—¿Qué ocurre, mi pobre amigo?

—¡Mi madre! ¡Mi madre ha muerto!

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué decís? ¿Por qué no me habéis advertido su enfermedad?

—No tenía tiempo, no pensaba en nada—respondió el joven entre sollozos.—Luchaba por salvarla, estudiaba los síntomas, consultaba compañeros, lo ensayaba todo, martirizaba á la infeliz para lograr la mejoría. ¡Señor, Señor! tal vez hubiera sido preferible no hacer nada, dejarla morir en paz...

¡Estaba condenada! Todos me lo decían, pero no quería creerles; esperaba, esperaba siempre... He hecho cien milagros con las demás, con las extrañas... pero cuando se trata de una madre, no se hacen... Por último, que más os diré; acaba de morir la que tanto amaba, la que no abandoné nunca, á la que lo sacrificué todo... ¡Ahora estoy solo, solo!

—No, no—respondió el conde;—os quedan buenos amigos, y entre ellos me cuento. Vamos, calmáos, salid de esta casa; venid conmigo.

—¡Eso no! Es preciso que la vea, aún no está enterrada... Mañana, mañana es cuando ya no volveré á verla... Ahora aún puedo ver-

la, y vuelvo á su lado. Mañana... mañana... después de... ¡llevadme, llevadme muy lejos! No podré volver aquí, lo conozco demasiado.

—Vuestro soy—dijo el conde,—iremos donde queráis.

XXX

En todo lo referente á los Nams-Niams, es muy conciso el diario de la expedición dirigida por la señora de Guéran, en cuyo territorio iba á penetrar cuando la abandonamos.

Una irresistible fuerza arrastra hacia adelante la caravana, apenas descansa, anda siempre. Ha logrado vencer la apatía de los primeros días; acércanse al Ecuador, y no obstante, gracias á la elevación del suelo, porque la comarca de los Nams-Niams se encuentra por término medio á dos mil metros sobre el nivel del mar, gracias sobre todo á las numerosas corrientes que á cada paso se hallan, el calor es más tolerable, el aire menos pesado; se sienten más decididos y más fuertes.

También está mejor disciplinada la escolta: entre aquellos temidos pueblos que conoce sólo por las fábulas que en el Norte circulan, teme sucesos y catástrofes, que no la permiten separarse del camino. Todos pisan las huellas de su compañero; los discolos, los curiosos, temen ahora quedarse atrás, ó apartarse entre

los matorrales y los bosquecillos. Tampoco la caravana es tan numerosa como al principio: ya la vimos diseminarse algo, perder otros individuos en las zeribas y entre los Bongos; pero en la última jornada, cuando se trató seriamente de penetrar entre los Niams-Niams, el pánico se apoderó de sus filas: más de sesenta hombres huyeron en todas direcciones. Los que quedaron, tienen la ventaja al menos de que, habiendo resistido ya á la tentación, ofrecen más confianza para lo futuro. Véseles unirse á sus jefes, en quienes parecen tener absoluta confianza. Comprenden que ahora necesitan, para salvar los peligros, de la ayuda y el apoyo de los Europeos, de la influencia moral que los blancos ejercen siempre sobre las poblaciones negras. A medida que adelantan, comprenden mejor que la vuelta en detalle, la deserción, la fuga, se hacen imposibles: ¿cómo podrían ellos orientarse, encaminarse, sin guía, sin consejo, entre aquella red de bosques, de selvas y de ríos? Seméjanse á los marineros; inquietos, hasta indisciplinados, mientras se encuentran en el puerto ó en bahía para obedecer á los oficiales ciegamente sobre el mar. Tienen la conciencia de su inferioridad; sábese que, á pesar de su número, serían incapaces de guiar el buque, de vencer los elementos; la fuerza bruta se humilla ante la fuerza moral.

Los Europeos, pues, aprovecharon, según todas las probabilidades, y aun cuando nada dicen de ello, el descenso de la temperatura y las buenas disposiciones de sus gentes para

verificar más largas marchas y recorrer en el menor tiempo posible el territorio de los Niams-Niams. Abrumados de fatiga por las tardes, no tuvieron valor para consignar siempre en el Diario las impresiones de la jornada; limitanse á apreciaciones rápidas, ligeras notas, á las que añadiremos; nosotros los estudios que hemos hecho en buenos libros: podremos así pintar en pocas líneas un pueblo curiosísimo, casi desconocido, de una barbarie que á las veces sobrepasa todo límite, y otras de una civilización que no puede dejar de admirarse.

En primer lugar, dilucidemos un importante misterio: ¿son antropófagos los Niams-Niams? Los pocos viajeros que han cruzado su comarca, no nos dejan la menor duda.

Por su parte, Schweinfurth, después de consignar que el nombre de Niams-Niams, tomado del dialecto Dinka y aceptado por los Arabes, significa tragón (come-come), afirma haber hallado caníbales en la mayoría de los distritos que visitó. Según él, estos indígenas son completamente antropófagos, sin escrúpulos, á cualquier precio, en todas las circunstancias. No ocultan en modo alguno su afición á la carne humana; se hacen collares con los dientes de sus víctimas, y colocan entre sus trofeos de caza los cráneos de los desdichados con cuya carne se nutrieron. La grasa de hombre es entre ellos muy estimada; pretenden, sin que se haya podido comprobar la observación, que embriaga á los que de ella abusan. En la guerra devoran á sus enemigos

de cualquier edad y sexo, pero sobre todo á los viejos, quizá menos tiernos, pero más fáciles de matar. En todo tiempo, cuando alguno muere sin dejar parientes que reclamen su cadáver, es comido por los individuos de la vecindad. Ellos mismos no temen confesar su terrible afición: nunca, dicen, se desdenea un cadáver humano para alimento, á menos de que no haya fallecido de alguna enfermedad de la piel; esta restricción manifiesta su extrema delicadeza. En dos palabras: los Niams-Niams no se quedan atrás, respecto á canibalismo, de los Pahouins, que desentierran los cadáveres para devorarles, y están en Europa oficialmente acreditados de antropófagos.

El viajero italiano Piaggia es el único que pone en duda el canibalismo de este pueblo, con el cual vivió cerca de dos años, desde fines de 1863 hasta Abril de 1865. Confiesa haber visto devorar un cadáver, pero por odio y por venganza. Bastaría, en verdad, este ejemplo, porque no pretendemos demostrar que los Niams-Niams se coman entre sí por cariño. Además, Piaggia no visitó sino el Occidente del extenso territorio de que nos ocupamos.

Un día que Schweinfurth ponía en duda, apoyándose en Piaggia, las costumbres brutales de sus habitantes, uno de sus intérpretes le contestó:

—El blanco de que hablas no visitó más que la provincia de Tombo, donde las gentes son menos malas que por aquí. Espera unos días y serás testigo: alguno de nuestros hom-

bres irá á cocerse en la olla de un Niams-Niams.

Poco tiempo después, escribía el mismo viajero las siguientes líneas: «Paseando por las cercanías de la zeriba, llegué un día ante una choza, cerca de la cual una vieja rodeada de chiquillos cortaba ramas; en frente, sentado sobre el umbral de la cabaña, un hombre tocaba tranquilamente la mandolina. Entre el hombre y la mujer, sobre una estera, y á los rayos de un sol implacable, yacía un recién nacido, lanzando de minuto en minuto un doloroso gemido.

»Me acerqué, pregunté y me respondieron sencillamente que era hijo de una de las esclavas cogidas en la razia del día anterior. Se la habían llevado á otro punto, y ella tuvo que abandonar su niño; porque sus ocupaciones no le permitían criarle. Se le dedicaba á servir de plato delicado á las gentes que le rodeaban, y que dedicándose á sus ocupaciones cotidianas no esperaban más que su último suspiro para sumirle en la marmita.

»Fuera de mí, estuve á punto en mi furor de matar á aquella mujer, que contemplaba tan horrible espectáculo sin la menor muestra de compasión, pensando sólo en la excelente comida que iba á lograr. Pero los consejos recibidos en Khartum se me aparecieron: yo solo no podía cambiar los usos y costumbres de los Niams-Niams. Por grande que mi indignación fuese, era impotente, ni ¿qué intervención ni influencia aislada podía ejercer en toda una tribu? Los misioneros hallarían aquí fe-

cundo campo para sus esfuerzos; pero necesitarían venir llenos de abnegación y haciendo completo sacrificio de sí mismos.»

Está pues, resuelta la cuestión de la antropofagia; ya Bolognesi, tras haber defendido largo tiempo á los Niams-Niams, acaba por decir:

«La costumbre, vulgar en esta comarca, de llevar la cola de un animal cualquiera colgando de la cintura, habrá hecho creer á algunos que aquel apéndice formaba parte del individuo, y sin tomarse el trabajo de comprobar el hecho, afirmaron haber visto con sus propios ojos hombres con rabo. (Este aserto ha permitido asegurar que los Niams-Niams, en su condición de hombres monos, eran los padres del género humano). De su antropofagia he dudado hasta el día en que la serenidad únicamente del señor Petherick le salvó de figurar en un festín.»

El último viajero que ha visitado esta comarca, Chaillé Long, jefe de estado mayor del coronel Gordon, sucesor de Baker, comprobaba la existencia del canibalismo entre los Niams-Niams, si bien reconociendo que la influencia egipcia tendía á desterrarle.

Fijado el hecho, ocupémonos de los Niams-Niams bajo otros aspectos, que les serán sin duda más favorables.

Su inmenso territorio está cruzado por innumerables ríos y fuentes de una maravillosa riqueza; la vegetación de los Trópicos se manifiesta en él en toda su magnificencia. «Arboles enormes, más altos que los de todas las pre-

cedentes regiones, sin exceptuar ni las palmeras de Egipto, dice la señora Loreau en su notable traducción del viajero alemán, crecen en apretadas filas sobre aquellas riberas siempre húmedas, abrigando tallos menos elevados, cuyas copas se escalonan bajo sus sombras. Vistos de fuera, parecen aquellos bosques una muralla de verdura; franqueado el recinto os halláis en una columnata, ó mejor dicho, en un templo cuyos pilares sustentan la triple bóveda.

Las columnas, por término medio, miden cien pies de altura; las menores no bajan de setenta. Cuanto la vista alcanza no se ve sino follaje; estrechos senderos contorneando las malezas, ó perdiéndose bajo ellas, formados de escalones, por las desnudas raíces salientes que retienen tierra esponjosa; troncos cubiertos de musgo, y más ó menos carcomidos, que á cada paso os detienen, no se siente el calor de las llanuras inundadas de sol, ni el ambiente de los frescos bosques, sino la atmósfera abrasadora de una estufa, de veinticinco á treinta grados, pero húmeda, saturada de vapor de agua, y de la cual se considera uno feliz al poder huir.

Piaggia, á esta parte del territorio Niams, le llama *sus galerías*; le recuerdan, dice, los senderos aromados y sombreros, los encantados vergeles de los poetas; pero en lugar de bellas ninfas, sólo en ellos se encuentran pesados rinocerontes, búfalos salvajes, elefantes y una numerosa legión de monos.

La población de las regiones conocidas,

porque no se ha penetrado aún hasta las fronteras del Oeste, asciende á unos tres millones de habitantes, distribuídos en dos grados de Norte á Sur y seis de Este á Oeste.

Su aspecto es lo que más extraña: todo lo que antes se ha visto, desde el Nilo, y en toda la provincia situada al Sur del río de las Gacelas, se borra de la memoria, ó parece pálido y sin relieve. Entre sí, se llaman Zandes ó Sandéhs, porque el nombre de Niams-Niams no es sino un apodo.

XXXI

Cuenta en su diario el señor de Periéres, que apenas llegado al territorio de los Niams-Niams, la caravana se vió rodeada de una turba de curiosos que aumentaba sin cesar: apresurábanse por ver los hombres blancos, y sobre todo, la mujer blanca, la sultana, cuya presencia arrancaba gritos de admiración. La noticia del paso de la expedición se transmitía de aldea en aldea, y formaban calle á su tránsito. Por lo demás, no eran objeto los Europeos de ninguna manifestación hostil; algunos jefes exigían peaje; pero una vez recibido, se unían á la escolta, servían de guías hasta el vecino distrito, y aun á veces rendían obsequios. El señor de Periéres se aprovechó de esta curiosidad que les ponía en continuo

contacto con los indígenas, para retratarles en algunas líneas, mientras que sobre su caballo el señor de Morin emborrionaba, andando, un traje y un rostro originales.

He aquí, según la pluma y el lápiz, y sobre todo, según la naturaleza, el aspecto de los Zandes ó Niams-Niams: estatura de los Europeos; busto muy largo, piernas cortas; tendencia á la obesidad; color rojo terroso; cabeza ancha y redonda; cabellos espesos y crespos, pero de una excepcional longitud, dispuestos en bucles ó en trenzas que caen por las sienes, por la espalda, ó que alguna vez se arrollan al cuello. Los ojos rasgados, tienen cejas perfectamente dibujadas; ningún adorno deforma los labios, y guardándose de imitar á los Dinkas, no se arrancan ningún diente, antes bien se liman en punta los incisivos, como sus compañeros en antropofagia y congéneres occidentales los Pahouinos. Su traje, de pieles, rodea la cintura y cae hasta las rodillas, ó se reduce á un cinturón de piel de hipopótamo, de la que pende un botecillo lleno de la grasa destinada á untarse. Sobre sus espaldas llevan también sujeta una especie de mochila para los alimentos, porque, como buenos gastrónomos, los Niams-Niams no salen de su casa nunca sin provisiones. La parte desnuda de su cuerpo, va adornada de dibujos caprichosos, cubierta á veces de collares de hierro, de madera ó de dientes de animales. La cabeza la llevan desnuda; únicamente los jefes, á pesar del calor, se colocan una especie de capuchón de pieles.

porque no se ha penetrado aún hasta las fronteras del Oeste, asciende á unos tres millones de habitantes, distribuidos en dos grados de Norte á Sur y seis de Este á Oeste.

Su aspecto es lo que más extraña: todo lo que antes se ha visto, desde el Nilo, y en toda la provincia situada al Sur del río de las Gacelas, se borra de la memoria, ó parece pálido y sin relieve. Entre sí, se llaman Zandes ó Sandéhs, porque el nombre de Niams-Niams no es sino un apodo.

XXXI

Cuenta en su diario el señor de Periéres, que apenas llegado al territorio de los Niams-Niams, la caravana se vió rodeada de una turba de curiosos que aumentaba sin cesar: apresurábanse por ver los hombres blancos, y sobre todo, la mujer blanca, la sultana, cuya presencia arrancaba gritos de admiración. La noticia del paso de la expedición se transmitía de aldea en aldea, y formaban calle á su tránsito. Por lo demás, no eran objeto los Europeos de ninguna manifestación hostil; algunos jefes exigían peaje; pero una vez recibido, se unían á la escolta, servían de guías hasta el vecino distrito, y aun á veces rendían obsequios. El señor de Periéres se aprovechó de esta curiosidad que les ponía en continuo

contacto con los indígenas, para retratarles en algunas líneas, mientras que sobre su caballo el señor de Morin emborrionaba, andando, un traje y un rostro originales.

He aquí, según la pluma y el lápiz, y sobre todo, según la naturaleza, el aspecto de los Zandes ó Niams-Niams: estatura de los Europeos; busto muy largo, piernas cortas; tendencia á la obesidad; color rojo terroso; cabeza ancha y redonda; cabellos espesos y crespos, pero de una excepcional longitud, dispuestos en bucles ó en trenzas que caen por las sienes, por la espalda, ó que alguna vez se arrollan al cuello. Los ojos rasgados, tienen cejas perfectamente dibujadas; ningún adorno deforma los labios, y guardándose de imitar á los Dinkas, no se arrancan ningún diente, antes bien se liman en punta los incisivos, como sus compañeros en antropofagia y congéneres occidentales los Pahouinos. Su traje, de pieles, rodea la cintura y cae hasta las rodillas, ó se reduce á un cinturón de piel de hipopótamo, de la que pende un botecillo lleno de la grasa destinada á untarse. Sobre sus espaldas llevan también sujeta una especie de mochila para los alimentos, porque, como buenos gastrónomos, los Niams-Niams no salen de su casa nunca sin provisiones. La parte desnuda de su cuerpo, va adornada de dibujos caprichosos, cubierta á veces de collares de hierro, de madera ó de dientes de animales. La cabeza la llevan desnuda; únicamente los jefes, á pesar del calor, se colocan una especie de capuchón de pieles.

El señor Periéres describe el traje de las mujeres en dos palabras: no lo llevan. Darían mejor muestra de su gusto—añade el literato de la expedición—si se cubriesen algo, á excepción de algunas jóvenes bastantes bonitas y bien formadas, sin ser repulsivas como sus vecinas las Bongas, sin tener sus deformidades, nada tienen de agradables, y Delange crece en su impaciencia por los famosos países, quizá legendarios, donde le cuentan habitan las espléndidas criaturas que ya ha bautizado él con el nombre de Venus negras.

La fealdad no excluye el amor seguramente, porque en ninguna tribu africana se encuentran tan buenos maridos como entre los Niams-Niams: no obstante la poligamia, en uso entre ellos como en todas las demás naciones inmediatas, el Zandes tiene un verdadero afecto por sus mujeres: ellas también se hacen notar por su compostura.

Véase el certificado de Schwinfurth:

«El continente de las mujeres es aquí completamente distinto del que he hallado en los países vecinos: mientras que entre los Mittous y los Bongos dan muestras ambos sexos de igual familiaridad con los viajeros; mientras que las mujeres Mombouttous son de una indiscreción inimaginable, las Niams-Niams son excesivamente reservadas. Siempre que me ocurría encontrarlas en mi camino, ya fuera en el bosque, ya en la llanura, las veía apartarse, mirar hacia otro lado y esperar que me alejara para continuar andando.

Tal vez proviene esto de la mayor sujeción

de los celos de que son objeto, porque uno de los rasgos que honran á los hombres aquí, es el amor que por sus esposas sienten; amor sin semejante entre las tribus del mismo orden y que sorprende en un pueblo endurecido por la constante práctica de la caza y de la guerra. No hay sacrificio en que no consienta un marido por recuperar la mujer que se le haya arrebatado: guardad en prenda la esposa de un Niams-Niams y obtendréis de él cuanto pueda dar; ya lo saben hoy los tratantes y de ello abusan.

Ese amor, esa reserva, esa mutua estimación, inclinados estamos á decir que provienen quizás, aunque se trate de un pueblo de canibales, del modo que se contratan en este pequeño rincón del Africa los matrimonios. Aquí no da el padre á su hija al que más ofrece, no le exige vacas ni pedazos de cobre, como en otros pueblos hemos visto, y diga Piaggia lo que quiera: cuando un hombre quiere casarse, se lo comunica al jefe de su distrito, que se encarga de buscarle esposa conveniente; esta última, cuando ha sido escogida y presta su consentimiento, es conducida por el jefe á su futuro, con acompañamiento de bufones y músicos, entregándose luego todos á un festín homérico, en que tan duchos son los Niams-Niams.

El *condi*, especie de mandolina de un notabilísimo trabajo, acompaña al ruido de las mandíbulas en la comida de bodas, porque el Zandes es aún más apasionado por la música que todos sus compañeros africanos, Piaggia

dice que son capaces de estar tañendo veinticuatro horas sin descansar un segundo, olvidándose de comer y beber, y Schweinfurth añade: «Aunque conozco la voracidad de ese pueblo, creo que Piaggia tiene razón.»

Después de la comida circula una pipa de tierra muy grande, cuyo hornillo representa generalmente una cabeza de hombre con las orejas colgantes; después juegan al mangala, muy usado en la comarca, y que consiste en tirar piedrecitas á diez y ocho huecos abiertos en una tabla, ó sencillamente en el suelo. Este juego, que conocen los Nubios y que hasta en las costas del Atlántico se encuentra, acabó por enamorar al doctor Delange, y muchas veces, valido del trato que conocemos, obligó á su amigo de Morin á emplearle.

Los Niams-Niams son regidos por jefes, cuyo poder es absoluto; disponen de la vida de sus súbditos, les infringen castigos corporales, como la pérdida de los dedos ó de las orejas, y deciden de la paz y de la guerra. Se guardarían, sin embargo, de atacar á una nación vecina sin consultar antes á los agüeros; toman para esto un líquido oleaginoso extraído de cierta madera roja, y se le hacen tragar á una gallina; si muere el ave, la empresa es dudosa; si sobrevive, por el contrario, la victoria es segura. En este último caso ármanse los hombres de lanzas, de flechas, de escudos y de *troum-baches*, láminas de hierro semejantes á alabardas. Sus encuentros son furiosos; asegura Piaggia haber visto en un

combate á un guerrero devorar su enemigo después de degollarle. Esto fué lo que decidió á admitir que los Niams-Niams son antropófagos, pero solo en circunstancias.

No obstante, hace constar el diario de la expedición, que la caravana atravesó todo el territorio de los Zandes, sin que ninguno de sus miembros fuese comido; ni aun objeto fué nadie de proposiciones ni de tentativa: por su corpulencia, por sus blancas y tiernas carnes, ha podido excitar José su apetito, dice el señor Periéres; muchas veces he visto á algún indígena clavar en él sus ojos codiciosos, pero José se refugiaba en seguida entre nosotros, y el pobre Niam-Niam, descorazonado, se tenía que buscar otra comida, compuesta aquí vulgarmente de perros, convertidos en animales de corral, monos, reptiles mezclados con manioca, y al jugo de la caña de azúcar para postre.

En suma, que la caravana no parece haber experimentado peligro serio alguno, gracias tal vez á sus numerosos fusiles. Los Zandes al principio tomaban á las escopetas por lanzas, y se burlaban de ellas llamándolas bastones de hierro, pero el señor de Morin, tanto por adiestrar sus hombres, como para dar una idea de su poder, organizó tirar al blanco. Los Niams-Niams fueron primeramente aterrados, admirados luégo, y desde aquel instante miraron á los Europeos como seres superiores, con los que era preciso toda consideración.

La señora Beatrix Poles, entre ellos, fué

también elevada al rango de semidiosa: una caja de cerillas fué la causa de tan alto honor. Habitados los indígenas á no poder procurarse fuego sino á costa de un rudo trabajo, frotando dos pedazos de madera, llegaron al colmo del asombro cuando vieron á la señora Poles sacar una cajita de su bolsillo, una velita de la caja y encenderla instantáneamente. ¡Hace brotar fuego á su antojol! ¡Hace brotar fuego!—exclamaban abriendo los ojos y la boca, y haciendo temblar á José, porque, no obstante la impunidad de que disfruta, la reserva de los Niams-Niams para con él, no le agrada ver sus puntiagudos dientes.

Hemos resumido el diario de la expedición, respecto á las principales costumbres de los Niams-Niams.

Hacia mediados de Mayo, la caravana llegó al río que separa por aquel punto el territorio de los Zandes del de los Mombouttous, último pueblo del que se poseen algunos datos formales por esta parte del Africa: era, al cabo, el país en que diez y ocho meses antes pretendía el gufa Nassar haber encontrado al señor de Guéran.

XXXII

Gracias á su franqueza, estábamos nosotros enterados de todos sus gustos, desde nuestros primeros pasos por el país de los Mombouttous; creímos nosotros deber proponerles cambios y ellos nos trajeron gran cantidad de huesos, manos, mandíbulas y restos de cabezas, que sin duda habían ya pasado por su cocina. Admitimos pues la aserción de Schweinfurth, que les declara los primeros antropófagos del mundo. «Esta tribu, dice, tiene entre las vecinas un vasto campo de batalla, ó por mejor decir, un extenso territorio de caza y saqueo, donde adquirir reses y carne humana. Los cuerpos de los que en el combate caen, son inmediatamente cortados en largas lonjas, ahumados y retirados como provisiones: conducidos en rebaños, como los carneros, son clasificados los prisioneros y degollados á su tiempo para satisfacer el apetito de los vencedores; los niños se consideran golosina, y se reservan para la mesa real. Sin embargo de esto, los Mombouttous son una noble raza, mucho más adelantada que sus vecinos: tienen orgullo nacional, espíritu público, una inteligencia y un juicio de que disponen po-

cos africanos; responden con buen sentido á las preguntas que se les dirigen; su industria progresa y es fiel su amistad.»

He transcrito la opinión testual del célebre viajero alemán; veamos nosotros ahora lo que debe pensarse de ese pueblo. Ocupa un espacio de cuatrocientas millas cuadradas entre el tercer y cuarto grado Norte del Ecuador, y el ventiseis y ventisiete Este del meridiano de París; cuenta próximamente un millón de habitantes y continúa, como hace dos años que le visitó Schweinfurth, bajo el pleno dominio de Mounza, rey absolutísimo que gobierna al Oeste y que ha delegado parte de sus atribuciones en su hermano Degberra, virey de las provincias Orientales. Sólo Mounza es conocido, y la ciencia, repetimos, se detiene en la región de los Mombouttous.

El viaje que seguimos, si aun nos conducen más al Sur las noticias que del señor de Guéran aquí recibamos, llenará una laguna, que aun á costa de los mayores esfuerzos nadie ha podido colmar. ¿Qué datos recogeremos acerca de la detención de nuestro amigo entre este pueblo y sobre el camino que al abandonarle ha seguido? ¿Estará aún aquí, prisionero de Mounza? Estamos poseídos de un temor, de una ansiedad continuos.

Siempre que interrogamos á algún indígena, nos parece que nos va á hablar del hombre blanco que vió antes que á nosotros, y que debió sin duda herir su imaginación; pero no podemos esperar útiles noticias sino de Mounza y de su corte, y así activamos sin cesar el

celo de nuestra escolta y de nuestros cargueiros para llegar lo antes posible á la real residencia.

La señora de Guéran se ha puesto á la cabeza de la caravana, al lado del guía Nasar, para dar valor, dice, á los que la siguen. Con efecto, la vista de aquella intrépida joven, resplandeciente de belleza y adornada siempre con el original traje que hemos descrito, produce gran impresión en nuestros soldados: evidentemente para ellos nada tiene de terrestre, y les hace concebir á estos paganos idea de un mundo distinto del que habitan. Fué respetada siempre; hoy la aman y la veneran; ha sabido conquistarse las simpatías, hiriendo la imaginación de todos estos orientales.

Más de una vez hemos tenido ocasión de recoger las anécdotas que respecto á ella circulan: «Es hija de un gran príncipe del Norte, dicen unos; su padre la envía entre nosotros para viajar é instruirse.» «Es, dicen los Nubios, una gran Sultana, cuyo esposo fué hecho prisionero por gentes de Khartum; va á sus alcances, y pronto nos batiremos por ella;» y luego, con la exageración de los negros, refieren que libertó en el Desierto una caravana de dos mil esclavos, enviándoles al reino de su padre, donde comen bien y llevan vestidos tan elegantes como ella misma.

Nos guardamos nosotros muy mucho de restablecer y reducir los hechos á sus justas proporciones; antes al contrario, inventamos anécdotas encaminadas á exaltar más aún nuestra escolta, aumentando el prestigio de

nuestra querida compañera. ¿Podrá dominar tan fácilmente á ese famoso rey Mounza, á primera vista y de quien depende nuestra suerte, como ha ganado la voluntad de hombres que la conocen hace seis meses?

Y no obstante, hacemos nosotros toda suerte de bajezas para congraciarnos con el monarca, y le colmamos por adelantado, con cuantos correos envía á nuestro encuentro, de presentes y regalos. Estos presentes han sido diez piezas de percal, otras diez de cotonía, varias alfombras y tapices, una linterna, unas tijeras, un sable, una espada, una caja de betún, una guitarra, cinco cajas de cerillas, tres pares de zapatillas y mil cuentas distintas de cristal; si no se da por satisfecho Mounza, es bien difícil de contentar.

Nos hemos conformado estrictamente á las costumbres admitidas, y los más ricos viajeros nunca se mostraron tan generosos, si bien guardamos otros regalos, destinados, si llegáramos á necesitarles, para conquistar por completo al rey, soltar su lengua respecto al señor de Guéran, y obtener la autorización para continuar nuestro camino hacia el Sur.

Digamos algunas palabras de su tribu, mientras podemos trabar conocimiento con Mounza.

En primer lugar, una observación importante: bajo el punto de vista del rostro, los Mombouttous difieren esencialmente de los demás negros, indicando un origen semítico, la tez es la más clara que hemos hasta ahora visto en Africa, tiene el tono agrisado del café

molido, las facciones son finas y se ven narices aguileñas; pero, sobre todo, lo que les separa de todos los restantes, lo que les da un especial carácter, es que, por lo menos un cinco por ciento de la población, tiene cabellos rubios de un color de estopa.

El traje, que nunca varía, es muy airoso: se compone de una corteza de árbol (el *rohko*, especie de higuera), trabajada con esmero, teñida de pardo rojizo, y que sostienen ciñendo el cuerpo desde el pecho á las rodillas por medio de ligaduras.

Sus cabellos, trenzados como los de los Niams-Niams, están cubiertos por un sombrero de paja ó una toca.

En cambio, si los hombres van casi cubiertos, las mujeres no se cubren nada; contentanse con dibujos de gran regularidad figurando flores, abejas, estrellas ó pieles de zebra y de leopardo. Sin embargo, y debemos esta justicia á aquellas damas, cuando les acontece ir de visita, llevan una tira de tela que extienden ante sí al sentarse; yo les otorgo de tanto mejor gana este pudor, cuanto que no me es posible dársela de virtud; la veracidad se opone.

Cruzamos el populoso distrito de los Maogous, gobernado por otro hermano de Mounza, y llegamos á las orillas del Nelle; gracias á piraguas de treinta pies de largo por cuatro de ancho, ahuecadas en enormes troncos de árbol, y que los indígenas ponen á nuestra disposición, atravesamos las profundas y sombrías aguas de este río, á que dan tanta

importancia los descubridores de las fuentes del Nilo.

Enviados del rey tomaron sobre la orilla izquierda la dirección de la caravana para encaminarla á la residencia real, á través de una región donde no se hubiera hallado fuera de su asiento el Paraíso terrestre.

A cada paso encontramos arroyuelos transparentes, innumerables helechos, campos de bananas, de manioca, de cañas de azúcar, de inmensas higueras, cuyo follaje no pueden atravesar los rayos del sol; es un jardín soberbio, de inaudita vegetación, lleno de flores y de frutos y amenizado por los cánticos de nubes de pajarillos.

Parisienses, hermanos míos, ¡cuando reflexiono que el noventa por ciento de vosotros se figura el Africa como un vasto desierto, privado de agua y de sombra! ¡Cuán desdichados sois! ¡Ningún país del mundo, quizá, es atravesado por tantos ríos y torrentes, está cubierto de tan gigantescos árboles, embellecido por tan espléndida vegetación, como algunas comarcas del Africa central. Mas no tengo tiempo ya de refutar los errores de mis compatriotas, en los que también incurria yo antes; henos en los privados dominios de Mounza, y trátase ahora de arrancar á ese poderoso déspota la palabra del enigma que tanto nos interesa.

XXXIII

Para levantar nuestro campo, nos ha hecho señalar el rey un ancho espacio, situado á doscientos metros de su palacio. No bien nos establecimos en la mañana del 30 de Mayo, vino á decirnos un oficial que su señor nos recibiría aquel día mismo.

Cada uno de nosotros se ocupó inmediatamente de su *toilette*, porque queríamos aparecer ante el monarca africano con toda pompa. Desde Khartum no habíamos tenido ocasión de vestirnos, y no fué sin cierta alegría, sin un asomo de coquetismo, como hicimos abrir nuestras maletas y sacar los trajes de las grandes ocasiones.

De Morin y yo elegimos casacas de caza con botones cincelados, chalecos blancos de piqué, gorras de terciopelo y altas botas de montar; nuestros cinturones de cuero sostenían fuertes cuchillos de monte, revólvers cargados y una caja de cartuchos, completando con las carabinas en bandolera nuestro traje de ceremonia.

El doctor adoptó un aspecto semi-oficial, que no podía menos que impresionar á los negros, frac azul con magníficos botones dorados, pan-

importancia los descubridores de las fuentes del Nilo.

Enviados del rey tomaron sobre la orilla izquierda la dirección de la caravana para encaminarla á la residencia real, á través de una región donde no se hubiera hallado fuera de su asiento el Paraíso terrestre.

A cada paso encontramos arroyuelos transparentes, innumerables helechos, campos de bananas, de manioca, de cañas de azúcar, de inmensas higueras, cuyo follaje no pueden atravesar los rayos del sol; es un jardín soberbio, de inaudita vegetación, lleno de flores y de frutos y amenizado por los cánticos de nubes de pajarillos.

Parisienses, hermanos míos, ¡cuando reflexiono que el noventa por ciento de vosotros se figura el Africa como un vasto desierto, privado de agua y de sombra! ¡Cuán desdichados sois! ¡Ningún país del mundo, quizá, es atravesado por tantos ríos y torrentes, está cubierto de tan gigantescos árboles, embellecido por tan espléndida vegetación, como algunas comarcas del Africa central. Mas no tengo tiempo ya de refutar los errores de mis compatriotas, en los que también incurria yo antes; henos en los privados dominios de Mounza, y tratase ahora de arrancar á ese poderoso déspota la palabra del enigma que tanto nos interesa.

XXXIII

Para levantar nuestro campo, nos ha hecho señalar el rey un ancho espacio, situado á doscientos metros de su palacio. No bien nos establecimos en la mañana del 30 de Mayo, vino á decirnos un oficial que su señor nos recibiría aquel día mismo.

Cada uno de nosotros se ocupó inmediatamente de su *toilette*, porque queríamos aparecer ante el monarca africano con toda pompa. Desde Khartum no habíamos tenido ocasión de vestirnos, y no fué sin cierta alegría, sin un asomo de coquetismo, como hicimos abrir nuestras maletas y sacar los trajes de las grandes ocasiones.

De Morin y yo elegimos casacas de caza con botones cincelados, chalecos blancos de piqué, gorras de terciopelo y altas botas de montar; nuestros cinturones de cuero sostenían fuertes cuchillos de monte, revólvers cargados y una caja de cartuchos, completando con las carabinas en bandolera nuestro traje de ceremonia.

El doctor adoptó un aspecto semi-oficial, que no podía menos que impresionar á los negros, frac azul con magníficos botones dorados, pan-

talon perla, botas arrugadas, espada al cinto y pistolas en los bolsillos.

En cuanto á la señora de Guéran, creyó también conveniente cambiar sus vestidos de viaje por un traje semi-europeo, semi-oriental, como el que ya la hizo dar el epíteto de Sultana Parisiense.

Cuando así transformada, se nos apareció con la mirada brillante, admirada de encontrarse tan bella, sonriente, no pudimos contenernos sin correr á expresarle nuestra admiración.

—Cuidado, caballeros—nos respondió riendo:—vuestrs cumplidos casi casi son un insulto, porque parecen indicar que necesito compostura, y que esta misma mañana con mis vestidos arrugados por la marcha y quemados por el sol, apenas era soportable.

Cuando íbamos á replicar, tomó la palabra la señora Poles.

—Mi querida baronesa—dijo,—nada desagradable os han dicho estos señores. Bien veis que la Naturaleza necesita ser ayudada, y que cuanto más generosa se muestra con nosotros, más nos obliga á hacer algo por ella. Un poquito de tocador nos completa en cierto modo, nos da nuevo esplendor; nunca como hoy he sentido la conducta de los monos para conmigo, que, al quitarme mis vestidos de diario, me han obligado á servirme tanto tiempo de los de ceremonia, dejándome sin nada con que embellecer mi naturaleza.

Exageraba la señora Poles: á falta de un traje nuevo, había colocado entre sus cabellos

un ramo enorme de flores rojas, colgado de sus hombros un chal anarillo y calzado guantes azules de diez botones. Según su frase, completaba la naturaleza... con un arco iris. Quizá era hasta imprudente llevarla ante Mounza, pero puesto que la señora de Guéran hacía la visita, debía seguirla su señora de compañía.

Para volver al tono formal, diré, que habíamos discutido si convenía que nuestra querida baronesa concurriese á la audiencia del monarca africano, porque no podíamos saber qué espectáculo nos esperaba entre aquellos salvajes, ni qué clase de diversiones nos iban á ofrecer con pretexto de festejarnos. Pero en el común interés, para alcanzar el objeto que nos proponíamos, no teníamos derecho á mostrarnos demasiado reservados, demasiado prudentes ni aun tratándose de nuestra compañera. Mounza, orgulloso como todos los negros, suspicaz como todos los déspotas, ilustrado por sus emisarios de la presencia entre nosotros de una mujer blanca, hubiérase sin duda herido de su abstención y su ausencia, en el día que se dignaba recibir á los extranjeros. Este escozor de su amor propio podía comprometernos desde el primer día, causarnos los mayores peligros, y resolvimos ni aun hablar de nuestros escrúpulos á las señoras de Guéran.

—¿Les habría ella comprendido? Del mismo modo que la religiosa encargada de nuestras prisiones conoce los más vergonzosos vicios y vive en contacto de los más empedernidos cri-

minales sin perder nada de su pureza, Laura de Guéran cruza estos pueblos salvajes sin reparar en su desnudez ni en su corrupción. Persigue serena y casta su camino, admira los magníficos paisajes que se tienden á su paso y no ve los habitantes que los ocupan: saluda al Creador, sin ocuparse de las criaturas.

Estamos además nosotros para velar todo lo que pueda ofender su mirada, y á pesar de nuestro deseo de no incomodar al africano monarca, si se le ocurriera darnos alguna fiesta por el estilo de las de los Bongos, no dejaríamos de separar de allí nuestra compañera.

Acabada nuestra *toilette*, pasamos revista á la escolta: los porteadores habíamos decidido que permanecieran en el campamento; sólo los soldados Nubios y Dinkas tenían permiso para acompañarnos con nuestros servidores personales.

El guía Nassar había hallado medio de hacer relucir como un espejo para el acto, las famosas botas que le habíamos regalado; nuestros dos intérpretes árabes, con albornoces nuevos, resplandecían de blancura, nuestras Sedaninas, envueltas en sus flotantes túnicas bajo las que se adivinaban sus redondas formas, los cabellos engrasados, reluciente la piel, brillantes los ojos, llenaban su puesto; y los Nubios, con el cuerpo cubierto de sus más ricos amuletos, en traje de batalla y con la carabina al brazo, daban alta idea de la civilización de las tribus del Norte.

Hacia las dos de la tarde vino á buscarnos

otro oficial de Mounza, y dejamos el campamento.

La mitad de nuestra escolta abría la marcha bajo el mando de Nassar. Seguíamos nosotros: la señora de Guéran en su palanquín; Delange de Morin y yo á caballo, seguidos de José con frac negro y corbata blanca, afeitado, sonrosado, magnífico; la segunda mitad de la escolta, mandada por los intérpretes, cerraba la marcha.

Una inmensa muchedumbre acude de todas partes para vernos pasar: se arremolina en ondas tumultuosas al rededor nuestro, salta, grita, y para expresar su admiración, que no puede contener, abre la boca desmesuradamente y se la cubre con la palma de la mano.

No hubiéramos podido dar un paso, si á manera de agentes de policía y armados de largas varas, no hubiera encargados de separar el concurso á cada instante, pegando en el montón.

Unos hechiceros cargados de anillos, de collares, de mil baratijas, se precipitan á nuestro encuentro para arengarnos; pero graves, tranquilos y majestuosos, seguimos nosotros sin detenernos.

Un correo real llega sin aliento: trae el *salam*, y vuelve como una flecha á dar nuestras gracias á su amo y anunciarle nuestra próxima llegada.

Henos ya en los jardines de palacio; nos vemos libres de la muchedumbre, que no osaría seguirnos á este respetado recinto; pero que se desquita produciendo un estrépito te-

rible con sus gritos, sus trompas y sus tambores.

El palacio está formado por un conjunto de porches y de chozas con diversos destinos: aquí, un edificio circular con techo cónico sirve de arsenal, conteniendo todas las armas fabricadas en este país, tan rico en cobre, en hierro, y donde también se halla platino; allí graneros, donde se almacenan con gran orden los víveres destinados á los innumerables servidores de todas clases y sexos que mantiene Mounza; mas lejos, un grupo de edificios rodeados de magníficos árboles, y que constituyen las habitaciones privadas del monarca.

Los oficiales enviados á nuestro encuentro traen orden de enseñarnos el palacio, mientras su señor, ocupado aún en el mercado, según nos dicen, puede recibirnos. Nos conducen á una galería de ochenta metros de larga, sostenida por cinco filas de pilares; á ella abocan las habitaciones del rey. En una gran sala se levanta un estrado, cubierto de esterillas, de pieles y rodeado de pilares: es el lecho real. De la alcoba pasamos á los tocadores para trajes de capricho, que sólo Mounza puede usar, porque entre los Mombouttous la moda es invariable; del techo se ven suspendidos sombreros, penachos de plumas, pieles de todas clases, colas de girafa, collares formados con los colmillos de más de cien leones, y otros mil adornos aún más raros.

Al salir de estas habitaciones nos enseñan, sin invitarnos á entrar, una aldeita formada por un centenar de chozas y ceñida por fuer-

tes empalizadas: son las de las mujeres de Mounza. Estas damas son ochenta, y habita cada una su casa, adonde de tiempo en tiempo viene el real esposo, no secretamente, sino con grande aparato y seguido de sus cortesanos, que se quedan en el umbral lanzando gritos de alegría y dando una serenata al señor y á la favorita del día.

Pero entre todas las ochenta esposas oficiales no constituyen todavía el harem de Mounza; también le pertenecen las viudas de su padre, porque es costumbre en África que á la muerte de un rey todas sus esposas pasen á ser propiedad de su sucesor.

La señora Poles no puede callar sus observaciones, y declara en voz alta *shocking* tener tantas mujeres; si bien para calmarla la hago observar que, según mis noticias, las mujeres en cuestión acumulan las funciones de esposas y de cocineras.

—Porque—la digo—el monarca come en secreto, lejos de toda indiscreta mirada, y nadie, á excepción de sus mujeres, puede tocar á sus alimentos.

—¡Pues bien, caballero!—exclama la señora Poles,—vuestras explicaciones, en lugar de satisfacerme, me hacen concebir todavía peor opinión del señor Mounza. Envilecer una mujer legítima hasta convertirla en cocinera, es monstruoso y digno de un salvaje.

—Olvidáis, señora Poles—observa Delange,—que en los dos tercios de los matrimonios de París y de Londres la mujer guisa y aun barre.

—Pero es, señores, porque no pueden pagar una criada; y no se halla en ese caso el señor Mounza.

La señora Poles pronuncia estas palabras, señor Mounza, con un desprecio abrumador para el rey. Por fortuna interrumpe esta conversación el ensordecedor estruendo de las trompetas y los tambores, que anuncian la vuelta del rey del mercado y su entrada en palacio. Le vemos de lejos, acompañado de sus guardas y seguido por la multitud, que le grita al oído: «¡Ih, ih, Tchupil! ¡Ih, Mounza, ih!» con bastante semejanza al «¡Hip, hip, hurrah!» de los ingleses.

En el momento nos hacen penetrar en la sala de audiencia.

XXXIV

No tiene muros el edificio en que nos hallamos; una sencilla valla lo rodea por todos lados, pero si está cubierto en toda su longitud de sesenta metros, por un techo sostenido en gigantescos troncos de árbol. El suelo está formado por una capa de arcilla roja.

Oficiales en traje de campaña y grandes dignatarios del reino con sus vestidos de corteza y sus zaleas plantadas de plumas, están sen-

tados en banquillos que, según la moda africana, han traído ellos mismo, llenando como las dos terceras partes del salón. El otro tercio está ocupado por el trono, un banco con respaldo y brazos. Sobre una piel de leopardo están colocados nuestros regalos, pero, como si el monarca hubiera querido demostrarnos que está acostumbrado á las dádivas de los blancos, entre nuestros presentes ha hecho colocar otros objetos de fabricación europea: un plato de plata, un vaso de porcelana, un telescopio, un libro con cantos dorados y un espejo doble, de aumento por un lado y de disminución por el otro.

La vista de aquellos objetos producen una viva impresión en la señora de Guéran: ¿procederán de su marido? Pero el señor de Morin, que está á su lado, la hace observar inmediatamente que Mounza ha debido recibirlos de Schweinfurth, y en efecto, el viajero alemán describe el asombro producido al rey por su espejo y el error en que incurría tomando á la plata por hojalata y la porcelana por marfil.

Un gran espacio á ambos lados del trono, se reserva para las esposas del monarca, y detrás, como decoración de fondo, brillan inmensas panoplias de cobre rojo y de muy pintoresco efecto.

Por último, las trompetas, las trompas de marfil renuevan su estruendo; campaneros ambulantes pasean por todos lados sus inmensas campanillas; estallan gritos frenéticos fuera, y aparece el cortejo real.

Mounza viene á la cabeza: es un hombre en

lo mejor de su vida, hermoso, de alta estatura y musculosos miembros. Creeríasele un hombre del Norte al ver sus facciones casi correctas, y su barba, que lleva entera; si bien sus gruesos labios demuestran el negro. Va, por decirlo así, vestido de cobre; se le podría tomar por una batería de cocina: una placa se proyecta de su frente como la visera de un casco; otras, cortadas en ángulos, le sirven de collar; círculos anchos rodean sus brazos y sus piernas; en la mano blande una cimitarra de cobre puro, y hasta el cinturón que sujetala corieza de higuera, teñida de rojo, que viste, termina por gruesas bolas de cobre.

En los sitios libres de adorno, vese la piel untada de una pomada que la da el color de rojo antiguo, y finalmente, la cabeza se cubre con el sombrero cilíndrico de paja, adoptado en todo el país, coronado de un penachito rojo formado por plumas de loro.

Al penetrar en la sala, redóblanse los: «¡Ih, Ih, Tchoupil! ¡Ih, Mounza, Ih!» él, sin volverse, abre de cuando en cuando la boca para formular un «Brr» atronador que parece significar un saludo.

Anda con el busto tendido, recta la cabeza, los codos en las caderas, con un paso algo teatral; no posa la mirada ni en su corte ni en nosotros, y si no fuera por el fuego de sus ojos, por la cruel sonrisa que dibujan sus labios y sus enérgicos «Brrr,» se creería que era una estatua de bronce.

Se sienta en el trono; sus mujeres, que le seguían, lo hacen en taburetes que han traído

unas esclavas, semejándose por completo á las mujeres del pueblo que ya hemos descrito, tanto respecto á su belleza como á su desnudez. Únicamente sus tremendas cabelleras van adornadas, como prueba de su rango, de mayor número de placas de metal, de agujas de marfil y de púas de puerco-espín; algunas también, las menos feas y mejor formadas, llevan collares de cuentas de Venecia; que Schweinfurth recibió de su amigo Miani y que dos años antes regaló al rey de los Momboutous.

No se asemejan esas perlas falsas á las cuentas de vidrio que nosotros traemos de París; es fácil reconocerlas en la descripción que da de ellas el viajero alemán, y nosotros deducimos en el acto que, demasiado orgulloso Mounza para usar objetos de fabricación extranjera, ha adornado á sus favoritas con los regalos de su huésped.

Habiéndose sentado la corte, creímos deber imitarla; nos colocan como á cinco metros frente al rey, quedando este espacio libre.

Continúa afectando no vernos: con el busto echado atrás, las piernas cruzadas y el brazo derecho apoyado en el respaldo de su trono, sostiene en la mano izquierda una pipa de dos metros de larga, de la que aspira algunas bocanadas; después, pasándosela á una de sus mujeres, lanza con cierta gracia el humo al viento, y masca de tiempo en tiempo, para refrescarse la boca, una banana verde, una nuez de *cola*, ó un pedazo de caña de azúcar colocados á su lado.

—¡Vaya un modo de recibirnos!—exclama la señora Poles volviéndose á nosotros.—¿Es esto lo que se llama audiencia?

—Es audiencia muda—responde el señor de Morin que, encendiendo un cigarro, procuraba fumar tan majestuosamente como el rey de los Mombouttous.

—Es que no hemos venido aquí á mirar á ese señor—insistía Beatrix.

—Nada mejor podríais hacer ahora, señorita—dijo Delange.—El poderoso monarca que llamáis *ese señor* con adorable confianza, es en su género bellissimo. En París haría furor.

—No lo dudo, caballero—contestó secamente la señora Poles;—vuestras francesas son capaces de todas las aberraciones.

—Pero, mi querida señora—la pregunté yo:—¿cuáles son vuestras intenciones, si no habéis venido á admirar á Mounza, como toda su corte hace?

—Me admira, señor de Periéres, que me dirijáis semejante pregunta. ¿No son las vuestras mis intenciones? ¿No debemos preguntar al rey, por conducto de nuestros intérpretes, las noticias del señor de Guéran?

De Morin la interrumpió bruscamente.

—¡No pronunciéis ese nombre!—la dijo.

—¿Qué? No queréis...

—No, en verdad; en este momento al menos.

—No os entiendo.

—Vais á entenderme: si el rey tiene cualquier razón para callarse ó para engañarnos,

á propósito de nuestro compatriota, es preciso que su corte no oiga sus respuestas, porque después nos contestaría lo mismo.

—Es exactísimo—añadí, volviéndome á la señora Poles:—no olvidéis, querida señorita, que os halláis en presencia de un déspota, ante quien todos sus súbditos se inclinan y tiemblan. Nada obtendríais del más poderoso de ellos, si cree desagradar al rey, atendiéndolos.

—Entonces, señores, lo que hay que pedir es una audiencia particular.

—Tranquilizáos, señorita; la pediremos, pero hoy por hoy tenemos que tomar lo que nos dan, aunque no suponíamos la presencia de todos estos necios.

—Si no podemos hablar hoy, vámonos.

—¡Cómo! ¿Irnos? ¿Y qué hacéis de la cortesía?

—¿Es cortés el rey con nosotros?

—¿Nos dice algo?

—Precisamente por eso, caballero.

—¿Y si no tiene nada que decirnos?

—¿Nada que decirnos? ¿No puede preguntarnos noticias de nuestro país, de la gran Inglaterra, de la Francia?

—¡Ah! Es que si le digo que nos gobierna una república, no entenderá palabra—observó el señor de Morin.—Paréceme el rey Mounza un poco torpe de oído para ideas avanzadas.

—Sea como quiera, caballero, yo sufro en cualidad de inglesa, del poco respeto que se me guarda, y me hallo fuera de mi lugar entre todos estos hombres.

—¡Oh, perdonad, perdonad!—exclamó Delange con su constante sangre fría;—no tenéis derecho á quejaros: los hombres de que habláis están vestidos de pies á cabeza y tan presentables como nuestros más estirados *gentlemen*. Mejor pudiéramos avergonzarnos de Morin, Periéres y yo, ante tantas señoras cubiertas únicamente de tatuajes y collares, pero sin quejarnos sabemos bajar los ojos ó volverlos hacia vos.

—¡Eh, señor míol no me convencen vuestras bellas frases—replicó la señora Poles que parecía ocuparse de nuevo de Delange y le hablaba agriamente.—Decidida estoy á romper el silencio, obligando al rey á mirarnos.

—Pero si ya os mira, señorita.

—¡Calle! ¡pues es verdad!—murmuró la señora Poles ruborizándose.

Lo cierto es, que Mounza, fatigado de ostentarse afectando una indiferencia que no sentía, dirigía hacia nosotros su profunda mirada oblicua, aunque no era la señora Poles la que parecía atraer su atención. No obstante su rudeza, hábale chocado sin duda la belleza de la señora de Guéran, y entre dos bocanadas de humo la contemplaba á hurtadillas.

—¿Sería bueno que me adelantase á hablarle?—dijo de pronto la señora Poles.—Ya he conseguido fijar su atención y quizá agradecerle...

—Guardaos bien, señorita—interrumpió Nassar sentado junto á nosotros como intérprete;—nadie puede aproximarse al trono sin ser llamado; eso constituye un crimen que

Mounza castigaría en el acto con la muerte.

—Y no olvidéis—continuó de Morin envolviéndose en una nube de humo—que *ese señor*, como vos decís, no tendría sino que hacer un gesto para que nos pusieran á todos nosotros en el asador. Mirad á nuestros Nubios: de tal suerte conocen el peligro, que contra toda su costumbre permanecen mudos é inmóviles. José está embrutecido por el terror; no pueden abrir la boca los más inmediatos, sin que tiemble como un azogado, y si se le ocurre al rey hacer «Brr», al infortunado se le doblan las rodillas.

No quedó convencida la señora Poles con este nuevo discurso; pero al menos permaneció callada. El rey acabó por dar señales de vida.

XXXV

Habíase levantado y recibido de una de sus mujeres un instrumento bastante parecido á un sonajero de niño: era su batuta. Le agitó solemnemente, y en el acto las trompas, las trompetas, los timbales, las campanas grandes y chicas, toda la faramalla, toda la batería de cocina de los Mombouttous nos propinaron un estruendo superior á todos los precedentes.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, la bron-

—¡Oh, perdonad, perdonad!—exclamó Delange con su constante sangre fría;—no tenéis derecho á quejaros: los hombres de que habláis están vestidos de pies á cabeza y tan presentables como nuestros más estirados *gentlemen*. Mejor pudiéramos avergonzarnos de Morin, Periéres y yo, ante tantas señoras cubiertas únicamente de tatuajes y collares, pero sin quejarnos sabemos bajar los ojos ó volverlos hacia vos.

—¡Eh, señor míol no me convencen vuestras bellas frases—replicó la señora Poles que parecía ocuparse de nuevo de Delange y le hablaba agriamente.—Decidida estoy á romper el silencio, obligando al rey á mirarnos.

—Pero si ya os mira, señorita.

—¡Calle! ¡pues es verdad!—murmuró la señora Poles ruborizándose.

Lo cierto es, que Mounza, fatigado de ostentarse afectando una indiferencia que no sentía, dirigía hacia nosotros su profunda mirada oblicua, aunque no era la señora Poles la que parecía atraer su atención. No obstante su rudeza, hábale chocado sin duda la belleza de la señora de Guéran, y entre dos bocanadas de humo la contemplaba á hurtadillas.

—¿Sería bueno que me adelantase á hablarle?—dijo de pronto la señora Poles.—Ya he conseguido fijar su atención y quizá agradecerle...

—Guardaos bien, señorita—interrumpió Nassar sentado junto á nosotros como intérprete;—nadie puede aproximarse al trono sin ser llamado; eso constituye un crimen que

Mounza castigaría en el acto con la muerte.

—Y no olvidéis—continuó de Morin envolviéndose en una nube de humo—que *ese señor*, como vos decís, no tendría sino que hacer un gesto para que nos pusieran á todos nosotros en el asador. Mirad á nuestros Nubios: de tal suerte conocen el peligro, que contra toda su costumbre permanecen mudos é inmóviles. José está embrutecido por el terror; no pueden abrir la boca los más inmediatos, sin que tiemble como un azogado, y si se le ocurre al rey hacer «Brr», al infortunado se le doblan las rodillas.

No quedó convencida la señora Poles con este nuevo discurso; pero al menos permaneció callada. El rey acabó por dar señales de vida.

XXXV

Habíase levantado y recibido de una de sus mujeres un instrumento bastante parecido á un sonajero de niño: era su batuta. Le agitó solemnemente, y en el acto las trompas, las trompetas, los timbales, las campanas grandes y chicas, toda la faramalla, toda la batería de cocina de los Mombouttous nos propinaron un estruendo superior á todos los precedentes.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, la bron-

ca voz de la orquesta callaba para dejar lugar á algún solo: adelantaba un músico y arrancaba de su inmensa trompa sonidos encaminados á imitar el rumor del viento, trinos de pájaros, rugidos de león ó el mugido de la tempestad. Entre los pueblos primitivos siempre merece favor la música imitativa.

Terminado el concierto, volvió á su trono el monarca á los gritos repetidos de *¡Ih, ih, Mounza, tchupi!* y le comprendimos dispuesto después de hacerse admirar bajo el aspecto plástico y como jefe de orquesta, á dejarnos gozar de su conversación.

Adelantó Nassar por orden mía, al espacio libre entre el rey y nosotros, y Mounza declaró que quería hablar al jefe de la caravana.

Cuando tal deseo nos fué transmitido, rogamos á de Morin que nos representara. Se levantó éste, cogió su banquillo, le plantó en el recinto reservado al lado de Nassar, y se sentó tranquilamente frente al rey, con tanta holgura como si se hubiera hallado en los salones de nuestro Club.

Pero Mounza no parecía satisfecho de aquellas maniobras; parecía decir, señalando á de Morin: «No es ese el que yo quiero, os engañáis.» mientras señalaba á José.

—Aquel no es el jefe—respondió Nassar,—es un criado, un esclavo. Tú no has de conversar con un esclavo, gran rey.

—No, no—insistía Mounza;—es el jefe,—y señalaba la corbata y el frac de José.

Comprendimos que Schweinfourth dos años antes llevaba, en calidad de hombre de ciencia,

al ser recibido por el rey, frac negro y corbata blanca. Al ver á nuestro ayuda de cámara en el traje oficial, exactamente como el viajero alemán, había creído Mounza á José el más importante de nosotros.

Nassar continuó mostrándole su error, pero lo logró con dificultad: siempre el rey repetía: «Así iba el hombre blanco... ¿por qué habéis vestido á vuestro esclavo como el gran jefe?»

Porque nos habría llamado impostores si le hubiéramos dicho que entre nosotros los más encumbrados personajes, los ministros y los soberanos usan idéntica *toilette* que el más humilde camarero de fonda. Hubimos de buscar otra explicación, y para no perder á Schweinfurth á los ojos del monarca africano, declaramos que estos dos años había cambiado la moda entre nosotros, y que solamente de Morin, Delange y yo llevábamos el traje apropiado á nuestro rango. No era muy clara la cosa para el soberano de un pueblo en quien jamás cambian las modas; pero dignose Mounza aceptar la explicación, ó quizás con la penetración de que más tarde había de darnos tantas pruebas, comprendió, comparádoles, que el hábito no hace al monje.

Con ayuda de Nassar, pronto pudo trabarse la conversación entre mi amigo y el africano monarca. Había éste vuelto á su postura abandonada, y sacaba de su pipa por intervalos iguales bocanadas de humo que lanzaba luego á revolotear por los aires. De Morin, á caballo sobre su banquillo, con el cigarro en los

labios, la pierna derecha vertical y las manos cruzadas sobre las rodillas, había adoptado una rara postura, pero que podía tomar Mounza por respetuosa.

Entre los cortesanos, las mujeres y nuestra escolta, reinaba un silencio profundo: disponíase á hablar el rey, y nadie hubiera osado alzar la voz.

Desde las primeras palabras pudieron darse cuenta de su inteligencia los europeos, y comprendieron que había que agradarle.

—¿Quién sois? ¿De dónde venís? ¿Qué razones os traen á mis estados?—preguntó Mounza.

—Somos—respondió de Morin—grandes personajes en nuestro país; viajamos por gusto, y hemos venido á verte.

—¿Dónde oísteis hablar de mí?

—Por Schweinfurth, que alaba tu poder, tu generosidad y tus virtudes. Allá en el Norte hablan de ti los reyes, los grandes y el pueblo.

Pareció enorgullecerse Mounza: se animó su mirada y se enderezó ligeramente en su trono.

—¿No ha dicho sino bien de mí el blanco?—preguntó.

—Verdaderamente, tú sólo bien le has hecho.

—Cierto, pero no le concedí lo que me pedía, no le permití ir hacia el Sur, como él quería. ¿Sabías tú eso?

—Sí, lo sabía, y además las razones de tu negativa.

Pareció asombrarse el rey.

—Dilas—exclamó: el monarca—quiero que las digas.

—No deseo otra cosa—respondió de Morin,—tanto más cuanto apruebo tu conducta. Temías que Abd-es-Samate, acompañando á Schweinfurth, estableciese relaciones mercantiles con los reinos vecinos á tus estados por el Sur, por el Este y por el Oeste. Si en lugar de ir con él, Schweinfurth hubiese ido solo, tú le hubieras permitido atravesar tu reino, como nos lo permitirás á nosotros que no comerciamos en marfil ni en esclavos.

—¡Ah!—exclamó el monarca:—¿queréis ir al Sur?

—Proyectamos—contestó atrevidamente de Morin—pedirte la autorización.

Mounza miró por primera vez á nuestro amigo cara á cara, y le dijo:

—Entonces no has abandonado tu país sólo por verme, cuando quieres conocer á mis vecinos.

La observación era justa; pero por dicha, de Morin no se dejó aturdir.

—Hemos venido á visitarte—dijo;—pero habremos de volver y no queremos seguir la misma ruta.

—Vienes del Norte y debes volver hacia el Norte—dijo Mounza.—¿Por qué hablar de ir al Sur?

—Porque al Sur encontraré antes el mar y los barcos que me volverán á mi país sin necesidad de andar.

—¡El mar!—repitió el rey melancólicamente—Sí, el blanco me habló de eso; pero no le

entendí. Explicame tú, si puedes, lo que es el mar.

—¿Tienes en tus estados lagos, lo que en el Este se llaman *Nyanzas*?

—No, no tengo.

—Pero tienes muchos ríos.

—Ríos sí: el *Gadda*, el *Kibaj*...

—¡Pues bien! El mar se compone de un número infinito de ríos sin orillas, puestos uno junto á otro.

Mounza cerró los ojos, para procurar representarse lo que le describía. ¿Lo logró? No lo sabemos: no volvió á hablar de ello. Cuantos europeos, por lo demás, han intentado dar idea del mar á los pueblos del interior, han quedado sin conseguirlo; obsérvase que la imaginación es rebelde á tal imagen. Quizás el señor de Morin hubiera hecho mejor tomando como punto de comparación al cielo, diciéndole que era un cielo vuelto, cuyos límites no alcanzaba la vista y que tenemos delante en lugar de tenerle encima.

El rey continuó:

—De suerte que por llegar al mar es por lo que quieres atravesar mis estados y seguir al Sur.

—Sí, en primer lugar es por eso; pero tenemos además otra razón—contestó atrevidamente de Morin.

—Dímela.

—Ahora no, porque nos oye mucha gente; los blancos no acostumbran á decir sus secretos á la multitud. Cuando te dignes concedernos, como á mis amigos, una audiencia par-

ticular, te diremos el verdadero fin de nuestro viaje.

—Bueno—dijo el rey, halagado interiormente por la confianza y la distinción que se le establecía con sus súbditos:—mañana al ponerse el sol os recibiré.

Calló un instante, pero se conocía que le quedaba algo por decir. Con el codo en el brazo de su trono y la cabeza en la palma de la mano, miraba de tiempo en tiempo hacia nosotros, pareciendo llamar siempre su atención la señora de Guéran. Sus grandes ojos rasgados de un negro profundo, pero velados y como fugitivos, volvíanse instantáneamente hacia ella; debía desear preguntarnos algo, y temer al mismo tiempo ocuparse de nosotros más de lo que su dignidad permitía.

Por último, pudo más la curiosidad que el orgullo, y dirigiénd se á Nassar:

—Pregunta al jefe—le dijo—quiénes son los dos blancos que están á su lado.

Tomaba sin duda este rodeo para llegar á la señora de Guéran, que le importaba más que nosotros.

Tradujo Nassar, y de Morin respondió sin vacilar:

—Son mis dos hermanos; uno es un sabio—y me señalaba;—escribe como has visto hacerlo á Schweinfurth. El otro es un gran médico; cura todas las enfermedades.

—¿Y aquella vieja?—preguntó el rey de pronto, señalando á la señora Poles.

Nassar, no muy contento con la tiesura de

nuestra querida inglesa hacia él, en lugar de atenuar en su traducción la frase de Mounza, la repitió en voz alta y clara; fué tanto más cruel para la señora Poles, cuanto que al verse señalada por el rey, se había incorporado á medias en su asiento, se había quitado los anteojos, y sonreía de su más gracioso modo.

Cuando oyó decir «aquella vieja,» cayó primeramente sobre su banquillo como si recibiera una bala de cañón en medio del pecho; después, botando, se enderezó sobre sus largas piernas, y gesticulando, roja de cólera, echando chispas por los ojos, púsose á apostrofar al rey.

—¡Una vieja! ¡una vieja!... ¡Me llama vieja ese salvaje, ese vándalo, ese antropófago! ¡Ya quisieras viejas como yo! ¿Ignoras, espantoso Pachá, que en tu harem no hay mujer que me llegue á los talones? ¡Vieja, vieja á mí, á mi edad?

A pesar de todos nuestros esfuerzos, no conseguíamos calmar á la irascible inglesa, hasta que lo consiguió la señora de Guéran, recordándola que en aquellos países una mujer pasa por vieja desde los veinte años, y que ella misma, no obstante su manifiesta juventud, se encontraba ya en la misma categoría que la señora Poles.

El rey, sin preocuparse de los gritos ni de los ademanes de la señora Poles, sin ocuparse de la escena, de la que, por otra parte, nada comprendía, comía tranquilamente bananas y nueces de *cola*. Había sí, esta vez, tenido la atención de ofrecer á de Morin, quien, á caba-

llo siempre en su banquillo, mondaba apaciblemente una banana, y daba al rey en voz baja, por el intermedio de Nassar, noticias sobre la señora Poles, que parecían regocijar al monarca.

Por último, Mounza, renunciando á más rodeos en torno de la verdadera cuestión, dijo bruscamente á Nassar, señalando con los ojos á la señora de Guéran:

—¿La mujer blanca será sin duda esposa del jefe?

Nuestro intérprete, al que se le había encargado no diese contestación alguna que no le hubiésemos transmitido, pasó á de Morin la observación de Mounza.

—Dile—replicó nuestro amigo—que yo no tengo esposa.

Al transmitirle la frase, abrió el rey desmesuradamente la boca y toda la corte le imitó, asustando terriblemente á José y á los Nubios de la escolta: creyeron llegada la hora del festín y que iban á pagar el pato.

En cuanto á las mujeres, no se contentaron con abrir la boca, sino que fueron atacadas de un acceso de hilaridad, aunque habituadas á no manifestar cosa alguna ante su real esposo. Este último, así como sus cortesanos, acabó también por soltar la carcajada. Sultán, en posesión de trescientas ó cuatrocientas mujeres, si contamos sus suegras y sus cuñadas, debía concebir difícilmente que pudiera un hombre contentarse con una mujer sola. Mas su alegría no debía ser sino momentánea: volvió á ponerse serio su rostro, impasible, é hizo

preguntar á de Morin cuál de sus compañeros era marido de la mujer blanca.

—No es mujer de ninguno de nosotros— contestó de Morin.—es nuestra hermana.

—¡Ahl ¡Es su hermana! ¡Muy bien!—repitió tres veces Mounza.

Pero no parecía convencido: entre los africanos el amor de familia es muy restringido, y no crea ningún deber: vése á las mujeres acompañar su marido á la guerra, ó á una expedición; pero las madres, las hermanas y las hijas no llevan á tanto su abnegación.

Así, Mounza, tras un instante de reflexión, manifestó sus dudas: parecíale extraordinario que la mujer blanca hubiese emprendido tan largo viaje, llegando hasta su corte sin otra razón que la de no separarse de sus hermanos.

Comprendió nuestro amigo que precisaba una explicación natural de la presencia de la señora de Guéran entre nosotros, y pronunció estas palabras, que Nassar tradujo:

—No he dicho que nuestra hermana no tenga razón particular para acompañarnos. Precisamente para decirla al rey, le hemos pedido audiencia privada.

Mounza no pensó ya sino en levantar la sesión.

Nada más fácil: hizo una señal, y toda su corte, acostumbrada á obedecerle al vuelo, entonó el himno: «¡lh, ih, tchupil ¡lh, Mounza, ih!» Respondió él con un «Brrr» potente, que parecía dirigido á nosotros, y salió majestuosamente como había entrado, seguido de

todas sus mujeres, entre el estruendo de los timbales, de los cascabeles, de las trompetas, de los tambores y de las trompas de marfil.

XXXVI

Parece ser que Mounza nos ha demostrado grandes miramientos: ordinariamente recibe con mucha mayor frialdad á los extranjeros y rara vez se le ve dirigirles la palabra. Preciso que nos estime mucho para haber conversado tan largamente con nosotros.

Podemos darnos cuenta de nuestros progresos en el favor real, comparando la actitud de los cortesanos después de retirarse el monarca, á la que con nosotros guardaban antes de su llegada. Silenciosos, reservados dos horas antes, ahora se muestran afectuosos, comunicativos y sobre todo molestos. Nos rodean, nos preguntan, se oprimen por examinarnos de más cerca y tocar nuestros vestidos; algunas manos osan subir hasta nuestros rostros y nos vemos obligados á pegar con las vainas de nuestros machetes en los dedos más audaces.

Felizmente no pueden aproximarse á la señora de Guéran; con ayuda de Nassar y de los intérpretes, la rodeamos y la guardamos.

También la señora Poles es objeto de vivísima curiosidad; sus anteojos excitan asom-

bro, pero su figura profundo estupor. Tal vez los Mombouttous, como antes los Bongos, la toman por un hombre, y se admiran de verla usar el traje de la señora de Guéran. Sin embargo, la señora Poles no nos inquieta; es mujer capaz de defenderse á sí misma, y sin ningún respeto á los dignatarios del reino, aplica vigorosos bofetones sobre cuantos rostros osan aproximarse al suyo.

Después de salir de la sala de audiencia y de haber atravesado los patios y los jardines de palacio, volvemos á caer en medio de la muchedumbre que para honrar á los huéspedes de su rey, nos propina un nuevo tumulto y nos acompaña hasta nuestro campamento. En él solo nos vemos libres de sus importunidades, gracias á nuestros porteadores, que han tenido la buena ocurrencia de ocupar su ociosidad, mientras nuestra ausencia, en cercar el Kaal con una fuerte empalizada. Además, por una atención que debemos hacer subir hasta Mounza mismo, un piquete como de cincuenta hombres nos rodea é impide que se aproximen los curiosos.

Aún nos espera otra sorpresa real: bajo la gran choza que destinábamos á cubrir nuestros víveres y bagajes, encontramos un presente preciosísimo en nuestra situación presente. Consiste en alimentos de todas clases, granos, legumbres, frutas, cabras, volatería, cerveza; ha previsto todas nuestras necesidades, hasta nuestros deseos, y si se mostró poco comunicativo, sabe al menos ser inteligentemente pródigo.

Inmediatamente nos apresuramos á enviarle como nuevo regalo un objeto al que todos los africanos son á cual más sensibles, aunque no siempre sepan servirse de él, y le rompan con la mayor facilidad: una caja de música bastante grande. Añadimos un buen reloj, pero cuya caja es de cobre, puesto que siendo desconocido en la comarca el oro y la plata, se toman por cobre y estaño.

Esperando la comida que nos prepara nuestro jefe de cocina, un Nubio *cordón azul*, ayudado por dos peritas sudaninas, recordamos los acontecimientos del día: es evidente que Mounza está bien dispuesto en nuestro favor, pero ¿podrá darnos las deseadas noticias que en la entrevista de mañana vamos á pedirle? Empezamos á dudar; mientras su conversación con de Morin, ninguna alusión, ni aun indirecta, ha hecho al señor de Guéran; se acuerda el rey perfectamente de Schweinfurth, aunque tan fugitiva sea la memoria de los africanos, y de él ha hablado, pero no ha dicho una palabra que tenga relación con nuestro compatriota. ¿Por qué esa reserva? ¿Por qué ese silencio? ¿No sabe nada Mounza? ¿No ha visto jamás al señor de Guéran? ¿Ignora acaso que ese Europeo ha cruzado sus estados, como Nassar afirma y como él mismo escribe? Es difícil admitir tanta ignorancia: ¿cómo un déspota, servido por tantos emisarios, dejaría de conocer la llegada de un blanco á sus estados?

Hacemos comparecer á Nassar, para preguntarle si no le ha admirado el silencio del rey; si no esperaba oírle hablar del señor de

Guéran, que le ha visitado después que Schweinfurth. Responde nuestro guía que, efectivamente, esperaba hablase el rey de nuestro compatriota; pero añade: «Los negros olvidan fácilmente lo que se les dice ó se les comunica: sólo recuerdan bien los hechos. El rey de los Mombouttous ha visto á Schweinfurth, le recibió en su corte, le dió la mano: esos son hechos, y los recuerda; pero si sólo ha oído hablar del señor de Guéran, le ha olvidado.

—¿Admitís pues—le digo yo—que nuestro compatriota ha podido cruzar este país sin ver al rey?

—Sin duda—responde Nassar:—con el temor de ser retenido por Mounza, como lo fué mi amo Schweinfurth, se dirigió quizás al Sur sin detenerse.

—Algo se detuvo, puesto que le disteis hospitalidad por veinticuatro horas.

—No fué en este distrito—responde con vivacidad Nassar;—fué más al Sur, del lado de Oriente, en un territorio dependiente del reino de Mounza; pero gobernado por uno de sus hermanos, por Degberra. Vigilaba yo entonces una factoría fundada por Abd-es-Samate, y Mounza no tolera ninguna en sus estados propios.

Esta explicación es admisible: el señor de Guéran en su carta habla del país de los Mombouttous; pero no nombra á Mounza. Este puede haber olvidado la presencia accidental en su territorio de un extranjero que no ha visto jamás; evocando sus recuerdos, obtendremos, sin duda, útiles indicaciones.

Nuestra comida, la mejor que en tres meses hemos hecho, gracias á la liberalidad del monarca africano, fué animadísima: únicamente José, que nos sirve siempre, presenta una tristeza desconsoladora. Nos presenta los platos con aire melancólico; tiembla al más ligero ruido: si le pedimos un tenedor en voz un poco alta, se aterra; le he sorprendido enjugarse una lágrima con la servilleta que llevaba al brazo.

Debería, sin embargo, estar orgulloso del papel que ha jugado en la audiencia: el rey de un gran pueblo, uno de esos soberanos respetados y temidos, sin oposición y sin lucha, como no se conocen ya en Europa, se ha dignado dirigirle la palabra, y tomarle un instante por jefe de la caravana. ¿No es sensible á tanto honor? ¿Desprecia ahora las satisfacciones de amor propio, cuando tanto las persigue siempre? ¿Qué ocurre en ese corazón trastornado?

Durante los postres obligamos á explicarse á nuestro doméstico: vacila, se hace rogar, y por último, á nuestras reiteradas instancias, toma una postura teatral, y de pronto declama:

—*Timeo danaos et dona ferentes.*

Nos miramos estupefactos; luego reímos á carcajadas.

—¿Pero sabes latín?—le dice de Morin cuando puedo hablar.

—Ciertamente—contesta José contoneándose.—Antes de ponerme á servir cursé el cuarto año en un Liceo provincial.

—¿Qué me dices? ¡El cuarto año! ¿Y de qué manera, como profesor tal vez?

—No señor.

—¿Como discípulo entonces?

—Aun no tanto.

—¿Pues cómo entonces?... Explicate.

—Como mozo, señor, como mozo; quitaba el polvo, encendía la chimenea, barría, y en los ratos de descanso oía las lecciones de los profesores, leía los cuadernos de apuntes de los alumnos y me instruía.

—¿De ese modo—continuó de Morin, que hacía los mayores esfuerzos para no romper á carcajadas en las barbas de su ayuda de cámara,—de ese modo conocéis el sentido de la frase que acabáis de decirnos?

—Sin duda, señor—replicó José;—*Timeo da-
naos et dona ferentes*, significa en español: temo á los griegos y sus regales.

—Perfectamente; pero ¿por qué nos has soltado ese axioma como quien nos suelta un perro?

—Caballero—responde gravemente José:—figuraba yo el color local, porque los griegos en mi pensamiento representan á los Mombouttos, y la palabra regalos significa alimentos, comida. Sería lo mismo si hubiese dicho: temo á los Mombouttous y las comidas que nos regalan.

—¿Y por qué ese temor, José?—preguntó de Morin.—¿Crees que estos alimentos están envenenados? Sería un poco tarde para decirnoslo.

—No, señor, pero nada me podrá quitar

del pensamiento que esta nación de antropófagos nos colma de presentes y nos engorda para comernos después con mayor gusto.

No pudo contenerse de Morin por más tiempo; se rió á mandíbula batiente y nosotros le hicimos coro.

José parecía escandalizado de nuestro acceso de alegría, y no dejaba de repetir:

—No es mi opinión personal la que transmito á los señores; es también la de los portadores todos. Si han construído la empalizada en torno del campamento con tanto cuidado, es por miedo de ser atacados esta noche. ¡Ah! ¿Bastará para protegernos?

XXXVII

No obstante los temores de José y de nuestra escolta, pasamos una noche excelente bajo chozas bastante más cómodas que las de los anteriores días. Despertamos al siguiente día sin haber sido aún devorados, y como la audiencia no debía verificarse hasta la tarde, procuramos ocupar nuestros ocios.

De Morin, Delange y yo nos encaminamos á eso de las ocho hacía un arroyo que nos habían enseñado el día antes, y en sus límpidas aguas, preservadas del sol por una bóveda de follaje, tomamos un baño agradabilísimo.

Si bien nada nos ocurrió durante nuestra

—¿Qué me dices? ¡El cuarto año! ¿Y de qué manera, como profesor tal vez?

—No señor.

—¿Como discípulo entonces?

—Aun no tanto.

—¿Pues cómo entonces?... Explicate.

—Como mozo, señor, como mozo; quitaba el polvo, encendía la chimenea, barría, y en los ratos de descanso oía las lecciones de los profesores, leía los cuadernos de apuntes de los alumnos y me instruía.

—¿De ese modo—continuó de Morin, que hacía los mayores esfuerzos para no romper á carcajadas en las barbas de su ayuda de cámara,—de ese modo conocéis el sentido de la frase que acabáis de decirnos?

—Sin duda, señor—replicó José;—*Timeo da-naos et dona ferentes*, significa en español: temo á los griegos y sus regales.

—Perfectamente; pero ¿por qué nos has soltado ese axioma como quien nos suelta un perro?

—Caballero—responde gravemente José:—figuraba yo el color local, porque los griegos en mi pensamiento representan á los Mombouttos, y la palabra regalos significa alimentos, comida. Sería lo mismo si hubiese dicho: temo á los Mombouttous y las comidas que nos regalan.

—¿Y por qué ese temor, José?—preguntó de Morin.—¿Crees que estos alimentos están envenenados? Sería un poco tarde para decirnoslo.

—No, señor, pero nada me podrá quitar

del pensamiento que esta nación de antropófagos nos colma de presentes y nos engorda para comernos después con mayor gusto.

No pudo contenerse de Morin por más tiempo; se rió á mandíbula batiente y nosotros le hicimos coro.

José parecía escandalizado de nuestro acceso de alegría, y no dejaba de repetir:

—No es mi opinión personal la que transmito á los señores; es también la de los portadores todos. Si han construido la empalizada en torno del campamento con tanto cuidado, es por miedo de ser atacados esta noche. ¡Ah! ¿Bastará para protegernos?

XXXVII

No obstante los temores de José y de nuestra escolta, pasamos una noche excelente bajo chozas bastante más cómodas que las de los anteriores días. Despertamos al siguiente día sin haber sido aún devorados, y como la audiencia no debía verificarse hasta la tarde, procuramos ocupar nuestros ocios.

De Morin, Delange y yo nos encaminamos á eso de las ocho hacia un arroyo que nos habían enseñado el día antes, y en sus límpidas aguas, preservadas del sol por una bóveda de follaje, tomamos un baño agradabilísimo.

Si bien nada nos ocurrió durante nuestra

natación, que pudiera recordarnos remotamente la aventura de la señora Poles con los monos, pudimos comprobar que las mujeres Mombouttos dejan bastante que desear bajo el aspecto del pudor y de la reserva. Como un tiempo la casta Susana, fuimos nosotros espiaados, no ya por tres viejos, sino por una docena de espantosas criaturas que nos desencantaron el paisaje. Por otra parte, nuestra vanidad no se halló halagada por la curiosidad de que éramos objeto, y que tampoco tiene nada de inmoral: para todas estas gentes, con nuestra blanca piel, nuestros lisos cabellos, nuestras barbas y nuestros bigotes, no somos hombres, sino curiosos animales que se miran y estudian como estudiamos nosotros los micos del Jardín Botánico.

Desde el baño fuimos al mercado.

Nada más pintoresco que esas asambleas que en Africa constituyen una verdadera institución. Es un sitio de placer para compradores y vendedores, pobres y ricos, grandes y pequeños, para los hombres que se pasean galanteando, y para las mujeres que contestan con usura á sus galanterías. Producen un ruido, una animación extraordinaria: crúzase de todos los lados los gritos, las risas y las voces; aquí se regatea, más allá se juega, en el otro lado disputan, en otro riñen; todos los frutos y todas las legumbres se confunden, manioca, patatas, maíz, conocido entre los Mombouttos con el nombre de *Mendo*, zapotes, bananas, haces de cañas de azúcar. Jarras de tierra con figuras de relieve notable dibujo,

contienen la cerveza y las demás bebidas.

En un espacio vese extendido el pescado, cogido, dicen, con el empleo de una planta venenosa que le mata sin hacerle dafino; aquella higuera colosal cubre cabras, antílopes, loros grises y avutardas, que véndese por alambre de latón ó de cobre; por aquí pasan las mujeres corriendo y llevando en los brazos gallinas suspendidas con la cabeza abajo; los gritos de la volatería se mezclan á los balidos de las cabras y á los gritos de las avutardas; por último, en un extremo, una veintena de mujeres sentadas en sus banquillos, aspiran lentamente el humo de sus pipas con tubo de hierro y hornillo de hojas de banano renovadas sin cesar, y encaminadas á hacer tan agradable el humo como si atravesase un *narghilé*.

Al ver tanto producto como en el mercado abunda: frutas, legumbres, pescados, caza, llega uno á preguntarse si los Mombouttos son realmente caníbales: lo son realmente, y por desgracia, no es la necesidad la que les mueve, sino la depravación. Debo hacer constar, no obstante, que tienen la delicadeza de no vender públicamente su plato favorito; los prisioneros de una razia que no son comidos en el acto, son regalados por el rey á sus oficiales, y éstos se guardarían bien de vender una dádiva real. En cuanto al comercio de esclavos, con los escasos tratantes que en el país penetran, está formalmente prohibido.

Hacia las dos de la tarde, al volver á nuestro campamento, recibimos la visita de las fa-

voritas del rey. Estas damas, en número de unas veinte, se mostraron mucho más reservadas que podía esperarse; cierto que Mounza les había enseñado la lección, y que no se le desobedece impunemente.

Algunas de ellas manifestaron, sin embargo, de tan expresivo modo su deseo de pasar los dedos por la barba y los cabellos de un blanco, que creímos deber complacerlas; mas como ninguno de nosotros quiso prestarse al sacrificio, llamó de Morin á José, le hizo sentar en un banquillo y autorizó á nuestras amables visitas para servirse de su cabeza, como los peluqueros de sus maniqués.

José, halagado al principio de sentir sobre su cráneo tanta mano real, quiso protestar y defenderse, cuando empezaron á trenzar y tirar de sus cabellos para conocer su fuerza. Hicimosle observar que las esposas del rey le tomarían su complacencia en cuenta, evitándole quizá algún día ser comido, y que, en suma, vale más perder algunos mechones de cabellos que toda la cabeza. Admitió él la razón, y se resignó, aunque lanzando, cuando tiraban demasiado, agudos gritos, que hacían brincar de gozo á las mujeres.

Después de jugar con José, manifestaron las Momboutta otro capricho: no habían visto hasta entonces más que hombres y mujeres descalzos; nuestras altas botas las intrigaban y ardían en deseos de saber si aquel cuero que rodeaba nuestros pies y nuestras piernas formaba parte de nuestro cuerpo, es decir, eran naturales, ó si se trataba únicamente de una

envoltura como los vestidos. Hallamos nosotros que para una primera visita, aquellas lindas curiosas se habían instruído bastante á nuestra costa, y aplazamos para otro día el nuevo estudio que querían hacer.

Despedidas las mujeres con algunos regalos, descansamos hasta la hora de la audiencia privada; á las seis en punto nos pusimos en camino, con Nassar y una docena de soldados.

Nos acompañaba la señora Poles, gracias á Delange que, temiendo un escándalo, ha enseñado la lección á Nassar, se le ha hecho el rey muy simpático desde por la mañana en que el guía se apresuró á pedirla una entrevista para significarla sus dudas y sus remordimientos. Temía haber comprendido mal el sentido de las palabras de Mounza al ocuparse de ella: la palabra *vieja* no había sido pronunciada por el monarca; antes bien, el intérprete había traducido mal la expresión mombutta, que significaba mujer extraordinaria, bellísima.

La señora Poles aceptó la explicación con el apresuramiento que ponemos en creer lo que nos agrada, y con magnífico humor, radiante, espléndida, nos siguió á palacio.

Nos esperaban ante el último recinto; le franqueamos y llegamos á las habitaciones del rey; pero en el instante de ir á penetrar en la galería anteriormente descrita, nos cerró el paso un oficial para decirnos, de parte de su señor, que no daría audiencia sino á la mujer blanca.

Nos detuvimos espantados. ¿Qué significaba tal capricho? ¿Qué extraña idea había atravesado el cerebro del africano monarca? ¿Por qué separarnos de la señora de Guéran, excluyéndonos de la conversación?

—¿Qué pensáis de esto?—dije volviéndome á mis amigos.

—Pienso—replicó de Morin,—que este salvaje es un loco, y que merece una lección.

—¿Y usted, querido?—pregunté á Delange, que me parecía ménos exasperado que de Morin.

—Es preciso no ceder—contestó el doctor.

—¡Cómo ceder! exclamó de Morin.—¿Quién piensa en ello? ¿Quién tendría valor para dejar á la señora de Guéran penetrar sola en ese cubil? No más al pensarlo, me siento capaz, señores, de entrar revólver en mano en esa choza y saltar los sesos al insolente salvaje.

—Calmaos, amigo mio; á nadie ocurre la idea de obedecer al capricho del rey.

Después, volviéndome á la señora de Guéran:

—Os pido perdon, señora—añadí—por haber consultado á estos señores antes que á vos; pero cuando se trata de vuestra seguridad, tenemos derecho, y lo sabéis puesto que vos le habéis dado, de no fiarnos sino de nosotros mismos. ¿Está conforme vuestro parecer al nuestro, verdad?

—Completamente—respondió la baronesa con su dulce y tranquila voz.—No sé si la entrevista que se me exige es peligrosa, si tengo algún peligro que temer en este palacio; pero por una parte, la pretensión de Mounza es in-

juriosa para vosotros, y por otra, si accedemos á este primer capricho del monarca, pronto veremos nacer otros. Los salvajes se parecen á los niños: si se obedece á sus primeras exigencias, pronto se convierten en verdaderos déspotas.

—¿Qué es preciso hacer, pues, señora?—pregunté.

—Retirarnos, caballero, y renunciar á una audiencia de la que, por lo demás, temo no obtendríamos lo que deseamos saber.

—Es exactamente mi parecer—dije inclinandome.

—Y también el mío—añadió Delange.

Únicamente de Morin guardó silencio: evidentemente sentía que no le autorizáramos para saltar los sesos al rey.

Ibamos, pues, á girar sobre nuestros talones, cuando la señora Beatrix, que aún no había hablado, nos detuvo rogándonos la escucháramos.

XXXVIII

¿Qué podía tener que decirnos? ¿Qué comunicación importante pensaba dirigirnos, cuando la prudencia nos ordenaba retirarnos á toda prisa, puesto que no queríamos someternos á la voluntad del rey?

—Os escuchamos, señorita—la dijo Delan-

ge;—pero os ruego terminéis pronto, porque en este instante son peligrosas las conferencias.

—Tranquilizáos, caballeros—respondió la señora Poles,—seré breve. Antes de dejaros tomar una determinación grave, y que tanta influencia puede tener en nuestro porvenir, quiero solamente haceros una pregunta.

—Preguntad, señora, preguntad.

—¿Estáis seguros, señores—empezó la señora Poles apartando sus anteojos,—que el rey haya querido hablar de la señora de Guéran? ¿Que sea con ella con quien desea la entrevista?

Delange miró á de Morin; de Morin me miró; yo miré á Nassar, y Nassar á la baronesa: ninguno adivinábamos adónde iría á parar la señora Beatrix.

Esta continuó:

—Os haré observar, señores, que el nombre de la señora de Guéran no ha sido pronunciado por la razón convincente de que no le conocen: el oficial ha declarado sencillamente que el rey no quería recibir sino á la *mujer blanca*. ¿De qué mujer blanca se trata? ¿De la baronesa ó de mí? Creo ser tan blanca como ella.

Comprendimos, y á duras penas nos conservábamos serios. La señora Poles continuó:

—¡Oh, Dios! Señores, hay momentos en la vida que no consienten la falsa modestia. Tengo razones para creer que Mounza ha sido á mí á quien designaba. Ayer, durante la audiencia, no cesó de mirarme: me sonrió, me

ofreció galantemente una banana y una nuez de *cola*; por último, bien sabéis ya que, al designarme, en vez de llamarme vieja me llamó «bella mujer, mujer extraordinaria.» Todos esos indicios, no obstante mi absoluta carencia de amor propio, podré decir, hasta sin profunda humildad, me autorizan á preguntaros si no os podríais equivocar, si no sería acaso yo la que el rey quiere hablar en secreto.

Hábíame yo vuelto para que la señora Poles no me viese reír; lo mismo había hecho de Morin. Delange era el único que la atendía cara á cara.

—Señorita—la dijo,—posible es que el rey haya querido designaros, y aun yo mismo me inclino á creerlo; pero en nada cambia esto la situación. Por una parte Mounza nos injuria privándonos de acompañaros, y por otra nosotros no podemos autorizaros á entrar sola junto á él.

—¡Oh, señor! Tratándose del interés general exclamó nuestra querida inglesa—soy mujer capaz de un sacrificio. Nadie me da miedo, ni tengo tampoco el temor de que el rey deje de portarse galantemente con una mujer y además inglesa.

—No pensamos del mismo modo que vos en el asunto—replicó con firmeza Delange;—rehuso, en cuanto á mí hace, dejaros penetrar sola en esta caverna: dignaos seguirnos.

Al mismo tiempo el señor de Morin se puso á la cabeza de nuestra escolta: yo me acerqué al oficial que nos había detenido, y le encargué dijese á su amo que nosotros no acostum-

brábamos á separarnos nunca de nuestra hermana, y que nos retirábamos, pues que rehusaba recibirnos con ella.

—Lo que hacéis es muy grave, señores—venía diciendo la señora Poles.

—Más grave sería—me dijo en voz baja el señor de Morin—enviársela al rey en vez de la señora de Guéran. Mounza encontraría pesada la broma, y tendría razón. Mirad, mirad, amigo mío, lo que os rodea, mientras vigilo yo la escolta: en este momento deben comunicar al rey nuestra contestación, debe estar furioso y todo se puede temer.

—Cierto—contesté,—un hombre acostumbrado á doblegar todas las voluntades, el semidió de un millón de hombres, encontrará pasmoso que un puñado de extranjeros rehuse obedecerle y le desafie en su propio palacio.

Pero, no obstante nuestros temores, atravesamos sin el menor incidente el espacio que nos separaba del recinto. El edificio ocupado por Mounza y desde cuyo umbral nos habíamos vuelto, permanecía en silencio y nadie salía ni á mandarnos volver ni á transmitir órdenes á los soldados que por todas partes se veían; ganamos la puerta, y en pocos instantes nuestro campamento.

Por prudente medida, prohibió de Morin á los hombres de nuestra escolta alejarse; examinó el estado de sus fusiles, y aunque sin distribuirles municiones, abrió las cajas de cartuchos para que estuviesen prontas. Nuestras gentes que, como decía José, no tenían sino escasa confianza en los Mombouttos, aprobaron

las precauciones, y al mismo tiempo Nassar, al que antes habíamos recomendado no tomar indicio alguno sobre el señor de Guéran, recibió por el contrario la orden de conversar con los indígenas grandes y chicos que constantemente rodeaba nuestro campo, intentando alcanzar la astucia cualquier revelación sobre la estancia ó siquiera paso de un hombre blanco por el territorio.

Tomadas todas estas precauciones, esperamos: era para nosotros evidente que Mounza daría señales de vida en la tarde misma: un negro no sabe esperar, nada deja para el día siguiente como no sea trabajar. Según nuestras previsiones, vimos como una hora después de nuestra vuelta al campo, llegar con cuanta velocidad sus piernas permitían, uno de los correos del rey; el mismo que el día antes salió á darnos el *salam*. Sin duda á las funciones de correo acumulaba las de embajador ó maestro de ceremonias; le recibimos con todos los honores debidos á su rango, esto es, le permitimos penetrar en el recinto y aproximarse á la choza en que estábamos reunidos, con el intérprete al lado.

Mounza decía que no comprendía por qué no habíamos querido dejar entrar sola á nuestra hermana en su palacio. ¿No había permitido él en la misma mañana, á sus mujeres venir á visitarnos sin defensa?

Contestamos que cada país sigue sus costumbres; que respetábamos las de los Mombouttos, pero queríamos guardar las nuestras. En el gran reino en que habíamos nacido, una mu-

jer no entra en las habitaciones de un hombre si no es su padre, su hermano ó su marido.

No bien se le tradujo la respuesta, marchó el correo tan de prisa como había venido.

Media hora después, le vimos aparecer de nuevo: Mounza hacía sus reflexiones una á una, y nos las remitía á guisa de telegrama en cuanto había formulado alguna.

Ahora nos enviaba á decir por su embajador, que había querido recibir sin testigos á nuestra compañera, porque el jefe de los blancos le había manifestado la víspera que no quería ella explicarse en público.

Contestamos en los siguientes términos:

«Nuestra compañera no puede, en efecto, franquearse ante toda la corte, pero nada la impide hacerlo ante sus hermanos que, como puede figurarse el rey, conocen ya su secreto.»

Aún no habíamos terminado. Por tercera vez vino el correo á decirnos que el rey consentía en recibirnos á todos, y que nos aguardaba.

Todos esperábamos ya este mensaje. Adivinábase que Mounza, por uno ó por otro motivo, entregaba los puños, si es que puede admitirse la frase tratándose de un poderoso monarca; pero en nuestro interés de sostener nuestra reputación de blancos y de altos personajes, habíamos resuelto mostrarnos ofendidos.

Encargamos al correo repetir á Mounza, lo más textualmente posible, la siguiente frase:

«Habiendo rehusado el rey á los blancos la

entrada en su palacio, no pueden éstos, tras de tal afrenta, volver inmediatamente á su lado; pero están dispuestos á recibirle dignamente si se presta á visitarles.»

La conversación á retazos y por intermedarios había terminado.

La tarde y la noche pasaron sin incidentes. Creímos no obstante tomar precauciones; y, según antigua costumbre, Delange, de Morin y yo nos partimos la noche; mientras que dos dormían, el tercero estaba de cuarto como los marinos.

Al día siguiente fuimos tranquilizados respecto á las intenciones del rey por viveres en gran cantidad, regalados como la víspera. Mounza no nos guardaba rencor, ó por lo menos tenía interés en no demostrarlo.

Hacia las ocho prodújose en torno de nuestro campamento gran animación: una multitud compacta se oprimió contra nuestra empalizada y supimos que el soberano de los Mombouttous se disponía á visitarnos.

Pronto los tambores, las trompas, las cornetas empezaron su obligada algarabía y apareció el rey rodeado de numerosa escolta que separaba brutalmente á sus súbditos demasíado imprudentes en contemplarle.

En el acto hizo de Morin tomar las armas á nuestros soldados y á la mayor parte de nuestros cargadores; les colocó en dos filas y después de darles instrucciones, vino á reunirse con nosotros bajo la mayor de nuestra chozas, para guardar á pie firme al monarca.

Creíamos que entraría en nuestra empaliza-

da con sus oficiales: no fué así. Les mandó esperar fuera, y solo, sin armas, alta la frente, im-
pasible, como la primera vez lo vimos, avanzó
entre filas desde la empalizada hasta nuestra
choza. Nuestros soldados, á quienes de Morin
en los ratos de ocio había enseñado algunos
rudimentos de ejercicio, presentaron armas,
mientras que nuestros tambores Nubios in-
tentaban tocar llamada, como yo había inten-
tado enseñarles.

Sobre nuestra choza ondeaba la bandera
francesa: creímos poder enarbolarla en tan so-
lemne momento, y nuestros queridos colores
nacionales, que en tanto tiempo no habíamos
visto, aceleraban nuestros corazones. No me
atrevo á asegurar que, á la vista de aquel pe-
dazo de tela flotando al viento y saludándonos
en nombre de la lejana patria, alguno de nos-
otros no haya enjugado una lágrima. Como
un recuerdo al nacimiento de la señora de Gué-
ran y de sus primeras afecciones, como una
condescendencia también hacia la señora Po-
les, el pendón británico se levantaba junto al
nuestro, si bien Delange, encargado de estas
disposiciones decorativas, se había compuesto
de modo que nuestros colores nacionales ocul-
taban los de la Inglaterra.

Permitido es, cuando se está tan lejos de la
patria y ninguna susceptibilidad se hiere, dar
el mejor puesto á la bandera de su país.

El monarca africano llegaba ante nuestra
choza: salió de Morin y tendiéndole la mano,
le invitó á entrar en nuestra casa.

XXXIX

En realidad, si Mounza es el más grande
monarca de estas regiones, es también el más
civilizado de todos los salvajes: se ha sentado
en un banco, y sin manifestar demasiada cu-
riosidad, observa los objetos reunidos para
ocuparle y distraerle. Cuando su atención se
fija en un reloj, una brújula, un anteojo, un
instrumento ó un arma cualquiera, Delange
toma el objeto y aproximándose al rey procu-
ra, con ayuda de Nassar, explicarle el mecanis-
mo y hacerle comprender el uso. No obstante,
y debemos confesarlo, escucha á nuestro intér-
prete distraidamente: su mirada, en lugar de
encaminarse á las cosas, se fija tal vez dema-
siado en las personas. La señora de Guéran es
notoriamente su principal objetivo. Dueño de
sí lo bastante para no contemplarla cara á
cara, continúa dirigiéndola, como ayer, mira-
das rápidas y oblicuas.

No podemos ocultárnoslo: la belleza de nues-
tra rubia compañera ha causado una gran
impresión en el africano monarca. No obstan-
te su rudeza, tiene sin duda el instinto, si no
el sentimiento de la forma: comprende que
aquel rostro, aquellos cabellos, aquellas ma-

da con sus oficiales: no fué así. Les mandó esperar fuera, y solo, sin armas, alta la frente, im- pasible, como la primera vez lo vimos, avanzó entre filas desde la empalizada hasta nuestra choza. Nuestros soldados, á quienes de Morin en los ratos de ocio había enseñado algunos rudimentos de ejercicio, presentaron armas, mientras que nuestros tambores Nubios intentaban tocar llamada, como yo había intentado enseñarles.

Sobre nuestra choza ondeaba la bandera francesa: creímos poder enarbolarla en tan solemne momento, y nuestros queridos colores nacionales, que en tanto tiempo no habíamos visto, aceleraban nuestros corazones. No me atrevo á asegurar que, á la vista de aquel pedazo de tela flotando al viento y saludándonos en nombre de la lejana patria, alguno de nosotros no haya enjugado una lágrima. Como un recuerdo al nacimiento de la señora de Guéran y de sus primeras afecciones, como una condescendencia también hacia la señora Poles, el pendón británico se levantaba junto al nuestro, si bien Delange, encargado de estas disposiciones decorativas, se había compuesto de modo que nuestros colores nacionales ocultaban los de la Inglaterra.

Permitido es, cuando se está tan lejos de la patria y ninguna susceptibilidad se hiere, dar el mejor puesto á la bandera de su país.

El monarca africano llegaba ante nuestra choza: salió de Morin y tendiéndole la mano, le invitó á entrar en nuestra casa.

XXXIX

En realidad, si Mounza es el más grande monarca de estas regiones, es también el más civilizado de todos los salvajes: se ha sentado en un banco, y sin manifestar demasiada curiosidad, observa los objetos reunidos para ocuparle y distraerle. Cuando su atención se fija en un reloj, una brújula, un anteojo, un instrumento ó un arma cualquiera, Delange toma el objeto y aproximándose al rey procura, con ayuda de Nassar, explicarle el mecanismo y hacerle comprender el uso. No obstante, y debemos confesarlo, escucha á nuestro intérprete distraidamente: su mirada, en lugar de encaminarse á las cosas, se fija tal vez demasiado en las personas. La señora de Guéran es notoriamente su principal objetivo. Dueño de sí lo bastante para no contemplarla cara á cara, continúa dirigiéndola, como ayer, miradas rápidas y oblicuas.

No podemos ocultárnoslo: la belleza de nuestra rubia compañera ha causado una gran impresión en el africano monarca. No obstante su rudeza, tiene sin duda el instinto, si no el sentimiento de la forma: comprende que aquel rostro, aquellos cabellos, aquellas ma-

nos, aquel talle, son superiores á cuantos le rodean y ha visto nunca; está maravillado, encantado, y si se atreviera, si su orgullo no se lo impidiese, este pagano se arrojaría ante su nuevo ídolo.

Mil veces hemos comprobado la influencia que la señora de Guéran ejerce sobre los negros, el prestigio que la rodea á sus ojos; pero hasta hoy se trataba de efectos, en cierto modo puramente morales; la respetaban, la veneraban, la idolatraban; mas colocándola tan alta, creyéndola de tal suerte superior á los seres que la rodean; que los negros, sus adoradores, en el sentido antiguo de la palabra, no veían la mujer en ella. Mounza, por el contrario, parece considerar la criatura terrestre, y en vez de divinizarla, de adorarla con los ojos bajos, la envuelve en sus profanas miradas. Su poder le hace audaz, y en su condición de semidiós, que ve el fondo de las cosas, sabe adónde va, y no toma en serio la fábula de las diosas.

A nosotros nos causan alguna inquietud esas tendencias del ánimo del soberano; por de pronto nos hacen de él un aliado, un amigo; á ellos debemos el bienestar que nos rodea y la benevolencia que se nos demuestra, no obstante, el choque del día anterior; pero de sobra sabemos que los negros en general, y sus reyes en particular, no son de gustos puramente contemplativos. El amor tranquilo, reservado y platónico que á veces hallamos entre nosotros, les es desconocido; lo que llamamos *hacer la corte* á una mujer, no en-

tra en sus costumbres; desdeñan las pequeñas atenciones, no tienen idea del galanteo, y en vez de hacer el oso como nosotros, van ordinariamente rectos á su objeto.

¡Qué sería de nosotros, Dios mío, si Mounza se apasionase de nuestra querida sultana! Y no sería nueva la posición, sino histórica, como prueba la aventura ocurrida á Baker, y que voy á intentar recordar.

Hallábase con su mujer á algunas jornadas del lago Alberto ó Mowoutan, en medio de una nación regida por Kamrasi: la señora Baker, enferma de fiebres, deseaba ardientemente seguir su camino para lograr regiones más sanas: por su parte, Baker creía tocar el fin ansiado tanto tiempo: algunos pasos, algunos esfuerzos más, y las fuentes del Nilo estaban descubiertas. Mas Kamrasi no hacía caso ni de la fiebre que devoraba á la mujer ni de la científica pasión del marido: á pesar de todas sus promesas, sus compromisos retenían siempre al señor y á la señora de Baker en su territorio, y les rehusaba los porteadores, que para continuar su camino necesitaban. Un día, por fin, que Baker le instaba, respondió:

—Te permitiré dejarme, pero sólo en el caso de que dejes tu mujer conmigo.

El viajero inglés, furioso, apuntó con su revólver al rey negro, pero éste exclamó:

—¿Por qué te enfadas? ¿Qué te ofendo pidiéndote tu mujer? Yo te daría cualquiera de las mías si tú me la pidieses, y no creía que menegases la tuya. Ordinariamente yo ofrez-

co lindas esposas á mis huéspedes, y me parecía lo más sencillo hacer un cambio contigo. Pero no me guardes rencor: si mi proposición te disgusta, no te la repetiré.

Cumplió su palabra: mas Kamrasi era más dulce más manejable que el terrible rey de los Mombouttous.

Podríamos, pues, encontrarnos en un callejón sin salida, hasta peligroso, si como empezamos á creer, el monarca africano, con sus ardientes pasiones habituado á satisfacer todos sus caprichos, se siente atraído por la primer mujer blanca que ve y la más preciosa criatura que ha podido soñar.

La señora Poles propone, es cierto, desviar la atención del monarca y llevarla sobre ella; la señora Poles se ofrece en holocausto: llena de abnegación cuando de la salvación común se trata, exclama:

—¡Puesto que ese monstruo necesita una mujer blanca, que me devore y perdone á mi protectora y amiga!

Mounza es demasiado delicado para aceptar tal sacrificio.

Por otra parte, ahora no se trata sino de recibirle de la mejor manera, de excitar su curiosidad, de despertarle cuando se extasia contemplando á la señora de Guéran. De Morin recurrió primeramente á las cerillas fosfóricas: cuando veía al rey demasiado absorto sacaba del bolsillo la fosforera de plata y hacía brillar una pequeña bujía, pero esta operación que entre los otros pueblos negros tanto éxito había tenido, acabó por dejar á Mounza com-

pletamente insensible. De los fósforos pasamos á los refrescos: la última botella de Champagne que nos quedaba entre nuestras provisiones parisienses, salió de su caja y se destapó en honor del rey: la explosión, el salto del corcho, la espuma y las burbujas del vino le causaron alguna impresión, pero momentánea, y sin el menor embarazo, con un notable espíritu imitativo, chocó con los nuestros el vaso de plata que le ofrecimos y bebió su contenido como nos veía hacer.

Entonces, de Morin, decidido á sacarle de su contemplación por todos los medios posibles, cogió su escopeta, apuntó á un magnífico loro que jugueteaba en una cercana palmera y le derribó.

Al oír la detonación, dió el rey un salto atrás, bien justificado por la sorpresa, pero pronto volvió á dominarse, y como su pueblo asustado lanzase horrorosos gritos y amenazara nuestro recinto, corrió á tranquilizarle y mandarle estar quieto.

Al volver hacia nosotros, nuestras banderas, que un soplo de brisa tendía, llamaron su atención: después de mirarlas un instante, llamó á Nassar y le dijo:

—¿Para qué sirven esos trozos de tela?

Nassar, por orden nuestra, le explicó lo que significaban las banderas, y que cada nación tiene una distinta.

—Entonces—dijo Mounza—no sois de la misma nación que el otro viajero blanco: su bandera no se parecía á éstas.

Intentamos hacer comprender al rey que el

territorio habitado por los blancos era inmenso y dividido en muchas naciones. Schweinfurth vivía hacia el Este y nosotros al Oeste.

Después Delange, aprovechando la ocasión, dijo á Mounza que debía conocer ya nuestra bandera, puesto que había recibido ya en su corte un blanco de nuestra nación. El rey pareció asombrado, movió la cabeza y pronunció con el aire más ingenuo del mundo, las siguientes palabras, que nos fueron traducidas inmediatamente:

—No, yo no he visto jamás más que un blanco, el Comedor de Hojas, y no usaba esa bandera.

Habían apodado los Momboutous á Schweinfurth el Comedor de Hojas, porque entretenía sus ocios, como botánico, en coleccionar plantas raras, que crefan destinadas á su alimentación.

No obstante su evidente deseo de permanecer más tiempo con nosotros, por orgullo sin duda, Mounza no se atrevió á prolongar la visita: nos dejó, después de lanzar á hurtadillas una larga mirada á la señora de Guéran. Nuestra escolta volvió á presentarle las armas, y nuestros tambores unidos á las trompas de los Momboutous, le hicieron una salida soberbia, como en el teatro se dice.

Pronto las noticias todas recogidas por Nassar nos convencieron de que el rey mostraba completa buena fe, cuando sostenía no haber recibido blanco alguno después del viajero alemán. El barón de Guéran, pues, como nuestro intérprete suponía, debió atravesar

sin detenerse los estados de Mounza, para llegar directamente á la provincia regida por Degbera: solamente en esta última región podríamos obtener noticias exactas, pero ¿cómo ir á ella sin permiso del rey? ¿Cómo atrevernos á pedirlo, sin enfadar á nuestro huésped, que continuaba colmándonos de obsequios y honrándonos con sus visitas?

¡Ay! Durante estas visitas, cada vez más frecuentes, observábamos con sentimiento profundo que el africano monarca se había sumido en una verdadera pasión por nuestra compañera, y no la permitiría ciertamente alejarse.

No habíamos pensado, lo confieso, en complicaciones de este orden: nos habíamos dicho que los obstáculos materiales del camino, los ataques que pudieran dirigírsenos, la desertión de nuestra escolta, la fatiga, el cansancio, la enfermedad, el hambre, nos impedirían tal vez terminar nuestra empresa, pero nunca nos vino en mientes que el amor de un monarca por nuestra querida Sultana, pudiera detener nuestros pasos.

Habíamos contado con los elementos desencadenados, con las contingencias de todas clases, con los hombres cuya hostilidad era temible, con la Naturaleza, pronta siempre á decir á los audaces: «No irás más allá.» Y sin embargo, no habíamos previsto que las pasiones humanas pueden nacer y estallar del mismo modo bajo el ardiente sol del Africa que en nuestros templados climas.

Mil ecos llegaban á completar nuestras sospechas, aumentando nuestros temores; ya

Mounza no era, decían, el soberano indolente que se pasaba la vida contemplando sus riquezas, haciéndose admirar por su pueblo, vistiendo raros trajes, bailando ante su corte ó corriendo por la noche de choza en choza de su harem. Hacía grandes preparativos de guerra, acumulaba en su arsenal armas de todas clases, se mostraba de desigual carácter, no podía estar fijo en un punto, tenía arrebatos terribles, y en cuanto á sus mujeres, parecía haberlas condenado á anticipada viudez.

¿Cómo terminará esto? Ninguno de nosotros se atreve á decirlo.

20 Junio.—Temo que la señora Poles haya hecho alguna de las suyas; mientras escribo estas líneas, viene Nassar á llamarme para correr á su socorro.

XL

Estas notas, *my darling*, probablemente no os llegarán jamás; es aun posible que después de escribirlas las destruya. Pero puede más que yo; es preciso que os lo confíe: mi corazón desborda; dejad que en el vuestro desahogue.

¿A quién sino á vos me confiaría? ¿Quién

entre mis compañeros de viaje merecería recibir mis secretos? En los señores Periéres, de Morin y Delange, no es posible pensar; no tengo derecho á infligirles ese castigo, á hacerles perder en un instante las ilusiones que aún conservan, diciéndoles bruscamente: «me habíais equivocado, señores, no os amo.»

En cuanto á la señora de Guéran ¡*Ah my dear!* bien sabéis cuán peligroso puede ser confiarse á una rival.

En mi aislamiento, á vos pues es á quien voy á abrir mi pecho, no obstante la distancia que nos separa: si algún día me veo en peligro de muerte, quemaré esta página, discreta depositaria de mi más hondos pensamientos; si por el contrario, consigo el placer de volver á veros, la leeremos juntas y desenvolveré, analizaré para vos, unidas nuestras manos, y confundiéndose nuestras miradas, ideas y sentimientos sumariamente indicados, porque mi pluma sería impotente para definirles.

Empiezo: estamos hoy en el país de los Mombouttuos, en la corte del rey Mounza. Es un hombre de unos treinta y cinco años, en la plenitud de la fuerza y de las pasiones. Su estatura es elevada y elegante; sus facciones soberbias, recuerdan las estatuas de un monarca de la antigua Etiopía; no es un negro, no nos engañemos, es un blanco oscuro.

Su traje, porque lleva traje; me conocéis lo bastante para pensar que no os hablaría de alguno de esos hombres inmodestos que reemplazan los vestidos con el tatuado ó con la boñiga: su traje continuo es de la mayor originalidad.

Lleva cuanto entre nosotros se acostumbra, á excepción de los guantes y el calzado; sí, va descalzo, lo confieso.

No os apresuréis, querida, á juzgarle mal por este detalle, porque á mí misma me ha acontecido, por consecuencia de una terrible aventura de que os hablaré á nuestro encuentro, andar más de dos millas sin la menor botina, sin la más ligera zapatilla. Pues bien, os aseguro que los pies desnudos nada de feos tienen: durante aquella carrera miraba yo de cuando en cuando á los míos, y admiraba su longitud, su finura, sus graciosos contornos, las rosadas uñas, las venillas azules, preguntándome si no era realmente bárbaro aprisionar tantas preciosidades en groseros cueros, robándolas á toda mirada. Enseñamos las manos, el rostro, el cuello, los brazos, los hombros: ¿por qué negar á nuestros pies iguales ventajas? ¿por qué no han de tener derecho á la libertad y á la luz? Me diréis tal vez que en Londres, entre nuestras brumas, se amoratarían algo: cuestión de costumbre, amiga mía; hoy por hoy no estamos en Londres, y no amorata el frío, os lo aseguro, los pies del rey Mounza.

Es pues, un gran hombre, artísticamente vestido y de elegante continente; además es, y me apresuro á decíroslo, porque sabéis cuán poco me preocupa el lado plástico, además es hombre inteligente, finísimo y, lo que no estorba, un poderoso monarca.

Y sin embargo, querida, Mounza, que nos colma de obsequios, con el que estamos en la

mejor armonía, se niega en absoluto á permitirnos dejar sus estados. ¿Por qué tal capricho? ¿por qué tanto rigor? me preguntaréis. Es muy sencillo: el rey, que no ha visto hasta ahora sino horribles Mombouttas, sin gracia y sin vestidos, cuando se ha encontrado frente á dos mujeres blancas, jóvenes, agradables, bien formadas y mejor compuestas, se ha enamorado de una de ellas; aunque salvaje, tiene corazón como los europeos. Creo que un corazón más inflamable, por el clima.

Mas ¿cuál de las dos blancas es la preferida? ¿A cuál, á la señora de Guéran ó á mí ha ofrecido el bello Paris la manzana?

Tal es la pregunta que naturalmente se ofrece, y que divide nuestra colonia europea.

El señor de Morin, Delange y Periéres, enamorados de mí hace tiempo, como ya sabéis, desean lógicamente que el rey Mounza no sea su rival: así se apresuran con entera buena fe á retirarme del juego y á afirmar que las miradas del monarca se encaminan á la baronesa, que á ella vuelan sus suspiros.

Os veo llegar, *my darling*; me detenéis con estas palabras: «Puede uno equivocarse en la dirección de un suspiro, pero no es fácil en la de una mirada. Según vos, señora Poles; ¿cuál es el objetivo de las miradas de Mounza?»

Es la señora de Guéran, mi querida amiga, no puedo ocultarlo, y os digo la verdad; me debo sobre todo á mí misma, puesto que estas notas sin duda no os llegarán nunca y están destinadas á aligerar mi corazón.

¿Os acordáis de aquel precioso proverbio

Le Chandelier, escrito por un francés, Alfredo Musset? Le hemos leído mil veces juntas, en nuestras largas noches de invierno, ante una taza de té.

Ya adivináis adónde voy á parar. El monarca, con su notable penetración, con una delicadeza poco común entre los negros, y que debo admirar tanto más, descamina las sospechas, y para no comprometerme, se hace creer enamorado de la señora de Guéran. Es lo más natural.

Tal es la situación, querida mía: el más poderoso monarca del África central está apasionado de nuestra mejor amiga.

Tarde ó temprano había de suceder: yo lo esperaba. Pero no podía prever que llegaría á querer retener, no á mí sola, sino también á mis compañeros, nuestra escolta y nuestros porteadores.

¿Tengo yo derecho á detener una caravana, á retardar la liberación del señor de Guéran si está acaso prisionero, á dejar más tiempo en la oscuridad ciertos puntos geográficos que nuestra caminata hacia el Sur iba sin duda á esclarecer?

No, creo que no: y puesto que soy un embarazo, un inconveniente, un peligro para todos, debo oscurecerme, sacrificarme. Iré á buscar al rey, y le diré: «Señor, debéis separar mi destino del de mis amigos; he tenido la desgracia de agradaros, mas no les hagáis responsables de mi falta; no les retengáis más tiempo en vuestros estados. Graves negocios les llaman al Sur, pero pues que no queréis

separaros de mí, ¡que se cumpla mi destino! Seré vuestra prisionera, seré vuestra esclava, llegaré un día á ser vuestra esposa, si algún pastor protestante bendice al paso por el país nuestra unión.»

«Sí, mi querida amiga, he aquí lo que le diré, y es imposible que no le convenza, que no devuelva su libertad á mis compañeros. Os oigo exclamar: «¿Y vos, mi pobre Beatrix, qué seríais entre las ochenta mujeres legítimas del rey y sus trescientas ó cuatrocientas mujeres indirectas?»

¡Oh, en cuanto á esto, no os inquietéis! Pronto las haré entrar en razón, y por lo demás, desde que me ama, el monarca las ha, si no despedido definitivamente, por lo menos desterrado de su presencia. Pronto reinaré yo sobre su corazón; tengo una noble misión que cumplir junto á este hombre, todavía algo salvaje, pero que mi amor civilizará. Se avergonzará de sus errores pasados, de su inútil serrallo, de su ociosidad y de la ignorancia en que abandona á sus súbditos: yo quiero que antes de un año sea el padre de su pueblo, que se llame Mounza el bien amado, y que funde en su reino útiles instituciones; ¡tal vez le decida á renunciar el poder absoluto para establecer un gobierno parlamentario!

«Sí, sí, me decís, lo veo, lo conozco: tenéis bastante que hacer en el reino de los Mombouttous; podéis hacer en él grandes y bellas cosas; no estará inactivo vuestro espíritu; pero, ¿qué pasto ofreceréis á vuestro corazón? Mounza os ama, lo reconozco, y todo lo afir-

ma; mas ¿llegaréis vos á amarle, vos tan delicada y tan fina, vacilante siempre que se trataba de escoger, de fijar vuestro fin? ¿Podréis jamás uniros á ese hombre excepcional, tan inculto y de costumbres opuestas á las vuestras?»

¡Basta, amiga mía, basta! Conozco la verdad de vuestras observaciones; pero voy á taparos la boca con una palabra: le amo ya.

Sí, no temo confesármelo á mí misma: la ardiente mirada de Mounza, su perfil arcáico, su desdeñosa sonrisa, me han causado impresión profunda. Su elevada posición, ¿por qué no confesarlo también? los respetos que le rodean, el culto de que es objeto, también tal vez me han ofuscado. ¿Está nuestro afecto libre nunca de vanidad? Finalmente, su gran amor me ha conmovido; ¿podía ser de otro modo?

Sed indulgente para con vuestra amiga, no la reprochéis su inconstancia, perdonadla y no la acuséis. No me habléis ahora de los señores de Morin, Periéres y Delange: uno tras otro creí amarles, pero ¡qué error, gran Dios! ¡cuán distintas las emociones que me causaban de las que hoy siento! ¡Cuan léjos todos ellos, más ó menos rubios, con ojos más ó menos azules, con sus movimientos sin majestad, de parecerse... al otro!

Aunque eran tres, no tenía sino escoger entre ellos: tal vez esto sea lo que de ellos me aleja. Sí, mi pensamiento flotaba siempre del uno al otro, estaba irresoluta, corría del uno al otro, sin poder fijarme. Si un día hubiera yo podido

decirme: «He ahí tu preferido, es superior á los demás,» todo hubiera concluído; le pertenecía ya perpétuamente y hubiera rozado á Mounza sin verlo. Pero esos señores se parecen demasiado; sus perfecciones, que todos los días puedo comprobar en ellos, me sumían en un terrible embarazo: por lo menos hoy estoy tranquila.

Cuando digo tranquila, no es del todo exacto: acabo de enviar á Mounza una carta alocución, mas ¿como repetirle de viva voz lo que sólo para vos escribo?

Sabe algunas palabras árabes, que le enseñó Abd-es-Samate, y en cuanto á mí, gracias á mi prodigiosa facilidad, no me es ya absolutamente desconocido el dialecto de los Momboutous. Pero la turbación, la emoción que sentiré á su presencia, la que él deberá sentir ¿nos dejarán explicar claramente? Y no puedo llevar intérpretes conmigo: hay circunstancias en que un intérprete, en vez de servir, estorba.

Es preciso, indispensable, que, en interés de todos y para fijar mi suerte, hable inmediatamente al rey. ¡Ay! no sé ni cómo llegar hasta él. ¡Vamos, valor! Esta noche le veré; es preciso. Cuando todos duerman, me encaminaré al palacio. Después, sea lo que Dios quiera.

Os abandono, querida amiga, para componerme un poco: no es coquetería; estamos ya lejos de ella Mounza y yo; es deferencia á la majestad real.

XLI

Ayer escribía en el instante que Nassar vino á buscarme, la señora Poles ha hecho una de las suyas. Hasta esta mañana no he sabido lo ocurrido, y doy cuenta de ello en estas hojas sueltas, porque cuando se trata de nuestra inglesa, cuyos actos todos son demasiado excéntricos, me veo obligado á prescindir del diario de la expedición; no podría contener detalles tan personales.

Anoche, la señora Poles, arrancada por Nassar y por mí de graves peligros, estaba aún sobradamente excitada para responder á nuestras preguntas; sin decirnos palabra, se refugió en su tienda, y hoy aún no ha salido.

Me veo obligado á hacer tomar informes á nuestros intérpretes, y pronto nos ponemos al corriente de la situación: no tenemos en Europa el privilegio exclusivo de los cuentos, los chismes y los relatos: los negros saben cuanto ocurre en casa del vecino con tanta mayor facilidad, cuanto que á causa del clima, rara vez se cierran las puertas y las ventanas, dado que existan.

La morada real está aún menos garantida contra las indiscreciones: excita más el deseo,

y siempre se tienen en ella puestos los ojos. Los numerosos oficiales que la pueblan, sus servidores de todas clases, sus ociosas mujeres, charlan, comentan y sacan á plaza todas las novedades de la corte.

Pues bien, anoche, sobre las nueve, la señora Poles, en gran *toilette* hecha un ascua de oro, pero completamente velada, como una parisense que va de cita; la señora Poles, escapándose de nuestro campamento, se encaminó á palacio, logró penetrar en su recinto é hizo pedir al rey una entrevista secreta.

Tal vez Mounza empezó por sentir una decepción cuando la vió entrar en la sala, donde tendido sobre esterillas, fumaba su larga pipa: le habían dicho que una mujer blanca deseaba hablarle, y pudo creer por un instante que no se trataba de la señora Poles.

Al presentársele, seca, angulosa, á este oriental tan inmediato vecino de los pueblos que, por amor á la obesidad, ceban á sus mujeres como á reses, debió recibir el rey una primera conmoción desagrarable. Al extender sus largos brazos para apartarse el velo, como diciendo á Mounza: «Contempla y admira,» el desgraciado, que dos minutos antes creía que iba á ver otro semblante, se sintió dominado por una sorda ira.

Entonces ella no temió sentarse familiarmente á su lado y hablarle larga, tiernamente con los ojos bajos, con lánguidos ademanes, con púdico gesto. ¿Qué le dijo? Nadie ha logrado saberlo; pero lo acontecido después basta para suponerlo.

Mounza, llegado sin duda al paroxismo de la irritación y de la cólera, se levantó de pronto, llamó á palmadas sus oficiales de servicio, prontos siempre á su socorro, y cuando acudieron les dijo algunas palabras en voz baja. Diez minutos después, todas las esposas reales entraban como un torrente en la sala en que le señora Poles, conmovida, turbada, palpitante, esperaba ver á Mounza caer á sus pies de un momento á otro.

No bien estuvieron reunidas todas sus mujeres, el rey les dijo señalando á la señora Poles: «Esta mujer blanca pretende vivir aquí, en mi palacio y reemplazaros á todas; haced de ella lo que queráis; os la entrego.»

En seguida desapareció, dejando á nuestra inglesa entre las ochenta esposas reales.

Puede fácilmente colegirse la subsiguiente escena: las mujeres se miran, vacilantes, indecisas, trastornadas. ¡Si no fuera el amo quien lo dice, no podían creer lo que oyen! ¡Pues qué, aquella rara criatura, de quien el harém se ocupa desde el día de la presentación, pretende sola reemplazarlas á todas, suplantárlas, acaparar á su querido Mounza, su ídolo, su dios!

Poco á poco, las cabezas se exaltan, las miradas centellean, las ochenta bocas se abren y toda clase de injurias, de invectivas terribles caen como granizo sobre nuestra pobre inglesa.

No sabe ella cómo contestar, su serenidad la abandona, sus dientes se enclavijan, sus labios se cierran. Consérvase erguida, inmó-

vil: parece que es la estatua de la Resignación y del dolor.

A las injurias suceden los ademanes: excitándose, exaltándose una á otras, tomando las más tímidas ejemplo de las más audaces, volviéndose rabiosas las más tranquilas, aquellas ochenta furias caen sobre la señora Poles con ánimo de despedazarla.

El peligro la devuelve algo de su sangre fría y de su valor, únicos que la salvan del completo ridículo: saca su inseparable revólver y amenazando á las más próximas, logra tomar la puerta y echar á correr.

Las mujeres la persiguen aullando, pero todas ellas, criadas en el harém, bien alimentadas, pesadas por la ociosidad, no podían luchar contra las largas piernas y los anchos pies de nuestra inglesa: no la hubieran alcanzado nunca si, al terminar su carrera, hubiese podido penetrar en nuestro campamento.

¡Ay! nuestra única puerta estaba cerrada; la señora Beatrix se encontró pronto, como un ciervo acorralado, cogida contra la empalizada y obligada á hacer frente á la jauría de mujeres que la alcanzaba.

No obstante su actitud y su revólver, hubiera sido sin duda derribada, despedazada, tal vez comida, si no me hubiese avisado Nasar para abrir la puerta, salvar á nuestra compañera y dispersar las furias contra ella desencadenadas.

Cuando nos fué conocida en sus detalles la escapatoria de la señora Poles, la señora de Guéran, Delange y yo no pudimos contener la

risa; de Morin, en lugar de participar de nuestra alegría, nos declaró que, en virtud de los poderes que le habíamos conferido, iba á echar una peluca á la dama de compañía, prohibiéndola para en adelante todo paso que no hubiéramos nosotros autorizado.

—¡Dejadla tranquila!— exclamó Delange; bastante castigada está su inconveniencia, sin que la humille aún más vuestro sermón.

—¡Su inconveniencia!— respondió de Morin:— ¡cómo os equivocáis, si creéis que la conoce! Atribuye la conducta de Mounza á cualquier otro motivo que á desprecio; está persuadida de que no la comprendió bastante, y que se hubiera arrojado á sus pies si se hubiese explicado mejor. No la conocéis tanto como yo; reconozco todas sus buenas cualidades, mas en lo que respecta á la fatuidad femenina, es el más acabado tipo que podamos estudiar. De clara inteligencia, sensata, ilustrada, mientras sus ridículas pretensiones no asoman la cabeza, pierde la suya en el contrario caso.

—Tenéis razón, amigo mío— dije yo,— y haréis bien, lo reconozco, en evitar sus excen- tricidades; mas como esta última no es grave, si en vuestro lugar estuviere...

De Morin me interrumpió:

—No comprendo, querido Periéres, cómo podéis decir eso. El accentecimiento de anoche ha de tener, estad seguro, grave influencia en nuestro porvenir. La señora Poles, con todas sus ridiculeces y manías, no deja por ello de ser una mujer blanca de nuestra caravana; la conducta de Mounza y de sus mujeres no la

alcanza á ella sola; nos llega á todos, amenguando nuestro prestigio. Hoy es ya un hecho entre los Mombouttous que se nos puede insultar, amenazar, intentarnos una mala pasada; ayer, á los ojos del pueblo, éramos seres privilegiados rodeados de cierta aureola, hoy somos como todo el mundo.

—Es exacto—murmuré,— me admira que no se me ocurriese.

—Si fuera sólo eso—añadió de Morin,— aún me consolaría; sabríamos hacernos respetar. Pero la escapatoria en cuestión temo que nos cause otro compromiso terrible.

—No comprendo—dijo la señora de Guéran;— dignaos explicaros.

—Es muy sencillo—añadió de Morin:— vos, señora, érais para Mounza, sobre todo por vuestra condición de blanca, un ser excepcional que se atrevía á amar; no podemos ¡ay! dudarle, pero que amaba de lejos, sin atreverse á manifestarlo. La extraña y ridícula declaración que vuestra dama de compañía parece haberle hecho, ha disminuído sin duda la distancia que en su ánimo le separaba de vos. No tenía aspiraciones, no osaba concebir esperanzas; os ocultabais á sus miradas entre una especie de celeste nube, estabais vestida de luz y colocada á una altura que él creía inaccesible. La señora Poles le ha enseñado por desdicha que las mujeres blancas saben descender de sus cumbres, bajar hasta los reyes negros, y que él puede, si se le antoja, tratarlas, no como diosas, sino como simples mortales. Admiraríame, pues, mucho, que su

reserva, salvaguardia nuestra, no se disipe bien pronto.

25 *Junio*.— De Morin tenía razón: el rey que, durante dos días, no ha dado muestras de existir ni nos ha visitado, probablemente á fin de madurar sus proyectos y reflexionar, acaba de enviarnos su correo, embajador ó maestro de ceremonias, como se le quiera llamar. Este funcionario, para dar sin duda mayor importancia á su misión, llega rodeado de numerosa escolta de oficiales, soldados y músicos.

Advertidos por el estruendo, ganosos de saber de lo que se trata, y no libres de inquietud, salimos de nuestras chozas, formamos nuestros soldados, y recibimos con la solemnidad posible tan lucida embajada.

El enviado adelanta, habla, Nassar nos traduce, y venimos en conocimiento de que el soberano de los Mombouttous pide nuestra hermana en matrimonio.

XLII

Estamos aterrados: la petición es evidentemente ridícula, pero hecha por Mounza, cuyo carácter conocemos, es también terrible.

¿Cómo declinar el honor que cree hacernos

sin herir profundamente su orgullo de hombre y de soberano?

Si para ganar tiempo, respondemos que su oferta no puede aceptarse sin examen, alimentamos sus esperanzas y nuestra situación no aumenta sino en peligros. De Morin sostiene que debemos, por el contrario, mostrarnos escandalizados, sin por ello disgustar la vanidad del rey; aceptamos la idea y enviamos á decir á Mounza que injuria á nuestra hermana al proponerla compartir la suerte de sus numerosas mujeres.

¿Qué impresión causarán estas palabras en el ánimo real?

No es hombre que se dé por satisfecho y desista; nos enviará otro mensaje y le aguardamos inquietísimos.

No: esta vez no habla, obra.

Una docena de soldados llevando sendos é inmensos tambores, que ya he descrito, y que sirven en toda el Africa para anunciar al pueblo los decretos de sus jefes, salen del palacio y se reparten por todos lados.

Uno empieza el pregón frente á nuestro campamento.

Los Mombouttous le rodean, le escuchan y estallan en gritos de alegría.

Nassar, que se unió al concurso, viene corriendo á avisarnos que el rey invita al pueblo á penetrar en palacio, donde va á hacersele una gran distribución de mujeres.

Así nos contesta Mounza; se desembaraza de un golpe de todo su harém, regalándole á sus súbditos, para podernos decir á seguida: «Ya

no tengo ni una mujer; nada os impide darme vuestra hermana.»

No se puede con mayor ingenio ponernos entre la espada y la pared.

A nuestro asombro se mezcla la piedad por todas esas infelices, que de un palacio van á descender á cabañas, y de reinas á humildes ciudadanas.

¡Horror! Otra noticia aún más grave circula entre nosotros: en el lote que va á distribuir Mounza, figuran únicamente las suegras y cuñadas, las mujeres que ha heredado por las costumbres del país.

Las ochenta esposas personales que conocemos, y que después de pertenecer al rey no podrían pertenecer á sus súbditos, serán decapitadas.

Así cortan las dificultades los grandes monarcas africanos, cortando cabezas.

¿Dejaremos á Mounza dar tan manifiesta prueba de su amor por la señora de Guéran? ¿Realizar el sangriento sacrificio que proyecta? ¿Entregarse á esa horrible hecatombe?

No pensamos en tal cosa. Todo nos obliga á salvar á esas desdichadas, que una palabra nuestra, una frase inconsiderada, ha condenado á muerte.

Pero ¿qué diremos al rey? Si le pedimos que perdone á sus mujeres, no dejará de contestarnos con su lógica habitual: «¿No espanta su número á vuestra hermana? ¿Consiente en habitar mi harém?» Esa será sin duda su observación. Mas si mata á sus mujeres, ¿no podrá decir también: «Ha desaparecido el obstáculo

que os impedía aceptar mi petición, escuchadla ahora?»

No lograremos salvar la dificultad, y mientras discutimos, tal vez empieza el exterminio. ¡Vamos pues; en marcha! ¡no nos retrasemos más! Veinte de nuestros soldados, escogidos por Nassar, reciben orden de acompañarnos. Delange y yo tomamos nuestras mejores pistolas, nuestras más seguras carabinas; el único que apenas se arma es de Morin. Al manifestarle nuestra extrañeza por ello, nos contesta con fuego:

—Todo lo que había previsto ocurre. Grave es nuestra situación, pero creo poder salvarnos. No me preguntéis, no me interroguéis; no tengo tiempo de contestaros. Dadme plenos poderes, y sacaré partido de la estúpida pasión de Mounza. Antes de tres días abandonaréis este país y marcháis al Sur, disponiendo para el último tercio de vuestro viaje de recursos que jamás imaginasteis.

¿Qué quiere decir? ¿Qué significa esa tranquilidad? ¿Qué idea se le habrá ocurrido de pronto?

Mientras Delange y yo nos miramos asombrados, la señora de Guéran, resuelta siempre ante el peligro, y de resolución rápida, se adelanta hacia de Morin y le dice tendiéndole la mano:

—Obrad. Yo os lo apruebo de antemano; y si os equivocáis, jamás de mis labios brotará un reproche.

—Bueno —respondió de Morin;— gracias, señora.

Después, volviéndose á nosotros:

—¿Ratificáis— nos pregunta— las palabras de la señora de Guéran.

—¡Pardiez!— le digo.— ¿Podéis dudarlo, amigo mío?

—Tenéis una idea, y nosotros no tenemos ninguna—dice á su vez Delange;—no podemos, pues, preferir nuestra opinión á la vuestra; y os doy carta blanca, amigo mío.

—¡Adelante!—dice de Morin.

Salimos á caballo al galope; nuestra escolta nos siguió. La señora de Guéran quedó en el campamento, custodiada por los intérpretes árabes y el resto de los soldados. La señora Poles, con el amor propio herido, diga lo que quiera de Morin, con el corazón aún dolorido, sigue refugiada en su tienda: no ha podido ocurrirsele correr en socorro de las ochenta rivales que tres días antes se la querían comer.

Cinco minutos nos bastan para llegar al palacio, ningún soldado nos detiene: saben que somos amigos del rey, y además nuestra carrera es impetuosísima.

Ante la morada real echamos pie á tierra, y pedimos hablar al soberano. Da orden inmediata de introducirnos en el salon que ocupa y sale obsequiosamente á recibirnos.

—¿Consienten, pues, al fin los blancos— dice sonriendo—en venir á visitarme?

—Sí— responde de Morin— tenemos que darte un mensaje de nuestra hermana: ¿quieres escucharnos?

—Te escucho.

—Nos han dicho que querías darla una

prueba de tu cariño, sacrificando tu harém. ¿Es cierto?

—Sí, cierto es— responde el rey.— Trescientas mujeres han salido ya del palacio, y no volverán á él. Las restantes— continuó tranquilamente— las he condenado á muerte.

—¿Cuándo morirán?

—Dentro de una hora: están preparándose los ejecutores.

Empezamos á respirar: llegábamos á tiempo.

El rey coge de la mano á nuestro amigo y le lleva á una sala inmediata; nosotros les seguimos.

En un rincón, sobre una especie de aparador, relucen grandes platos de cobre, el lujo de los Mombouttous. Mounza nos les enseña, y nos dice, sin perder un instante su calma:

—Esta tarde cada uno de ellos contendrá una cabeza, y se las enviaré á la Sultana, vuestra hermana, para que por sí misma vea que no me queda esposa alguna.

No pueden hacerse las cosas más galantemente, ni ejecutarlas, ó mejor dicho, ejecutar á los demás más graciosamente.

Por dicha para las ex-reinas, somos nosotros insensibles á tanta amabilidad, y estamos decididos á sustraernos de ella.

—Nuestra hermana— insiste de Morin— nos encarga pedirte que perdones la vida á tus mujeres.

—¿Pues no está celosa de ellas?— exclama el monarca palideciendo.

De Morin, que parece leer en el corazón de Mounza, se apresura á contestar:

—Está celosa de tu harém, pero no de esas desdichadas; que no te pertenezcan y con eso le basta.

Vuelve la sonrisa al rostro del rey; pero hace observar á nuestro intérprete que no tiene otro medio de desembarazarse de ellas, porque la ley prohíbe que las esposas del rey reinante pasen á ser propiedad de un súbdito Mombouttou.

—¡De un súbdito, bien!—responde de Morin con viveza;—pero nosotros no somos súbditos tuyos.

—¿Y qué?—pregunta sorprendido Mounza:—¿queréis que os dé mis mujeres?

—Queremos que se las des á nuestra hermana por esclavas.

—¡Ah!—exclama el rey, que parece encantado.—¡Quiere sin duda hacerlas sufrir por vengarse de ellas!

—¡Tal vez!—contesta tranquilamente de Morin.

Confieso que ni Delange ni yo comprendíamos en este instante adónde iba á parar. Parecenos que compromete demasiado á la señora de Guéran, y que la somete á Mounza más de lo conveniente; mas hemos dado plenos poderes á nuestro amigo, y es preciso dejarle hacer.

El monarca africano, después de reflexionar un instante, dijo á de Morin:

—¡Seal No morirán mis mujeres; se las doy á tu hermana. Hará de ellas lo que quieras, y yo quemaré todas sus casas: no tendré más harém. ¿Es eso lo que quería, verdad?

—Completamente—dice nuestro amigo.

Después espera que á su vez Mounza manifieste sus deseos ó sus voluntades.

El rey vacila: aquel déspota, aquel tirano cruel se vuelve un niño cuando se trata de su amor. Por último, se decide á hablar:

—¿Cuándo se dignará vuestra hermana—pregunta—venir á reemplazar en mi palacio las que acabo de regalarla?

—En cuanto obtenga el consentimiento de nuestro padre—responde sin vacilar de Morin.

Por esta vez cruzamos desesperadas miradas Delange y yo. Nuestro querido compañero pierde evidentemente la cabeza.

Mounza manifiesta el mismo asombro que nosotros, pero mezclado de ira.

—Vuestro padre no viene con vosotros—dice,—y mal podría darme su hija.

—Entonces no puede casarse contigo nuestra hermana—añade de Morin.—Ha de respetar las costumbres de nuestra tierra. Además, que este trámite se usa también en todos los pueblos que hemos atravesado para llegar hasta aquí. ¿No se está obligado siempre á dirigirse al padre para obtener la hija?

—¿Cómo quieres que yo me dirija al tuyo?—exclama furioso Mounza:—está lejos, muy lejos, en tu país, y yo no puedo ir.

—Si estuviera tan lejos como dices—repliqué de Morin, siempre sereno,—no te hablaría de él. Mas nuestro padre no está hace tiempo en nuestro país, sino que habita un Estado próximo al tuyo por el Sur, donde está prisionero.

Mounza miró atentamente á de Morin, procurando leer en sus ojos la verdad; Delange y yo respiramos; empezamos á adivinar el intento de nuestro amigo. Según ha ido diciendo, quiere sacar partido sin duda en el común provecho del amor del monarca africano; intenta que nos ayude Mounza á encontrar al señor de Guéran, y en lugar de presentarle como marido de nuestra compañera, lo que sería peligroso para ella y para nosotros, le hace pasar por su padre.

XLIII

Después de contemplar largo rato á de Morin, le dice el rey de pronto:

—¿Por qué solamente hoy me hablas de tu padre? ¿Por qué no me has dicho antes el objeto de tu viaje?

—Bien he querido decírtelo hace tiempo— responde nuestro amigo;—¿no te pedimos una audiencia secreta? Nos la concediste, y al día siguiente se presentó nuestra hermana con nosotros; si nos hubieses recibido, te lo hubiéramos dicho.

—Pero me habéis visto después á menudo, y pudisteis hablar.

—Nos habías ofendido; ya no eras nuestro

amigo. Secretos tan importantes sólo se confían á un amigo. Si hoy hablo, es que te he perdonado desde que has pedido la mano de nuestra hermana.

Mounza no supo qué contestar; mas parecía aún inquieto, y acabó por explicarse:

—¿Cómo puede tu padre residir al Sur de mis estados? ¿De dónde vino?

—Del mismo país que nosotros y siguiendo el mismo camino.

—¿Entonces, para llegar al Sur atravesaría mi reino?

—Le atravesó.

—¡Imposible! Habría venido á mi palacio, porque yo recibo aquí á todos los extranjeros.

—El recordó que impediste á Schweinfurth seguir su camino, y en vez de detenerse en tus estados, se encaminó á las provincias gobernadas por tu hermano Degberra.

—¿Le habrá conocido Degberra?

—Sin duda—contesta de Morin con atrevimiento:—Degberra ó sus súbditos. Puedes enviar correos á tu hermano, y pronto sabrás si te digo la verdad. Por otra parte, interroga á este hombre que nos sirve de intérprete y que reconociste por haberle visto con Schweinfurth; él te declarará que, dejado por Abd-es-Samate, tu amigo, en una zeriba situada al Sudeste, dió hospitalidad á nuestro padre.

Mounza habla unos momentos con Nassar, y después, volviéndose á nosotros, nos pregunta:

—¿Queréis ir junto á Degberra?

—Sí, primeramente—responde de Morin;—

Mounza miró atentamente á de Morin, procurando leer en sus ojos la verdad; Delange y yo respiramos; empezamos á adivinar el intento de nuestro amigo. Según ha ido diciendo, quiere sacar partido sin duda en el común provecho del amor del monarca africano; intenta que nos ayude Mounza á encontrar al señor de Guéran, y en lugar de presentarle como marido de nuestra compañera, lo que sería peligroso para ella y para nosotros, le hace pasar por su padre.

XLIII

Después de contemplar largo rato á de Morin, le dice el rey de pronto:

—¿Por qué solamente hoy me hablas de tu padre? ¿Por qué no me has dicho antes el objeto de tu viaje?

—Bien he querido decírtelo hace tiempo— responde nuestro amigo;—¿no te pedimos una audiencia secreta? Nos la concediste, y al día siguiente se presentó nuestra hermana con nosotros; si nos hubieses recibido, te lo hubiéramos dicho.

—Pero me habéis visto después á menudo, y pudisteis hablar.

—Nos habías ofendido; ya no eras nuestro

amigo. Secretos tan importantes sólo se confían á un amigo. Si hoy hablo, es que te he perdonado desde que has pedido la mano de nuestra hermana.

Mounza no supo qué contestar; mas parecía aún inquieto, y acabó por explicarse:

—¿Cómo puede tu padre residir al Sur de mis estados? ¿De dónde vino?

—Del mismo país que nosotros y siguiendo el mismo camino.

—¿Entonces, para llegar al Sur atravesaría mi reino?

—Le atravesó.

—¡Imposible! Habría venido á mi palacio, porque yo recibo aquí á todos los extranjeros.

—El recordó que impediste á Schweinfurth seguir su camino, y en vez de detenerse en tus estados, se encaminó á las provincias gobernadas por tu hermano Degberra.

—¿Le habrá conocido Degberra?

—Sin duda—contesta de Morin con atrevimiento:—Degberra ó sus súbditos. Puedes enviar correos á tu hermano, y pronto sabrás si te digo la verdad. Por otra parte, interroga á este hombre que nos sirve de intérprete y que reconociste por haberle visto con Schweinfurth; él te declarará que, dejado por Abd-es-Samate, tu amigo, en una zeriba situada al Sudeste, dió hospitalidad á nuestro padre.

Mounza habla unos momentos con Nassar, y después, volviéndose á nosotros, nos pregunta:

—¿Queréis ir junto á Degberra?

—Sí, primeramente—responde de Morin;—

más lejos luego, si como suponemos nuestro padre está más al Sur.

—¿Y os seguirá la Sultana?

—Sin duda. No puede separarse de nosotros nuestra hermana mientras no se case.

—¿Y crees tú que la dejaré marchar así?— exclamó el rey.

—¿Por qué no?

—¡Porque no volvería!

—Tú puedes obligarla á volver.

—¿De qué modo, si no está ya en mis estados?

—En tus estados estará siempre si tú la acompañas con tu poderoso ejército.

—¿Qué! ¿Quieres?...—exclama Mounza, cuyos ojos brillan.

—Nada quiero—interrumpe de Morin;—te indico solamente el medio de no separarte de nosotros, de llegar adonde está nuestro padre, y pedirle su hija. Si no te crees bastante poderoso, ó lo bastante bravo para penetrar en el Sur, déjanos seguir nuestro camino: los blancos nada temen, son valientes y son fuertes. He aquí lo que tenía que decirte, en nombre nuestro y en el de nuestra hermana. Decídete.

Volvemos á nuestro campamento á esperar tu visita ó la de tus embajadores; acuérdate, que tus mujeres pertenecen ya á nuestra hermana. Ya no tienes derecho á disponer de ellas: se las has dado, y un gran rey como tú no falta á su palabra.

Dejamos á Mounza entregado á sus reflexiones, nos unimos á nuestra escolta, y poco

después entrábamos en nuestro campamento. Reunidos, y pasada la primer sorpresa, examinamos friamente el plan de de Morin, debiendo reconocer que, si bien era de difícil realización, si bien podía sumirnos en conflictos terribles, ofrecía en cambio grandes ventajas.

Había también que hacer justicia á nuestro amigo, de que no tenía donde escoger, toda vez que aun por la mañana nos hallábamos en una situación difícilísima.

Era evidente desde días antes, y cada uno de nosotros lo pensaba sin osar confesarlo en voz alta, que el rey de los Mombouttous no había de dejarnos nunca, ni seguir al Sur, ni volver al Norte.

Su pasión por la señora de Guéran nos constituía sus prisioneros: la persuasión, las súplicas, ninguna influencia podían tener sobre su ánimo; si pretendíamos nuestra libertad, habríamos de emplear la fuerza.

Entonces nos contábamos: nos quedaban treinta soldados, y no más veinte de nuestros porteadores nos inspiraban confianza suficiente para armarles.

Sumándonos con Nassár y los intérpretes, llegaríamos á ser unos cincuenta y cinco hombres, bien armados, es cierto; capaces de resistir largo tiempo contra millares de negros; pero después de haber hecho una inmensa carnicería, después de haber hecho morder el polvo, gracias al alcance de nuestras armas, á los primeros enemigos, ¿no se levantarían otros más numerosos y sin cesar

renacientes, contra nosotros, al llamamiento de su rey?

Rendidos, sin municiones, sin esperanzas, disgustados de verter tanta sangre, ¿no acabaríamos por renunciar á tan estéril lucha, ó por sucumbir al número? Mil veces se ha visto á un puñado de Europeos afrontar toda una tribu africana, pero no se podrían defender largo tiempo de una verdadera nación, mandada por un rey resuelto, animoso y personalmente interesado en el triunfo.

Triunfamos, no obstante, de todos los obstáculos; una bala nos libra de Mounza; sus soldados huyen; el camino está libre; pero ¿y después? ¿No se habrán debilitado más nuestras fuerzas, ya tan mezquinas, con aquella lucha suprema? ¿Encontraremos en un país enemigo, donde cada habitante tendrá alguien que vengar, recursos para seguir adelante? ¿No nos combatirá Degberra cuando pisemos su territorio, como nos combatió su hermano?

¡Sea aún! Pasamos, como tantos otros viajeros aislados pasaron, si no por este territorio, por otras peligrosas regiones; hemos conseguido nuestro objeto: ahí está el señor de Guéran prisionero de los Monyous, los Akkas, ó de ese pueblo de que nos hablan algunos Mombouttous; una nación, dicen, gobernada por una mujer, una especie de amazona. ¡Y bien! ¿Cómo sin recursos entonces, agotados, impotentes ni para defendernos, salvaremos á nuestro compatriota?

Compartiremos su cautiverio: será el único resultado que alcancemos.

¡Cuánto cambia la situación si, por el contrario, Mounza hace causa común con nosotros, llega á ser nuestro aliado y nos acompaña! Ya no somos cincuenta; somos dos mil, cinco mil, los que queramos. Nuestro puñado de hombres se convierte en un ejército, mandado por europeos, apoyado por nuestra escolta, fortalecido por nuestros fusiles. Ninguna nación africana puede resistirnos, y nada nos impedirá ganar las regiones del Este y el mar de las Indias.

¡Qué error tan grande! ¿Creéis que el rey de los Mombouttous se atreverá á dejar sus fronteras, más de una treintena de leguas, distancia inmensa para este país? ¡Treinta leguas! ¡Pero si no pedimos más! Treinta leguas al Sudeste nos bastan para alcanzar las primeras vertientes de las *Montañas azules*. Puede ya abandonarnos el ejército de Mounza; nos es absolutamente inútil. A nosotros importa ya salvar esa cordillera, á cuyo pie está el lago Alberto, y si logramos atravesarle, encontraremos caminos, si no trillados, por lo menos trazados en los mapas por Speke, Grant y Burton.

Y de Mounza ¿qué haremos? ¿Qué será de él? ¿Esperáis que os deje seguir tranquilamente vuestro camino, y que se vuelva con su ejército hacia su reino? Sois sus prisioneros, no lo olvidéis: os veréis obligados á seguirle, á volver aquí con él, y dentro de tres meses vuestra posición será la misma de hoy.

Sin duda, si no sabemos reconquistar nuestra libertad y desembarazarnos de los Mom-

bouttous. ¿Cómo podríais lograr entonces lo que osáis intentar ahora?

Porque entonces el ejército de Mounza no estará como ahora apoyado por toda una nación: en lugar de hallarse en su casa, se encontrará en territorio enemigo. Estará desanimado por la fatiga, diezmado tal vez por los combates que hayamos sostenido, debilitado en todos terrenos. Resueltos como estamos, con la absoluta necesidad de vencer, podremos combatirle con ventaja, y Dios mediante, derrotarle.

¿No os reprochará vuestra conciencia declarar la guerra á vuestros aliados, á los mismos que os habrán ayudado á vencer tantos obstáculos?

¡Nuestra conciencia! ¿Qué tiene que hacer aquí? ¿Vamos á mostrarnos sentimentales en la posición que ocupamos para con este ejército de antropófagos, con este rey negro, que hace un instante quería enviarnos en bandejas de cobre las cabezas de sus ochenta mujeres? ¿Por qué nos retiene prisioneros? ¿Por qué dificulta nuestros proyectos? ¿No nos obliga él mismo á emplear la astucia y el engaño? Es el más fuerte, nosotros los hábiles: nuestro derecho á luchar con él y vencerle, si podemos, es indiscutible.

Bajo el punto de vista de la conciencia, no somos atacables sino por un punto: ¿nos está permitido, para abrirnos camino hacia el Sur y servir nuestros personales intereses, nos es lícito arrastrar todo un ejército, dejarle sembrar á su paso, como los ejércitos africanos

todos, la ruina y la desolación? Pero aun en esto estamos libres de remordimiento: el rey de los Mombouttous hace, desde días ha, grandes preparativos de guerra; todos los años, por esta época, cuando la estación de las lluvias va de vencida, atacan á sus vecinos del Norte ó del Sur; nada cambiamos; no haremos sino mejorar la situación, volviendo la guerra, gracias á nuestra influencia sobre Mounza, menos sanguinaria y menos bárbara.

Razonado, calculado todo, adoptamos el plan de nuestro amigo. Mounza no se ha decidido aún; no sabemos si acepta lo propuesto.

Lo acepta: mirad al cielo, y podréis leer en él su respuesta.

Hacia las nueve la noche se esclarece de pronto: grandes llamaradas escalan el cielo, apagando el brillo de las estrellas. Es el harén que arde; más de trescientas cabafias de heno son presa del fuego en este instante. En pocos minutos, las moradas de todas las mujeres de Mounza habrán desaparecido hasta los cimientos.

Y mientras el pueblo se amontona, se opri-me, se ahoga para admirar el magnífico incendio; mientras que aplaude, que canta, que brinca, los tambores, las trompas de marfil, las cornetas unen su estruendo á aquel otro estruendo, y los oficiales recorren los grupos anunciando que el rey ha declarado la guerra á las naciones del Sur.

Los gritos redoblan, entonando el himno nacional: *¡Ih, ih, tchuyi, ih, Mounza!* El horizonte está rojo, el incendio en toda su fuerza,

y las ochenta mujeres de Mounza, ya sin asilo, atadas de dos en dos, y conducidas por soldados, se encaminan hacia nuestro campamento.

XLIV

El incendio de una aldea, la dispersión de trescientas suegras y cuñadas, la decapitación de ochenta esposas, no bastan á Mounza para testificar su amor; quiere también mostrarse delicado y cuidadoso.

Ha pensado que la señora de Guéran se vería embarazada para alojar su *stock* de esclavas, y se ha apresurado á enviar al campamento una nube de servidores encargados de construir un espacioso cobertizo.

La idea es encantadora y demuestra un corazón excelente: esas desdichadas, privadas de su real esposo, caídas bruscamente del pináculo de la fortuna, amenazadas de perder la vida, no podían encontrarse esta noche sin domicilio.

Por discreción no asistimos nosotros á su larga despedida; pero nos dicen que no parecían ni demasiado humilladas ni demasiado encolerizadas. Las domina el temor: se preguntan qué suplicios, qué tormentos las prepara

la mujer blanca á quien se las entrega. Tal vez temen ser comidas, una tras otra, por su nueva ama. Pueden estar tranquilas; la señora de Guéran no lleva sus celos hasta ese límite.

No obstante el aire abatido de las esposas de Mounza, no nos atrevemos á confiar demasiado en su resignación: son peligroso vecino cien mujeres humilladas, sacrificadas y sedientas de venganza. En Oriente, y sobre todo en Africa, aconseja la prudencia tomar en cuenta los venenos que las sultanas cesantes no temen mezclar á los alimentos de sus sustitutas. Así es que nos proponemos mantener á distancia las esposas ex-reales, y mantener entre ellas cierta disciplina. Delange, encargado hace tiempo de la superintendencia de todos los servidores de cualquier sexo, se ocupa de sus funciones cerca de las recién llegadas, pero viéndole pasearse por el cobertizo entre todas aquellas bellezas despedidas, en camino ya de consolarse, antes se le tomaría por un sultán en su harém que por un doctor segundo jefe de caravana.

Este Delange se encuentra todas las dichas: parece que viajamos únicamente por divertirlo. ¡Cuando recuerdo que de Morin ha necesitado ganarle cien mil francos para decidirle á seguirnos! Hace una caminata pintoresca, sin grandes cuidados, sin responsabilidad, con amigos prontos á servirle, y siempre rodeado de mujeres bonitas: bayaderas en el mar Rojo, almeas en Khartum, Sudaninas por el camino, y hoy la aristocracia, la crema de las damas

Mombouttas, un batallón de mujeres escogidas. Y aún, aún, el porvenir le ofrece criaturas más bellas, algo como lo que apellida la Venus negra; en verdad que ha hallado sobre la tierra su paraíso... de Mahoma.

Mas para Delange, un paraíso, por bien adornado que se encuentre, no es verdadero edén, si no puede en él echar de tiempo en tiempo su partidita de *piquet*, de *l'ecarté* ó de *bacarat*; de tal modo, que apenas ha paseado su serrallo, revistado sus ochenta nuevas mujeres, se le ocurre una idea: no ha jugado en todo el día, y como perdió la víspera, dispone de su adversario, según tratos.

De Morin, echado delante de mi choza, hablaba conmigo, mientras seguíamos distraída-mente los últimos resplandores del incendio.

—Sintiendo incomodaros, querido amigo—le dice Delange al acercarse:—me debéis la revancha de ayer.

—Querido doctor—responde de Morin, que al ver venir su constante adversario esperaba la introducción:—me permitiréis os haga observar que hace tiempo no cesáis de tomar esa revancha. Os habéis desquitado en más de sesenta mil francos á todos los juegos conocidos en Europa y en Africa. No sé si la medicina, la botánica, la geografía, ó cualquier ciencia, utilizarán algo de nuestro viaje; pero afirmo que á nuestro regreso podréis escribir en París un libro curiosísimo sobre los juegos africanos.

Tenéis un maravilloso olfato para descubrirles y una pasmosa facilidad para comprender-

les; han llegado los negros á desconfiar de vos y os rehusan hacer partida, porque dicen: «El blanco es demasiado hábil, nos ganaría hasta la camisa...» perdón por la palabra, desconocida en este país tanto como su significado, pero adecuada al pensamiento de nuestros adversarios. En suma, si hubiese un Jockey-Club en todas las naciones del Africa, y os presentarais candidato, estad seguro de que os negaban el ingreso.

—¿Acabásteis vuestro discurso, querido de Morin?—preguntó Delange.

—Sí, querido doctor. ¿Tenéis vos alguno en reserva? Sería para mí un encanto, y os rogaria que os sentarais aquí con nosotros, sobre esta caja vacía, antigua depositaria de nuestro vino de Burdeos. Mil perdones por no ofrecer os un cigarro: los últimos volaron con las demás provisiones; pero si este horrible tabaco negro no os disgusta, tomad cuanto gustéis, el rey de los Mombouttous es quien nos le ofrece.

—Amigo mio—replicó Delange, cuando de Morin le quiso ceder la palabra:—no me sentaré en esa caja, porque tiene clavos que me han arrancado ya un jirón de mi pantalón gris-perla. Los sastres escasean en esta comarca, y me permitiréis ahorrar mis últimos trajes. Huyen de mí cobardemente, no obstante el afecto que les demuestro, y presiento el día en que me vestiré de hojas como la señora Poles. En cuanto á fumar una pipa, no tengo tiempo: son las once de la noche y no nos quedan más que sesenta minutos escasos para poder

jugar nuestra cotidiana y siempre obligatoria partida.

—¡Ah! ¿Volvéis á las andadas? ¿Luego no os han convencido mis razones?

—Al contrario, querido; me han convencido de que debo jugar sin tregua, puesto que estoy de vena.

—¡Cuidado! Ayer perdisteis.

—Precisamente eso es lo que me autoriza, según nuestro convenio, para exigiros que os levantéis y me sigáis inmediatamente.

—¡Seguiros! ¡Y adónde, Dios mío!

—A la habitación de las reales esposas.

—Están ardiendo, mirad; aún es muy bonito el espectáculo.

—No hablo de esa destruida aldea, convertida en un horno inmenso; bastante calor tenemos sin ir en busca de braseros. Hablo del nuevo cobertizo donde nos esperan esas señoras.

—¡Pues qué! ¿No duermen?

—¡Cómo hablan de dormir—responde Delange—cuando les he hecho esperar mi visita!

De Morin había acabado su pipa, y fiel siempre á su palabra, resignado siempre, siguió á Delange; yo le imité, agradándome presenciar el juego, curioso por el centro en que iba á verificarse.

Las damas Mombouttas, como anunció el doctor, no se habían dormido: al acercarnos á su cobertizo, oímos un rumor sordo, un zumbido, un intenso murmullo; se quejaban sin duda entre sí de su real esposo, reprochando el haberlas tratado con suma ligereza.

—¡Y que tengamos ahora esclavas!—decía de Morin aproximándose.

—Delange es quien las tiene, querido: el doctor se ha vuelto tratante, un feroz negrero. A la vuelta hemos de entregarle á las autoridades egipcias.

—¿Vais á llevar hacia el Sur todas estas señoras?—preguntaba de Morin.

—Aún no lo sé, y debierais aconsejarme sobre este punto,—contestó el doctor.—Sería embarazoso hacernos escoltar por este rebaño femenino; pero también Mounza podría reprocharnos si desdeñamos su regalo.

—Amigo mío—observé yo,—el rey está persuadido de que después de un paseito extra fronteras, nos volverá á traer á sus estados. Le parecerá por tanto natural que dejemos á todas estas señoras aquí, en nuestro campamento. Parecerá que cuidan de la casa esperándonos.

—Y se dejarán cuidar—añade de Morin riéndose,—por los súbditos de Mounza. Temo que no tenga gran influencia en ellas el recuerdo de sus pasadas grandezas.

Llegábamos ante el cobertizo: bocanadas de aire caliente salieron á nuestro encuentro, mientras el fuego en innumerables miradas, como otros tantos rayos luminosos, convergían en nosotros. No obstante y á pesar de su número, todos aquellos faros en miniatura no tenían poder para iluminar una noche sin luna.

—¿Cómo entramos en este hormiguero?—preguntó de Morin.—Corremos el riesgo de

abismarnos en él, y lo que es la partida reclamada, la veo imposible: nunca podremos ver los naipes.

—Tranquilizáos—replicó el doctor.—En todo estoy, y tendréis claridad suficiente, os lo aseguro.

Y hablando, hablando, parecía rebuscar en sus bolsillos.

—¿Tenéis aún bujías?—exclamé.—yo creía que habíais dado ayer el último paquete á la señora de Guéran.

—Tengo algo mejor—murmuró Delange.

Encontró lo que buscaba, se retiró algunos pasos, se bajó, encendió un fósforo y prendió unos cuantos fuegos artificiales que, según el consejo de nuestros predecesores y para entretenimiento de los negros, habíamos unido á nuestra provisión de cartuchos y de pólvora. El doctor escogió las luces de bengala: en vez de deslumbrarnos un instante, para apagarse en seguida, como hacen los cohetes, aquellas llamas debían lucir largo rato, prestándonos sus variados colores; reemplazaba las arañas con lamparillas.

A pesar de la dulzura de esta iluminación de nueva especie, aquellas mujeres, aterradas aún con el recuerdo del incendio de que habían sido víctimas, se echaron á temblar. Sin embargo, pronto sucedió la admiración al espanto: aquellas llamas verdes y azules que, colocadas frente á ellas y alumbrándolas de tan pintoresco modo, las sumían en éxtasis. En vez de huir, como hicieron al principio, avanzaron poco á poco, se colocaron en fila, se po-

nian frente á la llama, y luego se volvían para juzgar del efecto sobre su dorso.

En tanto, el organizador de la fiesta colocaba en el centro del cobertizo tres banquillos: el primero para de Morin, el segundo para él y el tercero para servir de mesa. Terminados estos preparativos, invitó á su adversario á tomar asiento, y colocando tres barajas sobre la mesa, declaró, según su derecho, que iban á jugar á la béciga común de mil quinientos tantos.

XLV

Empezó la partida. Las mujeres, ocupadas exclusivamente al principio por las luces de bengala que, gracias á las hábiles disposiciones del doctor se sucedían sin cesar, volviéronse una tras otra, se aproximaron á los jugadores, y pasando de un éxtasis á otro, contemplaron el nuevo espectáculo que las ofrecíamos. Tal vez su admiración no fué exclusiva, y creyeron poder repartirla entre los naipes, que por primera vez veían, y los dos jóvenes que ya habían herido su imaginación.

El señor de Morin tampoco se consagraba por entero á su juego, sino que paseaba de cuando en cuando su mirada sobre todos

abismarnos en él, y lo que es la partida reclamada, la veo imposible: nunca podremos ver los naipes.

—Tranquilizáos—replicó el doctor.—En todo estoy, y tendréis claridad suficiente, os lo aseguro.

Y hablando, hablando, parecía rebuscar en sus bolsillos.

—¿Tenéis aún bujías?—exclamé.—yo creía que habíais dado ayer el último paquete á la señora de Guéran.

—Tengo algo mejor—murmuró Delange.

Encontró lo que buscaba, se retiró algunos pasos, se bajó, encendió un fósforo y prendió unos cuantos fuegos artificiales que, según el consejo de nuestros predecesores y para entretenimiento de los negros, habíamos unido á nuestra provisión de cartuchos y de pólvora. El doctor escogió las luces de bengala: en vez de deslumbrarnos un instante, para apagarse en seguida, como hacen los cohetes, aquellas llamas debían lucir largo rato, prestándonos sus variados colores; reemplazaba las arañas con lamparillas.

A pesar de la dulzura de esta iluminación de nueva especie, aquellas mujeres, aterradas aún con el recuerdo del incendio de que habían sido víctimas, se echaron á temblar. Sin embargo, pronto sucedió la admiración al espanto: aquellas llamas verdes y azules que, colocadas frente á ellas y alumbrándolas de tan pintoresco modo, las sumían en éxtasis. En vez de huir, como hicieron al principio, avanzaron poco á poco, se colocaron en fila, se po-

nian frente á la llama, y luego se volvían para juzgar del efecto sobre su dorso.

En tanto, el organizador de la fiesta colocaba en el centro del cobertizo tres banquillos: el primero para de Morin, el segundo para él y el tercero para servir de mesa. Terminados estos preparativos, invitó á su adversario á tomar asiento, y colocando tres barajas sobre la mesa, declaró, según su derecho, que iban á jugar á la béciga común de mil quinientos tantos.

XLV

Empezó la partida. Las mujeres, ocupadas exclusivamente al principio por las luces de bengala que, gracias á las hábiles disposiciones del doctor se sucedían sin cesar, volviéronse una tras otra, se aproximaron á los jugadores, y pasando de un éxtasis á otro, contemplaron el nuevo espectáculo que las ofrecíamos. Tal vez su admiración no fué exclusiva, y creyeron poder repartirla entre los naipes, que por primera vez veían, y los dos jóvenes que ya habían herido su imaginación.

El señor de Morin tampoco se consagraba por entero á su juego, sino que paseaba de cuando en cuando su mirada sobre todos

aquellos cuerpos tan raramente alumbrados y que se le presentaban de frente, de espaldas ó de costado. Ninguna era bonita; pero sí jóvenes, de variadas forinas y á veces correctas: las imperfecciones se perdían en el conjunto, y la totalidad nada dejaba que desear.

—Sois un perfecto director de escena—decía de Morin á Delange, barajando.

—¿Verdad, amigo querido? Por tanto, vais á perder.

—Lo creo, pero ¿por qué decís *por tanto*? ¿Tiene algo que ver la escena con mi juego?

—No en vuestro juego, pero sí en vuestra manera de jugar: el espectáculo que os ofrezco ha de procuraros numerosas distracciones, y caer en faltas con que cuento.

—¿De veras?—contestó de Morin riéndose.—¿Y no os distraeréis vos?

—Yo no: antes de ir á buscaros había ensayado, y sabía lo que aquí nos esperaba.

—¡Soberbio! Estaré en guardia; me parece que habéis descubierto demasiado pronto vuestros maquiavélicos planes.

De Morin pudo recobrar fácilmente su calma habitual: forinó abanico con sus cartas, y con la nariz junto á ellas como si hubiese sido miope, no volvió á ocuparse ni de las luces de bengala ni de las mujeres Mombouttas.

Pero había contado sin la curiosidad, la indiscreción y la expansión natural en aquellas damas: á cada instante se acercaban más á los jugadores, se empujaban, se derribaban, se ahogaban. Las espectadoras de primera fila se habían sentado ó acurrucado en el suelo, y

sin atender á los empujones de las de la segunda que las pisaba, las aplastaba, se subía sobre ellas, devoraban con los ojos las cartas y los jugadores. Por último, atrás, subidas sobre los árboles que sostenían el cobertizo, pendían de los brazos y de las piernas, mientras algunas las sostenían formando racimos humanos caprichosísimos.

De Morin no se ocupaba ya de los espectadores; pero las más inmediatas, cansadas de mirar, fatigadas de servir de escabel á las segundas, se habían levantado y se atrevían á adelantar sus manos hacia la mesa, tocar las cartas y aun enredar, según el capricho africano, con los cabellos de los dos blancos.

—¡No toquéis! ¡No toquéis! ¡Fuera garras!—gritaba de Morin.

No le entendían; seguían las indiscreciones, y una de aquellas señoras, más atrevida que las restantes, llegó á rodear con su brazo el cuello de de Morin. Por fortuna para él, Delange acababa de señalarse los mil quinientos puntos. La partida había concluído, y los dos jugadores se levantaron.

—Caballeros—les dije:—las luces de bengala se apagan, y yo no me creo seguro entre esta asamblea femenina. Pido que nos vayamos.

—¡Irnos, irnos! ¡Como si fuera eso fácil! Miradlas, parece que quieren ahogarnos. Somos tres contra ochenta y tienen sus banquillos.

—Cierto—respondió Delange,—pero no han acabado los fuegos artificiales: guardo el ramillete.

En seguida dió un empujón á la tropa, ganó espacio, y sacando una candela romana la colocó en el suelo y la encendió.

Al ruido, á las primeras chispas, todas las mujeres retrocedieron, rodaron unas sobre otras, y cayeron de los banquillos ó de los árboles como frutas maduras.

Estaba libre el paso: aprovechámonos cobardemente de ello y nos retiramos, sin pensar en darlas la mano para levantarse. Aunque hubieran sido injustas en quejarse un día tan mal comenzado para ellas, terminaba admirablemente; en lugar de ser decapitadas al ponerse el sol, como se las había ofrecido, habían tenido el triple placer de los fuegos artificiales, de contemplarnos y de aprender la béciga.

De Morin y yo nos apresuramos á ganar nuestras chozas, y á tendernos en nuestros lechos de campaña, porque el día siguiente prometía ser laborioso. En cuanto al doctor, después de acompañarnos y desearnos buenas noches, debió volver al cobertizo á recomendar el silencio á las esposas de Mounza. Responde de la tranquilidad de la caravana y debe velar por ella.

XLVI

Ya no es posible la duda: aunque el rey nada nos haya hecho decir todavía, aunque no nos llama á su palacio ni viene á vernos, una gran agitación se manifiesta en su pueblo; los Mombouttous se preparan para una larga campaña. El mercado, por el que acabamos de echar un vistazo, parece más animado que nunca: los tenientes de Mounza acaparan todos los artículos y los cargan sobre esclavos que se encaminan en seguida al palacio. Tememos por un instante que nos sea imposible hacer nuestras compras; pero apenas nos descubren los oficiales, se apartan demostrándonos el mayor respeto.

Es evidente que hemos crecido inmediatamente en su ánimo; los extranjeros á quienes el rey envía de golpe como regalo sus ochenta favoritas, son sin duda personajes de cuenta, hasta para los ministros. Podemos, pues, entregarnos á numerosas compras personales, que llegarán á sernos precisas, si durante la marcha llegamos á chocar con Mounza, ó si su ejército derrocha las provisiones. No se puede contar mucho contra la previsión de gentes que tienen siempre en aparador, cuan-

do los alimentos ordinarios les faltan, un buen trozo de carne humana.

Vueltos al campamento, nos preparamos como si hubiéramos de marchar al siguiente día. En Africa, guerra declarada, es guerra empezada: se descuida consultar á los vecinos, concertar alianzas, publicar manifiestos, reunir en conferencia extraordinaria los diplomáticos del continente; se marcha sin ruido, es decir, con mucho ruido de tambores y trompetas, se baten, se saquea, se incendia, se mata, se devora y asunto terminado. En pocas semanas concluye la guerra; cierto que vuelve á empezar; pero también en Europa puede renovarse: todos los días se está viendo.

Por lo tanto, revistamos nuestros víveres, nuestras provisiones, nuestras municiones. ¡Ay! ¡Cómo ha disminuido el número de nuestros objetos de cambio! Los carretes de alambre, que nuestros porteadores cargaban tan trabajosamente, van á parecerles hoy ligeros, y se alegrarán de ello; nuestras piezas de algodón, que en otro tiempo hubieran podido vestir todo un pueblo, cubrirían hoy apenas las ex-esposas de Mounza, si se nos ocurriese vestir las, prodigalidad en que no pensamos.

Tenemos, en verdad oro y plata, pero nadie nos daría un pollo por un centén, en un país en que el oro no disfruta de ningún respeto. Por lo que hace á nuestras letras y nuestros billetes de Banco, me parece ya contemplar el asombro del vendedor á quien ofreciese en cambio de una banana, un billete de cuatro mil reales.

No obstante esta penuria, no estamos aún reducidos á una extrema miseria; y si no nos despojan de nuestros últimos recursos, llegaremos al término de nuestro viaje sin necesidad de pedir limosna por el camino.

Nuestras municiones, gracias á Dios, son respetables todavía: los Nubios no han derrochado demasadamente la pólvora al entrar en los pueblos, y nuestros ejercicios indispensables para foguear nuestros soldados, las cazas de elefante, de antilope, etc., no parecen haber disminuido mucho el número de nuestros cartuchos.

Tras ocuparnos de las cosas, pensamos en las personas: nuestra escolta está, ya lo dije, algo menguada, pero podemos contar con los hombres que nos quedan. Nuestra posición para con ellos está, por decirlo así, cambiada; en rigor, y gracias al rey, podríamos pasarlos sin sus servicios, mientras que sin nosotros, por el contrario, no verían nunca su patria. Así, por miedo á ser abandonados en pleno país Mombouttou, se muestran dóciles á todas nuestras órdenes.

Los criados y los cargueros comparten los sentimientos de nuestros soldados; no necesitamos ya castigarles. Si cualquiera se manifiesta algo rehacio, le amenazamos con echarle del campamento: en el momento se vuelve obsequiosísimo, y puede dar quince y falta al criado europeo más estirado en cuanto á finura. Como el pueblo Mombouttou, conocen ellos que somos amigos de un poderoso monarca, y que una palabra nuestra bastaría para hacer

rodar sus cabezas. Al salir de Khartum éramos para ellos simples viajeros que pensaban quizás en abandonar, como han abandonado á tantos otros; hoy nos toman por grandes jefes, por sultanes, por monarcas, de veraneo por el Africa central.

En resumidas cuentas, no somos dignos de lástima, y sin grave imprudencia, podemos alzar el vuelo hacia las regiones inexploradas.

En tanto que amos y criados hacen el balance de la caravana, José, que alguna vez hace algo bueno, acaba de descubrir entre la paja de un cajón que se le creía vacío, una botella de F. Mumm. En el momento nos reunimos para beber, al éxito de nuestra futura empresa, aquel querido vino patrio.

Hacia las dos de la tarde, el rey envía á rogarnos á de Morin á Delange y á mí, que vayamos á palacio. Obedecemos inmediatamente á su deseo.

XLVII

Al llegar á las inmediaciones del palacio, ocurriéndonos, antes de ver á Mounza, dar un vistazo al teatro del gran incendio de la noche anterior.

Lo que fué aldea de las esposas reales, el

harém de Mounza parecía una inmensa carbonera: todas las chozas habían desaparecido sin dejar rastro; los hermosos árboles que la daban sombra, estaban convertidos en cenizas; no más algunos gruesos troncos, perdonados, pero ennegrecidos por las llamas, levantaban al cielo sus desnudos brazos. La arcilla roja del suelo desaparecía bajo una espesa capa de cenizas, semejando el claro de un bosque cubierto de nieve; nubes de humo, que el viento no tenía fuerza para disipar, brotaban de todas partes y se extendían como la niebla sobre aquel lugar, tanto más fúnebre cuanto que contrastaba con los alrededores llenos de verdor y de luz.

¿Estará destinada á producir nuevos estragos la pasión insensata de Mounza por la señora de Guéran? ¿Se habrá propuesto el monarca africano, por miedo de ser ridículo, ser terrible?

Encontramos al rey en su arsenal, distribuyendo armas á numerosos soldados, formados en los jardines, y dando órdenes á los oficiales. Al vernos, vino hacia nosotros y encargó á Nassar que nos diera cuenta de sus proyectos; quería ponerse en marcha el día de la luna llena, encaminarse al distrito de su hermano Degberra con objeto de obtener noticias acerca del hombre blanco, que, según Schweinfurth, había atravesado la comarca, y una vez obtenidas, decidir la dirección que debía tomarse.

Nos hizo preguntar si nos parecía bueno su plan; nosotros le contestamos que excelente,

y que nunca pensamos en otro. Al propio tiempo no pudimos dejar de admirar el animoso carácter de este hombre, la energía que sabe desplegar en las ocasiones, la rapidez de su acción: en un negro son extrañas cualidades. Los Mombouttous son una nación aislada, perdida en el Africa Central, y comprendemos el sentimiento que manifiesta Schweinfurth por no haber podido penetrar más en el interior de esta comarca. Sobre el territorio comprendido en los dos primeros grados de latitud, hemos de encontrar sin duda raras costumbres, fenómenos notables que hacen presentir ya los Mombouttous; su país es, de cierto modo, el primer paso en la excentricidad.

Habiéndonos preguntado Mounza qué auxilio pensábamos ofrecerle, en el caso de que hubiera de combatir naciones poderosas, de Morin creyó deber responderle en nombre de todos nosotros:

—Tomaremos las armas sólo en el caso de ser atacados; se trata de un viaje, de una expedición pacífica, más bien que de una guerra, y tú agradecerías á nuestra hermana si te empaparas en esta idea.

—Bien quisiera—dijo Mounza,—pero no podré; he guerreado muchas veces con mis vecinos, y cuando me vean llegar con mi ejército, los débiles huirán, incendiando sus cosechas para hacernos sentir el hambre, y los fuertes me atacarán: tendré que defenderme, y debes tú ayudarme.

—Si eres atacado—contestó de Morin—sin haber iniciado la lucha, nos consideraremos

atacados también nosotros, y no vacilaremos en unirnos á ti.

—¿Tienes—preguntó el rey—muchas armas como las que me enseñaste? ¿Aquellos pedazos de madera y de hierro que lanzan el rayo?

—Sí, todos mis soldados tienen de esas armas.

—¿Tienes más guardadas? ¿Quieres entregárselas á mis tropas y enseñarlas á servirse de ellas? Seremos invencibles.

—No—respondió atrevidamente nuestro amigo;—no quiero.

—¿Por qué?—exclamó el rey levantando la cabeza.

—Porque creo en tu lealtad; estoy seguro de ti; pero no puedo tener igual confianza en tus soldados. Si llegaras á morir, quedaría yo á su discreción, y como son muchos más, deseo conservar sobre ellos la ventaja de las armas. ¿Querías que la sultana, si llegaras á no poder tú protegerla, quedase al arbitrio de tus tropas?

Este último argumento debió tener gran valor para Mounza; reflexionó un instante, y no replicó. Mas de Morin, que con su franqueza, su firmeza, sus hábiles concesiones y sus halagos empezaba á tener sobre el rey tanta influencia como sobre nuestra propia escolta, creyó deber añadir:

—Para demostrarte que no te confundo ni con tus oficiales ni con tus soldados, que en ti tengo plena confianza, voy á concederte lo que creo deber negar á los demás: te daré mi

mejor carabina, y mientras tanto, toma otra arma igualmente terrible. No necesito estar armado cuando estoy en tu palacio y bajo tu protección.

Y diciendo así, se soltaba del cinturón y daba al rey su revólver. No pudo éste disimular su alegría; asíó la pistola, la volvió en todos sentidos, con las manos convulsas y los ojos brillantes: el poderoso monarca africano volvía á ser niño; el negro reaparecía reclamando sus derechos.

Aprovechó de Morin este instante de expansión para abordar someramente un punto delicado: dijo al rey que los Mombouttous tienen fama en el Norte de comerse los cadáveres que causan al enemigo, y que él desearía evitar á su hermana un espectáculo odioso y repugnante para los blancos.

Contestó Mounza, un poco confuso, porque tal vez él mismo se encontraba culpado, que le sería imposible reformar de pronto las costumbres de su nación, pero que cuidaría que no se ofendiesen mucho las miradas de la sultana.

Acorralado por las preguntas de de Morin, confesó que un soldado Mombouttou no se cree invulnerable hasta haber devorado el hígado de uno de sus enemigos. No podía sorprendernos la revelación, cuando Baker declara que los soldados de su escolta personal, los cuarenta ladrones, como se les llamaba, tropas aguerridas, de extremado valor y semi civilizados, tenían igual preocupación que los Mombouttous. «Antes de un combate, escribe,

creyendo mis hombres que cada una de sus balas mataría un enemigo, si devoraban el hígado de uno de ellos, arrancaron el de un cadáver y se le comieron crudo. En seguida destrozaron el cuerpo y le esparcieron frente á los contrarios, como para asustarles.» Ocurría esto el año último, en la región del Nilo, entre Khartum y Gondokoro, ante Baker y su mujer; no habíamos de extrañarnos ni quejarnos, si en regiones mucho más salvajes que las del Nilo, asistíamos á espectáculos parecidos. Debemos, por el contrario, agradecer á Mounza las precauciones tomadas para no herir nuestra susceptibilidad: continuarán sus soldados comiéndose á sus enemigos, no se les puede negar ese gusto; pero los devorarán á cerceros tapados, sin ostentación, como personas delicadas y discretas que respetan las opiniones del vecino.

No todos los viajeros alcanzan tan felices resultados. El general Baker mismo, cuenta también que trataba un día de hacer comprender á un jefe negro la inmoralidad del comercio de esclavos, y que creía ya haberle convencido, cuando el jefe le interrumpió preguntándole:

—¿Tienes hijos?

—¡Ay! ¡Todos los he perdido!—respondió Baker.

—Pues yo—dijo el jefe—tengo uno, el único, chiquitín y flaco, pero contigo engordaría á ojos vistas. ¡Oh! tú puedes darle de comer cuanto quiera; siempre tiene hambre, come todo el día y toda la noche, sin hartarse nunca;

se hace de él lo que se quiere, con tal que se le llene la panza; no puedes figurarte qué gracioso es mi niño querido ¡y te lo vendo por una *molota!* (pala).

Nosotros, en cuanto á la antropofagia, habíamos conseguido algo más; no quedaba convencido Mounza, pero no parecía insensible á nuestras razones, como el jefe á las de Baker.

Después de algunos minutos de conversación, nos propuso el rey revistar una sección de su ejército; aceptamos gustosos, tanto por curiosidad, como por saber hasta qué punto podíamos fiar en su apoyo, y sobre todo, si nos sería posible obtener ventaja sobre ellos el día que Mounza quisiera volvernos á su reino.

Unos dos mil hombres estaban reunidos en un campo de maniobras inmediato al palacio; servíanles de uniformes los trajes de corteza ya descritos; pero dejando descubiertos los brazos, el pecho y las piernas, embadurnados de pinturas de guerra, rojas, negras ó azules. Los oficiales se distinguían de los soldados por plumas de diversos colores, que adornaban sus sombreros cilíndricos. El armamento era completo: al cinto, sables de hoja curva, hachas, cuchillos y puñales, atravesados por ranuras destinadas á facilitar la salida de la sangre; en la mano derecha una lanza, ó un arco y flechas; en la mano izquierda un escudo primitivo, formado por una tabla rectangular de unos cuatro pies, y que permitía suspender un asa de cobre.

Recibieron la orden de maniobrar ante nos-

otros, y quedamos sorprendidos por su disciplina, por la precisión de sus movimientos. De Morin me dijo en voz baja:

— Gentes son esas, que sería preciso procurar mantener á distancia con nuestras carabinas, si nos viésemos obligados á combatirles; sus sables, sus hachas, sus puñales son temibles y hacen peligrosa la lucha cuerpo á cuerpo, mientras que sus flechas, aunque llegan como veis á trecientos pasos, son tan ligeras, describen tan cerrada curva antes de caer, que deben herir sólo por casualidad.

Una carga rápida terminó la revista: todos los soldados, después de apartarse como cien metros, se lanzaron hacia nosotros; blandían unos sus hachas, otros traían la lanza en ristre, otros, con el arco tendido, nos dirigían la punta de sus flechas; todos daban espantosos gritos, ponían rostro fiero, rechinaban los dientes, como si se aprestaran á devorarnos... Sin cobardía, sin exagerada timidez, podríamos creer que aquellas tropas iban á destrozarnos; sin embargo, ninguno de nosotros se movió.

¿Era porque estábamos persuadidos de que era un juego, ó porque nuestro orgullo europeo nos impedía dar ante estos salvajes la menor muestra de debilidad?

El rey se había separado, sin duda, para aumentar nuestros temores y dejarnos creer que enviaba su ejército contra nosotros; nos miraba, y debió quedar satisfecho de nuestra actitud: si quiso hacer un experimento, ya sabía que sus nuevos aliados no se dejan intimidar fácilmente.

En el instante en que sus soldados llegaban á nosotros, corrió á protegernos con su cuerpo: las lanzas, los arcos, las hachas se bajaron, la tropa se detuvo casi automáticamente, saludó al rey, y retrocedió.

6 Julio 1873.—Dentro de breves momentos inicia su marcha el ejército. Ha acudido el pueblo de todas partes para verle pasar y le aplaude; las mujeres lloran, los tambores y las trompas se entregan á un estruendo inaudito; los soldados de nuestra escolta disparan sus fusiles en señal de alegría, y nosotros, montando á caballo, damos orden á nuestra caravana de unirse á las tropas.

¡En marcha hacia lo desconocido!

FIN DE LA FIEBRE DE LO DESCONOCIDO

El episodio siguiente, que termina la serie, se titula:
La Venus Negra.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ

JACOMETREZO, 72, MADRID

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

España: Traducción de Suárez Figueroa.—Un volumen holandesa, tela, 5 pesetas.

Marruecos: Traducido por J. Muñiz Carro.—Un volumen, con noticia biográfica, pesetas 3,50 en Madrid y 4 en provincias.

Recuerdos de París y Londres: Traducción del mismo.—Un volumen, pesetas 2,50 en Madrid y 3 en provincias.

Holanda: Traducido por H. Giner de los Ríos y J. Muñiz Carro.—Un volumen, pesetas 4 en toda España.

Constantinopla: Traducción de H. Giner de los Ríos.—Dos volúmenes, con el retrato del autor, pesetas 5 en toda España.

Recuerdos de 1870 y 1871: Traducción del mismo.—Un volumen, 3 pesetas.

La vida militar: Bocetos, 1.ª serie, traducción del mismo.—Un volumen, 3 pesetas.

La vida militar: Nuevos bocetos, 2.ª serie, traducción del mismo: 3 pesetas.

Novelas: Traducción del mismo: 3 pesetas.—Comprende: Camila.—La casa paterna.—Turio.—Manuel Menéndez.—Un gran día.—Alberto.

Páginas sueltas, 3 pesetas.

Poesías.

EN PRENSA

OBRAS DE D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Pedro Sánchez: Segunda edición: pesetas 4,50 en Madrid, y 5 en el resto de España.

Tipos y Paisajes: pesetas 3 en Madrid y 3,50 en provincias.

Tipos trashumantes: pesetas 2 en Madrid y 2,50 en provincias.

Esbozos y Rasguños: pesetas 4 en Madrid y 4,50 en provincias.

El sabor de la Tierra: tela, pesetas 3 en Madrid y 4 en provincias.

Bocetos al temple: pesetas 3 en Madrid y 3,50 en provincias.

OBRAS COMPLETAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADO

Tomo I.—Los hombres de pro: Con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo y el retrato del autor, pesetas 4 en Madrid y 4,50 en el resto de España.

EN PRENSA

Tomo II.—El buey suelto...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

